





1911

1911

1911

REPÚBLICA VENEZOLANA

REINTEGRACIÓN

REINTEGRACIÓN

REINTEGRACIÓN



AÑO IV

NÚM. XLV

LA  
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

SETIEMBRE — 1892

AGUSTÍN AVRIAL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID



*Para la reproducción de los artículos  
comprendidos en el presente tomo, es indis-  
pensable el permiso del Director de LA  
ESPAÑA MODERNA.*



# IVAN EL IMBECIL

CUENTO POPULAR

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**E**n cierto reino, en cierto país, vivía y existía un rico *mujik* (1).

Y este mujik tenía tres hijos: Semán el Guerrero, Tarass el Panzudo é Iván el Imbécil, y una hija muda, Malania.

Semán el Guerrero se fué á combatir por el czar; Tarass se fué á la ciudad á trabajar en casa de un mercader, é Iván el Imbécil permaneció en casa muy tranquilo, con la moza.

Semán el Guerrero obtuvo un alto grado y un fundo en recompensa de sus servicios, y se casó con la hija de un *barín*. Su paga era grande, sus dominios extensos, y nada le bastaba; lo que reunía el marido, lo

sembraba al viento la mujer con su manga. No tenían un cuarto nunca.

Y Semán se marchó á sus tierras para cobrar las rentas. Su administrador le dijo:

—Nada hay que cobrar. No hemos tenido ganado, ni caballos, ni bueyes, ni arados; hay que comprar todo, y entonces habrá rentas.

Semán el Guerrero fué á casa de su padre, el mujik, y le dijo:

—Eres rico, y nada me diste: dame el tercio que me corresponde.

Voy á emplearlo en mis tierras.

Entonces el viejo respondió:

—Nada has traído á casa: ¿por qué te tengo que dar la tercera parte? Eso iría en perjuicio de Iván y de la chica.

Y replicó Semán:

—El está imbécil, y ella muda. ¿Qué necesidades tienen?

(1) Traducción literal. Fórmula inicial de los cuentos populares rusos.



Respondió el viejo:

—Pues bien, será lo que Iván diga.

Y dijo entonces Iván:

—¡Sea! Que la tome.

Semán el Guerrero tomó una parte del patrimonio, la empleó en sus haciendas y volvióse á servir al czar.

Tarass el Panzudo ganó también mucho dinero; se casó con la hija de un comerciante, pero siempre andaba á tres menos cuartillo.

Fué á ver á su padre, y le dijo:

—Dame mi parte.

El viejo tampoco le quiso dar á Tarass la parte que pedía, y exclamó:

—Nada nos has traído tú: todo lo que hay en casa lo ha ganado Iván. No puede perjudicársele, ni tampoco á la muchacha.

Y dijo Tarass:

—¿De qué le sirve el dinero á Iván? Es imbecil, no puede casarse. Ninguna le querrá para marido... Y una joven muda tampoco necesita nada.

Y añadió:

—Iván, dame la mitad del trigo; de los instrumentos de labranza, ninguno tomaré; y de todo el ganado, sólo quiero el caballo gris, que no te sirve para la labor.

Echóse Iván á reír, y dijo:

—¡Sea!

Y Tarass también se llevó su parte. Condujo el trigo á la ciudad, y montó en el caballo gris. E Iván,

que sólo se quedó con una yegua vieja, labraba la tierra y mantenía á su padre y á su madre.

## II

El diablo viejo tuvo una gran contrariedad al ver que los tres hermanos no habían reñido durante las particiones, y se habían separado como buenos amigos. Llamó entonces á tres diablillos.

—Escuchad: hay tres hermanos, Semán el Guerrero, Tarass el Panzudo é Iván el Imbecil. Convendría que disputasen entre sí, y viven con el más perfecto acuerdo... El Imbecil es el que me ha echado á perder todo mi negocio. Id, cogedlos á los tres y enemistadlos hasta el punto de que se salten los ojos... ¿Lo podéis hacer?

—Lo podemos—contestaron.

—¿Y cómo os las vais á arreglar?

—He aquí lo que haremos. Comenzaremos por arruinarles para que ya no tengan qué comer; después, los pondremos unos en presencia de otros y se maltratarán.

—Está bien—dijo el diablo.—Veo que entendéis el negocio. Id, y no volváis hasta que hayáis enzarzado á los tres, porque de lo contrario os arranco el pellejo.



Vanse los diablillos á su pantano (1) para resolver acerca de las medidas que deben tomar. Discuten y discuten: cada cual quiere reservarse la tarea más fácil. Echan suertes respecto á lo que cada uno tendrá que hacer; y si uno de los tres concluye su obra antes que los otros, irá en ayuda de sus dos compañeros. Se sortea, se fija el día en que se reunirán de nuevo para saber quién ha terminado su cometido y á quién tendrá que ayudar.

Ha llegado el día convenido; y, conforme se ha dicho, reúnen los diablillos en la marisma. Se ponen á hablar de sus asuntos. El primero hablaba de Semán, y dijo:

— Mi tarea va por buen camino. Mañana irá mi Semán á casa de su padre. Sus compañeros preguntáronle cómo se las había arreglado, y dijo:

— ¿Yo? Mi primer cuidado fué inspirar á Semán tal valor que prometió á su czar conquistarle el mundo entero. Entonces el czar hizo á Semán general en jefe del ejército y le mandó hacer la guerra al czar indio. Ya estaban los ejércitos frente á frente. La misma noche mojé la pólvora en el campamento de Semán; después fuí al del czar indio y fabriqué soldados de paja. Ha-

biendo visto las tropas de Semán que por todas partes avanzaban soldados de paja, les entró miedo. Mandó Semán entonces que hicieran fuego; mas, fallaron los tiros de los cañones y de los fusiles. Acometió el pánico á los soldados de Semán, quienes han huido como carneros. Y el czar indio los ha hecho trizas. A Semán le han exonerado, confiscado los bienes, y mañana quieren pasarlo por las armas. Poca cosa me queda por hacer: sacarle de las prisiones para que se marche á su casa. Mañana estará concluido todo ello. Ahora, decidme á cuál de vosotros dos tengo que ayudar.

El segundo diablillo habló de Tarass.

— También va al pelo mi asunto. No pasarán ocho días sin que Tarass vea cambiada su posición... Mi primer cuidado ha sido engordarle más la barriga y aumentar su afán de lucro. Tanto y tanto envidiaba los bienes ajenos, que todo cuanto veía lo quería adquirir. Ha comprado muchas cosas con su dinero y continúa comprándolas, pero ya con dinero tomado en préstamo. Buen fardo lleva á cuestas; y tan liado está que no podrá desenredarse. De aquí á ocho días vencen los créditos; he convertido sus mercaderías en estiércol, no podrá pagar y se irá á casa de su padre.

(1) Las supersticiones populares, por lo general, dan por morada los pantanos á los malos espíritus.



Preguntáronle al tercero de los diablillos cómo andaba el asunto de él.

— ¿Qué os he de decir? Mi asunto no marcha bien. He comenzado por escupir dentro de su tinaja de sidra, para que le doliesen las tripas. He ido á su hacienda y puesto más duro que una piedra el suelo para que no pueda labrarlo. Pensé que el Imbécil no podría labrar; pero llegó con el arado y se puso á destripar terrones. Aplicábase á ello con todas sus fuerzas y continuaba con tenaz empeño. Entonces le he roto el arado. Volvióse á su casa, cogió otro y se puso nuevamente á labrar. Entonces me metí debajo de tierra y quise sujetar la reja; pero no he podido detenerle; empujaba sin cesar el arado, y las rejas están aguzadas; me ha hecho sangre en las manos. Casi todo lo ha labrado; no le falta más que una faja... Venid, hermanos míos, y ayudadme; si no logramos superioridad sobre él, todos nuestros esfuerzos quedarán perdidos. Si el Imbécil continúa trabajando, no conocerán la miseria. El alimentará á sus dos hermanos.

El diablillo de Semán el Guerrero prometió volver al siguiente día, y con esto separáronse.

### III

Iván había labrado todo el terreno, excepto una sola faja. Volvió para concluir su faena. Le dolían las tripas, y, sin embargo, tenía precisión de labrar. Limpiaba el arado, invertíalo y volvía á emprender con otro surco.

Mas, apenas había hecho sino empezar el surco, sintióse detenido por una raíz. Era el diablillo, que se había cogido á la reja y la retenía.

— ¡Qué raro! — pensó Iván. — ¡Antes no había por acá la menor raíz, y ahora existe una!

Metió la mano en el surco y palpando encontró una cosa blanda. Agarró el objeto y lo apartó á un lado. Era negro como una raíz, y sobre aquella raíz removíase un no sé qué.

— ¡Calla! ¡Un diablillo vivo! ¡Vaya un bicho sucio!

Iván hizo ademán de romperle la cabeza contra el suelo. El diablillo se puso á gimotear.

— No me aplastes, y haré todo cuanto quieras.

— ¿Y qué harás por mí?

— Lo que gustes. Dímelo.

Iván se rascó la cabeza.



— Me duele el vientre. ¿Puedes arreglármelo!

— Sí que puedo.

— Pues bien, cúrame.

El diablillo se inclinó hacia el surco, arañó, socavó con sus garras, extrajo una raíz con tres puntas y se la dió á Iván, diciendo:

— Toma. Basta tragar una sola de estas puntas para que todo daño desaparezca.

Iván arrancó una de las tres puntas y se la tragó.

Curósele al punto el vientre.

El diablillo se puso otra vez á suplicar, y dijo:

— Suéltame. Voy á sepultarme bajo el suelo; no me pasearé más por aquí.

— ¡Bueno, anda con Dios! — dijo Iván.

Pero al momento de pronunciar Iván el nombre de Dios, el diablillo se hundió debajo de tierra como cae una piedra al fondo del agua. No quedó más que un agujero.

Iván guardó en la gorra las otras dos puntas de la raíz y se puso á labrar otra vez. Terminó con la faja de terreno, invirtió el arado y se volvió á casa.

Desunció, entró en la *isba* y vió á su hermano mayor, Semán el Guerrero, sentado con su mujer á la mesa para comer. Le habían confiscado los bienes y á duras penas

pudo huir de la prisión para refugiarse en casa de su padre.

Al ver Semán á Iván, le dijo:

— He venido á quedarme contigo.

Manténme, y á mi mujer, hasta que haya encontrado otro refugio.

— ¡Sea! Vivid en paz aquí.

Pero al ir Iván á sentarse en un banco, molestó á la *barinia* el mal olor del Imbécil, y dijo á su marido:

— No puedo comer con un mujik que apesta.

Semán el Guerrero dirigióse á Iván:

— Dice mi *barinia* que hueles mal.

Mejor sería que te marcharas á comer al zaguán.

— ¡Sea! Precisamente anochece, y ya es hora de dar el pienso á la yegua.

Iván cogió un pedazo de la hogaza y el *caftán*, y marchóse á su ronda nocturna.

#### IV

Viéndose libre el diablillo de Semán el Guerrero, vino en ayuda del diablillo de Iván, como estaba convenido de antemano, para combatir al Imbécil.

Dirigióse al campo en busca de su camarada: no había nadie por



ninguna parte. Sólo encontró el agujero, y pensó:

—¡Caramba! Le ha debido de ocurrir una desgracia á mi compañero. Es necesario reemplazarle. Todo el terreno está arado. Hay que emprenderla contra el Imbécil al recolectar el heno.

El diablillo se fué al prado y lo cubrió con una capa de barro. Hacia el alba regresó Iván de su ronda nocturna, cogió la hoz y marchóse á segar su prado.

Llega, se pone á segar, hace un movimiento, después otro: la hoz resiste, no corta, hay que afilarla. Pero, á pesar de todos sus esfuerzos, nada consigue Iván. Entonces dice:

—Voy á volverme á casa, cogeré allí una piedra de afilar y traeré pan conmigo. Aunque me cueste ocho días, no me voy de aquí sin haberlo segado todo.

Oyóle el diablillo, se puso á meditar, y dijo:

—¡Qué terco es este Imbécil! No será fácil salirme con la mía. Hay que dar con otra cosa.

Iván afiló la hoz y se puso otra vez á segar.

Deslizándose el diablillo entre la hierba, empuñó la punta de la hoz para clavarla en el suelo. Mucho trabajo le costó á Iván, pero á la postre dió término á la corta del heno. Ya no le faltaba sino una parcela á orillas del pantano.

El diablillo se sumergió en la marisma, diciendo:

—Consiento en que me corten todos los remos, antes que dejarle maniobrar ahora.

Iván se encaminó al pantano; y, no obstante de ser allí escasa la hierba, no pudo manejar la hoz. Enfadóse y tiró la hoz con todas sus fuerzas.

El diablillo no quiso quedarse allí; á duras penas tuvo tiempo para esquivar el golpe. Veía que el negocio no marchaba bien. Ocultóse detrás de un arbusto. Iván tiró otra vez la herramienta, la cual dió en el arbusto y cortó al diablillo la mitad de la cola. Acabó la siega, mandó á la moza apilar el heno y marchóse por su camino, provisto de una azada para arrancar el centeno.

Llega, y se encuentra con los tallos del centro tumbados. El diablillo había pasado por allí.

Entonces Iván se va á casa, sustituye su inútil azadón por una dalla, se vuelve á segar, y siega de ese modo todo el centeno.

—Ahora tengo que prepararme para la avena.

Oyóle el diablillo de la cola cortada, y pensó:

—No he podido atraparle en el centeno, pero le pillaré en la avena. Sólo que necesito aguardar á la mañana.



Llegó al alba al campo de avena, y la avena estaba ya segada.

Iván había trabajado por la noche, para perder menos grano.

Enfadóse el diablillo, y dijo:

—Lo ha segado todo; el Imbécil me la pegó. Ni aun en la guerra he visto tal tráfago. El maldito no duerme. Imposible anticipársele. Iré á las gavillas y haré que se pudran.

Y el diablillo se encaminó á los haces de centeno, introdújose por entre las pajas, y se ocupó en podrirlos. Los calentó, entró él mismo en calor, y quedóse dormido.

Iván enganchó la yegua y fué con la muchacha á buscar las gavillas. Llegó al haz donde estaba oculto el diablillo, quitó dos matas con la horca y la clavó precisamente en las posaderas del diablillo. Saca la horca, ¿y qué ve? Un diablillo vivo entre las púas de la horca, y con el rabo cortado además. Se retuerce, patalea y trata de huir.

—¡Mira, mal bicho! ¿Tú por aquí aún?

—Soy otro. El otro era mi hermano; yo estaba en casa de tu hermano Semán.

—No me importa saber quién eres. Tendrás la misma suerte.

Quiso aplastarlo contra el suelo, pero el diablillo le suplicó:

—Suéltame. No volveré más, y haré cuanto quieras.

—¿Y qué puedes hacer?

—De cualquiera cosa puedo hacer soldados.

—¿Y para qué sirven?

—Haz de ellos lo que se te antoje, porque un soldado sirve para todo.

—¿Saben cantar?

—Sí.

—Pues bien, hazlos.

Y el diablillo respondió:

—Toma esta gavilla de centeno, sacude las espigas contra el suelo y di solamente: «Mi esclavo ordena que ceses de ser gavilla, y que cada una de tus espigas se transforme en soldado.»

Iván tomó el haz, hizo y dijo lo que le había indicado el diablillo. Y la gavilla se desparramó, y los tallos que la componían convirtiéronse en soldados con tambor y corneta tocando al frente de ellos.

Iván se echó á reír, diciendo:

—¡Mira qué divertidos! Es agradable esto; es el regocijo de las mozas.

—Pues bien—esclamó el diablillo—suéltame ahora.

—No; quiero rehacer las espigas, porque de otro modo perdería los granos. Enséñame el medio de cambiarlos de nuevo en gavilla. Los desgranaré en la trilla.

El diablillo respondió entonces:

—Di: «Tantos soldados, otras tantas espigas. Mi esclavo manda que se vuelvan gavilla.»



Iván obedeció, y los soldados convirtieron otra vez en gavilla.

Y el diablillo se deshizo de nuevo en súplicas.

—Suéltame ahora.

—¡Sea!

Iván lo puso en el suelo, le sujetó con una mano, y con la otra desclavó la horca.

—¡Anda con Dios!—dijo.

Pero al momento de pronunciar el nombre de Dios, hundióse el diablillo debajo de tierra como cae una piedra al fondo del agua. No quedó más que un agujero.

Iván regresó á casa. Allí encontró á su segundo hermano Tarass con su mujer á punto de estar comiendo. Tarass el Panzudo no había podido hacer frente á sus compromisos, y se refugiaba en casa de su hermano. Advirtió la presencia de Iván.

—Iván, mientras estoy esperando á ser de nuevo rico, mantenme con mi mujer.

—¡Sea!—dijo Iván.—Vivid aquí á vuestras anchas.

Iván se quitó el caftán y se sentó á la mesa.

—Yo no puedo comer con el Imbécil—dijo la comerciante;—apesta á sudor.

Tarass el Panzudo volvióse hacia su hermano, y dijo:

—Iván, hueles mal. Vete á comer al zaguán.

—¡Sea!—respondió Iván.

Cogió un pedazo de hogaza y se fué de allí al corral.

—Precisamente necesitaba salir á mi ronda nocturna y á echar el pienso al caballo.

## V

Habiendo terminado su faena el diablillo de Tarass, partió á reunirse con sus camaradas como estaba convenido, y ligarse con ellos contra Iván. Fué al campo del Imbécil. Buscó y rebuscó á sus compañeros: no había nadie. Sólo encontró un agujero. Marchóse á la pradera, halló un rabo en la marisma, y otro agujero en los centenos, y pensó:

—¡Ah! Les habrá ocurrido una desgracia. Hay que reemplazarlos para atacar á Iván.

Y el diablillo se fué en busca de Iván. Pero éste había concluido ya sus tareas en los campos; ahora estaba ocupado en cortar árboles en el bosque.

Hallándose estrechos los hermanos en la casa de Iván, le habían ordenado que les construyese una nueva *isba*.

El diablillo corrió al bosque, se deslizó entre las ramas y se propuso estorbar á Iván en su faena.



Iván cortó por el pié el árbol de modo que fuese á caer en un claro, y se puso entonces á empujarlo; pero el árbol cayó de mala manera y se enganchó en las ramas próximas. Cogió Iván una pértiga y se puso á desenredar el árbol, que con gran trabajo consiguió hacer que cayese al suelo.

Atacó entonces á otro árbol, y ocurrió lo mismo. Se fatigaba, se rendía, y á expensas de inauditos esfuerzos logró derribarlo.

Pasó á un tercero y siempre lo mismo.

Iván pensaba cortar unos cincuenta troncos jóvenes, y ni siquiera había tirado diez al suelo cuando le sorprendió la noche.

Estaba molido. Salía de él un vapor como la neblina de una selva, y no paraba de trabajar. Derribó otro árbol, pero sintió en la espalda tal dolor que no pudo estar de pié más tiempo. Tiró el hacha y se puso á descansar.

El diablillo se regocijó al ver á Iván detenerse, pensando:

—Bueno, va á abandonar la tarea. Yo también voy á descansar un momento.

Instalóse á horcajadas en una rama, muy contento. Pero, cátrate que se levanta Iván, coge el hacha, la blande y la arroja al vuelo contra el árbol, que de un solo golpe cayó crujiendo.

El diablillo no tuvo tiempo de retirar las piernas, rompióse la rama y le cogió una pata. Iván se pone á escamondar la rama, y hete aquí que ve un diablillo vivo. Se queda asombrado.

—¡Mira el mal bicho! ¿Ya estás de nuevo aquí?

—Soy otro. Yo estaba en casa de tu hermano Tarass.

—Seas quien fueres, tendrás la misma suerte.

Y levantando Iván el hacha, iba á descargarla sobre el diablillo.

—No me hieras. Haré por ti cuanto se te antoje.

—Pero, ¿qué puedes hacer?

—Puedo fabricarte todo el oro que quieras.

—Pues bien, fabricámelo.

El diablillo le dijo:

—Toma hojas de encina, frótalas entre tus manos, y caerá el oro al suelo.

Iván cogió hojas, las frotó y cayó oro al suelo.

—Esto es bueno—dijo—para que jueguen los niños.

—Pues bien—contestó el diablillo—suéltame ya.

—¡Sea!

Iván cogió la pértiga y puso en libertad al diablillo.

—¡Anda con Dios!—dijo.

Pero, al momento de pronunciar el nombre de Dios, hundióse el diablillo debajo de tierra como cae una



pedra al fondo del agua. No quedó más que un agujero.

## VI

Cuando los hermanos tuvieron su casa, instaláronse cada cual por su lado; y habiendo concluido Iván sus labores agrícolas, fabricó cerveza y convidó á sus hermanos á que fuesen á banquetear en casa de él.

Sus hermanos rehusaron ir allí.

—¡Como si no supiéramos—dijeron—lo que es una fiesta de mujik!

Iván obsequió á los mujiks, á las *babas*, y también él bebió. Alegróse un poquillo y salió á la calle, para ver los corros de muchachas (*khorovods*).

Acercóse á los *khorovods* é invitó á las chicas á que cantasen elogios á él, y dijo:

—Voy á daros una cosa que en vuestra vida habéis visto.

Las *babas* se echaron á reir y se pusieron á cantar sus alabanzas.

Cuando acabaron, dijéronle:

—¡Pues bien, dánosla!

—Voy á traérosla en seguida.

Cogió una criba y se fué de allí al bosque. Las muchachas se reían:

—¡Qué imbécil!

Luego no pensaron más en él.

Pero, cátrate que le ven volver

corriendo, con la criba llena de cosas.

—¡Bueno! ¿Queréis de esto?

—De eso queremos.

Iván cogió un puñado de oro y se lo echó á las chicas.

—¡Pero, padrecito!...

Las niñas precipitáronse en el suelo, para arrebatñar.

También acudieron los mujiks, y se arrebataron de entre las manos las monedas de oro. A una mujer vieja poco le faltó para que la aplastaran. Iván se reía.

—¡Ah! Mis pequeños imbéciles, ¿por qué hacéis daño á una *babuchka*? Id con más cuidadito. Yo os daré otras.

Y se puso á tirar oro á granel.

Acudía la gente en masa. Iván había desocupado la criba; aún le pedían más. Entonces dijo:

—No; se acabó. Otra vez os daré más. ¡Ahora, bailemos y cantemos!

Las niñas comenzaron á cantar.

—¡No valen gran cosa vuestras canciones!

—¿Sabe V. otras más bonitas?

—En seguida haré que las oigáis.

Se fué á la era, cogió una gavilla de mies y sacudió las espigas contra el suelo, diciendo, como le había enseñado el diablillo:

—Mi esclavo ordena que dejes de ser gavilla, y que cada una de tus espigas se transforme en un soldado.



Deshízose la gavilla, y las espigas se convirtieron en soldados. Redoblaron los tambores, sonaron las cornetas. Iván mandó á los soldados que cantaran y que desfilasen con él por la calle. Las gentes se asombraban. Cuando los soldados concluyeron sus canciones, Iván los volvió á la era, convirtió de nuevo los soldados en gavilla, regresó después á su casa y se acostó.

## VII

Su hermano mayor, Semán el Guerrero, supo todo esto por la mañana y fué á ver á Iván.

—Indícame—dijo—dónde has cogido tus soldados y dónde los tienes ocultos.

—¿Qué quieres hacer con ellos?

—¿Cómo! ¿Qué quiero hacer? Con soldados puédese todo. ¡Se puede conquistar un reino entero!

Iván se llenó de asombro.

—¡Ah! ¿Por qué no lo dijiste más pronto? Te haré tantos como quieras. Precisamente, la hermana y yo hemos entrojado mucho.

Iván llevó á su hermano á la era, y le dijo:

—Atención. Voy á hacerlos y tú te los llevarás; porque si hay que

darles de comer, se tragarán en un día todo el pueblo.

Semán prometió llevarse los soldados, é Iván se puso manos á la obra.

Sacude una gavilla, y sale una compañía; sacude otra, y sale otra. Y saca tantas, que se llena todo el campo.

—¡Bueno! ¿Tienes bastantes, ó qué?

Semán se regocijó:

—Bastan. Gracias, Iván.

—Está bien. Cuando necesites más, vienes y te haré otros. Precisamente no nos falta mies.

Semán el Guerrero dió órdenes al ejército, lo formó según las reglas tácticas y se fué á guerrear.

En seguida que se marchó, vino Tarass el Panzudo. Acababa de saber también lo acontecido la víspera; á su vez, preguntó á Iván:

—Dime, ¿dónde coges el oro? Si tuviese yo dinero con tanta facilidad como tú, con ese dinero podría juntar todo el que hay en el mundo.

Iván se llenó de asombro.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Por qué no lo dijiste más pronto? Voy á frotar para hacerte cuanto quieras.

El hermano se regocijó.

—Dame nada más que tres cribas llenas.

—¡Sea! Vamos al bosque. Engancha un caballo; sin eso, no podrías traerlo todo.



Fuéronse de allí al bosque. Iván frotó hojas de encina entre sus manos, y le hizo un gran montón.

—¿Tienes bastante?

Tarass se puso muy contento.

—Basta por ahora. Gracias, Iván.

—Está bien. Cuando necesites otra vez, ven y frotaré más. No faltan hojas.

Tarass el Panzudo llenó una carreta entera y verdadera, y se fué á traficar.

He aquí cómo partieron ambos hermanos. Semán guerreaba y Tarass traficaba. Y Semán el Guerrero conquistó todo un reino, y Tarass el Panzudo amontonó muchísimo dinero.

Un día se encontraron los dos hermanos, y confesáronse mutuamente de dónde habían sacado Semán los soldados y Tarass el oro.

Y Semán el Guerrero dijo á su hermano:

—He conquistado un reino, y vivo muy bien. Sólo que no he tenido suficiente para alimentar á mis soldados.

Y Tarass el Panzudo le contestó:

—Y yo he ganado un grandísimo montón de dinero, y no tengo más que una pena: nadie para guardármelo.

Semán el Guerrero le replicó:

—Vamos á casa de nuestro hermano. Le diré que me haga otros soldados, y te los daré para custo-

dia de tu dinero; pídele tú que te haga más oro, para tener yo con qué alimentar á mis soldados.

Y ambos fueron á casa de Iván. Llegaron, y Semán le dijo:

—Hermano mío, no tengo bastante con mis soldados; vuélveme á hacer otros.

Iván meneó la cabeza negándose.

—No volveré, sin razón, á hacerte más.

—¿Cómo, pues? ¡Me lo prometiste!

—Te lo prometí; pero, no te haré más.

—¡Imbécil! ¿Y por qué no me harás más?

—Porque tus soldados últimamente mataron á un hombre hasta la muerte (1). Estaba yo arando junto al camino, y veo una baba que seguía á un féretro, con lágrimas en los ojos. Pregunté entonces: «¿Quién ha muerto?» Y me respondió ella: «Mi marido, á quien mataron en la guerra los soldados de Semán.» Creí que los soldados iban á cantar canciones, y cádate que han matado á un hombre hasta la muerte. No te daré más.

Estuvo firme que firme, y no quiso hacer más soldados.

Entonces, Tarass el Panzudo rogó á Iván el Imbécil que le hiciese más oro.

(1) Expresión rusa, traducción literal.



Iván meneó la cabeza negándose.

—Sin razón para ello, no te volveré á fabricar más.

—¿Cómo, pues? ¡Me lo prometiste!

—Te lo prometí; pero, no te haré más.

—¡Imbécil! ¿Y por qué no me harás más?

—Porque tus monedas de oro le han quitado su vaca á Mikhailovna.

—¿Cómo quitado?

—Pues sí, ¡quitado! Mikhailovna tenía una vaca; sus hijos bebían leche. Pero, cátrate que un día de estos vinieron sus hijos á pedirme leche. Y yo les dije: «Pero, ¿dónde está vuestra vaca?» Me respondieron: «Ha venido el administrador de Tarass el Panzudo y ha dado á mamá tres rodajas de oro; ella le ha entregado la vaca, y nosotros ya no tenemos qué beber.» ¡Yo que imaginaba que ibas á divertirme con esas rodajas de oro, y me encuentro con que has quitado la vaca á los niños! No te volveré á dar más.

Y el Imbécil se aferró en ello, y no le dió más.

Los dos hermanos volviéronse de vacío.

Se fueron los hermanos hablando acerca del modo de salir de apuros. Y Semán dijo:

—Escucha; mira lo que vamos á hacer. Tú me das dinero para alimentar á mis soldados, y yo te daré

la mitad de mi reino, con soldados para que custodien tu oro.

Tarass consintió. Hicieron particiones los hermanos; y ambos llegaron á ser czares, los dos ricos.

## VIII

Iván permaneció en la casa para mantener á su padre y á su madre, y trabajaba en los campos con su hermana muda.

Un día aconteció que se puso enfermo el viejo perro de guarda de Iván. Se moría por momentos. Iván tuvo lástima de él, pidió pan á la muda, lo metió en la gorra y salió para echárselo al perro. Pero se le hizo un agujero en la gorra; y juntamente con el pan, se le cayó de ella un raicita. El perro viejo se la tragó con el pan. Y en seguida que tragó la raíz, levantóse el perro con presteza y se puso á jugar, ladrar y mover el rabo; estaba curado por completo.

Habiendo visto eso el padre y la madre, se llenaron de asombro.

—¿Cómo se ha curado el perro? —se preguntaban.

Y dijo Iván:

—Tenía yo dos raíces pequeñas, que sanan todas las enfermedades.



Y hete aquí que el perro se ha comido una.

En éstas y las otras, acaeció que se puso enferma la hija del czar; y el czar hizo saber por todas sus ciudades y todas sus aldeas, que recompensaría magníficamente á quien la curase, y que si era célibe le daría su hija en matrimonio.

Esta declaración anuncióse también en el villorrio de Iván.

Entonces, los padres de Iván le llamaron y le dijeron:

—¿Has oído lo que el czar hace saber? Dices que tienes una raíz; vete, pues, á curar á la hija del czar, y serás feliz todo el resto de tus días.

—¡Sea!—dijo.

E Iván hizo los preparativos de viaje. Le vistieron de limpio. Salió fuera del zaguán, y vió á una mendiga estropeada de un brazo.

—He oído decir que tú curas; sáname el brazo, porque no puedo vestirme sola.

—¡Sea!

Sacó la raíz, se la dió á la mendiga y le ordenó que la tragase.

La mendiga la tragó y se puso buena. Pudo mover el brazo.

Llegaron los padres de Iván para darle la despedida. Pero, al saber que había dado la última raíz, y que ya no tenía con que sanar á la czarina, le riñeron diciéndole:

—¡Una mendiga! ¡Has tenido

lástima de una mendiga, y de la czarina no has tenido lástima!

Iván sintió también conmisericordia por la hija del czar. Enganchó un caballo, puso paja en la carreta y montó en el pescante.

—Pero, ¿á dónde vas, Imbécil?

—A curar á la hija del czar.

—¡Pero si ya no tienes el remedio!

—¡Bien! ¿Y qué importa?

Y arreó un latigazo al caballo.

Llega á la corte; y apenas acabó de subir la escalera del czar, cuando la czarina estaba curada.

Regocijóse el czar; luego envió por Iván, le hizo vestir suntuosamente, y le dijo:

—Ahora vas á ser mi yerno.

—¡Sea!—contestó.

E Iván se casó con la czarina.

No tardó en morir el czar, y sucedióle Iván.

Y hete aquí cómo los tres hermanos llegaron á ser czares.

## IX

Los tres hermanos vivían y reinaban.

Semán el Guerrero, el mayor, vivía feliz. Había añadido numerosos soldados á sus soldados de paja.

Dispuso que en todo su reino le



dieran un soldado por cada diez casas; y que estos soldados fuesen de gran talla, cuerpo sano y cara limpia. Reclutó gran número de ellos y los instruyó, y cuando en alguna parte le negaban la obediencia, enviaba soldados y hacía todo lo que quería. Y entonces, todo el mundo tenía miedo.

Y su vida deslizábase feliz. Todo cuanto se le pasaba por las mientes, todo cuanto veían sus ojos, todo era suyo. Enviaba soldados á que se apoderasen para él de todo lo que deseaba.

Tarass el Panzudo también vivía bien. No había derrochado el dinero que Iván le dió; antes por el contrario, habíalo acrecido. Puso en orden los negocios de su reino. Guardaba su oro en cajas y aún pedía más á sus súbditos. Exigía tanto por cabaña, tanto por cabeza, tanto por los viajes, tanto por los *lapti* (1) y los *onutchi* (2), sin contar el resto. Y todo cuanto deseaba, lo tenía. En cambio de su dinero, le traían todo y venían á trabajar, porque todo el mundo tiene precisión del dinero.

Iván el Imbécil tampoco vivía mal. Tan pronto como enterró á su suegro, quitóse las vestiduras de czar y se las dió á su mujer para

que las guardase en el arca. Volvió á ponerse la blusa de cáñamo, los calzones, los *lapti*, y prosiguió en sus labores, diciendo:

—¡Me aburro! Empieza á crecerme el vientre, y ya no tengo apetito ni sueño.

Y mandó llamar á su padre y á su madre, con su hermana muda, y se puso á trabajar de nuevo.

Y como le dijeren:

—¡Pero si eres un czar!

—¡Bueno! ¿Qué importa?—respondió.—¡También los czares necesitan comer!

Vino á él su ministro, diciendo:

—No tenemos dinero para abonar las pagas.

—¡Bueno; pues si no lo hay, no pagues!

—¡Pero, entonces, se irán todos de las oficinas!

—¡Pues bien, que se vayan! Así tendrán tiempo de sobra para trabajar. Que extraigan el estiércol, demasiado tiempo lo han dejado acumularse sin provecho.

Vinieron á pedir justicia á Iván. Querellábase uno de que el otro le había robado dinero. Y dijo Iván:

—¡Bueno! ¡Señal de que le hacía falta!

Y así fué como supieron todos que Iván era un imbécil. Y su mujer le dijo:

—Dicen de ti que eres un imbécil.

(1) Calzados entretejidos de los mujiks.

(2) Tiras de lienzo que los mujiks se arrojan á los piés, á guisa de calcetas.



—Pues que lo sea.

La mujer de Iván pensaba y repensaba; era una imbécil como él.

—¡Y qué! No puedo oponerme á la voluntad de mi marido. Donde va la aguja va el hilo.

Se quitó las vestiduras de czarina, las metió en el arca, y se fué á casa de la muda para aprender á trabajar. Aprendió á trabajar, y se puso á ayudar á su marido.

Y todas las gentes sensatas abandonaron el reino de Iván; sólo imbeciles quedaron allí. Nadie tenía dinero; vivíase trabajando; cada cual se mantenía y mantenía á los demás.

## X

El diablo viejo, espera que te esperarás noticias de sus diablillos, para saber cómo habían arruinado á los tres hermanos. Pero no recibéndolas al cabo de mucho tiempo, se fué á averiguar por sí mismo lo que ocurría. Busca que te busca, y no encuentra nada por ninguna parte, sino tres agujeros.

—¡Vaya!—pensó—no habrán obtenido victoria. Preciso es que me ponga yo mismo á la tarea.

Se puso á buscar á los tres hermanos en sus antiguos hogares; pero se habían marchado de allí, y los

encontró cada uno á la cabeza de un reino diferente. Eso le hirió al diablo viejo.

—¡Está bien! Voy á tomar yo mismo el asunto entre manos, repitió.

Fuése en derechura á ver á Semán el czar. Tomó la forma de un jefe de ejército (*voivoda*) y se dirigió allá.

Y le dijo:

—He oído decir que tú, Semán el czar, eras un gran guerrero. Y yo conozco á fondo la profesión de las armas; vengo á servirte.

Semán el czar le interrogó, conoció que era inteligente, y le tomó á su servicio.

Y el nuevo *voivoda* enseñó al czar el arte de organizar un ejército.

—El primer punto estriba—dijo—en tener muchos soldados; porque de lo contrario tendrías en tu reino demasiada gente inútil. Hay que reclutar á todos los hombres jóvenes, sin distinción, y entonces tendrás cinco veces más soldados. Luego, se necesitan fusiles y cañones de un nuevo modelo. Yo te inventaré fusiles que escupan cien balas á la vez, las cuales lloverán como guisantes. Pues, ¿y cañones?; te los haré que arrojen á grandísima distancia el incendio. ¡Un hombre, un caballo, un muro, todo arderá echando llamas!



Semán el czar escuchó al nuevo *voivoda*. Ordenó alistar á toda la juventud, construyó nuevas fábricas, donde se hicieron fusiles y cañones nuevos. Poco después marchó á la guerra contra el czar vecino. En cuanto llegó á presencia del enemigo, Semán ordenó á sus soldados que arrojaran contra él las balas de los fusiles y la lumbre de los cañones. De una sola descarga inutilizó y abrasó la mitad del ejército enemigo.

El czar vecino tuvo miedo, capituló, y entregó su reino á Semán. Este se puso muy contento.

—Ahora voy á combatir contra el czar indio.

Pero habiendo oído hablar el czar indio acerca de Semán, imitó sus reformas é inventó otras innovaciones mejores aún. No sólo reclutó á todos los hombres jóvenes, sino también á todas las *babas* célibes de su reino, y reunió así un ejército más numeroso que el de Semán. Y aparte de tener los mismos fusiles y cañones, encontró además el medio de volar por el aire y arrojar desde lo alto bombas explosivas.

Marchóse, pues, Semán el czar á guerrear contra el czar indio, pensando derrotarle como al otro; pero la segur corta y corta, mas al fin se embota. El czar indio no dejó que su enemigo se pusiera á su alcance; envió sus *babas* á que volaran por

encima del ejército de Semán y arrojasen sobre él bombas explosivas. Y las *babas* se pusieron á hacer llover bombas sobre el ejército de Semán, el cual emprendió la fuga dejando enteramente solo á Semán. El czar indio se apoderó del reino de Semán el Guerrero, mientras éste se iba adonde sus ojos le guiaban.

Habiendo terminado con Semán, el diablo viejo se fué á ver á Tarass el czar. Tomó la forma de un mercader, establecióse en su reino, y se puso á traficar. Pagaba todas las cosas á buen precio, y corría la gente en masa para ganar dinero con él. Tanto ganaron, que les fué posible pagar todos los impuestos que debían, y desde entonces cobráronse con regularidad todas las contribuciones.

Tarass el czar regocijóse de ello, y pensó:

—Debo dar las gracias á ese mercader; ahora tendré más dinero y viviré mejor.

Y Tarass el czar se entregó á nuevas empresas; así es que quiso construirse un nuevo palacio. Hizo saber al pueblo que podían llevarle madera y piedra, y venir á trabajar para él. Fijaba buenos precios á cada cosa. Creía que por su dinero todo el mundo iría en masa, como antes, á trabajar para él. Y cátrate que ve cómo llevan al mercader toda la piedra, toda la madera, y



que todos los obreros se van á casa del mercader.

Tarass el czar elevó los precios; el mercader los elevó más. Tarass tenía mucho dinero, pero más tenía el mercader: venció éste. De suerte que no pudo edificarse el palacio del czar.

Tarass tuvo la idea de hacerse un jardín. Llegó el otoño, y el czar hizo saber al pueblo que podían venir á trabajar para él: no fué nadie. Todo el mundo estaba ocupado en cavar un estanque para el mercader.

Vino el invierno. Tarass el czar quiso mandarse hacer un abrigo (*chuba*) de marta cebelina. Mandó comprarla; pero regresó el enviado diciendo:

—No hay marta cebelina. Todas las pieles están en casa del mercader; todo lo ha pagado más caro; y ha hecho para sí una alfombra de marta cebelina.

Tarass el czar tuvo precisión de comprar caballos. Mandó comprarlos. Volvieron los comisionados, diciendo:

—Todos los caballos buenos están en poder del mercader, llevando agua para llenarle el estanque.

Así se veían suspendidos todos los proyectos del czar. Nadie quería hacer nada para él, al paso que al mercader le servían en todo. Sólo

le llevaban el dinero del mercader para pagar los impuestos.

Y el czar tenía tanto dinero, que no sabía donde ponerlo; pero vivía muy mal. Había renunciado á sus empresas, contentándose con hallar de qué vivir; pero aun esto mismo iba siéndole difícil. Veíase contrariado en todo: toda su servidumbre, cocineros, cocheros, le habían abandonado por el mercader. De suerte que hasta el alimento comenzaba á faltarle. Enviaba al mercado á comprar alguna cosa: ¡nada! El mercader había arramblado con todo. A él no le traían más que el dinero de las contribuciones.

Incomodóse Tarass el czar, y desterró de su reino al mercader. Y el mercader se estableció en la misma frontera, y continuó su tráfico. Todo se lo llevaban en cambio de su dinero, y al czar nada.

Todo iba de mal en peor para el czar. Pasaba días enteros sin comer. Y cátrate que se esparce el rumor de que el mercader se empeña en querer comprar el czar mismo. El czar tuvo miedo; no sabía qué hacer.

En esto, presentósele Semán el Guerrero, y le dijo:

—Manténme; el czar indio me ha destronado.

Y contestó Tarass.

—¡Con que yo mismo estoy hace dos días sin comer!



## XI

Habiendo terminado el diablo viejo con los dos hermanos, se marchó á ver á Iván. Tomó la forma de un voivoda, y se propuso persuadir á Iván para que organizase un ejército en su reino, diciéndole:

—No le conviene á un czar vivir sin ejército. Déjame obrar, y bien pronto te reclutaré uno entre tus súbditos.

Iván le escuchó y dijo:

—¡Sea! Hazlo. Y enséñales á cantar bonitas canciones. A mí me gusta mucho eso.

El diablo viejo partió entonces á una expedición por el reino de Iván, llamando voluntarios. Declaró que todo el mundo sería admitido, y que á cada cual se le daría un *chtof* (1) de *vodka* (2) y un gorro encarnado.

Los imbéciles se echaron á reir. —Tenemos toda la vodka que queremos; la fabricamos nosotros mismos. En cuanto al gorro, nuestras *babas* nos los harán de todos los colores, hasta de varios á un tiempo.

Y nadie se alistó.

El diablo viejo regresó entonces á ver á Iván, y le dijo:

(1) Medida de capacidad para líquidos.

(2) Aguardiente de cereales.

—Tus imbéciles no quieren alistarse voluntariamente. Es preciso alistarlos por la fuerza.

—¡Sea! Alíсталos por fuerza.

Y el diablo viejo declaró al pueblo que todos los imbéciles debían venir á inscribirse como soldados, y que quienes se negaran serían condenados á muerte.

Los imbéciles se presentaron al *voivoda*.

—Dices que si nos negamos á inscribirnos como soldados, el czar nos condenará á muerte. Y no dices lo que harán con nosotros cuando seamos soldados. Parece ser que también los matan hasta la muerte.

—Sí, eso sucede.

—No iremos. Preferimos que nos maten en familia, si nos han de matar.

—¡Qué imbéciles sois, imbéciles! —exclamó el diablo viejo.—A los soldados pueden matarlos, pero tienen probabilidades de salvar el pellejo; al paso que, si no obedecéis, de seguro que Iván os hará morir.

Pusiéronse á reflexionar los imbéciles, y se encaminaron á ver á Iván el Imbécil, á quien dijeron:

—Hay un *voivoda* que nos ordena á todos hacernos soldados, y dice: «Si os hacéis soldados, no es seguro que seais muertos; pero si no os hacéis soldados, el czar Iván os mandará matar de seguro.»

—¿De veras?



El Iván se echó á reír.

—Pero, yo solo, ¿cómo iba á poder mataros á todos? Si yo no fuese imbécil, os lo explicaría; pero yo mismo no comprendo nada de eso.

—¿De modo, que no iremos?

—¡Sea! No vayáis.

—Los imbéciles volvieron á casa del *voivoda* y le manifestaron su negativa á hacerse soldados.

El diablo viejo ve que su negocio no marcha. Dirígese al czar Tarakanski, cuya confianza se ha captado, y le dice:

—Vamos á guerrear contra Iván el czar. Sólo le falta dinero; tiene trigo, ganados y otros bienes, en abundancia.

Tarakanski el czar partió para la guerra. Reunió numerosos soldados, fusiles y cañones, y se fué á la frontera para invadir el reino de Iván.

Advirtiéronselo á Iván.

—El czar Tarakanski viene á guerrear contra ti.

—¡Sea! Que venga.

Tarakanski pasó la frontera con todo su ejército, y mandó la vanguardia en descubierta del ejército de Iván. Busca que te busca, espérase que alguno asomará por el horizonte; pero ni siquiera se oye hablar de tal cosa. Imposible batirse.

Tarakanski mandó ocupar las aldeas. Los imbéciles de ambos sexos salían de sus casas, miraban á los

soldados y asombrábanse. Los soldados cogieron el trigo y el ganado de los imbéciles; éstos lo daban todo; ninguno se defendía.

Ocuparon los soldados otra aldea y lo mismo. Marcharon así un día y otro día, y en todas partes lo mismo; todo se lo daban, nadie se defendía; las gentes del país hasta les invitaban á quedarse á vivir con ellos, diciéndoles:

—Queridos amigos, si vivís mal entre vosotros, venid á estableceros entre nosotros para siempre.

Los soldados marcharon y marcharon: ningún ejército. Por todas partes gentes que vivían, se alimentaban, no se defendían, é invitaban á los soldados á que se quedasen á vivir con ellos.

Aburriéronse los soldados, se presentaron al czar Tarakanski y le dijeron:

—No podemos batirnos. Llévanos á otra parte. Bueno, si esto fuese una guerra; pero aquí ¿qué?; es lo mismo que cortar el hielo. No podemos guerrear aquí.

Tarakanski el czar se incomodó. Dió orden á sus soldados de recorrer todo el reino, arruinar las aldeas, derribar las casas, quemar todas las mieses, matar todos los ganados.

—¡Y si no me obedecéis —dijo— os haré morir á todos!

Despavoridos los soldados, cumplieron el *ukase* del czar. Pusiéronse



á incendiar las casas y las sementeras, á degollar los ganados.

Ni á pesar de eso se defendieron los imbéciles; no hacían sino llorar: lloraban los viejos, lloraban las viejas, lloraban los niños y todos decían:

—¿Por qué hacernos daño? ¿Por qué destruir tantos bienes? ¿Si los necesitáis, mejor sería que los cogieseis para vosotros!

Esto concluyó por disgustar á los soldados. Negáronse á ir más lejos, y todo el ejército se dispersó.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO ARGENTINO

## XII

Viendo que no podía acabar con Iván por medio de los soldados, marchóse de allí el diablo viejo.

Bien pronto volvió en figura de un caballero bien puesto; y estableciéndose en el reino de Iván, resolvió combatirle como á Tarass el Panzudo, por medio del dinero.

—Quiero hacer bien á Vuestra Majestad y enseñarle excelentes cosas; quiero hacerme aquí una casa.

—¡Sea! Quédate con nosotros.

A la mañana siguiente, el señor bien puesto salió á la plaza pública con un gran talego de oro y un rollo de papel en la mano, y dijo:

— Vivís todos como cerdos; yo os enseñaré de qué manera se debe vivir. Construidme una casa por este plano. Vosotros trabajaréis, yo dirigiré y os daré dinero en oro.

Y les enseñó el oro.

Asombráronse los imbéciles. Jamás habían visto el dinero; no cambiaban entre sí más que los productos de su trabajo. Admiraron el oro.

— ¡Qué bonitos son esos objetos! —dijeron.

Y cambiaron con el señor bien puesto su trabajo contra esos objetos de oro.

Como en la corte de Tarass, el diablo viejo derramó el oro á manos llenas, y obtuvo en cambio todo género de trabajos y de productos. Regocijóse y pensó:

« Mis asuntos marchan viento en popa. Ahora sí que voy á arruinar al Imbécil como arruiné á Tarass, y á comprarle á él mismo. »

Pero cuando los imbéciles hubieron reunido bastantes monedas de oro, se las dieron á sus *babas* para que se hiciesen collares con ellas. Todas las muchachas se las pusieron en las trenzas de sus cabellos, y los niños pequeños comenzaban á jugar con ellas por la calle. Y como ya tenían muchas, los imbéciles no quisieron más.

La casa del señor bien puesto estaba á medio edificar aún; no había



hecho todo su acopio de trigo y de ganado.

Así, pues, anunció que podían venir á trabajar en su casa y traerle trigo y ganado; que por todos los objetos y por cualquiera clase de trabajo daría muchas monedas de oro.

Nadie se presentó á trabajar, nadie le llevó nada. A veces tan sólo un chicuelo ó una chiquilla presentábanse á cambiar un huevo por una moneda de oro. Pero nadie más, y ninguna cosa de comer.

El señor bien puesto tuvo hambre y se fué á la aldea para comprar alimentos; entró en un corral y ofreció una moneda de oro por una gallina, pero la casera rehusó la moneda, diciendo:

— Tengo bastantes como esa.

Se fué á casa de otra *baba* que no tenía niños, y quiso comprarla un arenque, y la ofreció una moneda de oro; pero ella le dijo:

— Buen señor, no las necesito. No tengo niños, ni nadie para jugar con ellas. Por curiosidad guardo tres de esos pequeños objetos de oro.

Dirigióse entonces á casa de un mujik, para comprar pan. El mujik tampoco quiso dinero, y dijo:

— No lo necesito. ¿Quieres quizá alguna cosa por el amor de Cristo? Entonces aguarda, voy á decir á mi *baba* que te corte un pedazo...

El diablo se puso á escupir y huyó más que á escape. Ver que le ofrecían algo en nombre de Cristo, solamente oír este nombre, era para él peor que una puñalada.

Así es que no pudo encontrar pan. Por todas partes donde iba el diablo viejo se negaban á darle nada por dinero; pero cada cual le decía:

«Ofrécenos otra cosa, ó trabaja»; ó bien, «recibe limosna por el amor de Cristo».

Y el diablo viejo no tenía que ofrecer nada más que dinero; no quería trabajar; no podía recibir socorro por el amor de Cristo.

El diablo viejo se incomodó, y dijo:

— ¡Qué necesidad tenéis de ninguna otra cosa, puesto que os doy oro! Con oro compraréis lo que queréis, y haréis trabajar á quien os plazca.

Los imbéciles no le hicieron caso.

— No, no lo necesitamos; no pagamos á nadie, y no tenemos impuestos. Entonces, ¿para qué sirve el dinero?

El diablo viejo se acostó sin cenar.

Llegó la cosa á oídos de Iván el Imbécil. Fueron á consultarle.

— ¿Qué debemos hacer? Se ha presentado á nosotros un señor bien puesto, á quien le gusta comer bien, beber bien y vestirse con esmero. No quiere trabajar, ni pedir



limosna por amor de Dios. No hace más que ofrecer monedas de oro á todo el mundo. Antes de que tuviéramos bastantes de sus monedas de oro, se le daba de todo; ahora, ya no se le da nada. ¿Qué hacer, para que no se muera de hambre? ¿Si fuese á morir de hambre!

Iván los escuchó, y dijo:

—Bueno; hay que darle de comer. Que vaya de casa en casa, como un pastor.

¿Qué hacer? El diablo viejo fué de corral en corral. Llegó así á casa de Iván y pidió de comer á la muda, quien estaba aviando la comida de su hermano. A fuerza de dejarse engañar por los vagos que iban temprano para comer sin haber trabajado, y se comían toda la *kacha* (1), la muda había llegado á ser hábil para conocerlos por las manos: á los que tenían callosidades, los sentaba á la mesa; para los demás, nada más que las sobras.

El diablo viejo se deslizó hacia la mesa; pero la muda le cogió la mano y la examinó: nada de callos, las manos blancas y con uñas largas. Se puso á berrear y expulsó al diablo de la mesa.

La mujer de Iván le dijo:

—Señor bien puesto, no te enfades; mi cuñada impide sentarse á la

mesa á todo el que no tenga callosas las manos. Espera un poco; cuando todos hayan comido, comerás lo que sobre.

El diablo viejo sintióse humillado. ¿Comer él en casa del czar con los cerdos!

Y dijo á Iván:

—Es una ley de imbécil esta ley de tu reino, de que cada cual trabaje con sus manos. Por idiotez habéis inventado esto. ¿Sólo se trabaja con las manos? ¿Pues con qué piensas tú que trabajen las personas inteligentes?

El Iván le dijo:

—¿Cómo hemos de saberlo nosotros, que somos imbéciles? Nosotros trabajamos con las manos y con el espinazo.

—Porque sois unos imbéciles... Pero yo voy á enseñaros á trabajar con la cabeza; entonces veréis cómo esta manera es preferible á la otra.

Iván se asombró, y dijo:

—¿De veras? ¡Ah, entonces no faltan motivos para llamarnos imbéciles.

Y el diablo viejo continuó diciendo:

—Sólo que es más difícil trabajar con la cabeza. No me dáis de comer porque no tengo callosas las manos, y no sabéis que es cien veces más abrumador trabajar con la cabeza. Hay veces en que la cabeza cru con eso.

(1) Platos de gachas de harina de flor cocida.



Iván se puso meditabundo:

—Entonces, amigo mío, ¿por qué te tomas tanto trabajo? Eso no es bueno, cuando la cabeza cruje; mejor valdría para ti un trabajo fácil con las manos y con el espinazo.

Y dijo el diablo:

—Si me impongo ese trabajo, es precisamente porque vosotros los imbéciles me inspiráis lástima. Sin mí, toda vuestra vida seguiríais siendo unos imbéciles. Pero yo, que trabajo con la cabeza, voy á enseñaros á hacer lo que hago.

Iván se extrañó, y dijo:

—Enséñanos, enséñanos. Porque acaba uno por tener cansadas las manos; y entonces, para cambiar, podremos trabajar con la cabeza.

Y el diablo prometió enseñarles.

Iván hizo saber á todo el reino que había llegado un señor bien puesto, el cual enseñaría á todo el mundo á trabajar con la cabeza; que se hacía más tarea con la cabeza que con las manos, y que cada cual debía venir á instruirse.

Había en el reino de Iván una torre altísima, con una escala derecha á lo largo de los muros, y una plataforma en la cúspide. Iván condujo allí al señor bien puesto, á fin de que todo el mundo le viese.

El señor se situó arriba y comenzó á hablar. Los imbéciles le miraban. Creían que ese señor les iba á enseñar realmente cómo se trabaja

sin manos, nada más que con la cabeza; mientras que el diablo viejo sólo les enseñaba con palabras cómo se puede vivir sin trabajar.

Los imbéciles no comprendieron nada de aquello. Miraron, volvieron á mirar, y luego se fué cada uno á sus asuntos.

El diablo viejo permaneció en la torre un día y otro día, sin parar de hablar; y cádate que tuvo hambre. A los imbéciles no les había ocurrido la idea de subirle pan. Pensaban que, sabiendo trabajar con la cabeza mejor que con las manos, haría pan para sí como quien juega.

Pasó otro día el diablo viejo en lo alto de la torre, y no cesaba de perorar. Y las gentes acercábanse unos en pos de otros, miraban, remiraban, y luego se iban de allí.

Y preguntaba Iván:

—¡Vamos! ¿Ha comenzado ese señor á trabajar con la cabeza?

—¡Todavía no!—le contestaban. —No hace más que charlar.

El diablo viejo permaneció otro día en lo alto de la torre; se debilitaba. Una vez se le tambalearon las piernas, y se dió un coscorrón contra el pilar. Lo advirtió uno de los imbéciles, y se lo dijo á la mujer de Iván. Esta corrió en busca de su marido, quien se hallaba en el campo, y le dijo:

—Ven á ver. Dicen que el señor principia á trabajar con la cabeza.



Iván se asombró y dijo :

—¿De veras?

Acercóse. El diablo viejo, exhausto por completo de fuerzas, vacilaba sobre las piernas y pegaba coscorrones con la cabeza contra el pilar. Apenas llegó Iván allí, cuando el diablo osciló, se cayó por la escalera y chocó de frente con todos los barrotes, que su cabeza fué contando uno tras otro.

—¡Oh!—dijo Iván.—¡Con que hablaba de veras ese señor bien puesto, y puede ocurrir que cruja la cabeza! Esto no es como las callosidades... En este trabajo se corre peligro de hacerse chichones en la cabeza.

Cayó el diablo viejo, y quedó con la cabeza clavada en el suelo. Iván se quiso aproximar para ver si había hecho mucha tarea. Pero de pronto abrióse la tierra, y el diablo viejo se hundió en sus profundi-

dades : no quedó más que un agujero.

Iván se rascó la cabeza, y dijo:

—¡Vaya con el bicho feo! ¡Otra vez él! Sin duda, es el padre de los otros. ¡Qué gordo está!

### XIII

Aún vive Iván. Acuden en masa á su reino. También sus hermanos han venido á vivir con él, y los mantiene. A cualquiera que llega diciendo: «¡Mantennos!», le contesta: «¡Sea, vivid, tenemos de todo!»

Pero en ese reino existe una costumbre, una sola. A quien tiene callos en las manos: le dicen: «¡Siéntate á la mesa!» Y á quien no los tiene: «¡Cómete las sobras!»

CONDE LEÓN TOLSTOY.



## EL REY LEAR DE LA ESTEPA

**D**urante una velada de invierno, media docena de amigos estábamos de tertulia en casa de un antiguo condiscípulo de la Universidad. Pusímonos á hablar de Shakespeare, los personajes de sus obras dramáticas, la manera profunda y potente cómo cada tipo está sacado de las entrañas de la naturaleza humana. Admirábamos, sobre todo, su pasmosa verdad; cada uno de nosotros nombraba, entre las personas á quienes el azar había hecho conocer, Otelos, Hamlets, Falstaffs y hasta Ricardos III y Macbeths (por supuesto, estos últimos por mera hipótesis).

—Pues yo, señores — exclamó nuestro huésped—he conocido á un rey Lear.

—¿Y cómo es eso?

—Voy á decíroslo.

Y comenzó el relato:

### I

«Pasé mi infancia y mi primera juventud en el campo, en una ha-

cienda de mi madre, rica propietaria de la provincia de X\*\*\*. La impresión más indeleble que me ha quedado de aquellos tiempos, ya remotos, es la figura de nuestro más próximo vecino un tal Martín Petrovich Kharlof. Difícil hubiera sido que se desvaneciese esta impresión, pues en mi vida he hallado nada semejante. Figuraos un hombre de gigantesca estatura. Sobre un cuerpo enorme estaba plantada, un poco de través, su monstruosa cabeza, sin apariencia alguna de pescuezo; una masa de enmarañados cabellos, de color amarillo tirando á gris, y que casi arrancaba desde sus cejas foscas, serviale de coronamiento. Sobre el anchuroso espacio de su rostro enrojecido por la solana sobresalía un gran narigón chato por la punta, y abríanse un par de ojillos azules, de expresión muy altanera, así como una boca también muy chica, con innumerables arrugas como quebrajas y del mismo tono que la cara. La voz que salía de aquella boca era casca-



da, y sin embargo retumbante; recordaba el estridente ruido que harían unas barras de hierro transportadas en una carreta, zangoloteándose sobre pésimo empedrado. Kharlof hablaba siempre como si durante un ventarrón se dirigiese á alguien situado á la parte de allá de un barranco. No era fácil precisar la verdadera expresión de su fisonomía, pues costaba trabajo abarcar todo el ámbito de ella con una sola mirada; pero esta expresión no era desagradable. Había en ella hasta cierta grandeza; sólo que resultaba extraña, extraordinaria en demasía. ¡Vaya unos brazos los suyos! ¡Y qué piernas! ¡Y qué manos, anchas como cojines! Me acuerdo de que sin una especie de respetuoso temor no podía yo contemplar la inmensa espalda de Kharlof, y sus hombros como ruedas de molino; pero lo que más me pasmaba de admiración eran sus orejas. Levantadas á ambos lados por sus enormes mofletes, recordábanme, con sus largas espiras, esas grandes hogazas de pan de trigo torcidas y arrolladas, tan vistas en Rusia con el nombre de *kalatchi*.

En verano como en invierno, llevaba Kharlof una especie de capisayo de paño verde, ajustado al talle por un cinturón circasiano, y botas embreadas. Jamás le vi corbata: ¿alrededor de qué se la hubiera puesto? Resollaba lenta y pesadamente, co-

mo un buey, y andaba sin hacer ruido. Pudiera creerse que dentro ya de una habitación, tenía constantemente miedo de tirarlo y romperlo todo: avanzaba con cuidadito, de lado, casi deslizándose. Respetábanle en todos los contornos por su hercúlea fuerza. Acerca de este particular se habían forjado leyendas. Se contaba que cierto día tuvo en un bosque un encuentro con un oso, y derribó á éste por el suelo; que habiendo sorprendido en la abejera á un labriego que le quería robar las colmenas, lo lanzó por encima del tapial con caballería y arado; y así por el estilo. Eso no obstante, Kharlof nunca se vanagloriaba de su fuerza. «Si mi diestra ha sido bendita por Dios—decía—es por la voluntad del de arriba.» Si estaba lleno de orgullo, no se lo inspiraba su fuerza, sino su nacimiento, su posición social, el talento y la inteligencia que él mismo se atribuía.

—Nuestra estirpe—decía á menudo—proviene del *zueco* (quería decir sueco) Kharlus, llegado á Rusia reinando Ivan Vassilitch *el Ciego*. Este *zueco* Kharlus no tuvo por conveniente seguir siendo un conde pagano, sino que quiso convertirse en un hidalgo ruso, y se hizo inscribir en el libro de oro. He ahí de quién descendemos nosotros los Kharlof. Y por esa misma razón todos nacemos con cabellos rubios,



ojos claros y blancos de rostro, porque hemos brotado bajo la nieve.

—Pero, Martín Petrovitch—me atreví á decirle un día;—¡si nunca ha habido ningún Ivan Vassilitch *el Ciego!* Hubo un Ivan Vassilitch *el Terrible*. Mas el que fué llamado por sobrenombre *el Ciego* era el gran duque Vassili Vassilitch.

—Disparate, disparate—respondió tranquilamente Kharlof;—cuando yo digo una cosa, así es.

Un día se puso mi madre á alabarle en presencia suya por su desinterés, que en efecto era uno de los más notables.

—¡Eh, Natalia Nicolavna—exclamó casi con enfado,—vaya un gran motivo de elogios! ¿Podemos conducirnos de otro modo, nosotros los grandes señores? Es necesario que ningún destripaterrones, ningún villano, ningún palurdo, tenga la osadía de suponer tan siquiera que haya en nosotros nada vil y deshonesto. Yo soy un Kharlof, mi familia descende de allá (y levantaba hacia el techo lo más alto posible su dedo índice): ¿cómo podría yo escuchar la voz de mi interés?

Otra vez, un importante personaje que estaba de visita en casa de mi madre tuvo la ocurrencia de chinguearse de Kharlof. Este hablaba del *zueco* Kharlus, que vino á Rusia...

—¿En tiempos del czar Alubia?—interrumpió el visitante.

—No, no fué en aquella época, sino durante el reinado del gran duque Vassili Vassilitch *el Ciego*.

—En cuanto á mí—replicó el otro—creo que vuestra raza es mucho más antigua. Se remonta á los tiempos antediluvianos, cuando aún andaban por el mundo los mastodontes y los megaterios.

Aun cuando estos términos científicos eran desconocidos en absoluto para Kharlof, comprendió que se estaba burlando de él.

—Es posible—dijo con sequedad;—nuestra raza es antiquísima. Dícese que por la época en que mi abuelo vino á establecerse en Moscu, vivía allí un imbécil por el estilo de Vuestra Excelencia; y tales imbéciles de ese calibre no vienen al mundo sino cada mil años.

El visitante se levantó furioso. Kharlof echó la cabeza atrás, adelantó la barba, lanzó una exclamación de reto y se marchó con altivez.

Dos días después volvió á casa. Mi madre le reprendió.

—Señora, es que he querido darle una lección—interrumpió Kharlof.—Otra vez tendrá más cuidado. Aún es demasiado joven, y es preciso hacerle andar derecho.

El caso es que el visitante no era menos viejo que Kharlof; pero este



coloso parecía considerar á todos los hombres como menores. Por lo demás, no temía lo que se llama á nadie.

—¿Quién me puede hacer ningún daño? ¿Hay algún hombre en el mundo que sea capaz de eso?— preguntaba algunas veces con una explosión de risa muy breve, pero ensordecedora.

Mi madre era muy difícil en materia de amistades; sin embargo, recibía á Kharlof con particularísima benevolencia. Le dispensaba muchas cosas, quizá porque veinte años antes la había salvado la vida conteniendo su carruaje al borde de un profundo barranco, donde los caballos habían ya caído. Rompiéronse los tirantes y los arneses; Kharlof no soltó la rueda que había agarrado, aunque le brotaba la sangre por debajo de las uñas. También mi madre le había casado. Le dió por mujer una huérfana de diez y siete años, á quien ella había educado en su casa; en cuanto á él, tenía entonces cuarenta años cumplidos. La mujer de Kharlof era de poca estatura: decíase que la había hecho entrar en la cámara nupcial llevándola sobre la palma de la mano. No vivió mucho tiempo, y le dejó dos hijas. Aun después de la muerte de la joven esposa, mi madre continuó protegiendo á Kharlof. Había hecho entrar á la hija mayor de éste en el

colegio de los nobles de la provincia; después la había casado, y ya tenía listo un marido para la segunda.

Kharlof era un buen agricultor; había acotado las 300 *deciatinas* de su fundo, y las había dotado de los edificios necesarios. Inútil es hablar acerca de si le obedecerían sus colonos. Como Kharlof era tan obeso y pesado, no iba á ninguna parte á pié. «La tierra, decía, no puede sostenerme.» Iba á todos lados en un pequeño *droski* (un arcón puesto sobre cuatro ruedas bajas), y guiaba él mismo á su caballería, una vieja yegua trasijada y decrepita, con una cicatriz en un brazuelo de una herida que recibió en la batalla de la Moskowa, montándola un aposentador de coraceros. Aquella yegua cojeaba de los cuatro remos á la vez; no podía andar al paso, menos aún al galope; daba saltitos con una especie de trote desigual. Se comía el ajenjo y los cardos borriqueros de los sembrados, lo que jamás he visto hacer á ningún otro caballo. Era para mí un perpetuo asombro cómo semejante rocín hembra, apenas con vida, pudo nunca arrastrar un peso tan enorme, pues no me atrevo á decir cuántos *punds* podría pesar nuestro vecino. Sobre el *droski*, espalda con espalda de Kharlof, colocábase su pequeño cosaco Maximka. Con la cabeza y todo



el cuerpo apoyados en los lomos de su amo, y los piés descalzos puestos en el eje de las ruedas traseras, parecía una brizna de hierba ó un gusanillo que el azar hubiese colgado de la masa enorme que se alzaba enhiesta delante de él. El mismo co-saquito rasuraba á Kharlof una vez por semana; para realizar esta operación se subía encima de una mesa, y los chuscos aseguraban que se veía obligado á correr alrededor de la barba de su amo.

A Kharlof no le gustaba permanecer largo tiempo en casa; de suerte que se le encontraba á menudo en su sempiterno carricoche, con las riendas en una mano y puesta la otra, desplegada pretenciosamente, sobre su rodilla, con el codo hacia adelante. En el vértice de su cráneo llevaba plantada una gorra vieja y muy pequeña. Paseaba con firmeza en torno suyo las miradas de sus ojuelos de oso, hablaba con voz de trueno á todos los labriegos, mercaderes y artesanos á quienes encontraba, y soltaba enérgicos juramentos á los clérigos, á los cuales no podía sufrir. Habiéndomele encontrado un día que salí con la escopeta en la mano, al ver una liebre encamada junto al camino, pegó tal grito «¡de usted!», que me estuvieron chillando los oídos hasta la noche.

Ya he dicho que mi madre reci-

bía á Kharlof con deferencia. No ignoraba ella el profundo respeto que él la tenía. Al hablarla, la llamaba «mi bienhechora». Ella veía en él una especie de gigante fidelísimo, que, llegado el caso, no vacilaría en combatir contra todo un ejército de campesinos insurrectos; y aun cuando por aquel entonces no era de temer un choque semejante, mi madre, que se quedó viuda de joven, pensaba que no era de despreciar un defensor así; tanto más, cuanto que era leal, nunca pedía dinero, no bebía, y si le faltaba educación, no carecía de inteligencia. Cuando mi madre tuvo la idea de otorgar testamento, eligió á Kharlof para ser el primer testigo; marchó éste á escape á su casa en busca de los anteojos, unas grandes gafas redondas con armadura de hierro y anchas como ruedas de *droski*, sin las cuales no podía escribir. Hasta con sus espejuelos montados sobre la nariz, sólo al cabo de un cuarto de hora consiguió trazar su nombre y sus calidades á fuerza de resoplar y de gemir. Las letras, tal como las escribía él, eran enormes, cuadradas, adornadas de rabos y penachos; y después de concluir esa labor, declaró que se sentía fatigado y que para él eran absolutamente una cosa misma escribir ó cazar pulgas.

A pesar de toda la benevolencia que le dispensaba mi madre, en casa



no se le dejaba pasar del comedor: difundía un olor que recordaba el de tierra removida, las acres emanaciones de las grandes selvas y el légamo de los pantanos. «Es un verdadero *lechi* (espíritu de los bosques)», decía mi vieja aya. Cuando comía con nosotros se le ponía una mesa en un rincón. No lo echaba á mala parte; comprendía que hubie-  
ra molestado á sus vecinos, y en-  
contraba más cómodo eso de comer á sus anchas, pues creo que comía como nadie ha comido desde los tiempos de Polifemo. Como medida de precaución, se le daba al princi-  
pio de su comida una olla de *kacha* (gachas de trigo negro) de seis li-  
bras en peso de cabida. «Sin esa sopa me devorarías», decíale mi madre riendo. «Tenéis razón, bien-  
hechora, os devoraría», contestaba él riéndose también. Mi madre es-  
cuchaba con gusto sus reflexiones sobre cualquier objeto de economía doméstica; pero no podía oír mucho tiempo su voz.

—Padrecito—exclamaba—debías tratar de curarte esa voz que tienes. ¡Me has dejado completamente sor-  
da! ¡Eso es una verdadera trompeta!

—Natalia Nicolavna, mi bienhe-  
chora—respondía Kharlof—no soy dueño de mi garganta... Y además, ¿qué remedio queréis que obre? Mi-  
radme. Voy más bien á callarme un tantico.

En efecto, no creo que hubiese remedio alguno en el mundo capaz de obrar en Kharlof. Aparte de eso, nunca estuvo enfermo.

No sabía ni le gustaba narrar. «Los largos relatos dejan sin aliento», decía con enfado. Sólo contaba dos ó tres anécdotas, siempre las mismas, y para eso era cuando le sacaban á colación los sucesos del año 1812 (sirvió entonces en las mi-  
licias y recibió una medalla de bron-  
ce, que se ponía los días de fiesta) y cuando se le preguntaba acerca de la invasión de los franceses. Y, no obstante, afirmaba que los ver-  
daderos franceses no habían venido á Rusia aquel año, sino unos infeli-  
ces merodeadores ínfimos que se morían de hambre en su país, y que él había recogido en los bosques montones de aquellos piojosos.

¿Quién dijera que ese indestruc-  
tible gigante, tan seguro de sí mis-  
mo, tenía momentos de melancolía y de tristeza? Sin razón alguna apa-  
rente, invadía un profundo tedio. Se encerraba en su cuarto, en el cual se ponía á zumbiar, haciendo él solo tanto ruido como una colmena entera, ó bien llamaba á su cosaco Maximka y le ordenaba que leyese en alta voz el único libro que en toda la vida había logrado entrar en su casa, *El Trabajador descansando*, de Novikof (1), ó que le

(1) *El Trabajador descansando*, revista



cantase cualquier cosa. Y Maximka (que, por rara casualidad, sabía deletrear las sílabas) se ponía á leer erre que erre, destrozando las palabras y poniendo los acentos al revés, frases por el estilo de ésta: «Pero el hombre apasionado deduce de ese lugar vacío que descubre en los animales consecuencias completamente contradictorias. Cada animal tomado aisladamente—dice ese hombre apasionado—es incapaz de hacerme feliz.» O bien entonaba con agudísima voz de falsete, alguna cancioncilla lúgubre, de la cual sólo podían percibirse unas *i... i... oh... ah...* y después *¡dolor!* Kharlof escuchaba, meneaba la cabeza y anunciaba que ¡todo se reduciría á polvo como la hierba de los campos! En su habitación había colgada una estampa, donde se veía un cirio encendido rodeado de rechonchos seres mofletudos que soplaban la luz con todas sus fuerzas, y con este letrero: «Tal es la vida humana.» Cuando se le pasaba la hora de la melancolía, volvía la estampa contra la pared. Kharlof, ese coloso, temblaba ante la idea de la muerte. Pero no rezaba, ni aun en lo más fuerte de sus accesos de hipocondría. Preciso es decir que

Kharlof era poco devoto; rara vez iba á la iglesia. Verdad es que pretendía que las dimensiones de su cuerpo no le permitían ir, porque ocupaba él solo el espacio de muchos fieles. El acceso terminaba, por lo común, de la manera siguiente: Kharlof comenzaba á silbotear, luego mandaba que le trajesen el carricoche, y algunos instantes después veíasele rodar por los contornos, agitando alegremente, por encima de su viejo gorro, la mano en que no tenía las riendas, como diciendo: «¡Nuestro es el mundo!»

— Al fin y al cabo, era un ruso.

Los hombres de una gran fuerza física, son, por lo general, flemáticos; Kharlof, por el contrario, se dejaba arrebatarse con facilidad. Nadie tenía el privilegio de sacarle de quicio tanto como el hermano de su difunta mujer, un tal Bitchkof, ser extravagante, mezcla de parásito y de bufón, que vivía con nosotros, y á quien desde su más tierna infancia se le conocía por el apodo de *Recuerdo*; de suerte que era *Recuerdo* para todo el mundo, incluso para la servidumbre, la cual se contentaba con añadir á este mote su nombre patronímico de Timofeitch. Creo que él mismo había olvidado su nombre de pila. Ese ruin ser, á quien todo el mundo se creía con derecho para menospreciar, y al cual faltában-

periódica. Moscu, tomo III, pág. 23. — El autor de esta colección, Novikof, era el jefe de los iluminados, de la escuela de Saint-Martin.



le todos los dientes de un lado, de suerte que su flaco rostro arrugado parecía torcido, estaba siempre en danza, metiase por todas partes, ya en la casa de los sacerdotes, ya en la *isba* del *starosta*. De todas partes lo echaban; pero él no hacía sino encogerse de hombros, guiñar sus ojos bizcos y luego reirse con una risa muy desagradable, semejante al ruido de una botella cuando se enjuaga. Había yo creído siempre que como *Recuerdo* hubiese tenido dinero hubiera llegado á ser un hombre muy perverso, inmoral y cruel; por fortuna, era pobre. No se le daba permiso para beber sino los días de fiesta; y se le vestía con decencia por orden de mi madre, con la cual jugaba todas las noches la partida á los cientos ó al *bostón*. Sus gustos eran escuchar tras de las puertas, ir con chismes y cuentos, y sobre todo mofarse de alguién. Obraba así como si algún antiguo agravio le hubiese dado derecho á vengarse en todo el mundo. Llamaba á Kharlof su *hermanito*, y le hostigaba hasta *hacerle tragar cordilla*, como dicen nuestros labriegos.

Cierto día que Kharlof en nuestra sala de billar, vasta pieza donde nadie había visto nunca volar una mosca (motivo por el cual nuestro vecino, que tenía grande enemiga al sol y al calor, gustaba

mucho de estar en ella), *Recuerdo* se puso á dar saltos y vueltas en torno de su panza, diciéndole con gran copia de fisgas y muecas: «Hermanito, ¿por qué has hecho morir á mi hermana Margarita Timofeievna?» Kharlof, que estaba sentado entre la pared y la mesa de billar, no pudo contenerse y alargó bruscamente sus manazas. Por suerte para *Recuerdo*, éste último tuvo tiempo de esquivar el golpe; los puños de su cuñado fueron á chocar contra la mesa, y los seis gruesos tornillos que sujetaban al piso de madera el pesado armatoste rompiéronse todos á la vez. ¿Qué hubiera sido de *Recuerdo*, si llega á alcanzarle tal andanada?

De largo tiempo atrás tenía yo curiosidad por conocer la casa de Kharlof y ver qué especie de habitación se había fabricado. Una vez le propuse acompañarle á caballo hasta Ieskovo (así se llamaban sus dominios).

— ¡Vaya con el mocito! — exclamó Kharlof; — quiere ver mi reino. Anda, ven. Te enseñaré el jardín, y la casa, y la granja, y todo. Tengo un montón de cosas buenas.

Partimos. Desde nuestro castillo hasta Ieskovo había tres *verstas* de distancia.

— Aquí tienes mi reino — dijo bien pronto, esforzándose por volver hacia mí su pesada cabeza y agitando



de derecha á izquierda la mano.—  
Todo esto es mío.

La morada de Kharlof alzábase en la cúspide de una colina. Abajo, á lo largo de un estanque, algunas miserables barracas parecían pegadas unas á otras. De pié sobre un tablón, una vieja campesina daba de firme en una prenda de lienzo que acababa de retorcer.

—¡Axinia!—gritó Kharlof con una voz tan formidable que hizo levantar el vuelo á una bandada de cuervos en un próximo sembrado de centeno—¿estás lavando los calzones de tu marido?

La anciana volvió todo el cuerpo de una vez, como si fuese de una sola pieza, é hizo una profunda reverencia.

—Sí, señor; sus calzones, padrecito mío — murmuró con voz cascada.

—¡Que te vea yo hacer otra cosa! Observa, mira — continuó, dirigiéndose á mí y trotoneando á lo largo de una cerca ruinosa—este es mi cáñamo, el mío, y aquel el de los colonos. ¿Ves qué diferencia? Y este es mi jardín; yo soy quien ha plantado esos manzanos; y esos sauces, yo también. Antes, de mí no había por acá ningún árbol. Aprende lo que hay que hacer; bobito.

Entramos en un patio rodeado de empalizadas. Frente á la puerta co-

chera alzábase una casita muy viejucha, con techumbre de bálago y una pequeña escalinata sostenida por postes de madera. A un costado del patio se había edificado otra casita de aspecto un poco más moderno y adornada con una caperuzza por desván; también parecía, cual se dice entre nosotros, estar sobre patas de gallina.

—Mira — me dijo Kharlof — en qué zaquizamí vivieron nuestros padres. ¡Pues bien, contempla, qué palacio me he construido!

Ese palacio tenía todo el aspecto de un castillo de naipes. Cinco ó seis perros, á cual más lanudos y feos, nos acogieron con furiosos ladridos.

—Son perros de pastor — dijo Kharlof — de la verdadera raza de Crimea. ¡Callad, malditos! Por nada os ahorcaría á todos.

Un joven vestido con un largo gabán de nankín se presentó en la escalinata de la casa nueva: era el marido de la hija mayor. De un salto se plantó junto al *droski*, y sosteniendo respetuosamente con una mano el codo de su suegro, extendió la otra como para ayudar también á la enorme pierna de Kharlof, quien se apeaba del *droski* como de un caballo. En seguida vino á ayudarme á dejar mi cabalgadura.

—¡Ana! — exclamó Kharlof — el hijo de Natalia Nicolavna se digna visitarnos; hay que obsequiarle.



¿Dónde está la pequeña Evlampia?  
Ana era la mayor de sus hijas,  
Evlampia la menor.

—No está en casa, ha ido al  
campo á coger coronillas—respon-  
dió Ana, abriendo una ventana de  
junto á la puerta.

—¿Hay leche cuajada?—pregun-  
tó Kharlof.

—La hay.

—¿Y crema también?

—Y crema.

—Vamos, pon todo eso en la  
mesa. Entretanto, le enseñaré mi  
gabinete. Venid por aquí—añadió  
haciéndome una seña con el dedo.—  
Dentro de su casa no me tuteaba:  
hay que ser cortés con un huésped.  
Me condujo á lo largo de un pasi-  
llo.—Mirad dónde residido—dijo de  
pronto, al pasar los umbrales de  
una ancha puerta;—he aquí mi ga-  
binete. Bien venido seáis.

Era una espaciosa estancia, casi  
desnuda, sin revestir de yeso, de  
suerte que se veían las vigas que  
formaban las paredes. De grandes  
clavos, puestos sin simetría, colga-  
ban dos látigos, un tricornio viejo,  
un fusil de chispa, un sable, una  
calabaza, un extraño collarón de  
caballo con placas de cobre, y el  
famoso grabado representando el  
cirio encendido y expuesto á todos  
los vientos. En un rincón había un  
diván de madera, recubierto con  
una alfombra muy charra. Millares

de moscas zumbaban sordamente  
bajo el techo. Por lo demás, en  
aquella estancia hacía fresco; pero  
allí se le agarraba á uno á la gar-  
ganta aquel olor silvestre que Khar-  
lof llevaba consigo á todas partes  
donde iba.

—¿No es verdad que mi gabi-  
nete es muy hermoso?

—Hermosísimo.

—Mira un poco esa collera ho-  
landesa que tengo ahí—continuó,  
tornando á su tuteo habitual.—Es  
un collar maravilloso. Se lo adquirí  
á un judío por cambio. Miralo bien.

—Es un magnífico collar.

—No hay nada mejor para el ser-  
vicio suyo. Olisquea un poco. ¡Vaya  
un cuero!

Olí el collarón: apestaba á sebo  
rancio, y nada más.

—Vamos, sentaos ahí, en esa si-  
llita. Estad como en vuestra casa—  
me dijo Kharlof.—Y sentándose  
también él en su diván, cerró los  
ojos y pareció quedarse dormido.  
Le miré de hito en hito, sin can-  
sarme de admirarlo: ¡una verda-  
dera montaña! Movióse de pronto.

—¡Ana!—exclamó con voz de  
trueno; y su gran barriga se levantó  
y volvió á caer como una ola en el  
mar.—¡Ana!... ¿No me has oído?...  
¡Vamos, menearse!

—Todo está presto, dignaos ve-  
nir—respondió á lo lejos la voz de  
su hija.



Asombrado de la rapidez con que se ejecutaban las órdenes de Kharlof, le seguí al comedor, donde, sobre una mesa cubierta con un mantel rojo con dibujos blancos, estaba ya servido el desayuno: leche cuajada, crema, pan de trigo, y hasta azúcar en polvo mezclado con canela. Mientras sorbía yo la leche cuajada; Kharlof habíase de nuevo sentado en un rincón. Inmóvil delante de mí y con los ojos bajos estaba de pie Ana Martinovna, y por la ventana podía ver yo á su marido paseando mi caballo por el patio y frotando con las manos la barbada del freno, que había soltado de las bridas.

Mi madre no quería á la hija mayor de Kharlof. La encontraba altanera. En efecto: Ana Martinovna jamás venía á saludarnos á casa, y su actitud ante mi madre era fría y reservada, aun cuando gracias á los beneficios de ésta se había educado en colegio, había encontrado marido, y el día de la boda había recibido mil rublos de dote, así como un chal de cachemira de color amarillo, un poco usado en verdad. Era una mujer de mediana estatura, cenceñita, vivaracha y de rápidos movimientos, con espesa cabellera oscura y una agradable carita morena, donde se dibujaban de un modo extraño, pero encantador, unos ojos rasgados y suaves, de co-

lor azul claro. Su nariz era fina y recta, los labios finos también y aguda la barbilla. Al verla, cada cual no podía por menos de pensar: «Eres lista, pero dura.» Sin embargo, todo era atractivo en su persona; los lunarcitos sembrados en su rostro no hacían sino aumentar la viveza de la fascinación que ejercía. De pié y con las manos ocultas bajo su pañoleta, mirábame á hurtadillas de arriba abajo. Una sonrisita picaresca vagaba por sus labios, por sus mejillas y hasta por las largas pestañas de sus ojos. «¡Ah señorito mimado!», parecía decir esa sonrisa. Cada vez que respiraba, se entreabrían ligeramente las ventanillas de la nariz. A pesar de todo, pensaba yo que como Ana Martinovna hubiera querido darme un beso con sus labios finos y delgados, habría saltado yo de gusto hasta el techo. Sabía que era muy severa, muy exigente, que las mujeres y las hijas de los colonos la temían como al fuego. Eso no importa. Ana Martinovna tenía el privilegio de agitar mi corazón; pero entonces tenía yo quince años, y á esa edad...

Kharlof se movió de nuevo.

—Ana — exclamó — debías aporrrear algo en el piano; eso agrada á los señores jóvenes. Volví la cabeza; en efecto, allí había un cascajo de clavicordio en un rincón de la pieza.

—Obedezco, padre— contestó Ana.



—Pero, ¿qué puedo tocar que agrade al señor? Nada que le guste.

—Pues entonces, ¿qué os enseñan en el colegio?

—Todo lo he olvidado, y, además, están rotas las cuerdas.

El timbre de la voz de Ana era muy agradable, sonoro y ligeramente quejumbroso, como el chillido de las aves de rapiña.

—Entonces—dijo Kharlof pensativo—entonces... ¿quiere V. ver mis trojes de trigo? Es muy curioso. Volodka (diminutivo de Vladimiro) os guiará.—¡Eh, Volodka!—gritó á su yerno, que continuaba paseando mi caballo por el patio—lleva al señor al hórreo y á todas partes. Enséñale todo ese tiberio. Yo necesito dormir. Hasta luego.

Salió y le seguí. En seguida Ana, rápidamente y como á disgusto, se puso á alzar los manteles. En el umbral de la puerta me volví y la hice una profunda reverencia; pareció no advertirla, y se limitó á sonreirse, pero con una sonrisa menos benévola aún que la primera vez.

Tomé mi caballo de manos del yerno de Kharlof, y lo llevé de la brida. Fuimos juntos á visitar el granero; mas como en él no había nada de particular que me pareciese curioso, y como mi guía no podía suponer en un muchacho de mi edad pasión por la agronomía, atravesá-

mos el jardín para salir á la carretera.

Vladimiro Slotkin era huérfano, hijo de un empleado subalterno que había sido agente de negocios de mi madre. Comenzó ésta por meterlo en la escuela del distrito, y luego le hizo entrar de dependiente en las oficinas de la administración de nuestro patrimonio. Más tarde ingresó en el servicio de los depósitos de provisiones de la corona, y, por último, le habían casado con la hija de Kharlof. Mi madre le llamaba «el pequeño judío»: con sus cabellos rizos, sus ojos negros y siempre húmedos como ciruelas en compota, su nariz aguileña y sus gruesos labios rojos, tenía por completo el tipo de la raza oriental. Aparte de eso, tenía blanca la piel y podía pasar por un guapo mozo. Vladimiro era de un carácter muy servicial, mientras no se tratase de sus propios intereses. La furia por ganar dinero casi le hacía perder la cabeza, y á veces derramar lágrimas. No podía sufrir que no se le cumpliese al punto una promesa que se le hiciera; temblaba de ira, gimoteaba de despecho. Gustábale andorrear por los campos con una escopeta; y cuando saltaba una liebre ó un ánade, se los embaulaba en el zurrón con cara satisfecha. «Lo que es ahora, amiguitos—parecía decir, acariciándolos con las ma-

PERTENECER A LA  
BIBLIOTECA



nos—ya no os escapáis; os cogí, vais á servirme.»

—¡Qué buen caballito tenéis!— exclamó con su voz ceceadora, ayudándome á montar.—Uno así quisiera yo tener; pero no tengo tanta suerte. Debíais hablar de eso á vuestra señora madre, y recordarla...

—¿Es que había prometido darle á V. uno?

—¡Ay, no!... ¡Ah, si me lo hubiese prometido!... Sólo que suponía yo, en vista de su gran generosidad, que...

—¿Por qué no se dirige V. á Martín Petrovitch?

—¿A Martín Petrovitch?—repitió Slotkin, apoyándose en cada sílaba.—¡Ah, santo Dios! A sus ojos, absolutamente lo mismo soy yo que cualquier miserable Maximka. Me trata con sordidez, y no tenemos ninguna recompensa por nuestros trabajos.

—¿De veras?

—Os lo juro delante de Dios. En diciendo él «mi palabra es sagrada», es lo mismo que si os cortase todo vuestro discurso con un hacha. Rogarle y no rogarle, todo es igual. Y luego no ama tanto á mi esposa Ana Martinovna como á su otra hija Evlampia.

Interrumpiéndose de pronto, se golpeó los muslos con desesperación. «¡Oh, Señor Dios! Mirad: un bandido ha segado la mitad de un cuar-

to de yugada de nuestra avena. ¡Viva V. después de esto! ¡Malvados, ladrones!... Lo menos han hecho una tala por valor de rublo y medio, de dos rublos.» Las desesperadas exclamaciones de Slotkin sonaban como sollozos. Piqué espuelas á mi caballo, y le dejé plantado allí.

Aún llegaban á mi oído los lamentos de Slotkin, cuando salió á mi encuentro por uno de los recodos del camino aquella segunda hija de Kharlof que había ido á coger coronillas, según el dicho de su hermana. Una gruesa guirnalda de tales flores rodeaba su cabeza. Nos saludamos en silencio. Evlampia no era menos hermosa que su hermana, pero su belleza parecía muy diferente. De elevada estatura y fuerte complexión, todo era en ella grande; la cabeza, los miembros, las manos, los dientes, blancos como la nieve, y sobre todo los ojos, que tenía un poco á flor de cara, de un color azul oscuro y algo velados por los párpados. Aquella virgen monumental era digna hija de Kharlof. La trenza de sus rubios cabellos tenía tal longitud, que veíase obligada á arrollarla tres veces en torno de su frente. Su boca era encantadora, de un hermoso color purpurino, y fresca como una rosa. Al hablar, levantábase su labio superior con tanta simplicidad como el de un ni-



ño. Pero en la mirada de sus ojos, que se movían con lentitud, había algo de salvajismo, casi de ferocidad.

—Es una indómita, de sangre cosaca—decía Kharlof.—En el fondo, me intimidaba; aquella colosal hermosa me recordaba demasiado á su padre.

Continué, por tanto, mi camino. Comenzó ella á cantar con voz igual, fuerte y un poco áspera, una verdadera voz de campesina; luego se calló bruscamente. Volví atrás la cabeza, y desde lo alto de la colina adonde había yo llegado, vi á Evlampia de pié junto al yerno de Kharlof, frente al campo en que habían segado la avena. El se movía, gesticulaba; ella permanecía desdenosamente inmóvil. El sol iluminaba con brío su figura, y la guirnalda de flores silvestres que tenía puesta en la cabeza azuleaba herida por sus rayos.

Creo, señores, haberos ya dicho que mi madre hacía gestiones para proporcionar á esta otra hija de Kharlof un marido. Era uno de nuestros más pobres vecinos, un comandante retirado que se llamaba Gavriilo Gitkof, hombre ya maduro y, como él mismo decía no sin orgullo, «baqueteado de firme». Apenas sabía leer y escribir, y su talento natural no era muy superior á su instrucción; sin embargo, le

alentaba la secreta esperanza de llegar algún día á ser intendente general del patrimonio de mi madre, porque sentía dentro de sí el genio de un *ejecutor de órdenes* (1). «De otra cosa no quiero envanecerme (decía); pero lo que es de contar los dientes á los labriegos, esa ciencia la poseo hasta en sus últimos primores. En el servicio militar he tenido ocasión de aprenderla al dedillo.» Si Gitkof hubiera sido menos cernícalo, hubiese comprendido que no tenía ninguna posibilidad de conseguir ese puesto de intendente, porque antes habría sido menester quitar al intendente titular, un tal Lisinski, un polaco muy entendido y enérgico, en quien mi madre tenía absoluta confianza. Gitkof tenía larga la cara como la de un caballo, cubierta de una borra de pelos amarillentos que le empezaba inmediatamente debajo de los ojos. Aun con los mayores fríos, ese rostro estaba inundado de gotitas de sudor. Al acercarse mi madre, cuadrábase él como un soldado ante su oficial; la cabeza se le meneaba de celo; sus enormes manos se estremecían á lo largo de los muslos, y toda su persona parecía estar diciendo: «Manda, y salgo volando á obedecer.» Mi madre no se hacía ilusiones acer-

(1) Era la gran cualidad requerida en tiempo del emperador Nicolás. Con ella estábase seguro de llegar á todo.



ca de los recursos intelectuales del personaje; esto no era óbice para que deseara ella la boda entre Evlampia y él.

—¿Pero sabrás manejarlas, padrecito?—le preguntó un día.

Gitkof sonrióse con aire de suficiencia.

—¿Qué dice V. Natalia Nicolavna? He mandado un batallón entero, y lo he hecho andar como una seda. ¡Conducir á una mujer! ¿Merece la pena hablar de ello?

—Hay diferencia entre un batallón de reclutas y una joven de sangre noble—respondió mi madre, con acento de disgusto.

—¡Oh! Natalia Nicolavna—replicó el comandante—sabemos eso muy bien; también podemos comprender lo superfino de la delicadeza. Una señorita: eso lo dice todo.

—En fin—dijo mi madre después de reflexionar un poco—Evlampia sabrá defenderse.

## II

Un día del mes de Junio, al caer la noche, anunciaron la llegada de Kharlof. Asombróse mi madre. Hacía más de una semana que no habíamos visto á nuestro vecino, quien jamás tardaba tanto en hacer sus visitas.

—Alguna cosa ha ocurrido—dijo ella á media voz.

En efecto, Kharlof, que se dejó caer en seguida sobre un asiento junto á la puerta, estaba tan pálido y su rostro tenía una expresión tal de zozobra, que mi madre no pudo remediar el repetir en voz alta la frase que acababa de escapársele.

Kharlof levantó hacia ella sus ojillos, exhaló un largo suspiro y acabó por declarar que había venido... para un asunto que..., de tal naturaleza..., por causa de...

Luego, después de haber mascullado otras palabras tan incoherentes como éstas, levantóse de pronto y se fué.

Llamó mi madre y encargó á un criado que saliese en busca de Kharlof y lo trajese. Pero éste había tenido tiempo de montar en su *droski* y había desaparecido.

Al siguiente día por la mañana iba á mandarle un propio mi madre, á quien la extraña acción de Kharlof, y, aún más que eso, la manifiesta ansiedad de sus facciones, le habían á la vez sorprendido y turbado, cuando apareció él mismo en persona. Parecía un poco más tranquilo.

—Veamos, padrecito—exclamó mi madre en cuanto le vió—¿qué tenías ayer? «Señor Dios, pensé, ¿es que se habrá guillado nuestro viejo?»



—No estoy guillado, señora—  
respondió Kharlof—soy más fuerte  
que eso; pero necesito consultar  
á V.

—¿Sobre qué?

—Sólo que dudo... ¿Le moles-  
tará?

—Habla, habla—dijo en seguida  
ella—pero con sencillez. No me  
conmuevas. ¿A qué viene ese le  
molestará? ¿Acaso te ha vuelto á  
acometer la melancolía?

Kharlof frunció el entrecejo.

—No es mi melancolía; eso me  
sucede con luna llena. Pero permítame  
V. una pregunta, señora. ¿Qué  
piensa V. acerca de la muerte?

Mi madre hizo un ademán de es-  
panto.

—¿De qué?—dijo ella.

—De la muerte. ¿Puede alguien  
librarse de la muerte en el mundo?

—¿Qué demonios estás diciendo?  
¿Hay alguno de nosotros que sea  
inmortal? Tú mismo, con ser un  
gigante, darás fin.

—¡Oh, sí, tendré fin!—excla-  
mó Kharlof bajando la cabeza.—  
Acabo de tener una alucinación  
nocturna—dijo con voz sorda y  
lenta.

—¿Cómo?

—Una alucinación nocturna—  
repitió Kharlof.—Soy un gran *vi-*  
*dente* de ensueños.

—¿Tú?

—Yo. ¿No lo sabía V.?

Kharlof exhaló un suspiro.

—Escuche V. Hace de esto poco  
más de una semana; precisamente  
era la víspera de San Pedro. Me  
acosté para descansar un poco, y  
me dormí. De pronto veo entrar en  
mi alcoba un potro negro. Este po-  
tro se puso á triscar y enseñarme  
los dientes. Un potro negro como  
un *tarakán* (1).

Kharlof se calló.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó mi  
madre.

—Cuando cátrate que ese mismo  
potro se vuelve de grupa y me lar-  
ga una de coces en el codo izquier-  
do, en el punto sensible. Me des-  
pierto; mi brazo izquierdo no fun-  
ciona ya... y tampoco mi pierna  
izquierda. Bueno, digo para mí,  
esto es una parálisis. Sin embargo,  
poquito á poco me vuelve el movi-  
miento; pero empezaron á correr-  
me hormigas por las coyunturas  
durante largo tiempo, y todavía me  
corren. En cuanto abro la palma de  
la mano, se ponen á correr.

—Martín Petrovitch, eso es que  
te has echado sobre el brazo; y  
nada más.

—No señora, no es lo que tiene V.  
á bien decir. Es una advertencia  
que he recibido; es que se me anun-  
cia mi muerte. Por tanto, he aquí

(1). Especie de escarabajo ó de cucaracha  
negra.



lo que deseo participarle á V., señora, y sin perder un instante. Como no quiero—continuó Kharlof á grito pelado—que la muerte me coja desprevenido á mí, esclavo de Dios, he resuelto esto en mi magín: dividir desde ahora, en vida mía, todos mis bienes entre mis dos hijas, Ana y Evlampia, del modo que Dios me dé á entender.

Kharlof se detuvo, exhaló un gemido y añadió:

—Sin perder un instante.

—Bien, esa es una idea razonable—observó mi madre.—Sólo encuentro que te precipitas con demasiada premura.

—Y como en este mismo asunto—continuó Kharlof alzando aún más la voz—quiero observar el orden y la legalidad imprescindibles, tengo el honor de rogar á vuestro hijo Dmitri Semenitch (en cuanto á V., señora, no me atrevo á incomodarla), ruego al susodicho vuestro hijo Dmitri Semenitch (y en cuanto á mi pariente Bitschkof, se lo prescribo como un deber) que asista á la ceremonia de levantarse el acta notarial y á la de dar posesión de mis bienes á mis dos hijas, Ana (casada) y Evlampia (célibe); acto que habrá de efectuarse pasado mañana, á las doce del día, en mis propios dominios de Ieskovo, con asistencia de las autoridades actualmente en ejercicio, las cuales han

recibido ya la invitación para ese acto.

Mucho trabajo le costó á Kharlof concluir con esta larga retahíla, que evidentemente se aprendió de memoria, y que fué interrumpida por frecuentes suspiros y ayes. Parece como que no había aire bastante dentro de su pecho. Su rostro, descolorido desde dos días á la fecha, púsose de color carmesí; varias veces enjugó el sudor que le corría por la frente.

—¿Has redactado ya el escrito de petición? —preguntó mi madre.—¿Cuándo has tenido tiempo?

—¡Oh! He tenido tiempo... sin comer, sin beber, sin dormir.

—¿Lo has escrito tú mismo?

—Me ha ayudado Volodka.

—¿Has presentado ya tu instancia?

—La he presentado. Y el tribunal de la provincia ha providenciado; y el tribunal del distrito ha recibido la orden; y la comisión delegada de éste ha fijado ya qué día viene.

Mi madre se sonrió.

—Martín Petrovitch, veo que has tomado todas tus medidas... ¡Y con qué celeridad! De seguro que no has economizado gastos.

—Señora, nada he economizado.

—Solamente que, ¿por qué decías que ibas á consultarme? Bueno, Dmitri puede ir. Y mandaré



también á *Recuerdo*, y asimismo diré á Lisinski que vaya. ¿No has invitado á Gavriilo Fedulitch?

—Gavriilo Fedulitch... el señor Gitkof... ha recibido análogo aviso de mi parte: asistirá... como prometido esposo.

Evidentemente Kharlof había agotado hasta las últimas reservas de su elocuencia. Además, me pareció que no le hacía mucha gracia el marido que mi madre destinaba para su segunda hija. Quizá soñase con un partido más ventajoso para su queridita Evlampia.

Levantóse con lentitud de la silla, y arrastró el pié sobre el piso entarimado, diciendo:

— Muchas gracias por su consentimiento.

— ¿Pero á dónde vas? — dijo mi madre. — Espera, voy á hacer que te sirvan el almuerzo.

— Muchas gracias — repitió Kharlof; — pero no puedo; necesito volver á casa.

Marchó á reculones hacia la puerta, é iba á franquear sus umbrales de costado, según su costumbre.

— Espera, aguarda — exclamó mi madre. — ¿Pero es cierto que así, sin más ni más, entregas cuanto tienes á tus hijas, sin reservarte nada?

— Seguramente, sin reservarme nada.

— ¿Y tú, dónde vivirás?

Kharlof agitó sus brazos en el aire.

— ¿Que dónde viviré? Pues, toma... en mi casa, como lo he hecho hasta el presente. ¿Qué cambio quiere V. que haya en ello?

— ¿Pero tan seguro estás de tus hijas y de tu yerno?

— ¿Os dignáis nombrar así á ese Volodka, ese gusanillo? Le haré andar como me dé la gana. ¿Qué puede él? Y en cuanto á ellas, á mis hijas, están obligadas hasta mi muerte á darme de comer y de beber, vestirme y calzarme... ¿No es su deber, y el más sagrado? A parte de que no se les consumirán mucho los ojos de mirarme. Aquí está la muerte... tras de mis espaldas.

— Dios manda la muerte cuando le acomoda — replicó mi madre; — y en cuanto á tus hijas, tal es, en efecto, su deber. Sólo que (dispénsame que te lo diga, Martín Petrovitch) tu hija mayor todo el mundo sabe que es una orgullosa, y la segunda tiene también miradas de lobo.

— ¡Natalia Nicolayna! — exclamó Kharlof. — ¿Qué dice V., santo Dios? ¿Qué!... ¿Que ellas..., que mis hijas..., que yo... faltar á la obediencia...! Ni por pienso... ¿Cómo? ¿Resistirse!... ¿A quién? ¿A un padre?... Y la maldición, ¿cuánto tiempo tardaría en caerles encima?... Han pasado su vida entera con el temblor



de la sumisión..., y de golpe y porrazo... ¡ Ah, gran Dios!

Una tos asfixiante acometió á Kharlof; mi madre se apresuró á calmarle.

— Lo único que no he podido comprender — dijo — es el por qué de esas particiones inmediatas. Después de que tú faltes, siempre serían ellas quienes lo heredasen todo. Supongo que tu melancolía es la causa de todo eso.

— ¡ Caramba, madrecita — replicó Kharlof, no sin enfado — por fas ó por nefas no hace V. más que echarme en cara mi melancolía! En este momento acaso me impulsa un poder superior. ¡ Y V.... dale que dale con mi melancolía!... Señora, he hecho inmediatamente esa partición, porque yo en persona, según mis propias decisiones, quiero fijar y determinar desde ahora mismo lo que á cada una de ellas le corresponde; y que habiendo recibido de mí cada cual mis beneficios, sienta gratitud por ellos y ejecute con fidelidad lo que ha decidido su padre y bienhechor. Porque es una gran merced...

Al llegar aquí, alteróse de nuevo la voz de Kharlof.

— Basta, basta, padrecito... no sea que aparezca otra vez el potro negro.

— ¡ Oh! Natalia Nicolavna, no me hable V. de él... aún veo su blanca

dentadura... Tengo el honor de saludar á V.... En cuanto á V., caballero mío, tendré el honor de esperarle pasado mañana en mi casa.

Kharlof se fué. Mi madre le miró cómo se alejaba, y cabeceando murmuró:

— No espero nada bueno de eso, nada bueno. ¿ Has reparado — añadió, dirigiéndose á mí — en que durante todo el tiempo que estuvo hablando no hizo más que guiñar los ojos, como quien parpadea al darle el sol en la cara? Mala señal. Cuando un hombre hace esto, es que tiene un peso en el corazón y le amenaza una desdicha. Vete á su casa pasado mañana, con Lisinski y *Recuerdo*.

En el día prefijado, vino á situarse majestuosamente ante la escalinata de nuestra casa señorial nuestro gran carruaje de familia, de cuatro asientos, tirado por seis caballos alazanes tostados, y conducido por el cochero principal, una especie de panzudo patriarca con largas barbas grises. La importancia del acto que iba á realizar Kharlof y la solemnidad de su invitación habían influido en el ánimo de mi madre. Ella misma dió orden de que enganchasen aquel coche de gala; me encargó, lo mismo que á *Recuerdo*, que nos pusiéramos los vestidos de fiesta para honrar tanto



más á su protegido. Respecto á Lisinski, éste iba constantemente de traje negro y corbata blanca.

Durante todo el trayecto no cesó *Recuerdo* de chacharear como una urraca, preguntándose á cada paso si le dejaría también alguna cosa su cuñado, y tratándole de ídolo pagano y de inaguantable un momento después. Lisinski, hombre tétrico y bilioso, no pudo reprimirse y dijo con su acento polaco:

—¡Miren los señores hidalgos, nuestros amos! No se pueden aguantar sin ir á la rebusca de majaderías. Pero, ¿no pueden estar Vds. tranquilos, sin soltar ese ható de necesidades que nadie echa de menos? (Esta era su frase favorita.)

—Bueno, bueno—murmuró amoscado *Recuerdo*; y callándose, dirigió sus bizcas miradas por la portezuela del carruaje.

No había pasado aún media hora, y los caballos al trote con aire sostenido apenas comenzaban á mojar con el sudor las finas correas de los arneses, cuando llegábamos ya á casa de Kharlof. Nuestro vehículo rodó por el patio, penetrando á través de la puerta cochera abierta de par en par. El postillón de los dos caballos del tronco delantero, niño de cinco ó seis años, cuyos piés apenas pasaban del borde de la silla de montar, lanzó por última vez su grito de ¡*Ahí va!* Los dos codos de nues-

tro cochero patriarcal se elevaron juntos para retener las riendas, y paramos en firme. Ningún perro nos saludó con sus ladridos. También faltaban los numerosos hijos de la servidumbre, que en los patios suelen verse bullir con las camisetas abiertas hasta el vientre y con la cruz de madera colgando del cuello. El yerno de Kharlof nos esperaba en el umbral. Habían plantado á ambos lados de la escalinata, como es costumbre el día de la Trinidad. Todo parecía solemne. El yerno de Kharlof llevaba una gran corbata de terciopelo de algodón con un nudo de raso, y un traje negro horriblemente estrecho. El cosaquito Maximka se había echado tanta cerveza *kvass* á guisa de pomada, que sus cabellos iban chorreando. Entramos en el salón y presentóse á nuestra vista Kharlof, inmóvil en medio de la estancia. Se había plantado su casacaquin de miliciano de 1812, de paño gris, con una valona de paño negro. En su pecho lucía una medalla de bronce; llevaba un sable al costado. Su mano izquierda estaba puesta en la empuñadura del sable, mientras que la derecha, apoyándose sobre un legajo de papeles, descansaba en una mesa cubierta con un tapete rojo.

Kharlof no se movía, ni siquiera parecía respirar. No es posible ex-



presar lo serio de su apostura, la seguridad en su poder ilimitado, absoluto. Apenas si nos saludó con un movimiento de cabeza; luego, mostrándonos con un dedo una fila de sillas, nos dijo con voz breve:

—Tomad asiento.

Las dos hijas de Kharlof estaban al lado derecho del salón, en traje dominguero: Ana, con vestido verde y cinturón amarillo, Evlampia con vestido de color de rosa y cintas de color de cereza. Gitkof estaba de pié junto á ella, con su uniforme nuevecito, con la expresión habitual de una ansiedad ávida y bobalicona, y con una mayor cantidad de sudor en su velludo rostro. Al lado izquierdo del salón estaba sentado el sacerdote, anciano vestido con la larga *riassa* rosada y de color de tabaco. Sus cabellos fuertes y rígidos, sus ojos mustios y tristes, sus grandes manos callosas que dejaba caer inertes sobre las rodillas, las botas agujereadas que se le veían por debajo de la sotana, todo daba en él testimonio de una existencia de fatigas y de miseria: su parroquia era muy pobre. Junto á él estaba el *ispravnik* (jefe de la policía del distrito), un hombrecillo gordo y pálido, breve de brazos y de piernas, con unos bigotitos cortos y erizados, y una constante sonrisa retozona en los ojos y en los labios, aunque de mala expresión.

Pasaba por un gran gorrón de alborques y hasta por un tirano, como entonces decían; y, sin embargo, no sólo los hidalgos sino los mismos pecheros, habían concluido por habituarse á él y casi por amarle. Paseaba con aire truhanesco la mirada de sus ojillos negros en torno suyo; todo aquel ceremonial parecía divertirle. En el fondo, sólo le interesaba la perspectiva de un almuerzo rociado con aguardiente. En cambio, su vecino el procurador, esmirriado personaje de escuálido rostro surcado por unas patillas que iban de la nariz á las orejas, parecía tomar muy por lo serio la ceremonia que se preparaba; no quitaba ojo del dueño de la casa. Junto á él se puso *Recuerdo* y le habló al oído, después de noticiarme que era el primer francmasón de la provincia. Me senté junto á *Recuerdo*, y Lisinski junto á mí. En la cara del atareado polaco leíase el despecho que le causaba este trastorno, esta inútil pérdida de tiempo. Parecía decir: «¡Vaya con los caprichos de los señores rusos! ¡Oh, estos rusos...!»

Cuando todos hubimos ocupado nuestro sitio, Kharlof se irguió con toda su estatura, paseó por la concurrencia una mirada altiva, exhaló un ruidoso suspiro y comenzó de esta manera:

—Señores, he aquí á propósito de



lo que os he invitado... Me voy volviendo viejo, me abruma los achaques, he recibido ya un aviso, y la muerte, como todos lo sabéis, se aproxima á nosotros como un ladrón durante la noche... ¿No es así, padre mío?—añadió, dirigiéndose al clérigo.

—Así es en verdad—respondió éste con voz ronca y moviendo la barba.

—Por consecuencia de lo cual—continuó Kharlof, alzando la voz de pronto—no queriendo que la susodicha muerte me coja desprevenido...

(Y repitió palabra por palabra la frase que la antevíspera había dicho á mi madre.)

—Conforme á esta decisión que he tomado—continuó, elevando aún más la voz y golpeando con la mano los papeles esparcidos encima de la mesa—se ha redactado el presente instrumento público, y se ha requerido á las autoridades competentes, y vais á oír punto por punto todas mis voluntades... He reinado... bastante, como si dijéramos.

Kharlof se caló en las narices las gafas de hierro, y agarrando uno de los pliegos puestos encima de la mesa, dió lectura de él de esta suerte:

«Acta de partición de los bienes pertenecientes al cabo de escuadra retirado é hidalgo de antigua raza Martín Kharlof, redactada por él

en la plenitud de sus facultades y de su libre albedrío; donde se determinan con exactitud las partes afe-rentes á sus dos hijas, Ana y Ev-lampia...» (¡Saludad!)

Saludaron ellas; ¡y de qué modo!

«Los siervos y demás arrendamientos de ganados se reparten entre las susodichas hijas: *Manu propria...*»

—Es el borrador hecho por él—dijo el *ispravnik* á Lisinski con su eterna sonrisa;—quiere leerlo por la belleza del estilo. En cuanto al acta legal, está redactada con todas las formalidades y sin esas flores retóricas.

*Recuerdo* iba ya á chunguearse.

—Sí; pero conforme á mis voluntades—exclamó Kharlof, á quien no se le había escapado la observación hecha por el *ispravnik*.

—No cabe duda, conforme de todo punto—replicó este último con un tono á la vez obsequioso é impertinente;—sin embargo, bien sabéis, Martín Petrovitch, que nosotros no podemos evitar las fórmulas, y también hemos escamondado los detalles superfluos, pues el tribunal no puede en manera alguna meterse en esa letanía de vacas pías y de ána-des moñudos.

—Acércate—gritó Kharlof á su yerno, que se había deslizado detrás de nosotros y estaba de pié en humilde actitud junto á la puerta.



De un bote se puso al momento cerca de su suegro.

—Toma y lee; eso me fatigaría.

Slotkin cogió el pliego de papel con ambas manos, y se puso á leer el acta con emoción y sensiblería, en voz clara, aunque un tanto temblorosa. Fijábanse allí con la más grande minuciosidad las partijas de las dos hermanas. De vez en cuando, Kharlof interrumpía la lectura.

«Escucha, Ana, esto es para ti en recompensa de tu celo»; ó bien: «Te regalo esto, mi pequeña Evlampia.»

Las dos hermanas saludaban, Ana hasta la cintura y Evlampia inclinando solamente la cabeza, y Kharlof las miraba con impertérrita seriedad. La «residencia señorial» (es decir, la casita nueva) se otorgaba á Evlampia en calidad de hija menor y según la antigua costumbre. La voz del lector entrecortóse al leer estas desagradables palabras. al paso que Gitkof se relamió los labios. Evlampia le miró de reojo. La expresión desdeñosa habitual en Evlampia, como en toda hermosa rusa, había adquirido un matiz más marcado. Kharlof se reservaba el derecho de ocupar las habitaciones de que á la sazón hacía uso, y se asignaba con el nombre de *dotación* «los alimentos ó el gasto completo de todas las provisiones naturales» y diez rublos al mes para vestir y

calzar. Después quiso leer por sí mismo la última frase de su redacción personal:

«¡Que esta voluntad paterna se cumpla por mis hijas santa y firmemente como una ley de Dios, porque después de Dios yo soy su padre y su jefe, y no tengo que dar cuentas á nadie, como jamás las he dado! Y si mis hijas ejecutan mi voluntad, mi paternal bendición caerá sobre su cabeza; si no realizan mi voluntad (¡de lo cual nos guarde Dios!), mi maldición les herirá ahora y siempre y por toda la eternidad.»

Kharlof elevó el papel y lo agitó sobre la cabeza. Inmediatamente, Ana se arrojó de rodillas y golpeó la tierra con la frente. Su marido hizo lo mismo junto á ella.

—¿Y tú?—dijo Kharlof á Evlampia.

Esta se ruborizó y se bajó también hasta el suelo. Gitkof se dobló por la cintura, separando los brazos.

—Vamos, levantaos y firmad aquí—dijo Kharlof, señalando con el dedo al pié de la hoja;—aquí: *Agradezco y acepto*, ANA; y aquí: *Agradezco y acepto*, EVLAMPIA.

Las dos jóvenes se levantaron y firmaron, una en pos de otra. Slotkin se levantaba ya é iba á coger también la pluma para firmar; pero Kharlof le rechazó metiéndole el dedo índice por la corbata con tal



fuerza, que al yerno le dió como un hipo. Hubo un minuto de silencio. Kharlof exhaló un sollozo, y poniéndose de costado, dijo con voz sorda:

—Ahora todo es vuestro.

Sus dos hijas y su yerno miráronse unos á otros, y, acercándose, le besaron en el brazo, entre el codo y el hombro.

El *ispravnik* dió lectura en alta voz al instrumento público legal; después, acompañado del procurador, salió á la escalinata y anunció el suceso á los testigos jurados, á los colonos de Kharlof y á las gentes de la servidumbre. Entonces se dió principio á la toma de posesión por las dos nuevas propietarias, que aparecieron también en el rellano de la gradería, y á quienes el *ispravnik* designaba con el dedo cada vez que, frunciendo el entrecejo y dando una expresión amenazadora á su rostro, por lo común indiferente, inculcaba á los labriegos el deber de la obediencia. Y en verdad que pudo haber prescindido de tales recomendaciones, pues no creo que existieran en todo el universo fisonomías más humildes y más hechas á la sumisión que las de los siervos campesinos de Kharlof. Vestidos con caftanes remendados y pellizas hechas girones, pero con los lomos muy ceñidos por el cinturón (según es uso en todo acto solemne), estaban de pié, inmóviles como estatuas

de piedra; y cada vez que el *ispravnik* lanzaba una exclamación, como «¿entendéis, diablos? ¿Comprendéis, demonios?», hacían juntos una profunda reverencia. Cada uno de aquellos *diablos* y de aquellos *demonios* sostenía con ambas manos su gorra delante del pecho, y no quitaba ojo de la ventana por donde se entreveía la figura de su amo. Los vecinos, testigos jurados, no sentían menos terror.

—¿Conocéis vosotros — gritaba el *ispravnik* — algún impedimento que se oponga á la toma de posesión por estas dos únicas hijas y herederas de Martín Petrovitch?

Todos los testigos metieron la cabeza entre los hombros.

—¿Conocéis alguno, diablos? — gritó el *ispravnik* otra vez.

—No conocemos ninguno, Vuestro Honor — respondió al fin con audacia un vejete avellanado, con los bigotes y la barba cortados. Era un licenciado del ejército.

—¿Qué intrépido es este Eremitch! — decían luego los vecinos, de vuelta para sus casas.

A pesar de rogárselo el *ispravnik*, Kharlof rehusó presentarse con sus hijas en la escalinata, diciendo:

—Mis súbditos obedecerán mi voluntad sin mi presencia.

Una nube de tristeza empañaba su frente. Se había puesto pálido; y



aquella tristeza y esta palidez compaginábanse tan mal con sus facciones de gigante, que me pregunté si serían efecto de aquella melancolía de que á veces le daban accesos. También los aldeanos parecían participar de ese sentimiento de sorpresa.

—¡Cómo! Nuestro amo está ahí vivo... ¡y qué amo! Martín Petrovitch... y ya no nos poseerá. ¿Es posible?

Yo no sé si Kharlof se imaginó lo que pasaba por la cabeza de sus siervos, ó si quiso manifestar por última vez su poderío. Abrió de pronto el *vasistas* de la ventana, y pasando por allí su cabezota, gritó con voz estentórea: «¡Obediencia!» y cerró bruscamente la vidriera. No por eso disminuyó el estupor de los rústicos; antes al contrario, parecieron aún más petrificados y hasta cesaron de mirar á la ventana.

En el grupo de la servidumbre se encontraban dos rollizas muchachas, cuyas sayas agujereadas no cubrían sus enormes pantorrillas; y un hombre (con un caftán de sarga, tan antiguo que la vejez lo había cubierto como de escarcha), quien había sido tañedor de trompa en tiempos de Potemkin. En cuanto al cosaquito Maximka, habíase reservado Kharlof su posesión. Ese grupo estaba más animado que el de

los labriegos; echaban miradas furtivas á sus actuales señoras. Estas guardaban grave apostura; sobre todo Ana, cuyos labios comprimidos y ojos porfiadamente bajos no prometían nada bueno á sus nuevos súbditos. Evlampia tampoco se movía; sin embargo, una vez se volvió para mirar de arriba á abajo con sorpresa á su futuro esposo, quien creyó que debía presentarse también en la escalinata.

—¿Con qué derecho apareces aquí?—parecían decir sus grandes ojos á lo diosa Juno.—Respecto á Slotkin, éste era quien más había cambiado de actitud. En todos sus movimientos veíase una actividad diligente. Dijérase que experimentaba como un apetito violento. Estiraba los brazos, agitaba febrilmente los hombros; sólo su cabeza permanecía encorvada.

Habiéndose concluido la ceremonia de la toma de posesión, el *ispravnik* frotábase ya las manos de gusto pensando en el almuerzo, ademán usual en él ante la primera copa de aguardiente. Pero Kharlof declaró que antes quería oír las preces, con aspersion de agua bendita. Así, pues, el sacerdote se revistió con una sobrepelliz que se caía á pedazos; y un diácono no menos decrepito salió de la cocina soplando con fuerza las brasas de un vetusto incensario de cobre. Re-



citáronse las preces de ritual. Kharlof no cesaba de prorrumpir en suspiros; como su obesidad le impedía doblarse hasta el suelo, mientras se santiguaba con la mano derecha, designaba con la izquierda el sitio hasta donde hubiera prosternado su frente. Slotkin estaba á la vez radiante y lacrimoso. Gitkof se limitaba á mover los dedos entre los botones de su uniforme, como lo hacen esos señores de la Guardia Imperial. Lisinski, en su calidad de católico, había abandonado la estancia. En cuanto al procurador, oraba con tal fervor, suspiraba con tanta compunción alzando sus ojos al cielo y moviendo los labios, que también á mí me dió un acceso de devoción y me puse á rezar con frenesí. Después de dichas las oraciones y de distribuirse el agua bendita en aspersion (adviértase que el católico Lisinski entró á mojarse los ojos, lo mismo que el tañedor de trompa de mano), Ana y Evlampia dieron gracias á su padre por última vez, y por fin llegó el momento de ir á almorzar. Hubo muchos platos, todos exquisitos, y les hicimos bien los honores. Cuando apareció la imprescindible botella de champagne fabricado á orillas del Don, el *ispravnik*, en concepto de representante de la autoridad y de iniciado en las costumbres de la sociedad distinguida, levantó su

copa y propuso un brindis en honor de las bellas propietarias, así como en el del muy respetable y muy magnánimo Martín Petrovitch Kharlof. Al oír Slotkin este calificativo de magnánimo dió un grito de entusiasmo y se precipitó sobre su bienhechor para abrazarle.

— Está bien, está bien — dijo Kharlof rechazándole con el codo.

Entonces ocurrió una de esas cosas que solemos llamar un desagradable incidente. Desde el principio del almuerzo, *Recuerdo* no había cesado de beber. De repente se levantó de la silla, más encendido que una remolacha y apuntando á Kharlof con el dedo, lanzó una de sus ofensivas carcajadas, y exclamó:

— ¡Magnánimo, magnánimo! Ya veremos cómo le sabe su magnanimidad cuando á él, siervo de Dios, le arrojen desnudo al medio de la nieve.

— ¡Qué disparatas ahí, imbécil! — dijo Kharlof con desprecio.

— Imbécil, imbécil — repitió *Recuerdo* — sólo Dios, que todo lo sabe, es quién puede saber cuál de nosotros dos es el verdadero imbécil. En cuanto á ti, hermanito, has comenzado por hacer morir á mi hermana, á tu esposa; ahora te has destruido á ti mismo como una cifra tachada... ¡Ja, ja, ja!

— ¡Cómo os atrevéis á insultar á



nuestro venerable bienhechor! — exclamó Slotkin; y soltando el brazo de Kharlof precipitóse sobre *Recuerdo*. — ¿No sabéis que, si nuestro bienhechor manifestase el menor deseo de ello, no vacilaríamos en romper el contrato de donación que nos ha otorgado su munificencia?

— Eso no os impedirá que le pongáis de patitas en la nieve — dijo *Recuerdo*, escondiéndose detrás de Lisinski.

— ¡Silencio! — gritó Kharlof con voz tonante. — Si te doy un golpe, no va á quedar más que un poco de cieno en el sitio que ocupas. Y tú también — dijo á Slotkin — no metas el morro donde nadie te llama. Si yo, Martín Petrovitch, he decidido que se haga esta escritura de donación, ¿quién puede romperla? ¿Quién puede oponerse á mi voluntad en el mundo entero?

— Martín Petrovich — comenzó á decir con lengua estropajosa el procurador (también había empinado el codo de lo lindo, sin que esto sirviese más que para aumentar su gravedad). — ¿Y, si á pesar de todo, hubiese dicho este caballero una gran verdad...? Acaba de V. realizar una grande acción... Sin embargo, si (lo que Dios no quiera), en vez de la gratitud que se le debe, recibiera V. no sé qué afrenta...

Miré á hurtadillas á las dos hermanas. Ana parecía tragarse con los ojos al leguleyo que acababa de hablar; y por cierto que en mi vida he visto más malvado rostro de mujer, más venenoso y más extrañamente bello. Evlampia se había vuelto, cruzando los brazos sobre el pecho; pero una sonrisa más despreciativa que nunca, torcía sus sonrosados labios. Kharlof se levantó del asiento y abrió la boca, pero faltóle la voz; pegó en la mesa un puñetazo tan fuerte que todo saltó y resonó dentro del comedor.

— Padre — apresuróse á decir Ana — el señor no nos conoce, y por eso habla así. Tened á bien no tomarlo á mal; no debéis dignaros sentir enojo. Parece que vuestra cara se tuerce.

Kharlof miraba á Evlampia. Esta no abrió el pico, aun cuando su vecino de mesa, Gitkof, la impulsaba con el codo á que lo hiciese.

— Te doy las gracias, hija mía Ana — dijo al cabo Kharlof con voz sorda — eres una muchacha de entendimiento. Confío en ti y en tu marido.

Slotkin dió de nuevo un grito de entusiasmo. Gitkof sacó el pecho y dió unos cuantos taconazos en el suelo. Kharlof no parecía prestar la más mínima atención á sus arrumacos.

— Ese haragán — continuó seña-



lando con la barba á *Recuerdo* — se goza en hacerme rabiar. En cuanto á V., señor procurador, le diré que no es apto para juzgar á Martín Kharlof. La inteligencia de V. no se eleva tan arriba. Es V. una persona de título académico, pero sus palabras son frívolas. La cosa ya está hecha; mi decisión no cambiará. Fuisteis bien venidos; sois bien dejados. Me voy. Ya he cesado de ser aquí el amo; soy una visita y hago uso de mi libertad... Ana, haz compañía á estos dos señores; yo me marchó. Ya basta.

Nos volvió la espalda, y sin añadir una sola palabra, salió lentamente de la estancia.

La partida del dueño de la casa, por fuerza tenía que desbaratar la reunión, con tanto mayor motivo cuanto que á su vez desaparecieron bien pronto nuestras dos damas. En vano fué que Slotkin tratase de retenernos. El *ispravnik* no pudo contenerse de reprender al procurador por su franqueza inoportuna.

—No he podido obrar de otro modo —respondió éste— ha hablado mi conciencia.

—¡Cuando yo os decía que es un francmasón—murmuró *Recuerdo* á mi oído.

—¡Vuestra conciencia—replicó el *ispravnik*—ya sabemos lo que es vuestra conciencia! Habita en vues-

tro bolsillo, como en todos nosotros pecadores.

Durante esta conversación, el clérigo, que estaba ya de pié y presentía el fin del banquete, no hacía más que engullir bocado tras bocado.

—Veo que tenéis buen apetito—dijo Slotkin con acritud.

—Es en previsión... ó como provisión—contestó el sacerdote con humildad.

Presentíase en aquella respuesta un hábito inveterado de hambre.

Ante la escalinata oyóse ruido de carruajes, y nos separamos.

Al regreso no hubo nadie que pudiera impedir á *Recuerdo* que charlase; porque habiendo declarado Lisinski que estaba harto de esas monerías «inútiles», se había ido á pié, y Gitkof ocupó su puesto en el carruaje. El comandante retirado estaba corrido de vergüenza y no hacía más que agitar al aire sus bigotes.

—¡Eh, eh, Vuestro Honor—gritaba *Recuerdo*—parece que á la subordinación se la ha llevado el demonio! Esperad, mísero novio... van á echaros pimienta... ¡jem! para haceros saltar.

*Recuerdo* se desternillaba de risa, y el pobre Gitkof no hacía más que retorcerse los bigotes.

Cuando estuve de vuelta en casa, referí á mi madre todo cuanto había sucedido. Me escuchó de cabo á



rabo, y meneó con frecuencia la cabeza, diciendo:

—Nada bueno auguro de eso; no me gustan todas esas innovaciones.

El siguiente día vino Kharlof á comer con nosotros. Mi madre le felicitó por el feliz término del asunto en que se había ocupado.

—Ahora eres un hombre libre y debes de sentirte más aliviado.

—Y así es, me siento con menos peso encima—respondió Kharlof, con un aspecto que revelaba todo lo contrario.—Nada me impide ahora pensar en mi alma y prepararme para la hora de la muerte.

—¿Y qué, te corren aún hormigas por dentro de la mano?—le preguntó mi madre.

Kharlof abrió y cerró el puño.

—Corren, señora. Y otra cosa más diré á V.; cuando empiezo á quedarme dormido, oigo que alguien me grita allá dentro de la cabeza: «¡Ten cuidado, ten cuidado!»

—Eso son los nervios—dijo mi madre; y luego se puso á hablarle acerca de los incidentes de la víspera.

—Sí, sí—dijo Kharlof, interrumpiéndola—ha ocurrido alguna cosa... poco grave. Sólo que... he aquí lo que además tengo que decir... —añadió, después de haber vacilado un poco.—Las necias palabras de *Recuerdo*, ni las vanas

del señor procurador, no me turbaron ayer... La que me trastornó fué...

Al llegar aquí, callóse Kharlof.

—¿Pues quién?—preguntó mi madre.

Kharlof se la quedó mirando fijo: —¡Evlampia!

—¿Evlampia? ¡Tu hija! ¿Y cómo es eso?

—Señora, parecía de piedra: ¡una verdadera estatua! ¿Pero no siente nada? ¡Pase su hermana Ana! Esta hizo todo lo debido; es muy ladina... ¡Pero Evlampia!... Siempre ha sido... (¿para qué serviría ocultar mi falta ahora?) mi predilecta. ¿Cómo no ha tenido piedad de mí? ¿Cómo no ha dicho para sus adentros: Preciso es que esté muy malo, que ya no se tenga por de este mundo, para darnos así todo cuanto posee? ¡Es de piedra! Ni una palabra, ni una mirada: reverencias hasta el suelo, pero sin pizca de gratitud.

—Espera un poco—replicó mi madre—la haremos casarse con Gavriilo Fedulitch; esto la pondrá blanda.

Kharlof alzó la vista.

—Pero, señora, ¿de verdad confía V. en él hasta ese punto?

—No cabe duda.

—Vamos, entonces cazáis más largo en eso que yo. Sólo que no olvidéis esto: Evlampia y yo somos



de un mismo carácter; cosaca la sangre, y el corazón como una brasa.

—¿Tienes un corazón de esa especie, padrecito?

Kharlof no dijo nada; hubo un breve silencio.

—Bueno, Martín Petrovitch— continuó mi madre.—¿Cómo piensas salvar tu alma? ¿Irás en peregrinación á San Mitrofanos (1) ó á Kief, ó bien aquí cerca, al convento de Optino? Dícese que en él se ha revelado un monje de gran santidad... Se llama Macario... Nunca se ha visto un santo como él; no tiene más que mirarnos y ve todos vuestros pecados á través de vuestro cuerpo.

—Si, en efecto, demuestra ser una hija ingrata—continuó Kharlof con voz ronca—me parece que me sería más fácil matarla con mis propias manos.

—¿Qué estás diciendo, señor Dios mío!—exclamó mi madre.—Vuelve en ti. Ahí tienes lo que es no haberme hecho caso el otro día, cuando viniste á pedirme consejo. Ahora vas á atormentarte, en vez de pensar en tu salvación; y será bien inútilmente, tanto como si quisieras morderte el codo. Te quejas, tienes miedo.

(1) Las reliquias del cual están en el convento de Voronej.

—Señora Natalia Nicolavna— dijo con aspecto feroz—yo no soy de esos que se quejan, que tienen miedo... No he querido más que expresar á V. mis sentimientos como á una bienhechora, á una persona á quien se respeta hasta lo infinito. Pero Dios Todopoderoso (levantó la mano sobre la cabeza) sabe que el globo terráqueo se hará trizas antes de que yo falte á mi palabra, ó de que tenga miedo, ó de que me pese lo que haya hecho. Y en cuanto á mis hijas, no saldrán de mi obediencia en los siglos de los siglos.

Mi madre se tapó los oídos.

—¡Oh! padrecito, sueñas como una trompeta. Si tan seguro estás de tu descendencia, buen provecho les haga y á ti también. Pero me estás rompiendo la cabeza.

Kharlof se excusó, suspiró dos ó tres veces y se calló. Ya no se animó hasta el momento de marcharse. Afirmaba que sentiría más que nada morir repentinamente, sin arrepentirse; que deseaba ponerse por norma el no tener más incomodidades, porque la cólera pudre la sangre y la hace subir á la cabeza. Puesto que había renunciado, ¿á qué fin encolerizarse? ¿Que trabajen otros á su vez! ¿Qué otros se enciendan la sangre!

En el momento de despedirse de mi madre, lanzó una mirada extra-



ña, pensativa é interrogante á la vez. Luego, sacando bruscamente del bolsillo el tomo de *El Trabajador descansando*, lo puso en manos de mi madre.

—¿Qué es? — preguntó ésta.

— Leedlo — contestó él con voz breve — por donde está señalado. Ahí se habla de la muerte. Presiento que está muy bien dicho, pero no comprendo nada de eso. Volveré, y ya me explicará V. lo que dice.

Y Kharlof desapareció detrás de la puerta.

—Esto va malo, esto va malo— dijo mi madre.

Y cogiendo el tomo, leyó en el sitio marcado lo que sigue:

«La muerte es un grande é importante trabajo de la naturaleza. Consiste en esto: que siendo el espíritu mucho más ligero, más sutil y más penetrante, no sólo que los elementos materiales á que se ve sometido, sino hasta que la misma fuerza eléctrica, se limpia, se purifica de una manera química y no cesa de tender hacia adelante hasta que encuentra un lugar igualmente inmaterial...»

Mi madre leyó este trozo dos ó tres veces y tiró el libro.

Algunos días después, recibimos la noticia de que había muerto el marido de su hermana. Partió al instante, llevándome consigo. Aun-

que mi madre se proponía estar en casa de su hermana á lo sumo una semana, hasta el fin de Setiembre no pudimos estar de regreso en nuestra casa.

### III

Lo primero que me dijo mi ayuda de cámara Procopio, quien era también mi cazador, fué que habían llegado á montones las becasas, abundando, sobre todo, en el bosquecillo de álamos blancos, inmediato á Ieskovo, en los dominios de Kharlof. Aún nos faltaban tres horas para comer. Cogí mi escopeta y mi morral, y haciendo que me acompañasen Procopio y mi perra de caza, salí corriendo para Ieskovo.

En efecto, encontramos allí muchas becasas, y de una treintena de tiros matamos cinco ó seis de ellas. Presuroso por volverme con mi botín, encontré junto al camino á un aldeano que estaba en la labranza. Su caballo se había detenido, y él, entre una sarta de interjecciones y casi con lágrimas de ira, tiraba violentamente de la cuerda que hacía de ramal de su caballo, al cual había casi retorcido el pescuezo. Miré al desdichado rocín cuyas cos-



tillas parecían atravesar la piel, al paso que sus ijares, inundados de sudor, levantábanse y caían con sacudimientos irregulares, como un viejo fuelle de fragua. Por la cicatriz del brazuelo conocí al punto la veterana yegua que durante tantos años había tirado del cochecillo de Kharlof.

— Pero, ¿es que ha muerto Martín Petrovitch?—pregunté á Procopio.—De tal manera nos había absorbido por completo á ambos la caza, que hasta ese instante no habíamos hablado de otra cosa.

—No, señor; está vivo—respondió Procopio.—¿Por qué lo pregunta usted?

—Esa es su caballería—repliqué.—¿La habrá vendido?

—En efecto, esa bestia era suya, pero no la ha vendido: se la han quitado, para entregársela á ese labriego. En ausencia de V. han pasado muchas cosas—añadió con una ligera sonrisa, y como para contestar á mis miradas de asombro.—¿Y qué cosas, gran Dios! Ahora el Sr. Slotkin es el amo.

—¿Y Martín Petrovitch?

—¿Oh! Martín Petrovitch se ha convertido, como quien dice, en el último de los hombres. Sólo come pan á secas y duro, ¿quiere V. más? Ya no toca ni pito ni flauta; el mejor día lo echan á patadas de la casa.

La idea de que pudiesen expulsar á un gigante así, no me podía caber en la cabeza.

—Pero Gitkof, ¿qué dice de todo eso? Supongo que se habrá casado con la hija menor.

—¿Casado!—exclamó Procopio, riéndose á más y mejor.—Ni siquiera le permiten traspasar los umbrales de la puerta. «Vete con la música á otra parte; no tenemos nada que ver contigo.» Como se lo he dicho á V.: Slotkin es quien manda.

—¿Y la novia?

—¿Evlampia Martinovna! ¡Jesús!... mi amo, mucho podría contarle acerca de ella, pero es V. demasiado joven... Mire V... ¡Oh! ¡Oh! Dijérase que Diana se plantó de muestra.

En efecto, mi perra estaba inmóvil ante un espeso matorral de carrascas donde terminaba una hondonada con montanera que salía al camino. Corrimos Procopio y yo allá. De las malezas salió volando una becada; la hicimos dos disparos, sin hierirla, y marchamos en su busca por los jarales del sotillo.

Cuando regresé á casa, ya estaba la sopa en la mesa. Mi madre me riñó por haberlá hecho esperar. La ofrecí las becasas que traía conmigo, pero ni siquiera las miró: tenía aspecto disgustado. *Recuerdo*, Lisinski y Gitkof estaban de pié en el



comedor; el comandante retirado se había metido en un rincón, como un colegial castigado. Su rostro expresaba confusión y despecho, sus ojos estaban enrojecidos, cual si acabase de llorar. No me costó gran trabajo adivinar que si mi madre estaba de mal temple, nada tenía que ver con eso mi tardanza. No dijo una palabra durante la comida. El comandante la miraba con ojos lastimeros, lo que sin embargo no le impedía engullir á dos carrillos; *Recuerdo* temblaba como si tuviese fiebre; Lisinski era el único que conservaba una actitud tranquila.

—Vikenti Ossipitch—le dijo de pronto mi madre—os ruego que mañana temprano enviéis un coche al Sr. Kharlof para traerle aquí, pues acaban de advertirme que ya no dispone del suyo; y hacedle saber que necesito imprescindiblemente que venga. Deseo verle.

Lisinski se disponía á contestar, pero se contuvo.

—Haced saber también á Slotkin que le mando comparecer ante mí... ¿Entiende V.?... Que yo lo mando.

—Ved un pillo á quien sería necesario...—murmuró Gitkof para su plato.

Mi madre le lanzó una mirada tan despreciativa, que al punto callóse y volvió la cabeza á otro lado.

—Martín Petrovich no vendrá—me dijo quedo al oído *Recuerdo* en el instante de abandonar el comedor.—No podéis imaginaros cómo ha cambiado; el espíritu humano se niega á comprenderlo. No entiende nada de lo que se le dice; palabra de honor. Esto recuerda el proverbio: «La horca ha cogido á la culebra.»

Y *Recuerdo* lanzó su repulsiva carcajada.

Salió cierta la predicción de *Recuerdo*. Kharlof no quiso ir á ver á mi madre. Esta no se dió por vencida, é hizo que le entregasen una carta escrita de su propio puño y letra. Kharlof la contestó en un pedazo de papel de envolver azúcar, en el cual había las siguientes palabras, escritas con letra grande:

«Delante de Dios; no puedo, me mataría la vergüenza. Dejadme desaparecer. Gracias... no me atormentéis.—*Kharlof Martinko* (1).»

Vino Slotkin, pero un día justo y cabal después del que mi madre le había *mandado* que se presentase. Hizo que lo pasaran á su gabinete. La conversación no duró más de un cuarto de hora. Slotkin salió de la entrevista con mi madre con el rostro encendido y una expresión tan insolentemente perversa, que

(1) Diminutivo despreciativo del nombre propio Martín.



habiéndole yo encontrado en el salón me quedé estupefacto, y *Recuerdo*, que se había escurrido tras de mí, no pudo acabar su habitual carcajada. Cuando mi madre salió del gabinete estaba su rostro no menos enrojecido, y declaró en voz alta delante de toda la servidumbre que en lo sucesivo no consentiría que Slotkin fuese admitido á su presencia.

—Y si las hijas de Martín Petrovitch se atreviesen á presentarse—añadió—porque son lo bastante impúdicas para hacerlo así, también se les dará con la puerta en las narices.

Cuando estábamos comiendo, exclamó de pronto:

—¡Vaya, con ese miserable juicio! Yo soy quien le ha sacado del cieno por las orejas, como á una liebre empantanada; yo le he hecho hombre, me lo debe todo... ¡y tiene la audacia de decirme que no debo meterme en lo que no me importa, que Martín Petrovitch se ha vuelto un caprichoso, que sería perjudicial tratarle con excesiva indulgencia...! ¡Excesiva indulgencia! ¡Comprendéis esto? ¡Oh qué ingrata sabandija!

El comandante Gitkof creyó sin duda que Dios mismo le deparaba una ocasión para meter baza; pero, en cuanto abrió la boca para hablar, se la tapó exclamando:

—¡Bueno eres tú también; no has

podido triunfar de una moza! ¡Y esto se llama un oficial! Supongo cómo te obedecería tu batallón. ¡Y aún tenía pretensiones de llegar á ser mi administrador general! ¡Valiente administrador hubiera tenido yo con él!

Lisinski, que estaba sentado en un extremo de la mesa, sonrióse con satisfacción; y el infortunado comandante agitó los bigotes y escondió su larga cara entre los pliegues de la servilleta.

Después de comer salió á la escalinata para fumar allí una pipa, según su costumbre; me pareció tan desamparado que, á pesar de mi poca simpatía, me acerqué á él y le dije:

—Gavrilo Fedulitch, ¿cómo es que vuestro desposorio con Evlampia se lo ha llevado el diablo? Creí que estabais casados de mucho tiempo acá.

El ex-comandante me echó una mirada llena de melancolía.

—Una sierpe venenosa—respondió, acénuando con amargura cada sílaba—una serpiente, que salió arrastrándose de debajo de unas raíces podridas, me atravesó con su dardo é hizo polvo todas mis esperanzas en esta vida. Y os hubiera referido todas mis desventuras, Dmitri Semenitch, si no temiese incurrir en el enojo de vuestra señora madre.



Al punto me vino á la memoria la frase de Procopio:

—Es V. demasiado joven.

Gitkof exhaló un gemido y se golpeó el pecho con su puño cerrado.

—¡Paciencia, paciencia! He aquí todo lo que me queda... ¡Sufre, veterano, sufre, viejo soldado! Serviste á tu czar sin miedo y sin tacha; no economizaste tu sudor, ni tu sangre... ¡Mira en qué artesa has venido á caer!... Si esto hubiera pasado en mi regimiento y hubiese tenido yo poder para ello—continuó, aspirando con violencia el humo de su largo tubo—le hubiera... le hubiera tratado á sablazos de plano...

Gitkof retiró la pipa y miró hacia delante, como si hubiese visto el cuadro que su imaginación le pintaba en aquel momento. *Recuerdo* se acercó brincando. Los dejé juntos y me propuse ver á Kharlof, costara lo que costase: tan excitada estaba mi pueril curiosidad con todos aquellos dichos.

Al siguiente día partí de nuevo con mi perra y mi escopeta, pero sin que me acompañase Procopio esta vez, hacia el bosque de Ieskovo. Hacía un tiempo magnífico. Creo que en ninguna parte, fuera de Rusia, hace un tiempo semejante en el mes de Setiembre. Era tan grande el sosiego, que á más de cien pasos

podía oirse saltar una ardilla sobre las hojas secas que alfombraban ya el suelo; ó bien una rama muerta que, desprendiéndose de la copa de un árbol, chocase débilmente con otras ramas en su caída, y cayese... cayese, para no menearse más... entre la fina hierba. El aire, ni cálido ni frío, lleno de aromas y como ligeramente acidulado, acariciaba las mejillas y los ojos. Un «hilo de la Virgen», ligero como la seda, iba flotando por el aire, se agarraba á los cañones de la escopeta y se extendía con toda su longitud, signo seguro de buen tiempo sostenido. Difundía el sol una luz pálida y dulce: parecía una claridad de luna. Encontré becañas, pero entonces no las concedí gran atención. Sabía que el bosque de Ieskovo llegaba casi hasta la habitación de Kharlof, hasta los bardales de su huerto, y me dirigí por ese lado sin saber con seguridad cómo podría penetrar allí, ni aun siquiera si haría bien en intentarlo, puesto que mi madre estaba en malas relaciones con los nuevos dueños de la posesión.

De pronto oí pasos á poca distancia de mí. Escuché: alguien se dirigía hacia mi lado.

—Hubieras debido precaver...—dijo una voz femenina.

—¡Quita allá!—respondió una voz de hombre.—¿Puede hacerse todo á la vez?



Esas voces las conocía yo. A través de los avellanos, faltos ya de sus hojas, apareció una falda azul y junto á ella un caftán de color oscuro; luego salieron Evlampia y Slotkin á cinco pasos de mí, al claro donde yo estaba. Al verme, turbáronse ambos. Evlampia dió media vuelta en seguida, y desapareció entre las malezas. En cuanto á Slotkin, vaciló un momento, y al fin se me acercó. Su rostro no presentaba el más mínimo vestigio de aquella humildad obsequiosa con que cuatro meses antes frotaba con sus manos la barbada del freno de mi caballo al pasear á éste por el patio de su suegro; sin embargo, tampoco advertí en él aquel insolente ademán de reto, que tanto me había chocado la víspera.

—¿Habéis muerto muchas becas?—me preguntó, quitándose un poco el gorro y pasándose la mano por entre los rizos de sus negros cabellos.—Estáis cazando en mi bosque, pero sed bien venido; no nos oponemos á ello, antes al contrario.

Slotkin se apresuró á encasquetarse el gorro.

—Hoy no he muerto nada, y voy á abandonar vuestro cazadero ahora mismo.

—¿Qué decís?—exclamó, tendiendo ambas manos.—No os echamos. Hasta nos halaga... Evlampia

Martinovna os dirá lo mismo... ¡Evlampia! ¡Venid...! ¿Dónde estará?

Evlampia asomó la cabeza por encima de los matorrales; pero no vino junto á nosotros.

—Hasta debo deciros—continuó Slotkin—que me ha sido muy grato el encontraros. Vuestra señora madre ha tenido á bien enfadarse ayer contra mí, sin querer escuchar ninguna explicación. Y yo (os lo digo como lo diría en presencia de Dios) no me acuso de ninguna falta. Es imposible conducirse de otro modo con Martín Petrovitch; se ha vuelto enteramente una criatura. Sin embargo, no podemos satisfacer todos sus caprichos; y en cuanto á atenciones respetuosas, tiene cuantas pueda apetecer. Preguntad más bien á Evlampia Martinovna.

Evlampia no se movió de su sitio. La despreciativa sonrisa, familiar en ella, vagaba por sus labios y subía hasta sus ojos.

—Pero, Vladimiro Vassilitch—le dije—¿por qué habéis vendido el caballo del Sr. Kharlof?

Yo no podía digerir el que aquella pobre bestia hubiese ido á caer en manos de un patán.

—¿Por qué lo hemos vendido? ¡Vaya una pregunta! ¿Para qué servía? Para comer heno sin provecho. Un aldeano sabrá hacer que



labre. En cuanto á Martín Petrovitch, si le da la gana de salir, no tiene más que pedirnoslo. No le negaremos un carruaje... excepto en día de labor.

—¡Vladimiro Vassilitch!—dijo Evlampia con voz sorda, como para llamarle, y sin dejar su puesto. Estaba arrollando en torno de sus dedos tallos de llantén, y hacía saltar las cabezuelas golpeándolas una contra otra.

—Lo mismo que el cosaquito Maximka—continuó Slotkin—Martín Petrovitch se queja de que se le haya quitado para ponerlo de aprendiz. Dignese V. pensar en ello. ¿Qué hubiera sido en poder de Martín Petrovitch? Un vago y nada más. Ni siquiera vale para servir bien, porque es demasiado bruto y en extremo joven. Ahora está de aprendiz en un taller de talabartero. ¡Pues bien! Que llegue á ser un buen operario, será útil á sí mismo y nos pagará un buen *obrok* (1). En nuestra casita, algo es algo; nada es de despreciar en una casita pobre como la nuestra.

—¡Este es el hombre á quien Kharlof trataba de vil gusano!—dije para mis adentros, y pregunté:

—¿Pues quién sirve de lector á Martín Petrovitch?

—¿Qué es eso de leer? Tenía un

(1) Canon anual del siervo que no sirve en el terruño.

libro, que ha desaparecido, gracias á Dios. ¡Vaya una idea la de leer á sus años!

—¿Y quién le afeita la barba?

Slotkin se echó á reir con aire afable, como para celebrar alguna gracia que hubiese yo dicho.

—Nadie... En los primeros tiempos se chamuscaba la barba con una vela de sebo; ahora se la deja crecer... y está mejor así.

—¡Vladimiro Vassilitch—repetió Evlampia con insistencia—venid acá!

Slotkin hizo una leve seña con la mano, y continuó:

—Martín Petrovitch está calzado, está vestido, come lo que nosotros comemos. ¿Qué más necesita? ¿No ha declarado él mismo que ya no quería otra cosa en el mundo sino pensar en la salvación de su alma? ¡Pues bien: que piense en ella! Debía acordarse de que ahora..., tome V. la cosa como le parezca... todo es nuestro. También se queja de que no le pagamos su pensión... ¿Tenemos nosotros dinero acaso siempre? ¿Y para qué necesita ese dinero, puesto que nada le falta? Os aseguro que le tratamos lo mismo que unos buenos parientes... Sin más, vea V. las habitaciones que ocupa. Tenemos la mayor necesidad de ellas. Sin esas habitaciones no podemos revolvemos, verdaderamente. Y, sin embargo,



aguantamos que continúe ocupán-dolas. Hasta pensamos en propor-cionarle medios de divertirse. Por ejemplo: para el día de San Pedro le compré en la ciudad unos exce-lentes anzuelos, carísimos, verda-deros anzuelos ingleses. Tenemos tencas en el lago; no tenía más que sentarse en la orilla y pescar con caña... Una ó dos horas pronto se pasan... y se saca para la fritura. ¿Qué mejor ocupación para un viejo?

—¿Vladimiro Vassilitch!—excla-mó por tercera vez Evlampia, con acento imperioso.

Y arrojó lejos de sí los tallos que retorcia entre sus dedos.

—Me marchó.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—No me quedo aquí más.

Y bien pronto desapareció dentro del bosque.

—¿Ya van, ya van!—dijo Slot-kin.—Lo mismo Martín Petrovitch aprueba nuestra conducta—conti-nuó, dirigiéndose á mí.—Al princi-pio se encontraba ofendido; y aún murmuraba, hasta que se hizo car-go de las cosas. Ya recordaréis que era un hombre violento, acalora-do, muy acalorado. Ahora se ha vuelto enteramente tranquilo. ¿Con-que vuestra señora madre está in-comodada conmigo! ¿Qué queréis? Es una gran señora; se preocupa

de conservar su poderío, ni más ni menos que Martín Petrovitch en sus buenos tiempos. Venga V. mis-mo, véalo, y llegado el caso pro-nuncie V. alguna palabra en favor nuestro. No me olvido de los bene-ficios de Natalia Nicolavna; pero, después de todo, también necesita-mos vivir.

—¿Y Gitkof?—pregunté.—¿Cómo ha sido rechazado?

Slotkin se encogió de hombros.

—¿Fedulitch? ¿Ese cabeza de ca-ballo? Hágame V. el favor de de-cirme, ¿para qué podía servir? Ha sido soldado toda la vida, y cátrate que de pronto se le antoja ocupar-se de cosas caseras. Dice: «Yo sé conducir á los aldeanos, porque sé dar cachetes.» Eso no importa nada; lo que importa es saber dar bofeto-nes con oportunidad. La misma Evlampia Martinovna es quien le ha dado calabazas. ¿Supone algo útil en el mundo un soldado? Todá nuestra casa se la hubiera llevado el demonio.

—¿Ah...; uh!—gritó Evlampia con voz sonora.

—¿Ya voy, ya voy!—respondió Slotkin, tendiéndome la mano, y confieso con rubor que le di la mía.

—Tengo el honor de saludaros, Dmitri Semenitch—dijo, enseñando su blanca dentadura.—Tirad contra las becadas todo lo que gustéis; es un ave de paso, que á nadie perte-



nece. Pero si cruza una liebre vuestro camino, no disparéis contra ella; es nuestra caza. Una cosa se me olvidaba... ¿No tenéis ningún cachorro de vuestra perra?

—¡Ah... uh?—gritó otra vez Evlampia.

—¡Ah... uh!... ¡Ah... uh!—respondió Slotkine.

Y se alejó corriendo.

Me acuerdo de que, al quedarme sólo, pensé: «¿Cómo no ha exterminado Kkarlof á Slotkin hasta no dejar más que un poco de cieno en su lugar, como le había amenazado con hacerlo (1)? ¿Y cómo no temía éste semejante suerte? Preciso es que Kharlof se haya vuelto muy tranquilo.» Acrecentóse mi deseo de penetrar en Ieskovo y ver, aunque sólo fuese con el rabillo del ojo, á ese hombre colosal que no podía imaginarme vuelto humilde y domado.

Estaba ya en los linderos del bosque, cuando de repente salió de entre mis piés una becada, que alzó el vuelo hacia la montanera. Apunté, y falló el tiró de mi escopeta; no queriendo perder tan buena pieza, me lancé en persecución suya. Apenas había andado un centenar de pasos, cuando vi en un claro, bajo

un álamo frondoso, no la becada, sino al mismo Slotkin. Tumbado de espaldas, con ambos brazos doblados debajo de la cabeza y mirando al cielo con aire satisfecho, balanceaba indolentemente la pierna izquierda cruzada sobre la rodilla derecha. No se había percatado de mi llegada. A pocos pasos de él paseábase Evlampia, despacito y con la vista baja; parecía buscar entre la hierba alguna cosa, tal como setas ó flores; á veces se inclinaba, tendía la mano y gorjeaba el estri-billo de una canción. En él reconocí los siguientes versos de una antigua leyenda rusa:

«Sal, asciende, al cielo sube,  
Nublado de tormenta;  
Mata, mátaale á mi suegro;  
Parta un rayo á mi suegra;  
Porque á mi mujer yo mismo  
Sabré dejarla muerta.»

Evlampia cantaba con una voz cada vez más clara y fuerte; recalcó los dos últimos versos. Slotkin continuó sonriéndose con aire beatífico, mientras ella parecía, al andar, que estaba trazando círculos en derredor de él.

—¡Bueno es eso! ¿Qué cosas no se les ponen en la cabeza á todas estas mujeres?—dijo á la postre.

—¿Pues qué?

Slotkin levantó la cabeza.

—¿Cómo pues qué? ¿Y esas palabras que estás ahí cantando?

(1) Dmitri Semenitch está trascordado ahora. Turgueneff dijo más atrás que á quien dirigió Martín Petrovitch esta amenaza fué á *Recuerdo.*—(N. DEL T.)



—Ya sabes, Valodia (1), que no está permitido quitar ni una palabra de una canción...

Evlampia me vió; ambos dimos un grito, y cada cual tiramos por nuestro lado. Un instante más tarde volví á la linde del bosque, y después de atravesar una praderita, me encontré delante del jardín de Kharlof.

No tuve tiempo ni humor de reflexionar en lo que acababa de oír; sólo sé que se me vino á las mientes la palabra *filtro*, cuyo sentido habíame extrañado días atrás. Anduve á lo largo del seto, y bien pronto, á través de los plateados sauces, entreví el patio y las dos casitas de Kharlof. Toda la residencia me pareció más limpia y mejor cuidada; por todas partes se veían huellas de una vigilancia activa y constante. Ana Martinovna apareció en lo alto de la escalinata, y guiñando al sol sus ojos de un tono azul pálido, miró largo tiempo hacia la parte del bosque.

—¿Has visto al señor?—preguntó á un labriego que atravesaba por el patio.

—¿A Vladimiro Vassilitch?—respondió éste, quitándose la gorra.—Creo que ha ido al bosque.

—Ya sé que ha ido allí. ¿No le has visto volver?

—No, señora; no le he visto.

El campesino continuaba inmóvil y descubierta.

—Vete... Pero no... ¿Sabes dónde está Martín Petrovitch?

—Martín Petrovitch—contestó el aldeano con voz lánguida y levantando ora el brazo derecho, ora el izquierdo, como si quisiera señalar alguna cosa—está allá abajo, á orillas del lago, sentado, con una caña de pescar. Está metido entre los juncuales, y tiene la caña en la mano. ¿Pero querrá coger pescado en este tiempo? ¡Dios sabe!

—Está bien... Vete—repitió Ana—y levanta primero aquella rueda que está tirada por el suelo.

Apresuróse á obedecer el colono. Mientras tanto ella, de pié en el rellano de la gradería, continuaba mirando sin cesar hacia la parte del bosque; luego hizo lentamente un ademán amenazador, y volvió á meterse en la casa.

—¡Axutka—gritó con su imperiosa voz.

Habíame llamado la atención su aire iracundo y la manera cómo apretaba los labios, de por sí tan delgados. Estaba vestida de trapillo, y una trenza suelta de sus cabellos caía sobre uno de sus hombros. A pesar del desaliño de su tocado y á pesar de su mal talante, siempre me parecía atractiva; y de buena gana hubiese besado aquella estrecha y

(1) Diminutivo cariñoso de Vladimiro.



rabiosa mano, con la cual dos veces había echado atrás la indócil trenza.

¿Pero de veras se habría vuelto Kharlof aficionado á la pesca? Taldecía yo para mi coletito al acercarme al lago, pues sabía que se encontraba al extremo del jardín. Subí al malecón y miré á derecha é izquierda: ¡ni un alma! Me dirigí á una de las orillas; al cabo, en el fondo de una caleta, entre un bosque de juncos enrojecidos y marchitos por el otoño, vi una mole agrisada. Era Kharlof. Sin gorro, desgrena-do, envuelto en una especie de hopalanda de lienzo crudo desgarrada por todas las costuras, con las piernas dobladas debajo del cuerpo, estaba sentado é inmóvil sobre el santo suelo: tan inmóvil, que, al acercarme, salió un pajarillo á dos pasos de él desde el limo desecado y atravesó la laguna piando con perezosas alas. Preciso era que nada se hubiese movido en la proximidad de la avecilla. La figura entera de Kharlof era tan extraña, que al verla mi perra paróse en firme, metió el rabo entre piernas y se puso á gruñir. Kharlof apenas volvió la cabeza, y se nos quedó mirando á mí y á mi perra con ojos de salvaje. Su barba le desfiguraba mucho: la llevaba corta, pero era espesa y crespa como el astrakán. Uno de los extremos de la caña de pescar apoyábase en sum ano derecha, que tenía abierta;

el otro, estaba metido en el agua. Mi corazón palpitó con violencia; sin embargo, me aproximé á él y le saludé. Se puso á parpadear con lentitud, como quien está medio despierto.

—¿Está V. por acá pescando, Martín Petrovitch?—le pregunté.

—Sí, peces—me contestó con voz cascajosa.

Y dió una sacudida á su caña, de cuya punta colgaba un cabo de sedal sin anzuelo.

—¡Pero si tiene roto el hilo!

Al mismo tiempo noté que allí no había junto á él ni pecera ni gusanos para cebo. Además, ¿qué pesca era posible en el mes de Setiembre?

—¿Roto?—repitió, pasándose la mano por la cara.—¡Igual da!

E inclinó su caña sobre el agua.

—¿Es el hijo de Natalia Nicolavna?—preguntó al cabo de unos instantes, mientras le estuve contemplando con asombro. Continuaba pareciéndome un gigante, aun cuando había enflaquecido mucho. ¡Pero, qué harapos le cubrían! ¡Y qué ruina era todo su cuerpo!

—Sí—contesté—soy el hijo de Natalia Nicolavna.

—¿Vive?

—Mi madre está buena y sana. Está muy afligida por su negativa; no se la esperaba.

Karlof inclinó la frente.

—¿Has estado allí?—dijo, seña-



lándome con la cabeza la casa.—  
¿No has estado? Vete, ¿qué tienes que hacer acá? Vete. Es inútil que pienses hablar conmigo: eso me apesta.

Callóse por algunos instantes.

—Siempre andas por ahí con tu escopeta. Cuando yo era joven, también corría por esa senda; pero mi padre... ¡Oh, cuánto le respetaba!... No como ahora se estila. Mi padre me zurró de lo lindo á latigazos, y no hubo más que decir: fuera necesidades... ¡Porque yo sí que le respetaba, yo!

De nuevo se calló Kharlof.

—No te quedes aquí; anda á casa... Ya verás... Todo marcha á las mil maravillas. Volodka... (al pronunciar este nombre, se le ahogó la voz) Volodka sirve de veras para todo... Es un guapo mozo, y también es un canalla.

Yo no sabía qué decir. Kharlof hablaba con suma tranquilidad.

—Mira también mis hijas. Ya recordarás... tenía dos... muy mujeres de su casa. En cuanto á mí, hermano, me he vuelto viejo y estoy arrinconado. La tranquilidad... ¿sabes?

—¡Buena tranquilidad! —pensé echando una ojeada en torno mío. De pronto exclamé:

—Martín Petrovitch, es absolutamente preciso que se venga V. á nuestra casa.

Kharlof me echó una mirada de soslayo.

—Vete, hermano; vete, te digo.

—No desaire á mi madre: venid.

—Vete de aquí, vete de aquí— repetía Kharlof.—¿Para qué hablar conmigo?

—Si no tiene carruaje, mi madre os mandará uno.

—¡Que te vayas!

—Vamos, Martín Petrovitch, déjese V. convencer.

Kharlof inclinó la cabeza; parecióme que sus térreas mejillas se coloreaban poco á poco.

—Vendrá V. á nuestra casa, ¿no es verdad? ¿Por qué permanece aquí atormentándose?

—¿Qué entiendes tú por atormentarme?

—Quiero decir que hace mal en estar como le veo.

Kharlof parecía meditabundo. Alentado por su silencio, resolví sacarle de sus casillas. No olvidéis que apenas tenía yo quince años.

—Martín Petrovitch—exclamé, sentándome junto á él—lo sé todo, absolutamente todo. Sé de qué indigna manera le tratan. ¿Qué situación para V.! Pero, ¿á qué perder el ánimo?

Kharlof no dijo una palabra; dejó deslizarse al agua la caña que sostenía. Y yo, ¡qué hombre de ingenio, qué profundo filósofo me creía ser aquel momento!

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DE ATENEO RANCO



—En verdad—continué—que ha obrado V. de un modo imprudente dándosele todo á sus hijas. Es un arranque grande y generoso, y de seguro que no se lo vituperaré: en los tiempos que corren es cosa rara la grandeza de alma. Pero si sus hijas son ingratas, el papel de V. es el contestarles con el desprecio. Sí, el desprecio; y no abandonarse á este humor misántropo.

—¡Déjame!—murmuró Kharlof, rechinando los dientes; y sus ojos, siempre fijos en la laguna, inflamáronse de nuevo.—¡Vete de aquí!

—Pero, Martín Petrovitch...

—¡Márchate, digo, ó te mato!

Yo me había acercado del todo á él. Pero, al oír estas últimas palabras, boté de mi sitio.

—¿Qué dice V.?—exclamé.

—¡Te mataré; vete de aquí!

Del pecho de Kharlof salía la voz como un aullido ronco; sus ojos furibundos continuaban mirando de frente.

—¡Te arrojaré al agua con todos tus consejos, imbécil, para enseñarte á no venir á molestar á un viejo, monicaco!

Le vi llorar; menudas lágrimas se deslizaban una á una por sus mejillas, y, sin embargo, su rostro tenía entonces una expresión feroz en absoluto.

—¡Largo de aquí, ó te juro por

Dios que te mataré... para escarmiento de otros!

Movióse un poco de lado, levantando el labio superior como un jabalí. Recogí mi escopeta y me salvé por piernas. Mi perra me siguió, ladrando con aspecto despavorido: también á ella le había entrado miedo.

Cuando regresé á casa, me guardé bien de referir mi aventura á mi madre. No sé por qué, habiéndome encontrado con *Recuerdo*, me dió el demonio la tentación de contárselo todo. Tanto le encantó mi narración á ese ente inaguantable, que se rió con ella hasta desternillarse. Ganas me entraron de darle una somanta.

—¡Oh—decía, jadeante de risa—cómo hubiera yo querido ver á ese carcamal de marca mayor de Kharlof sentado en el légamo!

—Pues vaya á la laguna, si es tan curioso.

—¡Ah, en seguidita! ¿Y si me mata, en lugar de á V.?

Demasiado tarde me arrepentí de mi charlatanería fuera de sazón. Gitkof, á quien apresuróse *Recuerdo* á transmitir mi relato, consideró la cosa desde un punto de vista diferente.

—Acabaremos por tener que dirigirnos á la policía, y quizá con venga mandar á pedir un piquete de soldados.

Hacia mitad de Octubre, unas



tres semanas después de mi entrevista con Kharlof, estaba yo á la ventana de mi cuarto, en el segundo piso de mi casa, y miraba con tristeza nuestro patio y el camino que pasaba por allá. Llevábamos cinco días con un tiempo tan malo, que ya no era cosa de pensar en la caza. Todo ser viviente parecía haberse ocultado; los mismos gorriones estaban en sus escondrijos, y los cuervos habían desaparecido. Ora gemía sordamente el viento, ora silbaba con violencia. El cielo, cubierto de nubes muy bajas y sin ningún claro de luz, pasaba de un blanco pálido á un color plumizo todavía más siniestro. La lluvia, que caía sin tregua ni descanso, era en aquel momento un aguacero y corría por las vidrieras en gruesas lágrimas. Los árboles, descoloridos ya, se agitaban como unos desesperados. Aunque el viento no tenía hoja alguna que arrebatarse, se obstinaba en darles tormento. Por todas partes veíanse grandes charcos de agua sembrados de hojas secas, y gruesas burbujas de aire, formadas y destruidas sin cesar, deslizábanse temblonas sobre la superficie azotada por la lluvia. Era insondable el barrizal de los caminos. El frío penetraba en las habitaciones, por entre los vestidos, hasta dentro de la medula de los huesos. Se helaba el corazón por no sé qué miedo de

no volver nunca á ver más el sol ni los colores, como si aquel fango glutinoso, aquella humedad gris y aquel frío acre hubiesen de ser eternos, como si aquel viento debiera gemir y silbar eternamente.

Continuaba inmóvil y pensativo ante la ventana; y recuerdo que de pronto, aun cuando el reloj señalaba las doce del día, la oscuridad se hizo tenebrosa en torno mío. Entonces me pareció ver atravesar por el patio, desde la puerta de ingreso hasta la escalinata, ¿el qué? un oso... no á cuatro patas, sino como se representa en actitud de enderezarse para bailar. Apenas daba crédito á mis propios ojos. Si lo que había visto no era un oso, tenía el aspecto de un ser enorme, oscuro y velludo. Aún trataba de darme cuenta de aquella aparición, cuando un espantoso estrépito resonó en el piso inferior. Oyéronse altas voces, ruidos de pasos... Bajé corriendo la escalera y me precipité en el comedor.

A la puerta de la estancia, con el rostro vuelto hacia mí, estaba en pié y como petrificada mi madre. Detrás de ella veíanse algunas mujeres con rostros despavoridos. El mayordomo, dos lacayos y el cosaquito, todos boquiabiertos, apretujábanse á la puerta de la antecámara. En medio del comedor estaba de rodillas, jadeante, sofocado, ester-



toroso, cubierto de barro, harapien-  
to y tan calado de agua, que se al-  
zaba de él una columna de vapor y  
por el entarimado serpeaban arro-  
yuelos, estaba, digo, aquel ser  
monstruoso á quien acababa yo  
de ver cruzar por el patio. Era  
Kharlof.

Me acerqué y no vi su cara, sino  
su cabeza; estaba apretando con  
las palmas de las manos sus cabe-  
llos sucios de barro. Respiraba rui-  
dosa y convulsivamente, cual si  
algo hirviera dentro de su pecho.  
Todo lo que pude distinguir entre  
aquella masa inmunda fué lo blan-  
co de sus ojos, que hacía girar con  
un siniestro extravío. ¡Estaba ho-  
rrible!

Me acordé del vecino que le ha-  
bía tratado de mastodonte. En efec-  
to, tales apariencias debía de tener  
algún monstruo antediluviano re-  
cién salido de entre las garras de  
otro monstruo aún más potente,  
que le hubiese atacado dentro del  
profundo limo de los pantanos de  
las edades primitivas.

—¡Martín Petrovitch!—exclamó  
al fin mi madre, juntando de golpe  
sus manos.—¿Pero, eres tú? ¡Dios  
misericordioso!

—¡Yo, yo!—respondió una voz  
que parecía acentuar cada palabra  
con un esfuerzo doliente.—¡Sí, yo!

—¿Qué te ha sucedido? ¡Santo  
Dios!

—Nata... lia... Nicolav... na...,  
hé venido corriendo... hasta aquí...  
desde casa... á pié...

—¡Con semejante temporal! ¡Pe-  
ro, si no pareces un ser humano!  
Levántate y toma asiento. Y vos-  
otras—dijo á las doncellas—traer  
á escape toallas. ¿No habrá por ahí  
algún vestido?—preguntó al mayor-  
domo.

Este levantó las manos al cielo,  
como para decir: «¿Dónde encon-  
trar un traje de tamaña medida.»  
En todo caso, puede traerse una  
colcha de cama ó una manta de ca-  
ballo; tenemos una nuevecita.

—Pero levanta, Martín Petro-  
vitch, y siéntate—repetía mi ma-  
dre.

—Me han echado, señora —ex-  
clamó Kharlof, exhalando un pro-  
longado gemido, echando atrás la  
cabeza y extendiendo los brazos ha-  
cia adelante.—¡Me han expulsado,  
Natalia Nicolavna! ¡Mis propias hi-  
jas! ¡De mi propio nido!

Mi madre se santiguó.

—¿Qué me cuentas? ¡Qué ho-  
rror! Pero, levántate, Martín Pe-  
trovitch; concédeme ese favor.

Llegaron dos doncellas con toa-  
llas y se detuvieron ante Kharlof.  
No sabían qué hacer con aquella  
mole llena de barro que se erguía  
delante de ellas. Por su parte, el  
mayordomo vino con una gran  
manta de lana. La puntiaguda ca-



beza de *Recuerdo* apareció y desapareció por la puerta de la antecámara.

—Vamos, en pié—dijo mi madre con tono de mando;—y refiére-me por su orden todo lo que ha sucedido.

Kharlof se levantó con lentitud. El mayordomo tuvo impulsos de ir en su ayuda; pero no hizo más que mancharse las manos, y retrocedió sacudiendo los dedos. Tambaleándose como un hombre ebrio, se acercó á una silla Kharlof y se dejó caer encima de ella. Entonces se adelantaron las doncellas con los lienzos; las hizo con la mano un gesto para que se alejasen, y rechazó también la manta. Mi madre no quiso insistir más: por lo visto, era imposible secar á Kharlof. Limitáronse á enjugar las huellas que dejó en el entarimado.

—¿Y cómo ha sido el echarte?—preguntó mi madre á Kharlof, en cuanto éste tomó un poco de aliento.

—Señora... Natalia Nicolavna—dijo al fin, haciendo un esfuerzo (y me llamó de nuevo la atención el inquieto movimiento de lo blanco de sus ojos)—voy á decirla toda la verdad... Yo soy el más culpable...

—Así eres tú: no quisiste escucharme—dijo mi madre, agitando un frasco de agua de Colonia.

El olor pantanoso que difundía Kharlof era intolerable.

—¡Oh! Señora, no es en eso en lo que estriba mi falta: es en el orgullo. El orgullo me ha perdido, ni más ni menos que al rey Nabucodonosor. Decíame yo: «Dios nuestro Señor no me ha privado de talento..., y si he decidido hacer alguna cosa, debe de ser justa...» Y además, por encima de eso, el miedo á la muerte... y se me trastornó la cabeza... Yo me decía: antes de acabarse mi vida, mostraré al mundo entero mi fuerza y mi poder. Me haré grato á todos, y todos me deberán gratitud hasta el sepulcro...

Kharlof botó sobre el asiento.

—¡Echado á patadas, como un perro sarnoso: he ahí su gratitud!

Sus ojos continuaban divagando; alzó las manos á la altura de la barba; y, golpeando una contra otra por la punta de los dedos, continuó así:

—Me han quitado á Maxinka; me han cogido mi coche, mi yegua; me han tenido á dieta; no me han pagado la pensión estipulada; lo han escatimado todo miserablemente en torno mío... ¡y yo, sin decir una palabra! Y tampoco decía una palabra... ¡á causa de mi orgullo!... para que mis crueles enemigos no pudiesen decir: «Mirad el viejo imbecil, cómo se arrepiente ahora.» Y V. misma, señora, me lo había advertido, y me había dicho: «Ya no podrás morderte el codo...» Vea V.



ahí por qué no decía yo una palabra. Hoy, entro en mi pobre cuarto: ¡está ocupado! Me ha puesto la cama en el suelo de mi desván, diciéndome: «Ahí puedes dormir lo mismo; te toleramos por favor, y tenemos necesidad de tu alcoba para los menesteres de nuestra casa.» ¡Y quién me ha dicho eso?... ¡Quién?... Un Volodka Slotkin, un vil plebeyo, un misera... — De pronto, le faltó la voz y no pudo concluir la palabra.

—Pero, tus hijas, ¿qué han dicho? — preguntó mi madre.

—Yo me había sometido á todo y no decía una palabra — añadió Kharlof, sin escuchar la pregunta; — y, sin embargo, ¡qué amargura! ¡Qué vergüenza! Me daba rubor mirar la luz de Dios. Por eso no quise venir á casa de V., madre mía. Todo lo he ensayado: las caricias y las amenazas. Les he dicho improperios... y, para decirlo todo, los he saludado... hasta muy abajo... así... (Kharlof imitó cómo les había hecho reverencia), ¡y todo en vano! En los primeros tiempos me decía yo: «Rómpelo todo, destrózalo todo...», para que supiesen quién soy yo... Pero más tarde, me he sometido. Esto es una cruz que me han mandado, me dije. Hay que prepararse para la muerte. Y de pronto... hoy... ¡como á un perro...! ¡Y quién?... ¡Volodka!... En cuanto

á mis hijas, por las cuales se digna preguntarme, ¿acaso les queda aún algo de voluntad? ¡Esclavas de Volodka!: he ahí lo que son.

Mi madre hizo un ademán de asombro.

—Comprendo esto último en Ana: es su mujer. Pero tu hija segunda...

—¿Evlampia?... ¡Peor que la otra!... En cuerpo y alma se ha entregado á Volodka; por eso rechazó á vuestro militar. Volodka se lo mandó. ¿Ana?... Sin duda que debiera ofenderse... tanto más cuanto que odia á su hermana. Eso no obstante, se somete; también á ella la ha embrujado, el maldito. Y, además, véase, quizá le agrade á Ana el pensar: «¿Con que tan orgullosa eras, Evlampia? ¡Está bien! ¿En qué te has convertido?...» ¡Ah, Dios mío, no puedo más... no puedo más!

Mi madre miró con cierta inquietud hacia donde yo estaba. Me retiré un poco, temiendo que me hiciesen salir.

—Mucho deploro, Martín Petrovich, que mi antiguo pupilo te haya causado tantos pesares, y se haya vuelto un hombre tan perverso. Yo también me equivoqué. ¿Cómo había de esperar yo eso de él?

Kharlof exhaló un profundo gemido y se golpeó el pecho con los puños cerrados.

—Señora, no puedo resistir la



ingratitude de mis hijas; no puedo. ¿No las he dado todo? ¿Y con qué derecho? Mi conciencia no me daba un momento de tregua. ¡Oh! ¿Qué no habré pensado yo allá, á orillas de la laguna, mientras aparentaba estar pescando? ¡Si al menos (me decía á mí mismo) hubieras sido útil á alguien en tu vida; si hubieses dado limosnas á los pobres; si hubieras manumitido á tus siervos, en recompensa de haberles devorado su vida! ¿No debes responder de ellos ante Dios? Llegó el momento en que sus lágrimas reunidas vienen á correr sobre ti. ¿Cuál es ahora su suerte? Hablemos en rigor de verdad: ya en mi tiempo, era profundo su foso; ¡hoy no se le ve ya el fondo! He cargado mi alma con todos esos pecados; sacrifiqué mi conciencia por mis hijas... ¡y, en cambio, una patada como á un perro! Y cuando vuestro Volodka (siguió Kharlof, con nuevos bríos) me dijo que ya no he de vivir nunca en mi cuarto, yo que había puesto con mis propias manos cada viga de sus paredes..., cuando me dijo esto con su insolente boca..., sólo Dios sabe lo que pasó por dentro de mí. En mi pobre cabeza, tinieblas nada más; en mi corazón, una puñalada... ¡O aplastarlo, ó huir de la casa!... Entonces he venido corriendo hacia V., mi bienhechora. ¿A dónde podía ir á reposar mi cabeza?... Lluvia y

fango... Veinte veces lo menos me habré caído. Por eso me encuentro ahora en este horrible estado...

Kharlof recorrió con la vista sus manchados harapos, é hizo ademán de levantarse del asiento.

—Vamos, permanece quieto, Martín Petrovich—dijo mi madre.— ¿Que me has ensuciado el piso? Pues bien. ¡Valiente contra! Escucha: te van á conducir á una alcoba bien calentita, te van á poner una cama bien limpia. Vete á desnudarte, lávate, acuéstate y duerme.

—No podré dormir, madre mía—respondió con tristeza Kharlof.— Tengo así como unos martillos que me golpeasen los sesos... ¡Arrojado como un animal inmundo!...

—Acuéstate y duerme—le interrumpió mi madre.— En seguida te darán té y charlaremos juntos. No pierdas el ánimo, mi viejo amigo. ¿Que te han echado de tu casa? ¡Siempre tendrás asilo en la mía! Nunca olvido que me salvaste la vida.

—Bienhechora mía—exclamó Kharlof cubriéndose la cara con entrambas manos—ahora le toca á V. el turno de salvarme á mí...

Este llamamiento conmovió á mi madre casi hasta el punto de hacerla llorar.

—No deseo nada más grato para mí que acudir en tu ayuda en todo lo que pueda, Martín Petrovitch;



pero debes prometerme que me obedecerás de ahora en adelante, y que apartarás lejos de ti cualquiera mal pensamiento.

Kharlof se descubrió el rostro, y dijo:

— Si es preciso, puedo perdonar.

Mi madre hizo un signo aprobatorio con la cabeza:

— Me encanta verte con una disposición de espíritu tan verdaderamente cristiana; pero ya hablaremos de eso más tarde. Mientras tanto, ponte limpio y trata de dormir. Llevad á Martín Petrovitch al gabinete verde — dijo al mayordomo — al del difunto señor, y que todo cuanto pida se le sirva al instante. Que limpien y sequen sus ropas, y la ropa blanca necesaria pedídsela al ama de llaves. ¿Me habéis entendido?

— Obedezco — dijo el mayordomo.

— Y en cuanto se despierte, haced venir al sastre y que le tome medida para trajes nuevos. También será menester que le afeiten la barba; pero todo esto más tarde.

— Obedezco — repitió el mayordomo. — Martín Petrovitch, dignaos seguirme.

Levantóse Kharlof, echó una profunda mirada á mi madre, é iba á aproximarse á ella, pero se retuvo, y se limitó á hacerla una reverencia doblando el cuerpo hasta la cintura. Luego hizo tres grandes sig-

nos de la cruz ante las santas imágenes, y siguió al mayordomo. Yo también me deslicé fuera de la estancia, en seguimiento de ellos.

El mayordomo condujo á Kharlof al gabinete verde, y apresuróse á ir á pedir ropa blanca al ama de llaves. *Recuerdo* nos había atisbado por el vestibulo y se coló de rondón en el gabinete, poniéndose á hacer cabriolas y muecas en torno de Kharlof, quien, inmóvil y con los brazos colgantes, se había parado entre dos ventanas. El agua continuaba escurriéndose de sus vestidos.

— ¡ Sueco ! ¡ Oh sueco Kharlus ! — exclamaba *Recuerdo* echándose para atrás y sujetándose los hipocondrios. — ¡ Oh insigne fundador de la ilustre raza de los Kharlof ! ¡ Mira tu descendiente, qué hermoso está ! Es digno de ti. ¡ Ja, ja, ja ! Excelencia, dejadme besaros la mano. Pero, ¿ por qué os habéis puesto guantes negros ?

Quise contener á aquel bufón: ¡ vana tentativa !

— ¡ Me ha tratado de gorrista ! — me decía. — Tú no tienes un techo que te pertenezca... Y ahora, cádate que se ha convertido en uno que come pan ajeno, como yo. Martín Kharlof y *Recuerdo* el desharrapado, son hoy una misma cosa. También comerá pan de limosna. Cogerrán un currusco viejo y sucio, hus-



meado por un perro que no lo haya querido zampar, y le dirán: «Toma, regálate.» ¡Ja, ja, ja!

Kharlof continuaba con la cabeza baja y los brazos apartados del cuerpo.

—Martín Kharlof, hidalgo de antigua cepa, ¡y que no se daba tono con eso! «No te acerques—decía, ó te hago trizas...» Y cuando en fuerza de tener ese talentazo, se puso á partir sus bienes, no cacareaba poco «¡gratitud, reconocimiento!» Y á mí, ¿por qué me ha olvidado? ¡Quién sabe! ¿Acaso hubiera yo tenido más corazón? ¿No tenía yo razón al decir que le tirarían de espaldas y desnudo en la nieve?

—¡*Recuerdo!*—le grité. El perverso bufón no me hacía caso.

Kharlof continuaba sin moverse. Parecía como si al fin se hubiese percatado de cuán sucio estaba por la lluvia y el barro, y no tuviera otro pensamiento que limpiarse de ellos; pero el mayordomo no volvía.

—¡Y eso se llama un guerrero!—continuó *Recuerdo*.—Salvó á su patria en 1812. Demostró su valentía. Ved lo que hizo: quitar los calzones á unos merodeadores medio helados, ¡anda!; pero que una hija nos diga unas malas palabras, dando una patada en el suelo, y se nos cae el alma dentro de nuestros propios calzones.

—¡*Recuerdo!*—exclamé otra vez. Kharlof le echó una mirada de soslayo. Hasta entonces no parecía haber notado su presencia; mi exclamación fué lo que le advirtió de ella.

—¡Cuidado, hermano—dijo con voz sorda;—hay quien salta y brinca, y acaba por desnucarse!

*Recuerdo* soltó la carcajada, y siguió así:

—¡Oh, qué miedo me habéis dado, respetabilísimo hermano! ¡Si, á lo menos hubieses peinado vuestra linda cabellera! Porque si llega á secarse, lo que Dios no permita, no será posible lavarla nunca y habrá que segarla con una hoz... (*Recuerdo* se puso en jarras.) ¿Y aún queréis haceros el bravucón? ¡Un gusano sin capullo, un mendigo! Decidme más bien; ¿dónde está ahora ese techo de que estabais tan orgulloso? «Tengo un techo—decíais,—un techo hereditario; y tú, tú no tienes techo.»

*Recuerdo* estaba como rabiando por repetir esta palabra.

—Señor Bitchkof—le grité—¿Qué hacéis? ¡En nombre del cielo!

Pero él continuaba saltando y brincando como un mono en derredor de Kharlof. Y el mayordomo y el ama de llaves, sin venir. Me asusté. Kharlof, que en su conversación con mi madre se había sosegado gradualmente, y hasta pare-



cía haberse reconciliado con su suerte, entraba de nuevo en furor. Respiraba más de prisa, las venas del cuello hinchábansele por debajo de las orejas, agitaba las manos, y sus ojos comenzaban á moverse otra vez entre la oscura careta de su rostro salpicado de lodo. Amenacé á *Recuerdo* con advertir á mi madre; pero hubiérase dicho que de él se había apoderado un demonio.

—Sí, sí—gritó—respetable señor: ved en lo que estamos ahora. Vuestras señoritas hijas y vuestro yerno Vladimiro Vassilitch se mojan de V., bajo vuestro techo hereditario. ¡Si, por lo menos, las hubieseis maldecido, según prometisteis!... Pero no tenéis talla para hacer eso. Habéis creído que podíais luchar con Vladimiro Vassilitch; hasta os permitíais llamarle Volodka. Ahora es todo un señor Slotkin como una casa, un propietario, un amo. ¿Y tú? ¿Qué eres tú?

Un aullido espantoso interrumpió la arenga de *Recuerdo*. Kharlof estallaba. Alzáronse sus puños, su rostro se puso azul, apareció espuma en sus labios, todo su cuerpo tembló de ira.

—¿Un techo dices?—gritó con su voz de hierro.—¿Maldecirles, dices? No, no les maldeciré... eso les importa un comino. ¡Pero el techo!... Lo destruiré de cabo á

rabo; les quedará de él tanto como á mí. Sabrán qué hombre es Martín Kharlof; conocerán lo que cuesta hacer irrisión de mí. Aún no he perdido mis fuerzas... ¡Oh, no tendrán techo!...

Me quedé petrificado de terror. Ya no tenía un hombre delante de mí, sino una fiera que se movía, jadeante de furia. *Recuerdo*, muerto de miedo, se había escondido debajo de una mesa.

—¡No tendrán techo!—repitió por última vez Kharlof.

Y casi derribando al ama de llaves y al mayordomo, que entraban con la ropa blanca, precipitóse fuera de la casa, rodó como una bola á través del patio y desapareció por la puerta principal.

#### IV

También mi madre tuvo un arranque terrible de cólera cuando el mayordomo, con aire consternado, entró á decirle la escapatoria de Kharlof. No se atrevió á ocultarle el verdadero motivo de este suceso.

—¡Con que eres tú—dijo mi madre á *Recuerdo*, que había corrido estúpidamente como una liebre



á besarla la mano—es tu malvada lengua la causa de todo!

—¡Perdón, gracia!—balbuceó *Recuerdo*, echando los brazos hacia atrás, según su costumbre servil.

—¡Conozco tu gracia!—replicó mi madre; y sin querer oír nada más, le expulsó del salón. Hizo entrar á Lisinski y le dió orden de que inmediatamente saliera con un carruaje para Ieskovo y trajese consigo á Kharlof, costara lo que costase.

—No regreséis sin él—fueron sus últimas palabras. Inclínose el tétrico polaco y salió.

Volví á mi cuarto, me senté otra vez ante la ventana y permanecí sumido en reflexiones. No podía comprender cómo Kharlof, que había aguantado sin murmurar las injurias de sus más allegados, no había podido dominarse ante los pinchazos de la lengua de un ser tan ínfimo como lo era *Recuerdo*. Por aquel entonces aún ignoraba yo qué excesiva amargura puede ocultarse en el fondo de una burla, por vulgar que sea y aunque salga de unos labios menospreciados. El nombre detestado de Slotkin, que *Recuerdo* pronunciara, cayó como una chispa sobre pólvora.

Transcurrió una hora. Vi entrar de vuelta en el patio nuestro carruaje, pero el intendente estaba

solo en él. Lisinski saltó precipitadamente del coche, y subió corriendo la escalinata; tenía aspecto enloquecido, lo cual nunca le había pasado. Bajé á escape y entré en pos de él en el salón.

—¡Y qué! ¿Lo ha traído V. consigo?—preguntó mi madre.

—No, señora—respondió Lisinski—no he podido traerle.

—¿Por qué? ¿Le ha visto?

—Sí.

—¿Pues qué le ha ocurrido? ¿Una congestión de sangre?

—No, señora; no le ha sucedido nada. Está ocupado en demoler su casa... Está subido en la techumbre de la casa nueva y la está demoliendo. Ya ha tirado al suelo una treintena de tablones y media docena de alfangías...

Mi madre abrió los ojos, dando muestras de asombro.

—¡El solo!... ¡Sobre el techo!... ¿Y destruye su casa?

—Como tengo el honor de decírselo. Anda sobre el entramado del granero, y lo rompe todo á derecha é izquierda. Según sabe V., su fuerza es sobrehumana. Además... preciso es decir la verdad... la techumbre no es muy sólida: está formada de tablas y planchas de zinc clavadas simplemente con unas tachuelas.

—Tablas y tachuelas—dijo mi madre.



Evidentemente, no comprendía el sentido de estas palabras.

—Pero, en fin, ¿qué ha hecho V.?

—He regresado aquí para buscar instrucciones. Sin enviar mucha gente, no podrá hacerse nada allá abajo; todos los colonos se han escondido de miedo.

—Pero, ¿y las hijas de Martín Petrovitch?...

—Tampoco están para nada. Corren de aquí para allí, como locas; entonan el oficio de difuntos..., y eso es todo.

—¿Está allí Slotkin?

—También él. Aulla más fuerte que ellas.

—Pero qué, ¿de verás está Martín Petrovitch subido en el techo?

—No en el techo, sino en el entramado del granero; y desde allí derriba la techumbre.

—¡Ah, sí!... Ya sé: las tablas...

Era evidente que se trataba de un caso muy singular. ¿Qué había de hacerse? ¿Enviar á la ciudad en busca del *ispravnik*? ¿Reunir á los colonos? Mi madre había perdido por completo la cabeza. Gitkof, que había ido á comer á nuestra casa, no estaba menos desorientado. Verdad es que habló de requerir el auxilio de la tropa; pero, habituado á la disciplina, nunca sabía dar ningún consejo y limitábase á mirar á mi madre con rendimiento y subordinación. Lisinski, viendo que no te-

nía que esperar instrucciones, acabó por decir á mi madre, con el afectado respeto que le era peculiar, que si le permitían llevarse algunos palafreros, hortelanos y otras gentes de la servidumbre, podría hacer una tentativa.

—¡Oh, sí! Emprenda algo, pero pronto, al vuelo; tomo la responsabilidad de todo sobre mí.

Lisinski se sonrió con frialdad.

—Señora, debo de antemano advertir á V. que no puede responderse del resultado. La fuerza del Sr. Kharlof es muy grande... y también su desesperación... y se considera cruelmente ofendido.

—Eso es obra del infame *Recuerdo*; jamás se lo perdonaré. Pero pronto, parta V. á escape.

—Lleve muchas cuerdas, señor intendente, y escalas de garfio para incendios—dijo Gitkof con voz de bajo—y aun si tuviese una red, haría bien en llevarla. Una vez ocurrió en nuestro regimiento...

—Caballero, no tengo necesidad de vuestras lecciones; sé mejor que V. lo que se debe hacer.

Gitkof respondió picado que esperaba ser de la partida...

—¡Oh, no!—exclamó mi madre. Quédate aquí. Que el señor intendente vaya solo. Parta V., mi apreciable caballero.

Gitkof tomó un aspecto aún más mohino, y Lisinski se alejó.



Corrí á la cuadra, ensillé por mí mismo mi potro, y salí al galope para Ioskovo.

Había cesado la lluvia; pero soplabá el viento con violencia, y me azotaba la cara. A mitad de camino, por poco no se me vuelve la silla hacia abajo. Me apeé del caballo, y con los dientes apreté las correas. Alguien me llamaba por mi nombre: era *Recuerdo*, que corría campo atravesado para alcanzarme.

—¡Eh, eh! Padrecito—me gritabo desde lejos—la curiosidad le aguijonea. Pues bien, á mí me pasa lo mismo: merece la pena de no morirse uno sin haber visto una cosa tal.

—Lo que desea V. es gozarse en su obra—exclamé con indignación. Y montando en mi caballo, le hice tomar otra vez el galope. Sin embargo, el inaguantable *Recuerdo* no se quedaba atrás; hacía chacotas y muecas aun corriendo.

Por fin llego á Ieskovó: he aquí el malecón, las bardas del huerto y los sauces que rodean á la residencia. Llegué á la puerta cochera; até allí el caballo... y me quedé mudo de asombro.

En más de un tercio de la techumbre de la casa nueva, ya no quedaba más que un esqueleto. Por ambos lados de la casa había montones de tablas rotas. Sobre el entramado del desván, levantando polvo y

astillas, agitábase con una agilidad torpe y siniestra una masa negruzca, un ser informe. Este ser, ora sacudía el único tubo de chimenea que quedaba aún en pié, pues el otro había sido arrumbado ya; ora arrancaba un tablón del techo y lo lanzaba al suelo; ora cogía con ambas manos las vigas para arrancarlas. Era Kharlof.

También entonces me hizo el efecto de un oso. La cabeza, la espalda, los hombros, las piernas abiertas aguantando sobre los talones: todo contribuía á la semejanza. El viento fuerte que se había levantado hacía ondear sus harapos y sus cabellos. Era horrible verle, con su cuerpo desnudo y rojo, que se vislumbraba á través de los desgarrones; era horrible oírle, con su gruñido ronco y salvaje. Multitud de gente llenaba el patio; aldeanas, gentes de la servidumbre, niños... todos se apelmazaban á lo largo de los setos. A alguna distancia había en grupos una veintena de colonos. El viejo sacerdote, á quien ya conocía yo, estaba con la cabeza descubierta en la escalinata de la otra casita; de rato en rato levantaba con ambas manos un antiguo crucifijo de cobre y parecía enseñárselo á Kharlof en silencio y sin esperanza. Junto á él, apoyada de espaldas en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba



Evlampia mirando á su padre con sombría atención. En cuanto á Ana, unas veces asomaba la cabeza fuera de la ventana, otras daba saltos por el patio y luego se metía en casa. Pálido, lívido, vestido con una bata vieja, con un gorro en la cabeza y su escopeta de un cañón en la mano, Slotkin estaba pataleando por el suelo. Veíasele jadeante, amenazador, tembloroso; apuntaba á Kharlof, se ponía la escopeta al hombro, volvía á apuntarle de nuevo, daba gritos, lloraba de rabia: entonces sí que tenía marcadísimo aspecto de judío, como decía mi madre. En cuanto nos vió á *Recuerdo* y á mí, corrió á nuestro encuentro.

—Mirad, ved lo que nos ocurre —dijo con voz lacrimosa.—Se ha vuelto loco, enteramente loco. Mirad lo que hace. Ya he mandado en busca de la policía. Pero no viene nadie, nadie viene. Si le pego un tiro, no sería responsable ante la ley, porque cada cual tiene derecho á defender su propiedad. Voy á tirar; ante Dios, voy á tirar.

Se adelantó hacia la casa, y gritó:

—Martín Petrovitch, si no se baja V. de ahí, disparo.

—¡Tira!—respondió desde la techumbre una voz terrible.—¡Tira! Entretanto, allá va ese regalo que te hago.

■ Un largo tablón voló por los ai-

res, giró dos veces sobre sí mismo y fué á caer pesadamente á los piés de Slotkine. Este dió un salto atrás, y Kharlof soltó una carcajada.

—¡Señor mío Jesucristo!—murmuró alguien á espaldas de mí.—Volví la cabeza: era *Recuerdo*.

—¡Ah!—dije para mis adentros;—al fin cesas de chancearte.

Slotkin agarró á un campesino por el cuello de su chaquetón.

—¡Tropa!—rugía, sacudiéndole con todas sus fuerzas.—¡Trepad todos, salvad mis bienes!

El labriego avanzó dos pasos, echó atrás la cabeza y agitó sus brazos, diciendo con sorna:

—¿Eh? ¡Allá arriba, señor!...

Luego, volvió grupas y desapareció.

—¡Una escala, traedme una escala!—gritó Slotkine á los otros aldeanos.

—¿Dónde habría que cogerla?—respondió uno del grupo.

—Y aunque hubiese una escala—dijo una voz lenta—¿quién diablos se atrevería á subir allí? ¡Valiente bruto sería! Que se le acerque cualquiera, y le retorcerá el gañote como á una gallina.

Para mí era claro que, aun cuando hubiera sido menor el riesgo, los colonos no hubiesen obedecido á su nuevo amo. Aprobaban la conducta de Kharlof, y de seguro que le admiraban.



—¡Bandidos! ¡Pillos!—vociferó Slotkin.—Esperad, os voy á...

En este momento se vino abajo con estruendo la última chimenea; y, á través de una nube de polvo amarillo, vióse á Kharlof dirigirse hacia nuestra parte, dando un grito de triunfo y levantando sus manos ensangrentadas.

Slotkine le apuntó con la escopeta; pero Evlampia le dió un empujón en el codo. Volvióse él, enfurecido, gritando:

—¡No me lo impidas!

—¡Y tú, no te atrevas!—dijo ella.

Sus ojos, de un azul oscuro, relampaguearon bajo sus cejas fruncidas; y continuó diciendo:

—Padre destruye su casa: es de él.

—¡Mientes: es nuestra!

—Tú eres quien lo dice; pero yo, su hija, digo que es de él.

Slotkine se ahogaba de cólera. Evlampia le miraba fijamente, sin pestañear.

—¡Ah, buenos días, buenos días, mi querida hija!—gritó desde arriba Kharlof.—¡Buenos días, Evlampia Martinovna! ¿Qué tal vives con tu buen amigo? ¿Os acariciáis mucho, tortolitos míos?

—¡Padre!—dijo Evlampia con voz sonora.

—¿Qué, hija?—contestó Kharlof, avanzando hasta el borde de la pared maestra.

Creí notar en su rostro una extraña sonrisa, serena, casi jovial, y por lo mismo doblemente siniestra. Muchos años después he visto una sonrisa análoga en la faz de un sentenciado á muerte.

—Concluye, padre; baja, ven á mí. Somos culpables; te lo devolveremos todo. Créele á tu hija. Bájate.

—¿Con qué derecho tomas tú decisiones?—interrumpió Slotkin.

Evlampia no se dignó responderle:

—Yo te restituiré mi parte—continuó ésta;—yo te lo devolveré todo. Concluye, baja, padre. Perdónanos. ¡Perdóname!

Kharlof continuaba sonriéndose.

—Demasiado tarde, paloma mía—dijo; y cada palabra suya resonaba como bronce.—Demasiado tarde se ha conmovido tu alma de piedra: lo que rueda desde la montaña abajo, ya no puede volver á subir. No me mires: soy hombre perdido. Mira, más bien, á tu Volodka: contempla un rato qué barbilindo mancebo es. Mira también á la víbora de tu hermana: mira cómo pasa su hocico de zorra por la ventana y cómo llama á su encantador marido. No, señoritos. Me habéis querido privar de mi techo; pues bien, no os dejaré viga sobre viga. Todas las había yo labrado y puesto con mis manos: todas las destruiré sólo con



mis manos. Ya veis: ¡ni siquiera he cogido un hacha!

Escupió en la palma de las manos y agarró de nuevo la viga de un tirante.

—Acaba, padre. (Su voz se había vuelto extrañamente cariñosa.) No te acuerdes de lo pasado. Créeme: siempre me has creído. Baja. Ven á mi alcobita, ven á mi cama; yo te secaré, yo te daré calor; yo curaré tus heridas. Mira cómo te has desgarrado tus pobres manos. Vivirás conmigo como en el regazo de Cristo. Comerás golosinas muy dulces, y dormirás con más dulzura todavía. Sí, sí. Hemos sido culpables. Vamos, perdona.

Kharlof meneó la cabeza á uno y otro lado.

—¡Pataratas! Queréis que os crea, ¿no es así? Habéis muerto en mí las creencias, lo habéis muerto todo. Yo era un águila; por vosotras me volví un gusanillo..., y habéis puesto el tacón sobre el gusanillo. ¡Yo te amaba, bien lo sabes! ¡Y cuánto! Ahora, ya no eres mi hija; y yo no soy ya tu padre. Soy hombre perdido. ¡Y tú! ¡Anda, tira, cobarde! —exclamó de pronto, dirigiéndose á Slotkin. — ¿Por qué no haces más que apuntarme? Sin duda recuerdas la ley: «Si el donatario atentare contra la vida del donador, éste tiene derecho á recuperar lo que hubiese donado.» ¡Ja, ja!... No temas,

gran legista. No pediré nada. Lo arreglaré todo por mí mismo... ¡Vamos; tira, pues!

—¡Padre!—gritó Evlampia, con voz suplicante.

—¡Cállate!

—Martín Petrovitch, hermanito; perdonad, sed generoso—balbuceó *Recuerdo*.

—¡Padre, padre querido...!

—¡Cállate, perra!—Y para contestar á *Recuerdo*, escupió hacia el sitio de éste.

En este momento aparecieron ante la puerta del cercado Lisinski y su séquito, montados en tres *telegas*. Los rendidos caballos resoplaban con fuerza; y los hombres apresuráronse á saltar en el fango uno en pos de otro.

—¡Oh, oh!—gritó con voz tonante Kharlof.—¡Un ejército, todo un ejército contra mí! Está bien. Solamente os prevengo, que á cualquiera que venga á visitarme en mi techo, le tiraré cabeza abajo. Soy un amo de casa quisquilloso, y no me gustan las visitas que vengan á estorbarme.

Se agarró con ambas manos al par de vigas que forman en la fachada de la techumbre lo que se llama «jambas del frontón» y se puso á moverlas con toda su fuerza. Inclinado sobre el fondo del entramado, sacudíalas á compás, canturreando como lo hacen los *burlaki*



que tiran de las barcas en los ríos:

—Un tirón más; otro, otro... ¡ah!

Slotkin corrió junto á Lisinski para renovar sus quejas; el otro le rechazó bruscamente. Preparábase para realizar el plan que había concebido. Púsose él mismo delante de la casa y entabló conversación con Kharlof, con objeto de distraerle, haciéndole ver que lo que estaba haciendo allí no era digno de un hidalgo...

—Un tirón más; otro, otro, ¡ah!

—cantaba Kharlof.

—...Que Natalia Nicolavna estaba muy descontenta de su modo de obrar, que no era como ella esperaba de él...

—Un tirón más; otro, otro ¡ah!

—seguía cantando en el techo.

Sin embargo, Lisinski había destacado cuatro palafreneros de los más fuertes y audaces, para que por la parte opuesta de la casa trepasen hasta la techumbre. No se le escapó á Kharlof, siempre vigilante, el intento de ellos. Abandonó el frontón y corrió precipitadamente al otro extremo del desván. Era tan terrible su aspecto, que dos de los palafreneros, que se habían izado hasta arriba, se bajaron más que á escape por el canalón, con grande risa y algazara de los granujillas reunidos en el patio. Kharlof amenazó con el puño á los fugitivos, y volviendo en seguida á su frontón se puso á bam-

bolearlo de nuevo, acompañándose con su sonsonete de *burlaki*. De pronto se detuvo, y exclamó:

—Maximuchka, amigo de mi corazón, ¿es á ti á quien estoy viendo?

Volvió atrás la cabeza. En efecto, de entre el grupo de campesinos salía el cosaquito Maximka, y avanzaba riéndose de oreja á oreja. Su patrono el guarnicionero habíale dado sin duda un día de asueto.

—¡Ven aquí, Maximuchka, mi fiel servidor! Ven. Nos defendemos juntos contra los malvados tártaros, contra los bandidos polacos.

Mientras Maximka continuaba riéndose, se puso en actitud de trepar. Pero le agarraron y le echaron atrás, Dios sabe por qué, como no fuese para dar ejemplo á los otros, pues no podía prestar gran ayuda á Kharlof.

—¡Ah! ¿Cómo es eso?—gritó este, atacando de nuevo á las vigas.

—Vikenti Ossipitch—dijo Slotkin á Lisinski—permitid que le descerraje un tiro; para asustarle nada más, porque mi escopeta sólo está cargada con perdigones de caza.

Lisinski no tuvo tiempo de responderle. Las jambas del frontón, furiosamente sacudidas por los broncíneos puños de Kharlof, crujieron, se inclinaron hacia el patio y se desplomaron con estrépito. Arrastrado por ellas, precipitóse también Kharlof. Pegó en el suelo con toda su



pesadumbre. Los presentes arrojaron un grito. Kharlof permanecía caído boca abajo; la larga viga que forma el caballete de la cubierta había seguido al frontón en su desplome, y estaba encima de los hombros del infeliz.

Acudieron todos, quitáronle la viga y volvieron á Kharlof sobre el dorso. Su faz estaba inerte, salía sangre por los ángulos de su boca, ya no respiraba.

—Es cosa concluida—murmuraban los colonos que se habían aproximado.

Corrieron á buscar agua de un pozo y le echaron un cubo entero por la cabeza. Desaparecieron de su rostro el fango y el polvo, pero en él no se estremeció ni siquiera una sola fibra. Llevaron un banco y lo pusieron junto á la casa; á duras penas pudieron ponerle sentado en él y con la cabeza apoyada contra la pared.

Acercóse el cosaquito Maximka, dobló una rodilla, separó la otra pierna, y en esta actitud teatral levantó con ambas manos el brazo izquierdo de su antiguo amo. Pálida como la muerte, Evlampia fué á colocarse delante de su padre y fijó en él sus ojos, desmedidamente abiertos é inmóviles. Ni Ana, ni Slotkin se atrevieron á acercarse. Todos callaban con una ansiedad angustiosa. Oyóse al fin una especie de hervi-

dero convulsivo en la garganta de Kharlof, como una persona á quien se le atraviesa un brevaje al tragarlo; luego hizo un débil movimiento con el brazo derecho, abrió un ojo (el derecho también), y después de pasear en torno suyo una mirada de extravío, cual si fuera presa de no sé qué terrible embriaguez, tartamudeó: «des... tro... za... do...» Luego, tras una pausa: «ved... el potro... negro...» De su boca brotó una oleada de sangre espesa; todo su cuerpo se estremeció. «Esto es el fin»—pensé. Pero Kharlof abrió de nuevo el ojo derecho (el párpado izquierdo permanecía inmóvil como los de un muerto), dirigió su mirada á Evlampia, y con una voz casi extinta, dijo:

—Eres tú..., hija..., yo te...

Lisinski llamó con un ademán al sacerdote, que aún estaba de pié en la escalinata. Dióse prisa el anciano; pero sus rodillas vacilantes se enredaban entre su larga sobrepe-lliz. De pronto, una convulsión tremenda agitó las piernas de Kharlof, subió á lo largo de su tronco y llegó á su cara. La de Evlampia se deformó de idéntica manera, cual si hubiese imitado á su padre en la agonía. Maximka hizo la señal de la cruz. A mí me dió miedo, y corriendo junto á la puerta de entrada, oprimí con mi pecho uno de los postes. En ese momento corrió de



boca en boca un murmullo. Comprendí que Kharlof había cesado de vivir. La enorme viga le había roto la espina dorsal.

¿Qué quiso decir cuando murió —me pregunté á mí mismo, al regresar á casa en mi potrito— «yo te maldigo, ó yo te perdono»? Aun cuando había vuelto á empezar la lluvia, iba al paso, queriendo permanecer por más tiempo á solas con mis meditaciones. *Recuerdo* había marchado en una de las *telegas* que llevara Lisinski. Por joven y ligero que fuese yo por aquel entonces no podía impedir que me afectase el cambio súbito y profundo que en todos los corazones produce la aparición inesperada (y aun esperada) de la muerte, su solemnidad y lo que llamaría yo su sinceridad. Habíame conmovido mucho. Y, no obstante, mi infantil mirada pudo notar muchas cosas: cómo Slotkin había tirado rápida y furtivamente lejos de sí la escopeta como una cosa robada; cómo su mujer y él se habían trocado de repente en objeto de una reprobación silenciosa y general, y cómo se había formado el vacío en torno de ellos. Aquella reprobación no se extendía hasta Evlampia, aun cuando su falta no hubiese sido menor que la de su hermana; hasta llegó á excitar cierta conmiseración al caer como una masa inerte á los piés de su padre

inanimado. Sin embargo, todo el mundo sentía que también ella era culpable.

—¡Injusticia para con el viejo! —dijo un aldeano de cabeza gris, apoyado como un antiguo juez con ambas manos y la barba en una larga vara.—El pecado recae sobre vuestra alma... Injusticia.

Esta palabra de *injusticia* fué aceptada por todos al instante como una sentencia sin apelación. Había hablado la conciencia del pueblo. Lo comprendí en seguida, y conservé en la mano mi gorro, que me había quitado en el momento de la muerte. También advertí que, en los primeros instantes, Slotkin no se atrevía á dictar órdenes. Sin hacer nadie caso de él, levantaron el cadáver y lo llevaron á la casa. Sin decirle ni una sola palabra, el clérigo fue á buscar á la iglesia los objetos necesarios y el *starosta* hizo partir una *telega* para la ciudad, á fin de advertir á las autoridades. En cuanto á Ana, cuando habló de que calentasen un *samovar* para lavar el cuerpo del difunto, no habló con su tono habitual de mando, sino en tono de ruego... y la contestaron con acritud.

Yo no he cesado de preguntarme: ¿Qué ha querido decir á su hija? ¿Quería perdonarla, ó maldicirla otra vez? Decidí, por mi cuenta y riesgo, que la había perdonado.



do, y sentí un alivio como si hubiese acertado la verdad. Tres días más tarde se celebraron los funerales de Kharlof, á expensas de mi madre, quien, muy afligida por su muerte, había dado orden de que nada se escatimase. No fué á la iglesia, porque no quería ver (según su propio dicho) á las dos espantosas criminales y á ese horrible «pequeño judío»; me envió á mí, juntamente con Lisinski y Gitkof, á quien desde ese día trató siempre de mujerzuela. Prohibió terminantemente á *Recuerdo* volver á presentarse ante su vista, y durante largo tiempo después aún fué rigurosa para con él, llamándole asesino de su amigo. El haber incurrido en aquella desgracia fué para él muy sensible. No cesaba de andar de puntillas por la habitación inmediata á la de mi madre. Era presa de no sé qué innoble y cobarde melancolía; temblaba á cada momento y murmuraba: «Gracia, gracia.»

Durante la ceremonia, en la iglesia, me pareció que Slotkin había recuperado su habitual aplomo: se agitaba como de costumbre, y prestaba una atención ávida á que no se gastase nada de más, aun cuando no saliese de su bolsillo. Maximka, engalanado con un chaquetón flamante, regalo de mi madre, se había colado de rondón entre los can-

tores y soltaba unas notas de tenor tan agudas, que nadie podía dudar de lo sincero de su adhesión al difunto. Allí estaban las dos hermanas, vestidas de luto; parecían más trastornadas que afligidas, sobre todo Evlampia. Ana aparentaba un aire humilde y contrito; sin embargo, no hacía ningún esfuerzo por llorar, y se limitaba á pasarse por los cabellos su larga y seca mano. De vez en cuando caía Evlampia en una tétrica meditación. En todas las caras, en los movimientos y miradas de los concurrentes encontraba yo de nuevo aquella reprobación general y definitiva que había visto el día en que acaeció la muerte. Sólo que era más fría é indiferente, ya que no hubiese disminuido de intensidad. Hubiérase dicho que todas aquellas personas sabían que el gran pecado de que se había hecho culpable la familia de Kharlof para con éste, hallábase ahora sujeto al fallo del único verdadero Juez, y que ellos ya no tenían necesidad de estar inquietos ni de indignarse. Todos oraron con fervor por el alma del difunto, de ese difunto á quien durante su vida amaron poco, y más bien le temieron algo: ¡tan brusca é imprevista fué la acometida de la muerte!

—¡Si, á lo menos, le hubiese gustado beber!—decía en la escalinata un labriego á otro.



—¡Qué! También á veces ocurre que uno se embriague sin beber.

—¡Sí, ha habido una injusticia!— continuó el primero, repitiendo esta palabra decisiva.

—¡Injusticia!—murmuraron todos en torno suyo.

—Sin embargo, fué duro para con vosotros—hice observar á otro aldeano, en quien reconocí á uno de los siervos de Kharlof.

—Era cuestión de su señorío sobre nosotros—respondió el campesino;—eso no cambia en nada la injusticia que se cometió contra él.

Ante la abierta sepultura, Evlampia revelaba la misma abstracción mental: parecía posesa del mismo lúgubre desvarío. Noté que á Slotkin, que varias veces intentó dirigirla la palabra, le trató como había tratado á Gitkof, y aún peor.

Algunos días después difundióse el rumor de que Evlampia Martinovna había abandonado para siempre la casa paterna, y sin decir á dónde iba. Abandonó á su hermana toda la parte que le correspondía de los bienes, limitándose á llevar consigo algunos centenares de rublos.

—¡La buena Ana ha rescatado á su marido!—exclamó mi madre al saber aquella noticia. Luego, dirigiéndose á Gitkof, que había reemplazado á *Recuerdo* para jugar con ella la partida de los cientos, le dijo:

«Sólo tú tienes manos torpes, manos que no saben coger ni guardar.»

Gitkof exhaló un suspiro, contemplándose las manazas, extendidas sobre la mesa.

Poco tiempo después, mi madre y yo fuimos á establecernos á Moscu, y transcurrieron muchos años antes de que se me presentase ocasión de ver otra vez á las hijas de Kharlof.

Encontré primero á Ana Martinovna de la manera más natural. Después de morir mi madre, como visitase yo nuestra aldea, donde no había puesto los piés desde más de quince años atrás, recibí de parte del juez de paz una citación para ir en consulta, con otros propietarios de los contornos, á casa de la viuda Ana Slotkin. Era la época en que, con una lentitud que aún no se ha echado en olvido, se estaba haciendo el reparto de las tierras señoriales comunes. Confieso que la noticia de la muerte del «pequeño judío» de los ojos de ciruela no me causó pena ninguna, y que no me disgustaba volver á ver á su viuda. En toda nuestra comarca gozaba de la reputación de ser una admirable mujer casera. En efecto: sus dominios, sus granjas, su casa (involuntariamente miré su techumbre, y era de placas de hierro), todo presentaba el orden más perfecto. Todo estaba en su sitio, barrido, pintado



de nuevo. Parecía que habitaba una alemana allí. Ana había envejecido; pero no la había abandonado por completo aquel encanto característico, aquel encanto seco y duro que tanto me había emocionado en otros tiempos. Su modo de vestir era rústico, pero de buen gusto. Nos recibió con deferencia. Cuando me vió á mí que había sido testigo presencial del horrible suceso, no pestañeó siquiera. No hizo alusión alguna á mi madre ni á su padre, hermana y marido, lo mismo (como dice nuestro proverbio) que si tuviese llena de agua la boca. Tenía dos hijas, ambas muy lindas, esbeltas, de amable rostro, con una expresión alegre y cariñosa en sus ojos negros. También tenía un hijo, demasiado parecido al padre, pero que, sin embargo, era un muchacho encantador. Durante la discusión entre los propietarios, Ana permaneció en una actitud muy tranquila, rebotando dignidad. Sin manifestar suma obstinación ni excesiva avidez, nadie comprendía mejor que ella misma sus propios intereses, ni sabía exponer y defender sus derechos de una manera más convincente. Conocía al dedillo todas las leyes relativas al asunto, inclusive las circulares ministeriales. Hablaba poco y con dulce voz; pero cada palabra iba derecha al objeto. El resultado final de aquella conferen-

cia fué que pasamos por todo cuanto exigía, y que hicimos concesiones que á nosotros mismos nos parecieron mentira. A la vuelta, dos hidalgos se trataron á sí propios y en público de imbéciles. Todos refunfuñaban y movían la cabeza con talante disgustado.

—¡Vaya un talentazo de mujer! —decía uno de ellos.

—¡Es una soberbia canalla! —añadió otro menos delicado en sus expresiones.—Como suele decirse, os hace muy blanda la cama, pero es duro dormir en ella.

—¡Y qué miserable! —dijo un tercero en discordia.—¡Una cucharada de caviar, una copita de aguardiente por barba... y se acabó!

—¿Qué podéis aguardar de esa mujer? —exclamó un hidalgo que hasta entonces había estado en silencio.—¿Quién ignora que envenenó á su marido?

Con gran sorpresa mía, nadie hizo protestas contra tan terrible acusación. Aún me quedé más perplejo al ver que todos, fueran quienes fuesen, incluso el hidalgo poco delicado, dieron testimonio del mayor respeto hacia Ana. El juez de paz llegó hasta el lirismo, exclamando:

—Es Semíramis ó la gran Catalina. En lo que respecta á la obediencia de sus colonos, un modelo.



En lo que atañe á la educación de sus hijos, un modelo. ¡Qué cabeza! ¡Qué cerebro!

Aparte lo de Semíramis y Catalina, era indudable que la viuda de Slotkin llevaba una vida muy feliz. Su familia, su servidumbre, ella misma, todo respiraba contentamiento por dentro y por fuera, la grata serenidad de la salud física y moral. Hasta qué punto mereciese ella semejante felicidad, eso era otro asunto. Pero esta clase de cuestiones no las plantea uno sino mientras es joven. Todo en este mundo, el bien y el mal, se le da al hombre, no según sus méritos, sino en virtud de no sé qué ley aún recóndita pero lógica, que no me atrevo á precisar, aun cuando me parece haberla presentido algunas veces confusamente.

Adquirí informes del juez de paz acerca de Evlampia. Desde su desaparición se carecía de noticias acerca de ella; la creían muerta. Sin embargo, estoy convencido de haberla encontrado: he aquí en qué circunstancias.

Unos cuatro años después de mi última entrevista con Ana respecto á las tierras comunes, fijé mi residencia veraniega en Murino, villorrio de los alrededores de San Petersburgo, bien conocido como sitio de veraneo de un orden inferior. Por aquella época abundaba

la caza en los contornos de Murino, y casi diariamente salía yo con mi escopeta. Llevaba por compañero á un vecino de la capital, llamado Vikulof, buen muchacho, no del todo tonto—como él mismo decía—de una conducta rematadamente calavera. ¿Dónde no había estado y qué no había sido aquel hombre? Nada podía sorprenderle. Sin embargo, no le gustaban más que dos cosas: la caza y el aguardiente. Cátese que cierto día, regresando á Murino, tuvimos que pasar por delante de una casa aislada, sita junto á una encrucijada y circuida por un cercado de tablas altas y muy juntas. No era la primera vez que veía yo aquella casa; tenía un no sé qué de misterioso, cerrado y mudo, que hacía pensar en una cárcel ó en un hospital. Desde el camino, sólo podía percibirse la techumbre en ángulo agudo, pintada de un color oscuro. En todo el circuito sólo existía una puerta, y aun esta puerta misma parecía estar atrancada. Jamás se dejaba oír dentro ruido alguno, y sin embargo, no parecía estar abandonada la casa; conocíase que alguien habitaba en ella. Aparte de todo, hubiera podido resistir un asalto en regla; ¡tan sólida era su construcción y tan poderosamente protegida estaba!

—¿Qué es aquella fortaleza?—



pregunté una vez á mi compañero de caza.

Vikulof guiñó un ojo con aire picaresco.

—¡Jem! ¿Aquel extraño edificio? Produce mucho que hacer al *ispravnik* del distrito.

—¿Pues, y eso?

—¿Habéis oído hablar alguna vez de los *Raskolnik* (viejos creyentes), de los llamados *Khlisti*, que viven sin sacerdotes?

—Ciertamente.

—Pues bien. Ahí habita su principal jefe, su madre.

—¿Una mujer?

—Sí, una madre. La llaman una Santa Virgen Madre de Dios. Dícese que ésta es muy severa, un verdadero general. Maneja los rublos á millares. ¡Ah, como yo pudiese, ahorcaba á todas esas Santas Virgenes! ¿A qué hablar de esto?

Las palabras de Vikulof me impresionaron mucho. Desde entonces me desviaba con frecuencia de mi camino, expresamente por ver una vez más la casa misteriosa. Un día que llegaba yo frente á su puerta, oí (¡oh milagro!) descorrer la tranca de madera; rechinó la llave en la cerradura, abrióse con lentitud la puerta; bajo una *duga* de colorines apareció una magnífica cabeza de caballo con la crin trenzada; y una ligera *telega* como las de los comerciantes ricos salió del patio

y entró en el camino. Sobre el cojín de cuero, hacia la parte donde estaba yo, iba sentado un hombre de unos treinta años, de unas facciones notablemente hermosas y correctas. Vestía un caftán negro, muy limpio; y llevaba un birrete, también negro, que le cubría la frente hasta los ojos. Con grave apostura tenía las riendas del brioso animal que arrastraba la *telega*. A su lado iba sentada una mujer de arrogante porte, tiesa como un huso. Cubría su cabeza un rico chal negro. Iba vestida con una chaquetilla corta de terciopelo verde aceituna y una saya de lana azul. Sus blancas manos, seriamente cruzadas sobre el pecho, sosteníanse una á otra.

La *telega* giró bruscamente, de suerte que la mujer quedó muy próxima adonde yo estaba. Hizo un movimiento... y reconocí en ella á Evlampia, la hija de Kharlof. La reconocí en seguida, sin vacilar, pues nunca he visto ojos como los suyos, ni sobre todo unos labios tan altivos y sensuales á la vez como los de ella. Su faz habíase alargado, y en su piel deslustrada veíanse algunas arrugas. Pero lo que más había cambiado era la expresión de aquella cara. Sería difícil describir su aplomo severo y orgulloso. No era ya el goce tranquilo, sino la saciedad del poder, lo que



transpiraba cada una de sus facciones. En la negligente mirada que dejó caer sobre mí, se leía el hábito de no encontrar por todas partes sino una sumisión sin réplica. Era de evidencia absoluta que aquella mujer vivía rodeada, no de sectarios, sino de esclavos; había olvidado los tiempos en que ni el menor de sus deseos era una orden para nadie. Pronuncié su nombre en alta voz. Se estremeció ligeramente y me miró por segunda vez, pero no con espanto, sino con una cólera desdeñosa, cual si hubiese dicho: «¿Quién se atreve á molestarme?» Luego entreabrió la boca y pronunció una sola palabra. El hombre sentado junto á ella se irguió, pegó

con las riendas en los ijares del caballo, partió éste al trote largo y desapareció la *telega*.

Desde ese tiempo no he vuelto á encontrar á Evlampia. Ni siquiera puedo imaginarme cómo la hija de Kharlof se había convertido en una Santa Virgen entre los *Khlisti*. ¿Quién sabe? Quizá haya fundado una nueva secta, que se llame «secta de Evlampia». Cosas parecidas se han visto ya en Rusia.

He aquí cuanto tenía que decirnos acerca de mi *Rey Lear de la estepa*, de su vida y familia.»

El narrador se calló, y nosotros nos separamos.

IVAN TURGUENEFF.



## EL HOSPITAL DE PEN-BRON

---

**Y**o mismo me asombro de prestar mi voz á esta buena obra, tan desviada de mi camino, que, á primera vista, me dejó casi helado. Y sobre todo, me asombro de hacerlo por convicción, con un verdadero deseo de que se me escuche, de persuadir, de arrastrar, como he concluido por ser yo mismo arrastrado.

Este otoño, un respetadísimo almirante me escribió para rogarme que me ocupara de los *hospitales de Pen-Bron*, cuyo nombre oía por vez primera. Confieso que si la carta no hubiese ido firmada por aquel marino, hubiera vuelto la cabeza. ¡Dios mío, lo que en ella me pedía y acerca de qué! Un *hospital para los niños escrofulosos*; ¿qué podía importarme á mí eso? Mejor era que dejasen morir á esos pobres pequeñuelos, para ahorrarles una vida miserable, y quizá una descendencia vergonzosa. ¡Bastantes marchitos hay en Francia, y rezagados en nuestros ejércitos!...

Sin embargo, por veneración á quien

á mí se había dirigido, contesté que haría cuanto pudiera, y aún más, con la mejor voluntad. Y escribí, un poco á regañadientes, al fundador de Pen-Bron (M. Pallu, cuyo nombre y señas me daba el almirante) que podía disponer de mí.

Dos ó tres días después llegó de Nantes, para verme, M. Pallu en persona.

Al pronto no me conmovieron sus calurosas palabras. Esos pequeños seres enfermizos, esos niños escrofulosos de que me habló continuaban no causándome más que un vago terror, una lástima relativa mezclada con no sé qué asco insuperable. Escuchábale yo con resignación. Contóme que le llevaban algunos con los miembros tendidos en apósitos acanalados, miembros corroídos por llagas horribles; en cajas pequeñas le llevaban otros, que materialmente casi se caían á pedazos; y al cabo de pocos meses los ponía en pié, les rehacía los huesos, una especie de salud, les aseguraba la vida...



Cansado al fin, le interrumpí para decirle un poco brutalmente: «Quizá fuera más humano dejarlos morir.»

Con gran tranquilidad me respondió que era de mi parecer. Entonces comencé á presentir que acaso pudiéramos entendernos; su obra tendría sin duda segundas intenciones que él me explicaría, un alcance más alto que aún no adivinaba yo.

Poco á poco me enseñaba cosas inauditas para mí, que me espantaban: los progresos de esa enfermedad, cuyo solo nombre es un oprobio; los progresos cada vez más rápidos, sobre todo en estos últimos años; las miserias, el empobrecimiento físico de los niños de las grandes ciudades; ¡la tercera parte lo menos de la sangre francesa ya viciada!...

Estas curaciones, en Pen-Bron, de pequeños seres á quienes tenía por perdidos y que han de quedar lastimosamente débiles, no tenían para él más valor que el de experimentos de ensayo; demostraban que ese mal, cuyo nombre no quiero escribir más, era curable, en absoluto curable con ciertos climas especiales, con la sal y con el mar. Y entonces soñaba con extender su obra, hacer algo inmenso, general; intentar la renovación de la raza entera.

«Hoy — me decía — en este hospital, tan penosamente fundado, que sólo puede albergar cien niños, no tenemos más que el desecho de los otros hospitales de Francia; pobrecillos fenómenos morbosos que han rodado años de

cama en cama, que han aburrido á todos los médicos, y que nos llegan *in extremis*, cuando nada puede esperarse ya de ellos. Pero, si en lugar de cien niños pudiéramos recibir en Pen-Bron millares y millares, en grandes edificaciones escalonadas en kilómetros de fachada, á lo largo de toda esta maravillosa península de arena, donde el aire siempre es tibio y está impregnado de sal; si en lugar de esas criaturitas cuya carne está horadada con profundos agujeros, nos llevasen todos aquellos á quienes apenas les ha tocado aún la enfermedad, todos los que sólo están amenazados; ¡oh! si pudiera hacerse ir allá todos los años á todos los pequeñuelos paliduchos, á todos los chicos enclenques que crecen sin aire en las fábricas de las grandes ciudades y que serán después débiles soldados llenos de costurones, y cuyos hijos todavía serán más lastimosos; si pudieran ir todos, en esa edad en que la constitución se mejora tan pronto, á pedir al mar un poco de aquella fuerza que da á los marinos, á los pescadores...» Y á medida que me explanaba sus ideas, conforme las engrandecía ante mí con una convicción ardiente, veía ya subir á sus ojos algo así como la expresión de un apóstol; entonces comprendí que la obra á la cual había consagrado su vida era noble, francesa, humanitaria.

Así, pues, conquistado ya casi para su causa, le prometí ir á Pen-Bron, para antes de intentar hablar de ello (no sé hablar sino de lo que tengo bien visto), ver lo que él había comenzado



á hacer allá, en sus «arenas maravillosas», como las llamaba.

\* \* \*

Algunas semanas más tarde (á fines de Setiembre) estamos en Croisic, en el puerto atestado de barcas pescadoras. Ante nosotros, el agua marina tiene ese azul más intenso que toma siempre en los sitios donde por influjo de ciertas corrientes está más cálida y salada. Y allí abajo, más allá de las primeras bandas azules, un vetusto edificio con azotea, recién blanqueado, elévase aislado por completo sobre arenales que semejan una isla. Ese palacete es Pen-Bron; jamás hubo hospital que menos lo parezca; hasta cuesta gran trabajo figurarse que aquella alegre habitación al aire libre pueda encerrar tantas pobres cosas siniestras, tantas variedades excesivas y raras de una enfermedad horrible.

Después de algunos minutos de travesía, una barca nos deja en esas arenas, que no son un islote como hubiera podido creerse desde lejos, sino que forman el extremo de una larga y estrecha península, de una especie de playa sin fin encerrada entre el Océano y unas lagunas salíneas alimentadas por el mar. Ahí está Pen-Bron, circuido de agua como un buque. Delante de sus paredes habíase bosquejado un jardín, barrido por todos los vientos de alta mar, pero donde no por eso dejan de brotar las flores en los acirates arenosos.

Fuera están, en dos grupos separados, unas sesenta criaturas, entre niños y niñas. Los chicuelos juegan, charlan, cantan. Bajo la vigilancia de una buena Hermana de la Caridad, las niñas hacen otro tanto por su parte, salvo algunas un poco mayores, que están sentadas en sillas y cosen. Parece ser que así sucede todos los días, excepto cuando llueve mucho: los pensionistas de Pen-Bron, constantemente instalados fuera, giran según el viento y el sol en torno de las paredes de su casa, tan pronto mirando la laguna como el alta mar, respirando de continuo aquella brisa que deja en los labios un sabor á sal. Y si no fuera porque se ven algunas muletas sosteniendo á unas pobres pierrecillas demasiado débiles, algunos vendajes que aún ocultan mitades de rostros, y tres ó cuatro silloncitos de forma un poco intranquilizadora arrimados á la pared, creeríamos en verdad haber llegado á un colegio cualquiera, á la hora de recreo; de tal modo es así, que de pronto siento disiparse aquella especie de horror físico, de instintiva angustia que me oprimía el pecho al llegar á ese museo de miserias.

No tengo más que un sentimiento de curiosidad al acercarme á esos enfermitos; de lejos los veo jugar como cualesquiera otros niños de su edad; sin embargo, para estar allí es preciso que todos, todos sin excepción, estén atacados hasta la medula por alguna enfermedad espantosa. Pues entonces, ¿qué caras tendrán?

Dios mío, caras como las de todo el



mundo; con gran asombro mío, á veces hasta unas caras muy bonitas, redondas, llenas, imitando á la salud. ¡Y cuán morenos y tostados están! Tienen en las mejillas la pátina del mar, como verdaderos pescadorcitos; diríase que han robado á los hijos de los marineros ese magnífico atezamiento por el viento y por el sol que les da una apariencia tan fuerte. Causa completa sorpresa encontrarlos así.

Sin embargo, de cerca se ven algunos detalles que hacen estremecerse: bajo anchos pantaloncitos á lo campesino, piernas torcidas y retorcidas, tibias encorvadas; debajo de las blusitas, corsés duros sosteniendo aún vértebras reblandecidas, que de lo contrario se hundirían; y además, en las carnes, grandes agujeros que á duras penas se cierran, cicatrices huecas y horribles; toda clase de misteriosos fenómenos, de un orden muy lúgubre...

A pesar de eso, hay en casi todos los ojos una risueña alegría; se comprende que la confianza y la esperanza han vuelto á esos pequeñuelos atrofiados, quienes sienten la impresión de un inesperado retorno de la vida á sus cuerpos endebles...

M. Pallu, que me acompaña, los va llamando uno tras otro, orgullosísimo de presentármelos con tan buenos mo-fletes bronceados; y los pobres niños me enseñan sin vergüenza sus cicatrices, y cada cual me cuenta su lamentable pasado. Este tuvo seis años abierta una llaga en un costado, debajo del brazo; el agujero se ahondaba

sin cesar, y los tratamientos de los hospitales no servían de nada; cuatro meses hace que está en Pen-Bron, y se ha cerrado, se acabó; aparta sonriéndose la camisita para que vea yo el sitio, donde sólo queda una larga cicatriz un poco roja. Otro, de unos diez años, acababa de pasar cuatro en la cama de un hospital, tendido dentro de una especie de caja, con la enfermedad de Pott, un mal de que nunca había oído yo hablar, pero cuyo solo nombre tiene no sé qué retumbancia que hiela. Está en la columna vertebral: los anillos no se sostienen ya unos á otros, su soldadura está corroida, y entonces abandonado á sí mismo el cuerpecito del enfermo, se aplastaría como un farol á la veneciana, que se descuelga y se repliega. Pues bien, el niño que tenía esta dolencia está de pié delante de mí; hace dos ó tres días le quitaron el corsé que le había sostenido el dorso durante las primeras salidas; ya no tiene necesidad de él, y hasta su torso apenas quedará deformado.

Y todos tienen cosas del mismo género que enseñarme y que decirme, con una ingenuidad regocijada, con un aire de absoluta confianza en su completa y próxima curación. El aire libre salado de Pen-Bron acaba con todas esas siniestras descomposiciones humanas, casi con tanta seguridad como los cálidos vientos estivales desecan las cloacas pútridas, los rezumamientos y los mohos de las paredes.

\* \* \*



Entramos en seguida en el hospital, que durante el día está casi vacío. Es un edificio muy viejo, un antiguo almacén de sal transformado por monsieur Pallu. Para eso ha necesitado una voluntad y una constancia extremadas. Los gastos han sido casi cubiertos con donativos. Pero no sin trabajos y sinsabores lógrase recoger un centenar de miles de francos para una obra semejante, tan poco atractiva á primera vista.

En su estado presente, el hospital de Pen-Bron contiene unas cien camas, camitas de niño, algunas poco mayores que cunas. Las salas, blancas del todo, dan vista al mar por ambos lados; lo mismo que si se estuviese en una casa flotante, no se ven por las ventanas sino grandes extensiones marinas, vastos horizontes movibles, con barcas pescadoras que van á la vela. Y la capilla, sencillísima, con su bóveda de roble, se parece á la capilla de un buque. Los enfermitos recién venidos, que no pueden salir aún, en vez de mirar grandes paredones grises, como en los hospitales ordinarios, diviértense desde su sitio en ver pasar los barcos, y reciben hasta en su catrecillo el vivificante aire libre de alta mar. Por contraste con los asilados más antiguos, éstos tienen un tinte pálido, una transparencia de cera, unos ojos demasiado grandes y ojerosos.

Pero generalmente no es muy largo el tiempo de su estancia en las salas; lo más pronto posible, cueste lo que cueste, se les envía fuera, al sol, á

respirar el olor salobre de las aguas. Hasta hay para ellos barcas especiales, en las que se les acuesta, una especie de lechos flotantes para conducirlos á la laguna. Por una ventana abierta enséñanme allá abajo su pobre escuadrilla extraña, que se aleja de la ribera remolcada por una canoa; tres de esas almadias-camas van ocupadas por niños pálidos; en la canoa va el capellán que los conduce, llevando un libro para leerles en alta voz durante las largas horas del surgidero diario.

Entre los que no pueden salir aún, encuéntrase criaturas muy marchitas, muy pálidas, más entristecedoras de mirar que si fuesen niños muertos. Pero todos me acogen con graciosa sonrisa; sin duda se lo han encargado; antes de llegar yo, han debido decirles que soy una persona devota de su causa; entonces, con su imaginación siempre en sueños, quizá me atribuyen algún poder bienhechor un poco mágico. Paréceme que sus buenas miraditas me obligan más á hacer todo lo posible en pro de su hospital. Acá y allá hay juguetes en las camas. ¡Oh, muy modestos: para las niñas, son muñecas, ó más bien monigotes, vestidas con una camisa de algodón! Aquí se divierte en alinear sobre la sábana soldados de cartulina, regalo de la Hermana de la Caridad, un niño de cuatro ó cinco años, que tiene ambas piernas dentro de unas canales con pesos en los piés, para impedir que se abarquillen sus reblandecidos huesos. Y luego se detienen encantados mis ojos en una deliciosa criaturita de doce



años, blanca y sonrosada, con facciones extrañamente finas, que no juega á nada, pero que parece meditar ya con una melancolía profunda, puesta la cabeza en la blanca y limpia almohada. Pregunto qué enfermedad tiene aquella niña tan bonita. Me contestan que el horrible mal de Pott en último grado, y temen que sea ya muy tarde para que se cure...

Su mirada me impresiona muchísimo; es como un llamamiento, una súplica dolorosa, un grito de desesperación clarividente y sin límites. Por otra parte, ninguna palabra ni lágrima igualan para mí á esas plegarias de angustia que en ciertos momentos brotan mudas y breves de los ojos de los desheredados, sean quienes fueren, niños enfermos, viejos pobres y abandonados, hasta animales maltratados que tiemblan y sufren... ¡Oh, pobre niña! ¡Y yo que había dicho, hablando de estos niños de Pen-Bron, que más valiera dejarlos morir! Sólo de una manera general y vaga se dicen tales cosas, *cuando no se han visto*; pero, en cuanto se trata de pasar á la aplicación individual, en seguida se siente que no puede ser, que eso sería monstruoso. Y además, cuando hay medio de impedirlo, ¿con qué derecho se dejarían ir al desconocido misterio de la muerte unos ojitos claros, inteligentes como aquéllos, unos ojuelos interrogadores, suplicantes, y que apenas acaban de abrirse á la vida?... Aun cuando fuese una quimera imposible la idea de ampliar esos hospitales hasta convertirlos en una obra de re-

generación nacional, nada más que por devolver la salud á algunas criaturitas como las que acabo de ver, valdría la pena cien veces de continuar, de agrandar...

Pero la primera es muy realizable: por supuesto con dinero, dinero, mucho dinero. Detrás del hospital actual existe aquella interminable península de arena, que corre hasta perderse de vista como una cinta amarillenta entre las azules aguas del mar y las más azules todavía de la salada laguna. Allí, en aquella exposición incomparable es donde M. Pallu, el fundador de Pen-Bron, sueña con prolongar sobre kilómetros de fachada filas de blancos lechos, para que millares de pequeños vayan á formarse allí, como los marinos, pechos levantados y músculos duros.

.....

Y sobre todo, nadie piense que he prestado mi voz por sorpresa para una especulación interesada. ¡Oh, no! No se tome una cosa por otra acerca de este punto. El fundador de Pen-Bron ha gastado allí su dinero, al mismo tiempo que su energía y su voluntad. Hay un consejo de administración, no retribuido; un consejo formado por personas escogidas, que cuando se produce un déficit en la caja lo cubren con su propio bolsillo. Hay médicos á quienes no se les paga y que van todos los días desde Nantes por pura abnegación. Hay admirables Hermanas de la Caridad, y he aquí un rasgo para pintar á la madre superiora: por falta de dinero no pueden quemarse los lienzos



sucios con que se han vendado las llagas, es preciso lavarlos para que vuelvan á servir, y rehusando todas las criadas prestar este asqueroso servicio, esa Hermana dijo sencillamente: «Yo los lavaré.» Y los ha lavado, y los lava todos los días durante las horas de descanso.

Es toda una asamblea de gentes de corazón, ligadas por una fe común en su iniciada obra, y sostenidas por los maravillosos resultados obtenidos á través de terribles dificultades. Han fundado en mí alguna esperanza sobre lo que pudiera decir para hacerles un poco menos ignorados... ¡y tiemblo de que salgan fallidas sus esperanzas por la conciencia que tengo ¡ah! de que su obra admirable no es de las que á pri-

mera vista atraen!... Les falta dinero, no sólo para emprender su gran proyecto soñado, la regeneración en masa de los niños en Francia, sino hasta para hacer frente á las más apremiantes necesidades: todos los días, por falta de sitio, vense obligados á cerrar la puerta á padres que van á suplicarles que acojan á sus pequeñuelos.

¡Si pudiera ser oída mi voz! ¡Si pudiese atraerles algunos donativos!.. ¡O si, por lo menos, á los que no se dejen convencer, pudiera inspirarles la curiosidad de ir, durante sus viajes á los baños de mar, á visitar Pen-Bron..., seguro estoy de que cuando hubiesen visto, quedarían conquistados como yo, y darían dinero!

PEDRO LOTI.



# MADAME DE STAEL

---

## I

**D**espués de las revoluciones que cambian el aspecto y la organización de las sociedades, cuando todo el camino se ha recorrido vertiginosamente, es agradable detenerse un momento, echar una ojeada retrospectiva y divinizar lugares y figuras. Esta personificación del genio de los tiempos en seres ilustres, favorecida por la distancia que de ellos nos separa, no es, en cierto modo, más que una simple ilusión de perspectiva. Hay representantes naturales y verdaderos de cada momento social; pero desde un punto de vista lejano el número disminuye, los detalles se simplifican y sólo queda, sobresaliendo sobre las demás, una sola cabeza, una figura dominante. Corina, vista desde lejos, se destaca mejor sobre el cabo Misseno.

En cada fase sucesiva de la Revolución francesa, en cada una de sus

grandes crisis, aparece un nombre ilustre que asume la genuina representación de un período determinado. En esta pléyade brillante figuran mujeres heroicas las unas, de inteligencia clarísima las otras, de verdadera personalidad muchas de ellas. Produjo en su ocaso la vieja sociedad, heroínas y víctimas, cuyas cabezas aparecen coronadas con los limbos luminosos del martirio; heroínas y víctimas produjo también la naciente burguesía, y más tarde, en época caracterizada por la molición de la vida social, por la opulencia y el desenfreno del placer, aparecen nombres inolvidables de famosas mujeres. El Imperio ofrece pocas figuras; se encuentra luego la Restauración, y con ella, algunas celebridades femeninas que vienen á ser la encarnación de las costumbres en todos sus matices. Pero estas diversas reputaciones sucesivas



que se destacan en cada uno de los períodos de la Revolución, acaban por desaparecer poco á poco dejando el puesto á una sola personalidad, que las comprende y las resume á todas, que participa de sus múltiples aspectos, que reúne la delicadeza y la energía, el sentimiento y la virilidad, el espíritu, la inspiración, la elegancia..., suma de condiciones que forman una figura única, un solo nombre inmortal.

De temperamento reformador heredado de su padre, Mad. de Staël simpatizaba, sin embargo, con la sociedad antigua, en cuyos salones se había educado, pasando en ellos los primeros años de su juventud. Los personajes, entre los cuales había transcurrido su infancia, aquellos que dedicaban sonriendo un elogio á su rara precocidad, eran los mismos que formaban los círculos más distinguidos de la época. Leyendo en 1810 la correspondencia de Mad. de Deffaud y de Horacio Walpole, se sentía emocionada al ver evocado el recuerdo de aquel gran mundo, en el cual había conocido tantas personas y tantas familias. Si en sus primeros tiempos se hizo notar por un sentimentalismo extremado y una ligereza, censurada por cierta aristocracia envidiosa que veía en ella una infracción de los severos cánones del gran mundo, era precisamente porque Mad. de

Staël debía llevar la vida, el movimiento y la novedad de lo imprevisible allí donde fuera. Es cierto que continuó la tradición de los salones, pero supo darles nueva vida llevando á ellos su espíritu delicado y reformador. Tuvo el tacto suficiente para conservar el encanto primitivo, pero no se satisface con una copia exacta de lo antiguo, porque precisamente lo que la caracteriza es la amplitud de su inteligencia, el afán de lo nuevo, la iniciativa, su alma abierta que rechazaba todos los exclusivismos y soñaba constantemente con nuevos y dilatados horizontes.

Por eso, á pesar de sus simpatías por un mundo que representa la tradición, no sólo rompe la monotonía de sus costumbres con atrevida y delicada originalidad, sino que comprende y acepta otro mundo naciente, en el cual se revela el genio del pueblo y la virilidad de las almas republicanas. Los heroismos de Mad. Rolland y de Carlota Corday, conmueven su corazón; sus antiguas simpatías aristocráticas no se entibian por eso. Verdadera hermana de Andrés Chenier por temperamento, lanza un grito elocuente en favor de la reina, como Chenier por Luis XVI, é indudablemente la hubiera defendido en la barra á tener la más pequeña esperanza de alcanzar su salvación.



Su prestigio creció rápidamente, y en su libro de *La Influencia de las pasiones* expresa toda la tristeza del estoicismo noble de aquellos tiempos de opresión en que no se podía hacer otra cosa que morir dignamente. Bajo el período directorial, sus escritos, su conversación, sin excluir las cualidades precedentes, toman un tono más severo; sostiene la causa de la filosofía, de la perfectibilidad, de la república moderada y libre, como hubiera podido hacerlo la viuda de Condorcet. Entonces, ó poco después, en el prefacio de *La Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, es cuando expresa este pensamiento varonil: «Algunas vidas de Plutarco, una carta de Bruto á Cicerón, las palabras de Catón de Utica en la lengua de Addison, las reflexiones que el odio á la tiranía inspira á Tácito, dan nueva energía á las almas que sienten la laxitud, el decaimiento, ante los sucesos contemporáneos.» Estas ideas nuevas, generosas, no impiden que reanude sus relaciones con la antigua sociedad que vuelve del destierro. Por otra parte, aprecia y acoge con simpatía la celebridad de la mujer más en boga en aquel tiempo (1), la que reunía más bellas cualidades y la más pura. Mad. de

Staël se rodea de sus amistades como de una guirnalda, en tanto que las *Cartas de Bruto* permanecen entreabiertas todavía y que M. de Montmorency le sonríe compasivamente. De este modo, ó alternando á la vez, mézclanse en su espíritu la tradición de los viejos salones, el vigor de las ideas nuevas, la tristeza del patriotismo estoico, las amistades antiguas y las modernas. Más tarde, á su regreso á Francia después del Imperio, durante los pocos años que vivió, su espíritu siguió abierto á todas las ideas; y, por último, sus relaciones con Mad. Durás acaban de dar á su existencia todos los tonos característicos de las fases sociales por que pasó; fases comprendidas en un espacio que abarca desde el salón semifilosófico y reformador de su madre hasta el realismo liberal de la Restauración. Estudiándola bajo este punto de vista, la existencia de Mad. de Staël es, en conjunto, como un gran imperio de cuya organización se ocupa incesantemente con el mismo brío que el otro conquistador, su opresor y contemporáneo. Pero Mad. de Staël no se agitaba en un sentido material; no organizaba provincia tras provincia, reino tras reino; lo que sin descanso ordena es su propio espíritu, la inmensa variedad de sus ideas, de sus sentimientos. En los

(1) Mad. Recamier.



años mejores de su vida, instintivamente, por efecto de su impetuosidad, aspiraba á tener una corte inmensa, el imperio de la inteligencia donde cabe todo lo bueno y todo lo bello, sin que nada se rechace, donde se admiten todas las distinciones del talento, de la alcurnia, del patriotismo, de la hermosura. Como una emperatriz del pensamiento, pretendió encerrar en sus dominios todas las ideas.

La cualidad dominante en Mad. de Staël es la conversación; la palabra viva, brillante, improvisada, brotando siempre con ímpetu de la divina fuente del alma. Todos los contemporáneos se muestran unánimes en esto. Puede decirse de Mad. de Staël lo que de un grande orador ateniense: «¡Si leyendo sus discursos provoca el entusiasmo, qué hubiera sucedido á poder escucharle?» Los adversarios y los críticos, que suelen emplear el procedimiento de ensalzar una cualidad ya consagrada para negar otras que empiezan á revelarse, han elogiado á Mad. de Staël por su conversación; pero sus elogios resultan interesados y pífidos, aun pareciendo que los inspira la buena fe como los de los admiradores.

Fontanez, en 1800, terminaba los famosos artículos de *El Mercurio* con estas palabras: «Al escribir piensa que está hablando todavía; los que

la escuchan no cesan de aplaudirla. Cuando yo la critiqué aún no la había escuchado.» Efectivamente, durante mucho tiempo los escritos de Mad. de Staël se resentían de ciertas reminiscencias de la conversación. Al leer, creeríase muchas veces estarla oyendo. Se admira la misma viveza, y se observan algunos giros admitidos en la conversación, pero proscritos de la literatura. Cualquiera que sea el predominio de la palabra sobre el estilo escrito de Mad. de Staël, hay que reconocer que no le sucede lo que á determinados oradores ó improvisadores, como Mirabeau, Diderot, Tahn, etc., cuyas obras son inferiores á su gloria. Mad. de Staël ha dejado dignamente asegurada su fama, sin que sean necesarias otras explicaciones que sus mismos libros. Es posible — y M. Chateaubriand lo ha hecho notar en un juicio crítico — que para escribir sus obras más perfectas no necesitase más que un talento: el de la conversación. A pesar de sus defectos — sigue diciendo el mismo Chateaubriand — su nombre figurará en la lista de aquellos que no se olvidarán nunca. Efectivamente, sus escritos, por la imperfección misma de muchos detalles, no dan idea exacta, en algunas ocasiones, de su pensamiento profundo, de su espíritu palpitante y agitado de continuo por un tropel de ideas;



sin embargo, como expresión de arte, de poema, la novela *Corina* solamente, constituye un monumento inmortal.

Esa vida de Mad. de Staël, que ofrece dentro de la unidad del talento tan diferentes matices; ese reflejo límpido del alma á través de sus escritos es lo que yo trato de evocar, de resumir en algunos párrafos, para ver si consigo que el lector participe de mis impresiones. Comprendo que el trabajo es muy delicado, porque hay que luchar con cierta leyenda formada hace tiempo, y que, aun apartándose de la realidad, es muy difícil de destruir. No seguiré paso á paso las biografías de Mad. de Staël; al trazar los rasgos generales de su gran espíritu, tendré en cuenta muchos detalles minuciosos, muchos recuerdos que no han aparecido en otras páginas dedicadas á ella.

Mlle. Germaine Necker, educada entre la severidad un poco rígida de su madre y los atrevimientos revolucionarios de su padre, debía naturalmente inclinarse á este último lado. Tenía su sitio en el salón sobre un pequeño taburete de madera colocado cerca del asiento de Mad. Necker, que la obligaba á guardar gran circunspección; pero lo que Mad. Necker no podía evitar eran las respuestas de la niña á personajes célebres, como Grimm, Thomas,

Reynal, Gibbon, Marmontel, que se complacían en rodearla, en provocar cuestiones, de las cuales salía siempre airosa. Mlle. Necker de Saussure ha pintado á maravilla esta rara precocidad en unas notas que escribió acerca de su prima. Mlle. Necker leía libros superiores á la inteligencia común en su edad; sentía gran emoción en las representaciones de obras dramáticas, y su juego predilecto era recortar en papel figuras de reyes y de reinas, y reproducir la tragedia ó el drama recientemente visto en el teatro. Lo mismo que Goethe, tuvo sus marionetas. El instinto dramático, la necesidad de la emoción y de la expresión empezaban á determinarse vagamente en su alma. A los once años, Mlle. Necker componía retratos, elogios, siguiendo la moda de entonces. A los quince publicó sus *Reflexiones sobre el Espíritu de las leyes*.

En 1781, después de la aparición de este juicio crítico, dirigió á su padre una carta anónima; el estilo hizo que se reconociera en seguida su procedencia. Lo que predominaba en ella era aquella sensibilidad que hasta fines del siglo xviii, y principalmente por la influencia de Juan Jacobo, reinó sobre los corazones jóvenes y que ofrece un singular contraste con el análisis excesivo y las pretensiones incrédulas



del resto de la época. En este desquite, un poco desordenado de las potencias instintivas del alma, los ensueños, la melancolía, la piedad, el entusiasmo por el genio, por la naturaleza, por la virtud y la desgracia, todos estos sentimientos que propagó *La Nueva Eloísa* se apoderaron por completo del espíritu de Mlle. Necker, é imprimieron á toda la primera parte de su vida y de sus escritos un tono ingenuo, exagerado, que no dejaba de tener su encanto aun cuando hiciera sonreír. Esta inclinación se manifestó siempre en su entusiasmo por su padre, entusiasmo que el tiempo y la muerte no hicieron otra cosa que aumentar, superando al de los primeros años de su vida, hasta el punto de aparecer en ciertos momentos como celosa de su madre. Relatando algunos detalles de la vida de M. Necker durante el largo período que estuvo en París, joven y no casado todavía, Mad. Staël ha llegado á decir: «Algunas veces, hablando conmigo, evocaba aquella época de su vida, cuyo recuerdo me enternece profundamente, aquel tiempo en que yo me lo representaba tan joven, tan amable y tan solo, aquel tiempo en que nuestros destinos hubieran podido unirse para siempre si la suerte nos hubiera hecho contemporáneos.» Y luego, hablando de su madre: «Ella lo en-

contró; pasó su vida con él. ¡Dios la hizo apurar la desgracia de sobrevivirle!» Este culto de Mad. de Staël por su padre es, aunque más solemne y no menos profundo, semejante al que sentía Mad. de Sevigné por su hija; es verdaderamente hermoso encontrar tan ardientes y puras afecciones en tan grandes espíritus. En Mad. de Staël se observan mejor las profundas raíces de esta veneración fácil; el tiempo siguió su curso; llegó á ver marchitadas casi todas las ilusiones de su corazón y de su pensamiento y un solo ser, uno solo entre tantos otros, conservó su prestigio, y sobre su cabeza venerada llegaron á fundirse en un solo cariño todos los cariños, todos los recuerdos, todas las ilusiones de su juventud. Esta cabeza era la de su padre.

En aquella edad de exaltación, los ensueños, las combinaciones novelescas, el sentimentalismo, el vago deseo de sufrir y de morir, eran, después del culto singular por su padre, las ocupaciones predilectas de aquella alma *nerviosa y triste que no se divertía más que con lo que la hacía llorar*. Le gustaba escribir dejando que la pluma siguiera las inclinaciones de su espíritu, ocultándose lo mismo que para algunas lecturas de libros no aprobados por la rigidez de Mad. Necker. Yo me la figuro en el gabinete de estudio,



bajo la mirada vigilante de su madre, leyendo algún volumen por obediencia y cambiándolo en cuanto podía por alguna novela sentimental de Mad. Riccoboni ó de algún otro novelista. En épocas posteriores decía muchas veces que *el robo* de *Clause* había sido uno de los sucesos más trascendentales de su juventud. Esta palabra *robo*, que indica los azares que pasaba Mlle. Necker para apoderarse de libros que la autoridad materna le prohibía, representa todo un mundo de emociones violentas por ser las primeras de la vida, que todo el que tenga una imaginación exaltada y poética se explicará perfectamente. La obra de Mlle. Necker que revela más precocidad, si realmente era suya, es un volumen titulado *Cartas de Nanine á Simphal*, que M. Beuchot ha atribuido á Mad. de Staël, aunque luego en 1818 se haya dicho que no le pertenece. Esta pequeña novela, que no ofrece otra particularidad que la de poner de relieve una imaginación exaltada y juvenil, no difiere, en el fondo, de *Sofía*, de *Mirza*, de *Paulina* y otras producciones de sus primeros años de vida literaria que revelan una gran inexperiencia de estilo y de composición. Yo no he encontrado nada digno de especial mención, que revele el carácter de la escritora, tanto como estas palabras de Nanine:

«Fuí ayer por la mañana al sepulcro; vertí un torrente de lágrimas, de esas lágrimas puras que arranca un dolor como el mío. Una lluvia copiosa que empapó de pronto la tierra, me hizo creer que la naturaleza tomaba parte en mi amargura. Cada hoja parecía llorar conmigo; los pájaros parecían también conmoverse de mis lamentos. Esta idea se apoderó de tal manera de mi alma, que elevé al Altísimo mis más fervientes oraciones. No pudiendo permanecer más al lado del sepulcro, he venido á ocultar aquí mi tristeza, etc.»

*Sofía ó los sentimientos secretos*, compuesto á los veinte años, es un drama en verso, cuya acción pasa en un jardín inglés junto á una tumba rodeada de cipreses y de árboles fúnebres. Cecilia, niña de seis años, se dirige hacia la triste Sofía, que está devorada por una pasión silenciosa, y le dice:

«Porque te alejas siempre de nosotros  
Está inquieto mi padre.

SOFÍA. ¿Tu padre?

CECILIA. Sí, amiga;

Tu melancolía le inspira miedo:

SOFÍA. Explicame esa palabra.»

¿No recuerda este fragmento la brusca pregunta de Mlle. Necker á la anciana generala de Mouchy, diciéndole qué pensaba acerca del amor, ocurrencia que tanto divirtió á M. Necker y que su hija gustaba



de relatar años después? Había, si no en los primeros escritos de Mad. de Staël, al menos en su persona, una vivacidad que solía degenerar en tristeza, una espiritual petulancia al lado de la melancolía, una facilidad picante, pero que no dejaba lugar á la suspicacia, porque se adivinaba en ella un espíritu sano.

En la obra *Sofía* es donde se encuentran estos hermosos versos, de los cuales se acuerdan todavía con placer algunas personas contemporáneas del autor.

«Sentiréis un día lleno de amargura el corazón al comprender que los buenos sentimientos no producen la felicidad. «Cuando se siente un alma abandonada y sola sobre la tierra; cuando se sabe que nadie piensa en nosotros, y que se puede sufrir seguros de que nuestros dolores no harán correr las lágrimas de ningún mortal, llega á mirarse con desprecio la vida; no se ama porque nadie nos ama; los días se amontonan insípidamente y pasan con lentitud sin dejar una emoción.»

Lastresnovelaspublicadasen1795ycompuestasdiezañosantes, *Mirza*, *Adelaida*, *Teodora* y *Paulina*, tienen grandes semejanzas de color con *Sofía*, y su prosa fácil les presta mayor encanto. Sus personajes, cualquiera que sea la escena donde la acción ocurra, son siempre des-

dichados y sensibles; amantes á los cuales la noticia funesta de una infidelidad reduce al estado de sombras errabundas; la decoración suele ser un sepulcro escondido en el seno de un bosque. Yo me figuro leyendo estos episodios sentimentales, estas muertes rápidas, que me encuentro entre los personajes del buen abate Prevost ó que me paseo por los bosques de Saint-Ouen, ó en los jardines de Ermenonville, donde Mlle. Necker dejaba vagar su poética imaginación. Paréceme reconocer las umbrías donde tuvieron su cuna Mad. de Montolieu y Gonthin y Mad. Desbordes Valmore. Estas inclinaciones que informan la primera juventud de Mad. de Staël, no debían durar mucho. Más tarde... bien pronto, impresionada por el espectáculo de las pasiones públicas, amargada tal vez por algún desengaño, se verifica una reacción contra aquella expansión extremada de la sensibilidad.

En su libro *De la influencia de las pasiones*, se esfuerza por vencerse, por moderar su imaginación, sin lograrlo por completo.

M. de Guibert ha hecho un retrato magistral de Mlle. Necker cuando ésta tenía apenas veinte años. Dicho retrato ha sido citado por Mad. Necker de Saussure. Este fragmento parece traducido de un poeta griego, y expresa bien el gus-



to de la sociedad de entonces; los retratos del duque y de la duquesa de Choiseul han sido dados, según se sabe, por el abate Barthelemy, bajo los nombres de Arsame y de Phedime. He aquí algunos rasgos del de Zulmé, por M. Guibert: «Zulmé no tiene más que veinte años, y es la sacerdotisa más célebre de Apolo. Su incienso es el más agradable para el dios, sus himnos los más agradecidos... En sus grandes ojos negros centellea el genio; sus cabellos, del color del ébano, caen sobre sus espaldas en ondulantes bucles; los rasgos de su fisonomía son más enérgicos que delicados; sin embargo, se admira en ellos la dulzura del sexo.» El retrato que yo poseo no discrepa del anterior: «Los cabellos ligeramente rizados, los ojos llenos de claridad vivísima, la frente despejada, los labios entreabiertos, comunicativos, el color animado, el seno palpitante.» Tal podía ser la Sofía del *Emilio*, tal el autor de las *Cartas sobre Juan Jacobo*. Constituyen estas verdaderamente la primer obra de Mad. Staël, y hay que tomarla como punto de partida por ser en ellas donde se observan con claridad las raras facultades de nuestro autor, sólo esbozadas en ensayos anteriores. Grimm, en su Correspondencia, da algunos datos de «esta obra encantadora», como él la llama, y de la cual

sólo se hizo una tirada de veinte ejemplares, aunque luego no pudo sustraerse á los honores de una edición pública. Antes de dar algunos detalles de este libro, el espiritual tertulio del salón de madame de Necker ensalza á «esa joven rodeada de todas las ilusiones propias de su edad, de todos los placeres, de todos los homenajes que le proporciona la gloria de su padre y su propia celebridad; de un destino tan risueño, que no ha sufrido todavía ni el más leve disgusto». Las *Cartas sobre Juan Jacobo* son un tributo de agradecimiento al autor admirado y preferido. Así como otros autores disimulan con cuidado ó critican desembozadamente á los autores cuyas huellas han seguido, estableciendo una especie de parentesco literario, Mad. de Staël, con franca espontaneidad y nobleza, ensalza á aquél en cuyas obras se inspira, como Dante ensalzaba á Virgilio. Mad. de Staël sentía también en literatura el culto filial. Las *Cartas sobre Juan Jacobo* son un himno, pero un himno lleno de pensamientos profundos, de sutiles observaciones. Todas las futuras obras de Mad. de Staël en su diversidad de géneros, la novela, la moral, la política, se encuentran como presagiadas en este elogio entusiasta, como una obra musical se adivina en la sinfonía. El éxito de



estas cartas, que respondían á un movimiento simpático de la época, fué universal.

Grimm habla igualmente de *El Elogio de M. de Guibert*, que sólo se imprimió posteriormente en la edición de obras completas. El entusiasmo de Mad. de Staël. no es menor que el que sentía por Juan Jacobo, aunque parezca desde luego menos motivado; pero inició en esta obra valientemente sus ideas políticas, prodigando demasiado la apoteosis. En medio de su exageración patética, no pretendió hacernos admirar á este personaje muy admirado y muy envidiado en su tiempo, y olvidado después de tal modo, que sólo se le recordará, durante algún tiempo, gracias á madama de Staël. M. de Guibert, en su discurso de recepción en la Academia, repitió muchas veces la palabra *gloria*, haciendo traición involuntariamente—dice Mad. de Staël—á su pasión augusta. Por mi parte, yo estoy agradecido á ese espíritu noblemente ambicioso, por haber sido de los primeros que concibieron las ideas y medios de reforma, los estados generales, la milicia ciudadana; pero le agradezco sobre todo el haber augurado con firmeza en los rasgos de Zulmé las grandezas futuras de Corina. Los éxitos alcanzados en la literatura y en el gran mundo, proporcionaron

á Mad. de Staël, á partir de esta época, las burlas de los espíritus mezquinos, y más tarde, en 1800, veremos cómo se unen despiadadamente contra ella. Champcenez y Rivarol, que habían publicado *El Pequeño diccionario de los grandes hombres* en 1788, publicaron dos años después otro *Pequeño diccionario de grandes hombres de la Revolución*, y lo dedicaron á la baronesa de Staël, embajadora de Suecia cerca de la nación. Esta dedicatoria da una idea de la animadversión de que era objeto en determinadas esferas. Rivarol y Champcenez empezaron á emplear las ironías que más tarde habían de acumular contra ella los Fievee, los Michaud y otros muchos. Pero, según dice Grimm, el objeto de estas sátiras estaba á tal altura, que los dardos no llegaban nunca hasta él. Los terribles sucesos de la Revolución francesa vinieron á interrumpir bruscamente este primer período de una vida literaria tan brillante, y á suspender con manifiesta utilidad para el pensamiento, según mi opinión, las fiestas mundanas que se repetían sin darse un solo punto de tregua.

A pesar de su fe absoluta en M. Necker; á pesar de la adopción completa y la reivindicación definitiva que hizo de las ideas políticas de su padre en el libro *Considera-*



*ciones sobre la Revolución francesa*, es necesario anotar que Mad. de Staël, joven y entusiasta, avanzó todavía más que M. Necker. No se atenia á las combinaciones de la constitución inglesa; iba mucho más adelante en determinados sentidos que los realistas constitucionales como MM. de Narbonne, de Montmorency, del mismo Lafayette. En una palabra, si se quiere dar una filiación política á un pensamiento tan asequible á todos los entusiasmos, no es en el grupo de MM. Malouet, Monier y Necker donde se la debe colocar, sino entre los realistas constitucionales del 91. Puede verse en sus obras un artículo de periódico, única expresión escrita de su modo de pensar en esta época. En él juzga á Mirabeau muerto de una manera favorable, de la cual posteriormente se retractó.

Mad. de Staël abandonó á París —no sin perjuicios— después del 2 de Setiembre. Pasó el año del Terror en el país de Vaud con su padre y algunos amigos refugiados, M. de Montmorency y M. de Saucourt. Desde aquellas terrazas de Coppet, á las orillas del lago de Ginebra, su meditación acostumbrada era comparar el vivo resplandor del sol y la paz de la naturaleza con los horrores que la mano del hombre sembraba por todos lados. Aparte

del elocuente grito de piedad que lanzó por la reina; aparte de unos versos *A la desgracia*, su talento guardó un silencio religioso. La angustia sentida por Mad. de Staël durante estos meses funestos no le permitía, en los intervalos en que se olvidaba de las desdichas de los demás, más que desear la muerte para ella y pedir la destrucción de un mundo y una raza irremisiblemente perdidos. «Hasta el pensamiento —decía— parece sumido en un letargo en esta época de tristezas.» El 9 Thermidor despertó en ella esta facultad y la empleó en seguida en escribir sus *Reflexiones sobre la paz interior y exterior*, cuya primera parte está dirigida á *M. Pitt*, y la segunda *A los franceses*. En ésta principalmente se observaba una conmiseración profunda y un deseo de justicia ya calmado, un llamamiento á todas las opiniones no escudadas tras el fanatismo, demandándole el olvido, la conciliación, sentimientos generosos que prueban la elevación de su alma. Hay una inspiración antigua en esta figura de mujer, que se atreve, para hablar á un pueblo, á poner su pié sobre los escombros aún humeantes; hay una gran sagacidad política, una apreciación perfecta de la realidad, en los consejos que le dicta su corazón apasionado. Testigo de los éxitos audaces del fanatismo, Mad. de



Staël manifiesta repulsión por sus procedimientos; lo cree inevitable en la lucha y necesario para el triunfo en tiempos de revolución, pero quisiera prescindir de él. No obstante, puesto que al fin ha obtenido la forma republicana, Mad. de Staël invita á todos los espíritus prudentes, á todos los amigos de una libertad honrada, cualquiera que sea su procedencia, á reunirse sinceramente bajo esta nueva fórmula, y conjura á los exaltados á que respeten los hechos. «Me parece—dice—que la venganza no puede dirigirse contra tal ó cual forma de gobierno, ni contra las sacudidas políticas que hieren lo mismo á los inocentes que á los culpables.» No hay en las revoluciones período más hermoso, según Mad. de Staël, es decir, más á merced de los esfuerzos y de los sacrificios inteligentes, que aquel en que el fanatismo se dedica á establecer un gobierno fuerte que no dé ocasiones á nuevas desdichas. Se ve, desde luego, que considera el fanatismo como una fuerza física, y habla de él como hablaría de la ley de gravedad, por ejemplo. ¡Gran prueba de la firmeza de su espíritu después de las catástrofes anteriores! Mad. de Staël se muestra, sobre todo, preocupada en esta obra por convencer á los franceses de su partido, los viejos realistas constitucionales, y de ha-

cerles aceptar francamente la nueva forma establecida. «Es muy diferente — les dice — oponerse á una experiencia tan nueva como la de la república en Francia después de que se ha tenido que luchar con tanto obstáculo y derramar tanta sangre para volver al único gobierno posible: la monarquía. Tales conclusiones deben parecer demasiado republicanas á muchos de aquellos á quienes se dirigían; debían parecer al mismo tiempo muy débiles á los convencionales y á los republicanos por convicción. En las obras sucesivas que publicó hasta 1810, Mad. de Staël se connaturaliza más y más con esta forma de gobierno y á las condiciones esenciales que podían mantenerla. La mayor parte de los principios filosóficos que tendían á su desenvolvimiento bajo la Constitución del año III, bien comprendida y mejor respetada, encontraron en ella un órgano brillante durante este período mal apreciado de su vida política y literaria. Sólo mucho después, hacia el fin del Imperio, admitió la Constitución inglesa. En el volumen de fragmentos que Mad. de Staël publicó el año 95 se encuentra, entre tres novelas escritas en su primera juventud, un precioso *Ensayo sobre las ficciones*, compuesto más recientemente, y *Adela y Eduardo*, pequeño poema escrito durante el



Terror. Sorprende verdaderamente que en esta situación extraordinaria de todas sus facultades suspendidas le sirviera de solaz este canto sencillo y poético. ¡De tal modo responde la poesía á los más recónditos sentimientos del alma! ¡De tal modo se amolda su dulzura á nuestras lágrimas y á nuestros pesares! Pero en este poema en verso, como en las otras tentativas del mismo género, tales como *Juana Gray* y *Sofía*, la intención es mejor que el resultado. Por eso en este poema, impulsada por el sentimiento que la domina, escribe:

«Fijando muchas veces los ojos sobre el hermoso paisaje por donde se extiende el lago cristalino, contemplo esos montes que forman su cauce, retratando su cima augusta en medio de sus aguas.—¡Cómo—exclamo—esa calma, ese reposo de la naturaleza, ¿no lo puede disfrutar mi corazón agitado? ¿Será el hombre, rodeado de tantas desgracias, la sola, la única excepción en el orden general?»

Este desacuerdo de la naturaleza vestida de fiesta, con los sufrimientos y la muerte del hombre, ha inspirado acentos de amargura y de melancolía á la mayor parte de los poetas contemporáneos. A Byron, en el principio magníficamente irónico del segundo canto de *Lara*; á Shelley, en el triste fin de *Alas-*

*tor*; á Lamartine, en *La última peregrinación de Childe Harold*; á Hugo, en una poesía de sus *Hojas de Otoño*, Corina misma, en el cabo Misseno, ¿no ha sentido esta misma alta inspiración?

«¡Oh tierra, toda bañada en sangre y lágrimas; tú no has cesado nunca de producir frutos y flores! ¿Y no tendrás piedad del hombre? ¿Su polvo volverá á tu seno maternal sin hacerlo estremecer?»

¿Cómo se explica, pues, que espíritu como el de Mad. de Staël expresara la misma idea tan prosaicamente en los versos copiados? ¿Será—como ha dicho Mad. Necker—que el mecanismo de la versificación se ha perfeccionado de tal modo que el trabajo que exige quita fuerza á la expresión cuando no se tiene costumbre de versificar? ¿Será—como un crítico menos indulgente ha conjeturado—que Mad. de Staël, que divagaba mucho en sus obras en prosa, no pudo encontrar la concisión del verso? Habrá que convenir en que el talento de la poesía es un don especial como el canto de las aves. En Mad. de Staël, lo mismo que en Benjamín Constans, los ensayos de este género fueron muy medianos; su pensamiento tan libre, tan distinguido en prosa, no pudo nunca ser encerrado en el verso.

Todas las facultades de Mad. de Staël, después de la violenta tem-



pestad de la Revolución, adquirieron nuevo vigor. Su imaginación, su sensibilidad, su penetración de análisis y de juicio, se mezclaron, se unieron para producir sus obras más inmortales. El *Ensayo sobre las ficciones*, compuesto entonces, encierra ya toda la poética de *Delfina*. Herida por el espectáculo de la realidad, la imaginación de Mad. de Staël se reconcentra, pero sigue palpitando en todo lo que escribe una vaga ternura que nos hace verter dulces lágrimas. Pero al mismo tiempo es por la verdadera novela natural, por el análisis y el movimiento de las pasiones humanas por los que Mad. de Staël se decide entre todas las ficciones; las admite, pero descartando la mitología, sin alegorías de ningún género, sin que entre para nada lo sobrenatural, sin objeto filosófico demasiado explícito. Clementina, Clarisa, Julia, Werther, testigos todos del gran poder del corazón, como ella los llama, son citados, en primer término, como un consuelo apetecido por el alma; fácil es predecir, al ver la emoción con que hablaba de ellos, que muy pronto iba á nacerles un hermano. Una nota de este *Ensayo* menciona con elogio *El Espíritu de las religiones*, obra comenzada entonces por Benjamín Constans, y publicada treinta años más tarde. Mad. de Staël

había conocido al autor en Suiza, en el mes de Setiembre del 84; había leído algunos capítulos de este libro que, al principio, en la concepción primitiva—digámoslo de pasada—era mucho más *filosófico* y estaba más de acuerdo con los resultados del análisis del siglo XVIII, que lo estuvo después de modificado. El *Ensayo sobre las ficciones* nos ofrece ya, en su rapidez espiritual, un gran número de esas frases vibrantes y profundas, de esos deliciosos matices de sentimiento que constituyen la melodiosa poesía de Mad. de Staël; parece que hasta las notas más brillantes de su voz están empañadas por las lágrimas. Su acento conmueve, por ejemplo, cuando dice: *Dans cette vie qu'il sent passer plutôt que sentir, etc. Il n'y a sur cette terre que des commencements...* y este pensamiento tan aplicable á sus propias obras. «Si; bueno es un libro, aunque sólo dé al dolor un día de distracción.»

Pero este género de inspiración sentimental, este misterioso reflejo salido de los senos más recónditos del corazón ilumina por completo el libro *De la influencia de las pasiones*, y tiene un encanto indefinible que para ciertas naturalezas y á cierta edad de la vida no es superada por la impresión de otro libro cualquiera, ni por la melancolía de Ossian, ni por la de Obermman.



Las primeras páginas del libro son muy notables bajo el punto de vista político. En efecto, el autor, que no trataba extensamente más que de la influencia de las pasiones sobre la felicidad de los individuos, tenía necesidad de profundizar, en una segunda parte, en la influencia de las mismas pasiones sobre la felicidad de las sociedades, y las cuestiones principales que anunciaba este análisis son ensayadas en una introducción elocuente.

Luchando todavía con el recuerdo del pasado monstruoso que la persigue, Mad. de Staël pugna por desechar de la memoria «aquella espantosa imagen que renueva todos los terrores del alma y que hace desear la muerte».

Las generaciones venideras podrán estudiar friamente esos dos últimos años, pero ella no quiere volver la vista atrás; mira solamente hacia el porvenir, separa las ideas generosas y aparta ciertos principios de los cuales no quiere hacerse solidaria. Su juicio sobre la constitución inglesa es formal; cree que puede en lo sucesivo pasarse en Francia sin las ficciones consagradas por esta institución aristocrática de nuestros vecinos. Existe allí, no por el antagonismo y el equilibrio de los poderes, sino por fuerzas en una misma dirección aunque con diferentes grados de intensidad.

En todas las ciencias—ha dicho—se principia por lo más compuesto con objeto de llegar á lo más simple; en mecánica se empieza por los aparatos sencillos hasta llegar á la máquina complicada. «Sin querer hacer de una comparación una prueba, cuando hace cien años la idea de la libertad apareció en Inglaterra, la organización del gobierno inglés alcanzó el mayor punto de perfección que entonces podía desearse; pero hoy, con bases más sencillas, pueden conseguirse en Francia, después de la Revolución, resultados semejantes, y, bajo algunos puntos de vista, superiores á aquéllos.» La Francia—añade—debe, por lo tanto, persistir en esta gran experiencia con la esperanza en el porvenir ya que los desastres pertenecen al pasado. «Dejadnos—dice á la Europa;—dejadnos combatir, vencer, sufrir, morir con nuestras afecciones para renacer luego de nuestras propias cenizas y asombrar, tal vez, al mundo. ¿No os entusiasma que una nación entera se coloque en la vanguardia para afrontar todos los prejuicios y ensayar todos los principios? María-Josefa Chenier hubiera debido acordarse de tantas páginas inspiradas por el genio libre de estos años de esperanza, en vez de lanzar una dudosa frase acerca de Condorcet. Hacia el fin de la introducción, Mad. de Staël vuelve á



ocuparse de la influencia de las pasiones individuales, de esa ciencia de la felicidad moral, y acaba con elocuencia conmovedora. La necesidad de expansión, la piedad nacida de las amarguras pasadas, la solitud para consolar las penas ajenas, esa maternidad del genio para todos los infortunios de los hombres, se desborda en palabras imposibles de calificar. En ninguna parte se ve tan claramente como en esas admirables páginas la elevación de alma de Mad. de Staël. Había en sus escritos, en su conversación, en toda su persona, un espíritu sano que se comunicaba á todos los que la escuchaban y que sienten palpitar en sus libros, los que los leen, como si aquella alma generosa viviese encerrada en sus páginas. Bien diferente de las altanerías de las Saras y de las Selias, en Mad. de Staël no se observa ni una sola arrogancia irónica contra la pobre humanidad. A pesar de su predilección por las figuras incomparables de sus novelas, cree firmemente en la igualdad de la gran familia humana; Mad. Necker de Saussure nos enseña que la desproporción de las facultades intelectuales no significa casi nada dentro del gran principio de la igualdad humana. Sea ó no exacta esta teoría, ello es que Mad. de Staël dirige su voz á todos los hombres de corazón sano, aplicándoles el mismo nivel. El efecto de su palabra es siempre consolador para sus semejantes. En el libro *De la influencia de las pasiones*, ha expresado muchas de las ideas que aparecen también en las *Consideraciones sobre la Revolución francesa* de M. De Maistre, escritas y publicadas precisamente en la misma fecha; ¡pero qué diferencia de tono! M. De Maistre se complace en burlarse de los hombres ofendiéndoles con su inflexible rigidez y juzgando fríamente los desastres sin que una sola fibra de su corazón responda á los dolores de la humanidad: Mad. de Staël, descartando algunas inocentes ilusiones, penetra mejor que M. De Maistre en el fondo de los hechos. No analizaré el libro; sólo recomiendo que se lea el capítulo *del amor*; es la historia íntima de todo corazón de treinta años. Recuerdo una frase, entre las muchas que esmaltan esas páginas, *La vie de l'âme est plus active que sur le trône des Césars*. Si me detengo mucho en el examen de estas antiguas obras de Mad. de Staël, *La Influencia de las pasiones* y *La Literatura*, es que empecé á conocerla y á apreciarla por ellas; es que leí, sobre todo la primera, no á los veinticinco años como ella desea, sino mucho antes, en esa edad en que todo es sencillo, riguroso, en política; en amor; en esa edad llena de



solemnes resoluciones, en que creyéndonos los más infortunados de los seres, se sueña ardientemente con el progreso y la felicidad del mundo; en esa edad en que el exceso de las esperanzas confusas, de las pasiones poderosas, se disimulan bajo un estoicismo que parece eterno y se renuncia fácilmente á todo precisamente porque todo nos impresiona. Aun hoy, esas dos obras *De la influencia de las pasiones* y el libro de *La Literatura*, me parecen producto glorioso de una época que tuvo su gloria, de la época directorial, ó, mejor dicho, de la Constitución del año III. Las dos me representan, con su aire de juventud, la poesía y la filosofía exaltadas, entusiastas y puras de este período republicano. M. de Chateaubriand y el movimiento reaccionario no habían llegado todavía. Solamente Mad. de Staël propagaba el sentimiento y el espiritualismo poético, pero de acuerdo con la filosofía y el siglo.

El libro *De la influencia de las pasiones* fué acogido favorablemente. *El Mercurio* publicó algunos fragmentos, seguidos de grandes elogios. Mad. de Staël había regresado á París, y desde aquel año, el 95, hasta su destierro, pasó en la capital largas temporadas. No necesito ocuparme al detalle de su conducta política, porque ella misma la ex-

plica en sus *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, y sería aventurado suplir lo que ella no dice, con hipótesis más ó menos admisibles. Sin embargo, en un espiritual fragmento sobre Benjamín Constans, publicado por la *Revista de los Dos Mundos*, se da una idea inexacta de Mad. Staël y sus relaciones de entonces, siguiendo un error muy extendido que me veo en la precisión de rectificar. El salón de Mad. de Staël en París se presenta como un círculo de malcontentos, de partidarios del antiguo y del nuevo régimen incompatibles con una república pura y hostiles á su definitivo establecimiento. Benjamín Constans aparece, por el contrario, en el candor del noviciado, inclinado hacia los republicanos moderados, hacia esos mismos *patriotas*, esas almas sanguinarias que figuran en el salón de Mad. de Staël. Exacto y bien informado respecto á las opiniones de Benjamín Constans, no ha hecho la misma justicia el ingenioso escritor á Mad. de Staël. Cualquiera que fuera la heterogeneidad inevitable de su salón, igual á la de todos los salones de esta época, sus ideas eran las mismas y elevadas como siempre. Sin atenerme á lo que ella expresa en sus *Consideraciones*, no presentaré otra prueba que sus escritos del 95 al 1800 y los resultados ostensibles de



sus actos. Hay, en general, dos clases de personas, á las cuales no se deben consultar ni creer cuando se trate de las relaciones de Mad. de Staël durante este período; de una parte los viejos realistas fieles á la tradición pura; éstos la acusan de alianzas monstruosas, de jacobinismo, ¡qué se yo de cuántas cosas!; de otra parte hay que recusar también á los convencionales más ó menos ardientes que pasando por Fructidor y Brumario sirvieron, finalmente, al Imperio. Ni unos ni otros hicieron nunca justicia á Mad. de Staël.

Los amigos políticos, los verdaderos amigos de Mad. de Staël en esta época, deben buscarse en el brillante grupo donde figuran Lanjuinais, Boissy-d'Anglas, Cabanis, Garat, Daunon, Tracy, Chenier. Ella los estimaba y los buscaba; su amistad con alguno de ellos fué muy grande. Desde el 18 de Brumario, con interés más vivo, la oposición de Benjamín Constans al Tribunalado estrechó más y más aquellos vínculos. Solamente, como más adelante veremos, encontró entre estos amigos políticos, celosos defensores que protestaron contra las injurias que la dirigía el partido contrario. Dicho esto, me apresuro á decirlo, nunca presentaré á Mad. de Staël más consecuente en materia de ideas, más circunspecta en materia de relaciones, más ex-

clusivista, en fin, de lo que fué realmente. Exclusivista nunca lo fué, lo he indicado desde el principio, y lo demuestra que al mismo tiempo que su inteligencia varonil se declaraba por la causa republicana, su espíritu simpatizaba con opiniones y sentimientos muy distintos, y sus gustos eran de una naturaleza mucho más frívola en infinidad de cosas. Si Garat, Cabanis, Chenier, Ginguéné, Daunon, se reunían á comer en su casa con Benjamín Constans una vez á la semana, los demás días eran dedicados á otros amigos, á otros gustos sociales, á las expansiones del sentimiento. M. de Montmorency ó cualquier otro personaje de la misma esfera, no se encontraron nunca, ni por casualidad, el día en que los escritores de la *Década filosófica* comían juntos. Ginguéné hizo esta observación, y no se mostraba muy satisfecho de estas separaciones sospechosas que parecían sobreentender una predilección por la aristocracia. Sus compañeros lograron que fuera tolerante. El encanto de la conversación de Mad. de Staël y su amabilidad, mantenían la cordialidad de relaciones.

El libro *De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales* apareció en 1800, un año antes de otro libro glorioso, *Bellezas morales y poéticas de la*



*religión cristiana*. Si el libro *De la literatura* no ha influido después como era lógico esperar, alcanzó al aparecer un éxito inmenso y provocó un violento combate. Trataré de reconstituir la escena, los accidentes principales, y de exhumar algunos actores que yacen sin nombre en la fosa común de esos vastos cementerios llamados *periódicos*.

Se ha observado muchas veces un desacuerdo sorprendente entre los principios políticos avanzados de algunos hombres, y sus principios literarios diametralmente opuestos. Los liberales y los republicanos suelen mostrarse religiosamente clásicos en sus teorías literarias; las innovaciones audaces han tenido su origen frecuentemente en el bando conservador. El libro *De la literatura* estaba destinado á evitar este desacuerdo lastimoso, y el espíritu que lo inspiró hubiera ciertamente conseguido mayores resultados si las instituciones de libertad política, necesarias á un desenvolvimiento natural, no hubieran interrumpido bruscamente las ideas morales y literarias que en el libro aparecían. En una palabra, las generaciones jóvenes, si hubieran tenido tiempo de formarse bajo un régimen prudentemente directorial ó moderadamente consular, hubieran podido favorecer el desarrollo de esta inspiración poética, sentimental, y,

por lo tanto, de acuerdo con los resultados de la filosofía y de los progresos modernos. El divorcio, el desacuerdo, no ha cesado, pues, todavía.

La idea que más fija la atención de Mad. de Staël en la obra de que trato, es la perfectibilidad indefinida de la especie humana. Esta idea que ya en Bacon se encuentra cuando dice: *Antiquitas sæculi, juvenus mundi*; que M. Leroux ha encontrado explícitamente indicada en el siglo xviii y en más de un pasaje de Fontenelle y de Serrault; esta idea de la cual se valió Turgot para un discurso en la Sorbona y que entusiasmaba á Condorcet, es también expresada por Mad. de Staël enérgicamente. «Yo no pienso—dice—que esta gran obra de la naturaleza moral haya sido nunca abandonada; en los períodos luminosos como en los siglos de tinieblas, la marcha gradual del espíritu humano no ha sido nunca interrumpida.» Y dice luego: «Estudiando la historia, me parece que se adquiere la convicción de que todos los grandes sucesos tienden á un solo fin: la civilización universal...» «Yo admito con todas mis facultades esta creencia filosófica; una de sus principales ventajas es la de inspirar un sentimiento de elevación.» Mad. de Staël no ha sometido á la ley de perfectibilidad las bellas artes, las



que más particularmente dependen de la imaginación; pero cree en el progreso, sobre todo en las ciencias, la filosofía, la historia misma, y también, en determinados conceptos, en la poesía, que es de todas las artes la que más directamente depende del pensamiento, tomando en los tiempos modernos acentos de profunda melancolía, de tristeza, llegando al análisis de las pasiones humanas. En este sentido, se declara su predilección por Ossian, por Werther, por Helvira de Pope, la Julia de Rousseau y Amenaïde en *Tancredo*. Las numerosas apreciaciones sobre la literatura griega, muy discutibles por la ligereza de los detalles, son exactos bajo un punto de vista general, en medio de los errores y de las insuficiencias. El carácter elocuentemente filosófico de la literatura latina, aparece en Mad. de Staël con firmeza; se ve que se ha inspirado en Salustio y en Cicerón, y que admite relaciones existentes ó posibles con la época contemporánea, con el genio heroico de la Francia. La influencia del cristianismo sobre la sociedad, después de la mezcla de los bárbaros y los romanos degenerados, no le es del todo desconocida, pero esta apreciación, este homenaje, están reducidos á términos filosóficos. Una idea nueva y fecunda, llevada á la práctica en estos últimos tiem-

pos, desenvuelta por el sansimonismo y otras escuelas, pertenece, en justicia, á Mad de Staël; la Revolución francesa motivó una verdadera invasión de bárbaros dentro de la sociedad misma; era necesario civilizarlos, combinar los elementos bajo un régimen de libertad y de igualdad. Se puede fácilmente hoy día completar el pensamiento de Mad. de Staël; en el 89 se verificó la invasión de la burguesía; el pueblo de las últimas capas sociales que abrió la brecha en el 93, ha sido rechazado después en muchas ocasiones, y la burguesía se ha parapetado tras de fuertes murallas. Hoy día no hay invasiones; atravesamos un período de reposo como Roma bajo el imperio de Probo. Nuevas invasiones nos amenazan, sin embargo, y falta saber si se podrán dirigir y moderar por medios pacíficos, ó si no se podrán evitar los procedimientos violentos. En ambos casos será necesario organizar y combinar los elementos resultantes. Sobre la masa combinada de bárbaros y de romanos influyó el cristianismo; ¿dónde está el nuevo cristianismo que ha de prestar, llegada la ocasión, su concurso moral? « Dichosos nosotros — exclama Mad. de Staël — si encontramos, como en la época de invasión de los pueblos del Norte, un sistema filosófico, un entusiasmo por la virtud,



una legislación enérgica y justa, que sea, como la religión cristiana lo fué, lazo de estrecha unión entre vencedores y vencidos.» Más tarde, cuando Mad. de Staël tenía más años y menos fe en el acierto humano, consideró el antiguo cristianismo como única tabla de salvación. Para los espíritus reflexivos, aun los más religiosos, la inquietud que produce el gran problema no ha disminuido.

Al aparecer el libro *De la literatura*, la *Década filosófica* publicó tres artículos sin firma y sin iniciales; constituían un análisis muy exacto y muy detallado con observaciones críticas, en las cuales iban compaginados el elogio y la justicia. Se hacía observar que Ossian no es más que una figura incompleta de la poesía del Norte y que el honor de representarla pertenece de derecho á Shakespeare. Se lee, á propósito de los poemas de Homero, esta frase que anuncia á un literato al corriente de los diversos sistemas: «Mad. de Staël admite, sin género de duda y sin discusión, que esos poemas son obra de la misma persona y anteriores á todo otro poema griego. Estos hechos han sido frecuentemente discutidos, y una de las consideraciones que prueban que lo pueden seguir siendo, es la imposibilidad en que se está de conciliarlos con mu-

chos de los hechos mejor comprobados de la historia de los conocimientos humanos.» El crítico censura al libro por falta de plan y de método. «Otro género de faltas—añade—es la sutilidad exagerada de ciertas combinaciones de ideas. Se aplica algunas veces á hechos generales bien comprobados, causas demasiado ingeniosamente buscadas para ser absolutamente verdaderas; demasiado particulares para responder á los resultados conocidos.» Pero elogia francamente la fuerza y la originalidad. «Estas dos cualidades—dice—agradan tanto más, cuando se sabe que son el producto de una sensibilidad delicada y profunda, que gusta de buscar lo más elevado, lo más semejante á los grandes sentimientos del espíritu.»

*La Llave del gabinete de los soberanos*, periódico publicado por Panckouke, ocupándose de la obra de Mad. de Staël, insertó las *Observaciones* debidas al médico literato Roussel, autor del libro *De la mujer*; pero lo más notable fué un juicio de Daunon muy ingenioso y exacto, en el cual las observaciones son más bien insinuadas que expresadas, según la discreta costumbre de este sabio escritor, cuya autoridad da caracteres de perfectibilidad á todo lo que escribe. El *Diario de los Debates* acogió en sus



columnas, aunque tachando algo, un artículo encomiástico de M. Hochet; pero tres días después, como si hubiera sido sorprendida su buena fe, publicó, bajo el título de *Varietades*, un artículo sin firma, en el cual no se nombraba á Mad. de Staël, pero en el que el sistema de perfectibilidad y las desastrosas consecuencias que se le suponen, son viva y violentamente combatidas. «El genio que preside los destinos de la Francia, es el genio de la sabiduría. Tiene delante de sus ojos la experiencia de los siglos y de la revolución. No hace ningún caso de vanas teorías y no ambiciona la gloria de los sistemas; sabe que los hombres han sido siempre los mismos; que nada puede cambiar su naturaleza, y sólo en el pasado busca lecciones y reglas para el presente. No está dispuesto de ningún modo á proporcionarnos nuevas desdichas con nuevos ensayos, persiguiendo la quimera de una perfección imposible, etc., etc.» Los artículos más célebres relativos á Mad. de Staël, fueron los dos de Fontanes en *El Mercurio*, de Francia.

La reacción monárquica, religiosa y literaria de 1800, se iniciaba ya en todas partes. Bonaparte favorecía el movimiento porque debía aprovecharse de él. *El Diario de los Debates* restableció solemnemen-

te la crítica literaria y declaró en un artículo de Geoffroy que «la extinción de los partidos, la tranquilidad pública establecida sobre bases sólidas y un gobierno fuerte, sabio y moderado, habían, por fin, proporcionado al pueblo francés el reposo suficiente para darse cuenta de sus ideas.» Dussault, Feletz, De Calot, Fiévée, Saint-Víctor, el abate de Boulogne, escribían frecuentemente en este periódico. *El Mercurio* de Francia había sido restablecido ó al menos reformado, y en el primer número apareció el primer artículo de Fontanes contra Mad. de Staël. Con Fontanes escribían La Harpe, el abate de Vauxcelles, Gueneau de Mussy, M. de Bonald, M. de Chateaubriand y muchos de los escritores de *Los Debates*. Cada número de *El Mercurio* era anunciado con grandes elogios por su auxiliar diario que reproducía largos fragmentos. Había vuelto á abrir sus puertas el Liceo en la calle de Valois, y La Harpe pronunció contra el siglo XVIII y contra la Revolución sus brillantes y sinceras palinodias que *Los Debates* del día siguiente y *El Mercurio* de la semana, reproducían comentándolos. «El caos formado por los años de lucha y de confusión ha producido tristes resultados»—escribían en *Los Debates*—y para remediar los desórdenes del gusto, proponía el



restablecimiento de la antigua *Academia francesa*. M. Michaud, de vuelta del destierro adonde le había conducido el 18 de Fructidor, publicaba sus cartas á Delille *sobre la piedad*, preparando su poema *La Primavera de un proscrito*. Con motivo de la reimpresión hecha en Londres del *Poema de los jardines*, se obligó el *Virgilio francés* á romper por fin un destierro voluntario, á volver á Francia, que era ya digna de él; se le citó el ejemplo de Voltaire que, refugiado durante algún tiempo en Londres, no pudo prolongar una ausencia que hubiera sido punible. La aparición del *Genio del cristianismo* dió un esplendor incomparable á esta restauración, ya brillante por sí, rodeándola de una aureola de gloria.

Mad. de Staël que salía de la Revolución, que se inspiraba en la filosofía, que censuró el reinado de Luis XIV y que soñaba con un ideal de restablecimiento republicano, debía ser considerada por todos los hombres de este campo como enemiga, como adversaria. En primera línea figuró Fontanes con su crítica meticulosa y poco benévola. Elogia la obra de Mad. de Staël cuando la consagra á la gloria de Rousseau: «Después de esta fecha, los ensayos de Mad. de Staël parece que no han alcanzado el mismo aplauso.» Censura luego el sistema de perfectibi-

lidad; presenta á Mad. de Staël exaltada por la perfección sucesiva y continua del espíritu humano, conmovida ante la corrupción de los tiempos, en situación semejante á la de aquellos filósofos de que habla Voltaire:

«Que gritaban *Todo es bueno* con voz plañidera.»

De esta contradicción, que no es más que aparente, sacó gran partido. Los partidarios de la perfectibilidad, como es natural, censuran el presente, ó por lo menos le desacreditan; los incrédulos de la perfectibilidad son menos irascibles y aceptan de mejor grado las cosas existentes tratándose de acomodarse á ellas. Fontanes, explotando esta contradicción picante, dice que siempre que el sueño de la perfectibilidad se apodera de los espíritus, los imperios están amenazados de grandes catástrofes... «El docto Varrón contó en su tiempo más de 488 opiniones sobre el soberano bien... de la época de Mario y de Sila. Es un placer como otro que se da el espíritu humano.» Según Fontanes, que cita á este propósito una frase de Condorcet, es á Voltaire á quien se debe esta *consoladora* idea de la perfectibilidad. La crítica parte de ella para aminorar espiritualmente la cuestión y para reducirla poco á poco á las dimensiones de este verso de *El Mundano*:

*¡Oh! ¡le bon temps, que ce siècle de fer!*



Es, efectivamente, el mejor resumen y el más elegante que puede hacer de todo lo que ha sido relatado con este motivo. El espíritu varonil y serio de Mad. de Staël debía sentirse afligido por esta crítica burlesca y rastrera. En la intimidad exclamaba con impaciencia: «¡Oh! Si yo fuera hombre, aunque fuera pequeño, ¡cómo contestaría á esos anti-filósofos!» El primer artículo de *El Mercurio* terminaba con este postscriptum memorable: «Cuando las cuartillas de este artículo fueron á la imprenta, la casualidad puso en nuestras manos una obra inédita todavía que se titula *Las Bellezas morales y poéticas de la Religión cristiana*. Publicaremos algunos fragmentos, en los cuales el autor trata de una manera nueva las mismas cuestiones que Mad. de Staël.» Así empezó la rivalidad entra Mad. de Staël y M. de Chateaubriand. Fontanes, protector y sostenedor de M. de Chateaubriand, atacó al autor de *La Literatura*; en *La Década Ginguéné*, que debía elogiar á *Delfina* atacó el *Genio del cristianismo* en represalias, no vacilando en declarar que dicha obra, exageradamente elogiada, había nacido muerta. Atengámonos nosotros á juicios desapasionados sobre estos dos contemporáneos ilustres.

En su segundo artículo, Fontanes venga á los griegos de la invasión del

*género melancólico y sombrío; género peculiar del espíritu del cristianismo y muy favorable, por lo tanto, á los progresos de la filosofía moderna.* Parece que en la primera edición, Mad. de Staël había escrito esta frase modificándola después: «Anacreonte pertenece á siglos muy anteriores de la filosofía que entraña su género.»—«¡Ah!—exclama Fontanes—¿qué mujer digna de inspirar sus canciones se ha expresado jamás de este modo al hablar del pintor del amor y del placer?» Respecto á la fantasía melancólica en las *Impresiones solitarias* que Mad. de Staël niega á los griegos, pregunta dónde se observa mejor. ¿Había olvidado ya, por consiguiente, la lectura confidencial que acababa de hacerle de *René*? Estos artículos, por otra parte, están llenos de detalles y apreciaciones muy justas. Cuando defiende á Homero contra Ossian alcanza el triunfo fácilmente, y en esta querrela mantenida entre el Norte y el Mediodía recuerda que las poesías más melancólicas han sido compuestas hace más de tres mil años por el árabe Job. Los artículos de Fontanes hicieron mucho ruido y excitaron en diversos sentidos las pasiones. ¿Será necesario, después de citados estos artículos, citar los de Geoffroy, que exponía en ellos las mismas ideas aunque sin la urbanidad maliciosa y la gracia elegante de Fontanes?



Al publicar la segunda edición del libro de *La Literatura*, que apareció seis meses después de la primera, Mad. Staël intentó refutar los argumentos de Fontanes y poner en claro la cuestión, descartando de ella los habilidosos distingos con que Fontanes la había embrollado. La autora sólo se venga personalmente del crítico citando con elogio su poema *Día de los muertos en el campo*, pero fustiga sin piedad ese falso *buen gusto* que consiste en revestir con un estilo vulgar ideas más vulgares todavía. Tal sistema es menos expuesto para la crítica. Esas frases, tan conocidas, son como los inquilinos de una casa: se les deja pasar sin preguntarles nada. No existe un solo escritor, elocuente ó pensador, cuyo estilo no contenga expresiones que hayan asombrado á aquellos que las han leído por primera vez. Se ve que Mad. de Staël no se contenta tan fácilmente como Boileau cuando escribía á Brochette: «Bayle es un gran genio; es un hombre que ocupa un sitio preeminente; su estilo es enérgico y claro; se entiende todo lo que dice.»

Pensaba Mad. Staël, y con razón, que hay un estilo superior todavía al suyo. Su segunda edición dió motivo á un artículo de *Los Debates*, en el cual se la dijo como respuesta al pasaje precedente del nuevo prefacio: «Todos los bue-

nos literatos convienen en que la forma de nuestro idioma ha sido fijada y determinada por los grandes escritores. Es necesario distinguir en un idioma lo que pertenece al gusto y á la imaginación, de lo que nada tiene de común con ellos. Nada impide hoy día inventar nuevas palabras cuando son absolutamente necesarias; pero no debemos inventar nuevas figuras, so pena de desnaturalizar nuestra lengua ó falsear sus caracteres.» A esta extraña afirmación dió una respuesta *La Década*; creo que la contestación es de Ginguené: el crítico filósofo se ve precisado á declararse innovador en literatura para refutar la crítica de *Los Debates*, «El espíritu no quiere perfeccionarse». «Si hubiera habido en tiempos de Corneille periodistas que hubieran usado parecido lenguaje; y Corneille y sus sucesores hubiesen sido á su vez tan tontos que les hicieran caso, nuestra literatura no se hubiera elevado de Malherbe, de Regnier, de Voiture y de Brébeuf. Este hombre es el mismo que quiere continuar ahora el *Anuario literario*, de Freron; no es digno de ello.» Se ve que es á Geoffroy á quien Ginguené atribuye, quizá equivocadamente, el artículo de *Los Debates*. Se ve naturalmente obligado á citar una nota de Lemercier, añadida al poema de *Homero* que acababa de aparecer. «Los pedantes—dice



Lemercier, entonces innovador— se fijan en las palabras y no en los hechos. Se preocupan mucho al escribir para emplear eso que llaman *negligencias de estilo*. Subligni encuentra cuatrocientas faltas en la *Andrómaca* de Racine; muchos de los versos donde se encuentran son inmortales. ¡Los críticos acusan á Boileau de no escribir en francés! El genio tiene su lengua... ¿Quién no sabe que por Ennio y Lucrecio se atacaba á Horacio y Virgilio? Su latín era desconocido la víspera del día en que aparecieron. Se dirá, como de costumbre, que esta afirmación abre la puerta al mal gusto, ¿pero acaso puede estar cerrada? ¿No prueban todas estas citas, que los hombres del movimiento político y republicano hubieran sido los llamados á dirigir el movimiento literario si las sacudidas del despotismo no hubieran esterilizado sus iniciativas?

En la *Biblioteca universal é histórica* de Le Clerc, año 1867, á propósito de las *Observaciones* de Vangelas, se encuentra una juiciosa protesta anónima contra la reglamentación rigurosa de la frase, contra las restricciones de algunas metáforas que el uso ha admitido. Los espíritus libres en cuestiones literarias, leerán con agradable sorpresa este fragmento, como agradablemente nos sorprendemos tam-

bién al encontrar algunas de las ideas del 89 en Fenelón.

Me complace—lo confieso—poder responder con frases ajenas á ciertas afirmaciones que me parecen poco aceptables en las teorías literarias admitidas por muchos de nuestros atrevidos políticos y por algunos críticos jóvenes. Los defensores de un gusto exclusivista y de una lengua fija, desempeñan un triste papel en literatura. Tienen el oficio de sembrar obstáculos al talento, y cuando alguno se hace plaza á viva fuerza, se aprovechan de él para impedir el paso á los que vienen detrás. Hace veinte años oponían una barrera á Mad. de Staël y á M. de Chateaubriand. Cuando estos la franquearon se sirvieron de su triunfo para molestar á los demás que querían también llegar á la meta. Este oficio podrá tener su utilidad y su mérito; todo talento debe pasar su cuarentena, pero conven-gamos en que el papel no es muy lucido.

El artículo más notable á que dió motivo el libro de *La Literatura*, es una larga carta de M. de Chateaubriand, inserta en *El Mercurio*, de Francia. La carta, dirigida *al ciudadano Fontanes*, está firmada «*El autor del Genio del cristianismo*». Este libro tan anunciado no había aparecido todavía. Su joven autor, con perfecta cortesía y á vuelta de



mil elogios, combate los principios de Mad. de Staël. «Concede—dice—á la filosofía, lo que pertenece á la religión. Mi locura consiste en ver á Jesucristo en todas partes; Mad. de Staël en cambio ve la perfectibilidad. Deploro mucho que la autora no haya desarrollado religiosamente el sistema de las pasiones; la perfectibilidad, en mi opinión, no es el instrumento del cual es necesario servirse para medir las debilidades.» Y añade en otro párrafo: «Algunas veces Mad. de Staël parece cristiana; pero en seguida la filosofía la domina. Inspirada de cuando en cuando por su sensibilidad natural, deja libertad á su alma; pero en seguida el afán de la *argumentación* anula los más nobles impulsos de su espíritu. En su libro hay una mezcla singular de verdades y de errores.» En los elogios se observa cierta maliciosa galantería. «En amor, Mad. de Staël comenta á Federico. Sus observaciones son delicadas, y se ve por ellas que ha entendido perfectamente el texto.» La carta termina con un apóstrofe elocuente: «He aquí lo que yo me atrevería á decirle si tuviera el honor de conocerla: Sois, sin duda, una mujer superior; vuestra inteligencia es poderosa y vuestra imaginación brillante; vuestra expresión es casi siempre soberbia... Pero á pesar de todo esto, vuestra obra no es lo que

hubiera podido ser. El estilo es monótono, sin movimiento, enmarañado por las expresiones metafísicas. La sofistería de las ideas desagrada, la erudición no satisface, y el corazón aparece siempre sacrificado al pensamiento. Vuestro talento no brilla; la filosofía lo oscurece. He aquí como yo hablaría á Mad. de Staël. Luego añadiría: Parece que no sois dichosa; echáis de menos—y lo decís en vuestra obra—corazones que os comprendan. Hay muchas almas que buscan en vano otra alma gemela. ¿Cómo la filosofía va á suplir ese vacío? ¿Cómo llenar el desierto con el desierto?, etc.» Mad. de Staël deseó conocer al autor de la carta de *El Mercurio*, y esta polémica fué el origen de la unión entre estos genios, cuyos nombres y cuya gloria estamos acostumbrados á enlazar. Esta unión, no fué, por lo tanto, lo que algunos imaginan; siguieron en sus campos respectivos, separados por un límite, y cada cual en el suyo conservó su personalidad y sus méritos. No lo comprendieron así algunos escritores. Michaud escribía á Mad. de Staël: «Habéis derrotado á ese pobre Chateaubriand; supongo que se dará por muerto.» Adorador del genio griego y de las pompas del catolicismo, Chateaubriand no simpatizaba con el predominio del pensamiento y de la intención sobre la forma, y descono-



cia, por lo tanto, la belleza de ciertas ideas delicadas, espirituales. Su admiración por Mad. de Staël no llegaba á la que Mad. de Staël le tributaba sinceramente. Sin embargo, por casualidad ó por olvido involuntario, Mad. de Staël le cita poco en sus numerosas obras. En el prefacio de *Delfina* dedica algunas frases á *El Genio del cristianismo*; *Sus mismos adversarios*—dice—*deben admirar la imaginación original, brillante y extraordinaria del autor*. M. de Chateaubriand, en un artículo de *El Mercurio*, acerca de M. de Bonald, devuelve en algunas líneas el elogio á Mad. de Staël; pero á pesar de estos mutuos homenajes, se comprende que conservan sus respectivas posiciones y que siguen siendo adversarios. Chateaubriand y Mad. de Staël permanecían separados. Sólo después, al juzgarlos, la posteridad los ve juntos por un efecto de perspectiva, formando la doble columna sobre la cual se sustentaba el siglo naciente. Las generaciones posteriores á *Los Mártires* y á *Corina*, consideramos á los dos autores como dos glorias inseparables.

Si verdaderamente existen grandes diferencias en su manera artística, no es menos cierto que en el fondo hay gran semejanza entre ambos autores. Los dos aman la libertad; á los dos mortifica una

misma tiranía; los dos son capaces de sentir la grandeza de los destinos populares sin abjurar de sus simpatías aristocráticas; los dos trabajan por el predominio del sentimiento religioso, aunque bajo aspectos muy diferentes. Al mismo Chateaubriand es á quien Mad. de Staël dijo estas hermosas palabras: «Soy siempre la misma: amo á Dios, á mi padre y á la libertad.» En política, como en filosofía, pensaron de distinto modo. En las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, no era nombrado tampoco Chateaubriand. Este, por su parte, en un fragmento publicado por *El Conservador*, tributaba un respetuoso elogio á Mad. de Staël; pero siempre con las mismas reservas de adversario cortés. El desacuerdo cesó de pronto. Una mujer, Mad. Recamier, que por singular coincidencia había conocido á Chateaubriand en casa de Mad. de Staël en 1801, que en 1814 volvió á encontrarlo en la misma casa, fué el lazo de unión entre ambos. M. de Chateaubriand modificó sus primeros juicios, y la barrera que los separaba rodó deshecha por el suelo.

Estas piadosas alianzas de los genios rivales honran á nuestro siglo. Goethe y Schiller, Scott y Byron, Chateaubriand y Mad. de Staël... Voltaire insultó á Juan Jacobo... la humanidad los reconcilia... Ra-



cine y Molière no simpatizaban; vedlos hoy juntos. Hay en todo esto una grandeza poética indefinible...

## II

Se observa en Mad. de Staël, después de la publicación del libro de *La Literatura*, una inspiración noblemente ambiciosa, una disposición de espíritu que conserva hasta el año 1811, en que se verifica en ella un cambio radical. Consideraba antes la literatura como un órgano de la sensibilidad, como expresión del sentimiento. Se desesperaba, se quejaba de ser calumniada; pasaba del estoicismo mal sostenido á la lamentación elocuente; quería amar..., quería morir. Pero de pronto se da cuenta de que el dolor no mata; que las facultades del pensamiento, que las potencias del alma se engrandecen con el dolor; comprende que no será nunca amada como ella ama y que es necesario emplear en algo la vida. Entonces piensa seriamente en utilizar sus facultades, su talento..., en no abatirse..., y se lanza fieramente á la lucha. «¡Seamos fuertes —exclama en el prefacio de su libro;— no abandonemos el campo á nuestros enemigos; no les propor-

cionemos la satisfacción del triunfo y el placer de decir que han abatido nuestras facultades intelectuales! ¡Busquemos la gloria nosotros los que hasta ahora nos contentábamos con el cariño!» Su corazón, que hasta entonces sólo había albergado el sentimiento, albergó la ambición de la gloria. Su bajel, combatido por la tempestad al salir del puerto, había buscado el abrigo de la playa. Ahora la playa quedaba atrás; el barco desafiaba el poder de las olas y las hendía lanzándose á alta mar. *Delfina*, *Corina*, el libro *La Alemania* fueron las conquistas sucesivas de la gloriosa aventura. Mad. de Staël en 1800 era joven todavía; pero esta juventud de más de treinta años no le había dejado ni una sola ilusión. Dirigió sus ojos á tiempo al horizonte esplendoroso de la gloria, cuando el otro horizonte, el de su juventud, comenzaba á empalidecer. *Corina* marca el punto prominente de la vida de Mad. de Staël. Toda existencia humana tiene su monte sagrado; su capitolio. El capitolio, el cabo Misseno de *Corina* es también el de Mad. de Staël. Después... la juventud que huye, las persecuciones que crecen, las amistades que se entibian, la salud que se pierde, todo contribuye, como veremos, á la agonía del genio que muere al fin en la sombra. A



contar desde 1811, sobre todo, examinando el fondo del pensamiento de Mad. de Staël, encontraremos gradualmente el recogimiento de la religión, el dolor, los ímpetus contenidos y aquel espíritu hasta entonces violento como un océano, tranquilo también á veces como él, llegó al último límite, á la playa donde mueren las ondas. Veremos, en fin, al término de esta existencia gloriosa como al término de la existencia más humilde, una modesta cruz. Pero al prescindir Mad. de Staël de los sueños del sentimiento, de las esperanzas y de las decepciones novelescas, estamos todavía en los felices años del triunfo.

Si el libro de *La Literatura* tuvo éxito tan grande, no fué menor el de *Delfina*, publicado á fines de 1802. Júzguese lo que debía ser este libro en una sociedad exaltada por las vicisitudes políticas, por los conflictos, cuando *El Genio del cristianismo* acababa de poner en boga las discusiones religiosas, en la época del Concordato y de la modificación de la ley sobre el divorcio. Benjamín Constans ha escrito que quizá en las páginas que Mad. de Staël consagra á su padre es donde mejor puede verse su espíritu; pero es según el libro que se lee. «*Corina* — dice Mad. Necker de Saussure — es el ideal de Mad. de Staël; *Delfina* es la representación de su juventud.»

*Delfina*, para Mad. de Staël, es una personificación de sus años de puro sentimiento y de ternura, en el momento mismo en que, desligándose del pasado, le envía un supremo adiós y entra en el templo de la gloria.

En *Delfina*, el autor ha querido hacer una novela muy natural, de análisis, de observación moral y de pasión. Por mi parte, aunque me parecen encantadoras todas sus páginas, creo que la novela no es tan natural, tan real como Mad. de Staël anunció en el *Ensayo sobre las ficciones*. Se observan algunos de los defectos de *La Nueva Eloísa*, y la forma de cartas se presta mucho á los convencionalismos literarios.

Uno de los inconvenientes de la forma epistolar en las novelas es que desde el primer momento los personajes escriben sus cartas respectivas demasiado de acuerdo con el carácter que se les atribuye.

Desde la primera carta de Matilde se adivina su carácter áspero y seco, y la rigidez de una devota. Leoncio, en su primera carta á M. Bartón, diserta sobre el honor, que es su rasgo distintivo. Todas las cartas de Clara d'Orbe (nueva Eloísa) son alegres, alocadas... En una palabra: los personajes de las novelas por cartas, desde el momento en que cogen la pluma parece que



se retratan, que se presentan al lector sin omitir los más insignificantes detalles personales...

El procedimiento resulta fastidioso. Pero admitido este defecto de forma, ¡cuánta delicadeza y cuanta pasión hay en Delfina! ¡Cuánta sensibilidad y qué penetración más sutil de los caracteres! A propósito de ellos hay que decir que eran tanto más difíciles de pintar por no existir en la sociedad aquella modelos que facilitasen la tarea. Yo no creo en las copias exactas de los novelistas de imaginación fecunda; trasladan á sus páginas los rasgos esenciales, pero nada más; solamente se reproduce á la perfección un carácter cuando el autor lo crea por entero. Pero entonces había que buscar un modelo vivo para cada figura. Delfina se parecía evidentemente á Mad. Staël; pero, ¿á quién se parecían M. de Sebensei, Mad. de Ceslebe, Matilde y Mad. de Vernón? En Mad. de Ceslebe créese reconocer á Mad. Necker de Saussure; en M. Sebensei, á Benjamín Constant; pero en este último caso el retrato no es completo; sólo está lo brillante, lo que resalta; por otra parte, la mitad, por lo menos, de las alabanzas tributadas á las cualidades de M. de Senbensei no pueden dirigirse al original sino á título de consejo. En cuanto á Mad. Vernón, el carácter mejor trazado del

libro, según todos los críticos; créese adivinar, aunque con la alteración del sexo, el retrato del más famoso de nuestros políticos, de aquel á quien Mad. Staël había hecho borrar el primero de la lista de los emigrados, empujándole hacia el poder antes del 18 de Fructidor, y que sólo la había correspondido por egoísmo con una amistad cortés y fría.

«El día—dice Mad. de Staël—en que la señal de la oposición fué dada en el Tribunado por uno de mis amigos, debía yo reunir en mi casa á muchas personas, cuyo trato me complacía en extremo, y que eran adictas todas al nuevo gobierno. Recibí diez tarjetas de excusa. No me sorprendieron la primera y la segunda; pero, á medida que las tarjetas se sucedían, empecé á sentir gran turbación.» El hombre á quien había servido generosamente se apartaba de ella, enviándole una simple tarjeta de excusa. Pero Mad. de Staël, como Delfina, no podía vivir sin perdonar. En 1808 se dirigía desde Viena á este mismo personaje como á un antiguo amigo con el cual se cuenta; le recordaba sin amargura el pasado: «Hace trece años me escribáis desde América: *si sigo aquí un año más, me muero*. Lo mismo podría yo decir ahora.» Luego añadía estas palabras impregnadas de tristeza: «Adiós;



¿sois dichoso? Con un espíritu tan superior, ¿no habéis llegado nunca al fondo de todo, es decir, hasta el dolor?» Sin pretender que Mad. de Vernón sea en absoluto un retrato algo disimulado, y sin la pretensión de identificar por completo con el modelo á esta mujer cuya amabilidad seductora no deja tras sí más que descontentos, á esta mujer de conducta tan complicada y conversación tan sencilla, que da dulces entonaciones á su palabra y tiene cierto aire soñador durante el silencio, etc., etc., nos ha sido imposible no fijar la atención en uno de los rasgos. «Nadie sabe mejor que yo—dice Mad. de Vernón en la carta XXVIII—hacer uso de la indolencia; me sirvo de ella perfectamente para contrarrestar la actividad de los demás. No me he tomado el trabajo de *querer* cuatro veces en mi vida; pero cuando me decido á ello, voy sin vacilar por el camino que me he trazado hasta conseguir mi objeto.» Yo veía en esta frase expresado con toda claridad algo muy característico aplicable á la hábil indolencia del personaje citado, cuando una tarde oí á un notable diplomático, al cual se preguntaba si iba á volver pronto á su puesto, responder lo siguiente:—«No tengo prisa nunca. Era yo muy joven todavía cuando M. de Talleyrand me dió esta regla inva-

riable de conducta: *No os apresuréis nunca.*» ¿Acaso no consiste en esto toda la teoría de Mad. de Vernón?

Puesto que nos ocupamos de los rasgos reales que pueda haber en los personajes de *Delfina*, no nos debemos olvidar de uno que revela el alma de Mad. de Staël. En el final de *Delfina* (hablo del primitivo, que es el más bello), la heroína, después de haber agotado todos los ruegos con el juez de Leoncio, sabe que el hijo del magistrado está enfermo y lanza este grito sublime: *¡Eh bien! votre enfant, si vous livrez Leonce au tribunal, votre enfant, ¡il mourra! ¡il mourra!* Esta frase de Delfina fué realmente pronunciada por Mad. Staël cuando, después del 18 Fructidor, corrió tras el general Lemoine para solicitar la gracia del perdón para M. de Norvins que iba á ser fusilado. El sentimiento de humanidad dominaba impetuosamente en su espíritu sin concederle un momento de tregua. En 1802, inquieta por la suerte de Chenier, amenazado de proscripción, le buscó solícitamente, ofreciéndole asilo, dinero, pasaporte. ¿Cuántas veces hizo lo mismo, durante el año 92 y en todas las épocas de su vida!

«Mis opiniones políticas son los nombres propios»—decía. ¡Ah, no! ¡Sus opiniones políticas estaban ba-



sadas en principios; pero los nombres propios, es decir, las personas, los amigos, los desconocidos, todo aquel que sufría, tenían un lugar en su alma generosa, y los principios políticos se oscurecían ante el principio hermoso de amor á la humanidad!

Cuando *Delfina* apareció, la crítica no se pudo contener; había dado con una gran obra. Todas las opiniones, en efecto, sobre la religión, sobre la política, sobre el matrimonio, eran de gran oportunidad en 1802. *El Diario de los Debates* publicó un artículo firmado A. (de M. de Feletz), artículo de tono agridulce, pero sumamente cortés; la crítica de salón se hacía órgano de las censuras de la gran sociedad que renacía. «Nada más peligroso y más inmoral que los principios propagados por esta obra. Olvidando aquellos en que ha sido educada la hija de M. Necker, el autor de *Las Opiniones religiosas* desprecia la revelación. La hija de Mad. Necker y del autor de una obra contra el divorcio, hacen la apología del divorcio.» En suma; *Delfina* era reputada como «una obra detestable escrita con mucho talento». Creo que este artículo pareció poco razonado, porque el mismo periódico insertó algunos días después dos cartas dirigidas á Mad. de Staël firmadas *El Admi-*

*rador*: las cartas son de Michaud. En la primera carta examina la tendencia de la novela, que reputa inmoral. La segunda carta se reduce al examen del estilo. «...*¡La elevación de los principios, el terreno de los siglos, los misterios de la suerte, las almas desterradas del amor!...*» Esta fraseología continental en parte, espiritualista, incoherente, da motivo á las burlas del autor de la carta. M. de Feletz encontró y anotó cierto número de verdaderas incorrecciones y algunas palabras como *insistance, persistence, vulgarité*, que han sido admitidas á pesar de su veto. Podría censurarse en *Delfina*, haciendo una crítica detallista, ciertas repeticiones, consonancias, pequeñas faltas que Mad. de Staël no evita y en las que nunca incurre un artista escritor.

Mad. de Staël, para quien la palabra «rencor» no tenía sentido, hizo amistad con el autor de las cartas al encontrarlo un día en casa de M. Suard, en aquel salón donde se escuchaban imparcialmente todas las opiniones. El periódico *El Publicista*, dirigido por M. Suard, no tomó parte en la discusión, y se redujo á publicar un artículo de Hochet favorable á *Delfina*.

En este mismo tiempo *El Mercurio* publicaba otro artículo firmado F., tan violento y personal, que



el *Diario de París*, en cuyas columnas M. de Villeterque había juzgado severamente la novela, sobre todo bajo el punto de vista moral, no pudo menos de mostrar su asombro de que un artículo de semejante estilo, apareciera en *El Mercurio* al lado de otro que ostentaba una firma muy apreciada por los amigos del buen gusto y de la decencia. Se leía, en efecto, entre otras cosas: *Delfina habla de amor como una bacante; de Dios como un cuáquero; de la muerte como un granadero; de la moral como un sofista.* Fontanes, á quien se señaló como autor del artículo, á causa de la inicial, escribió al *Diario de París* para condenar el artículo, que era, efectivamente, del autor de *La Dote de Susette* y de *Federico*. ¿Acaso en nuestros días no hemos visto una algarada semejante contra la mujer más eminente en literatura, después de la autora de *Delfina*? En *Los Debates* del 12 de Febrero de 1883, Gastón daba cuenta de un folleto en 8.º, de 800 páginas, titulado *Delfina convertida*. En él se hacía decir á Mad. de Staël: «Acabo de entrar en la carrera que muchas mujeres han recorrido con éxito, pero no quiero tomar por modelo ni la *Princesa de Clèves*, ni *Carolina*, ni *Adela de Senange*. Este folleto calumnioso no es más que un cúmulo de frases, tomadas

á Mad. de Staël y desnaturalizadas por completo. Mad. de Genlis, que adoptó el papel de moralista, hizo insertar en la *Biblioteca de las novelas* una larga noticia, en la cual, á vuelta de mil falsedades, presentaba á Mad. de Staël como la apologista del suicidio. Mad. de Staël, que, por su parte, había citado con elogio á *Mlle. de Clermont*, dijo por toda venganza: «Ella me ataca y yo la alabo; Mad. de Genlis censuraba en sus *Memorias* á Mad. de Staël, acusándola de ser *ignorante*, lo mismo que antes la había acusado de ser *inmoral*... Pero, al fin, ¡Dios sea loado! aparece arrepentida en una novela titulada *Athenais*, de la cual hablaremos. La influencia de Mad. Recamier, acostumbrada á tales milagros, había conseguido tal efecto.

Necesito pedir perdón por evocar, al hablar de *Delfina*, las censuras agrias é injustas y remover tanto cieno; pero es conveniente, cuando se quiere seguir y trazar la marcha triunfal de un autor, anotar todo, hasta las trivialidades más despreciables.

La violencia en el ataque suele producir una reacción á favor del atacado. Los amigos de Mad. de Staël se indignaron, y Mad. de Staël fué enérgicamente defendida. De los dos artículos insertados por Ginguené en *La Década*, el primero



comienza en estos términos: «Ninguna obra ha llamado desde hace mucho tiempo la atención, tanto como esta novela. Ha obtenido un éxito de esos que suelen pagarse. Muchos periodistas, cuya opinión es conocida de antemano con sólo saber el nombre del autor, se han pronunciado violentamente contra *Delfina*, ó, mejor dicho, contra Mad. de Staël. Han atacado á una mujer con incalificable brutalidad y con la seguridad de que su grosería había de quedar impune.» Refiriéndose luego el estilo, dice: «Propiamente hablando, no son las que se le imputan faltas de idioma, sino vicios del mismo idioma, en los cuales, dado su talento, no hubiera incurrido con sólo fijar su atención.» Lo que Ginguené no dijo, es precisamente aquello que debió oponer como argumento en respuesta á las fútiles acusaciones de impiedad é inmoralidad de ciertos críticos groseros y charlatanes; es á saber: la elevación de ideas religiosas que se encuentran expresadas en más de un pasaje de *Delfina*. Sirva de ejemplo la carta de ésta á Leoncio, en la que le invita á tener fe en la religión natural y á abrigar una esperanza común de inmortalidad; otro hecho elocuente: Cuando M. Sebensei, escribiendo á Delfina combate las ideas cristianas de perfeccionamiento por medio del

dolor é invoca la ley de la naturaleza, llevando al hombre al bien, *Delfina* no se da por convencida, no cree que el sistema bienhechor de que se le habla responda á todas las combinaciones reales del destino, y que la dicha y la virtud sigan sobre la tierra un mismo sendero.

No es, sin duda, el catolicismo de Teresa de Ervins el que triunfa en *Delfina*; la tendencia es deísta, protestante, de un protestantismo unitario que no difiere gran cosa del que profesa el Vicario saboyano. En cuanto á la acusación lanzada sobre *Delfina* de atentar contra el matrimonio, me parece, por el contrario, que la idea primordial del libro es el deseo vehemente de la felicidad dentro del matrimonio; un sentimiento profundo de la imposibilidad de ser dichoso de otro modo, una confesión de obstáculos, entre los cuales es el mayor el desacuerdo social de los mutuos destinos. Esta idea de *la felicidad en el matrimonio* ha perseguido siempre á Mad. Staël. En *La Influencia de las pasiones* habla con exquisita ternura en el capítulo «Del amor», de dos viejos esposos, todavía amantes, que la autora encuentra en Inglaterra. En el libro de *La Literatura* ha citado con gran complacencia los hermosos versos con que termina el primer canto de Thompson sobre la primavera, y en los cuales



se celebra la unión perfecta de las almas, esa unión en que ella no cree.

En *Delfina*, el cuadro dichoso de la familia Belmont, no representa otra cosa que ese edén doméstico tan deseado por la autora. M. Necker, en su *Curso de moral religiosa*, trata de este género de felicidad garantizada por la santidad del lazo. Mad. de Staël, fantaseando tan frecuentemente sobre esto, no necesita ir lejos á buscar ejemplos; no pudiendo citar su propia dicha, recuerda la de su madre. Que la lectura de *Delfina* turba el espíritu, es un hecho; es necesario reconocerlo. Pero esta turbación sólo es peligrosa para las almas inocentes. En los espíritus ya formados no produce otro efecto que una expansión saludable del sentimiento.

En justa correspondencia al buen proceder de *La Década* y al auxilio que todos sus escritores, literatos ó filósofos, le habían prestado, Mad. de Staël habló siempre bien de ellos en sus obras. Exceptuando á Chenier, con el cual se mostró un poco severa, jamás mencionó á ninguno de los miembros de este grupo literario sino para enaltecerlos como en memoria de una antigua alianza. Pero su destierro, á fines del año 1803, sus relaciones germánicas, aristocráticas, menos equilibradas, la llevaron á otras esferas y extinguió rá-

pidamente aquella inspiración peculiar del año III, de la que he intentado dar una idea. Obligada á alejarse de París, se dirigió á Alemania, se ejercitó en la lectura del alemán y se esforzó en aprenderlo; visitó Weimar y Berlín, y conoció á Goethe y á los príncipes de Rusia. Empezó á reunir entonces los primeros materiales de una obra que completó luego en su segundo viaje. Lanzarse tan decididamente al otro lado del Rhin era romper con Bonaparte de un lado, y del otro con las costumbres de la filosofía del siglo xviii. Tal es, generalmente, la conducta de los grandes espíritus. Cuando se les cree en un punto determinado, están precisamente en el punto contrario. Como los grandes generales, no se detienen nunca; veis brillar las hogueras del campamento sobre la colina, os dirigís á ella, y al llegar os encontráis con que el ejército que suponíais acampado os ataca por el flanco. La muerte de su padre hizo que Mad. de Staël se trasladara rápidamente á Coppet. Después del duelo, de los funerales y de la publicación de los manuscritos de M. Necker, volvió á partir, en 1804, con dirección á Italia. El amor de la naturaleza y de las bellas artes surgió en ella de pronto bajo los rayos de un nuevo sol.

De regreso en Coppet, en 1805, y



ocupándose en escribir su novela-poema, Mad. de Staël no pudo vivir mucho tiempo alejada de aquel París donde tanto había brillado. Entonces es cuando se manifiesta en ella esa inquietud creciente, esa *nostalgia de la capital* que perjudicaba un poco á la severa dignidad de su destierro, pero que demostraba la sinceridad de su espíritu. Una orden la retenía á cuarenta leguas de París; pero instintivamente se fué acercando, y estuvo en Auxerre, en Châlons, en Blois, en Saumur. Parecía esta estrategia una partida de ajedrez jugada con Napoleón y Fouché, representados por un prefecto más ó menos rigorista. Cuando logró establecerse en Rouen, arrancando una concesión á la ley, tuvo el placer de una partida casi ganada. Pero estos pequeños pueblos de provincias ofrecían pocos recursos á un espíritu tan activo. Las pequeñeces de aldea la sofocaban; le faltaba aire que respirar. La conversación de Benjamín Constans disipaba á duras penas su mal humor. «El pobre Schlegel—decía—se muere de fastidio; Benjamín Constans se entiende mejor con los *animales* del pueblo, y no deja de distraerse.»

Viajando en 1808 por Alemania, decía: «Todo esto que veo aquí es mejor, tal vez, que la Francia; pero algo de Francia, nada más que algo,

me gustaría mucho más.» Dos años antes, cuando vivía en una provincia francesa, no se expresaba así; entonces París era su única aspiración. Finalmente, gracias á la tolerancia de Fouché, que tenía por conducta no perjudicar á nadie cuando el perjuicio era inútil, consiguió establecerse á diez y ocho leguas de París (¡qué gran conquista!), en Acosta; entonces se encariñó con *Corina*. Repasando el libro, debió exclamar como Ovidio: ¡Oh, libro mío, tú eres dichoso! ¡Irás á París, pero irás solo! En Acosta, como en Coppet, la nostalgia de la gran ciudad abrumaba su espíritu. El año 1806 le pareció larguísimo; por fin llegó á París una tarde, después de avisar su viaje á unos cuantos amigos, y se paseaba algunas noches á la claridad de la luna, sin atreverse á salir de día.

En una ocasión se apoderó de ella un deseo imperioso; un capricho; quiso visitar á una dama, antigua amiga de su padre, á Mad. de Jessé, que había dicho en otras circunstancias: «Si yo fuera reina, ordenaría á Mad. de Staël que me estuviese hablando siempre.» Esta señora—ya de edad avanzada—se asustó ante la idea de recibir á Mad. de Staël proscrita, y resultó al fin y al cabo que, merced á tantas indiscreciones, Fouché se enteró de la aventura. Mad. de Staël tuvo



que salir de París precipitadamente. Poco después, la publicación de *Corina* hizo que se confirmara el destierro de la autora, y que se la vigilase con mayor severidad. Volvemos á encontrarla en Coppet, dignificada por las persecuciones, en el centro de su corte majestuosa.

Lo que la estancia en Ferney fué para Voltaire, fué Coppet para Mad. Staël; pero su aureola, la poesía de su aislamiento eran mayores. Los dos reinaron en su destierro. Pero Voltaire, en su llanura, desde el fondo de su castillo, tendiendo la vista por sus jardines desprovistos de árboles, de sombra y de frescura, parecía gozar en la destrucción y en la burla. La influencia de Coppet es completamente opuesta. La belleza del sitio, los bosques que dan sombra deleitosa, el sexo del poeta, la elegancia de su corte y los nombres gloriosos, los paseos por el lago, las excursiones matinales, todo contribuye á dar misterioso encanto á la vida de Mad. Staël durante este período. Coppet es el Eliseo soñado por todas las imaginaciones poéticas. Mad. de Genlis, arrepentida de sus primeros errores y queriéndolos reparar, intentó pintar en una novela titulada *Athenais ó el castillo de Coppet en 1807*, aquella vida campestre que para nosotros tiene tal encanto. No debe buscarse en este libro una pintura fiel. Los detalles son confu-

sos y equivocados. El carácter de M. Schlegel resulta grotesco, y en conjunto se altera con recursos novelescos la verdadera poesía. En Coppet se hacía vida de temporada de recreo. Frecuentemente se reunían más de treinta personas entre amigos y conocidos; los más asiduos eran Benjamín Constans, Augusto Wilhelm de Schlegel, Sabrán, Sismondi, Bonstettién, etc., etc. Iban también, de cuando en cuando, Mathieu de Montmorency, M. Prosper de Barante, el príncipe Augusto de Prusia y gran número de personas del gran mundo. Las conversaciones literarias, filosóficas, siempre picantes ó elevadas, comenzaban á las once de la mañana, durante el almuerzo; seguían luego entre la hora de la comida y la cena, que se verificaba á las once de la noche, y no se interrumpía hasta las altas horas de la madrugada. Benjamín Constans y Mad. de Staël dirigían generalmente la conversación. Allí era donde Benjamín Constans, al cual nosotros, más jóvenes, sólo recordamos en su decadencia, lucía todas las maravillosas facultades de su espíritu. Mad. de Staël le prefería: sus almas se entendieron siempre perfectamente. Nada más admirable que su conversación en aquel círculo escogido, conversación semejante á un cruce no interrumpido de ideas elevadas, geniales, es-



*pirituales*. Y no se crea que la reunión se resentía de cierta solemnidad ó erudición empalagosa. La vida en Coppet era alegremente entretenida. De cuando en cuando se representaban tragedias, dramas, las obras caballerescas de Voltaire *Zaira*, *Tancredo*, ó piezas escritas expresamente por ella ó por sus amigos. Estas últimas se imprimían algunas veces en París para que se pudieran aprender más fácilmente los papeles. Estos envíos á la capital despertaban gran interés. A veces, mientras la obra se imprimía, pensaba el autor en una corrección, y se enviaba un emisario, que solía ser alcanzado á veces por un segundo que llevaba encargo de modificar alguna otra cosa. La poesía europea estaba representada en Coppet por varias celebridades. Zacarías Werner, uno de los originales de esta corte y del cual se habían puesto en escena varias obras, escribía en este tiempo al consejero Scheffer: «Mad. de Staël es una reina, y todos los hombres de inteligencia que la rodean se ven precisados á no separarse de ella porque los retiene por una especie de magia á la que no es posible resistirse.

Posee de una manera admirable el secreto de unir los elementos más heterogéneos, y todos los que están á su lado, aun teniendo diversas opiniones, se ponen de acuerdo para

adorar al ídolo. Mad. de Staël es de mediana estatura y, sin tener una elegancia de ninfa, tiene la nobleza de las proporciones esculturales. Es fuerte, morena, su fisonomía no es bella; pero se olvida cualquier incorrección del rostro al fijar la mirada en sus ojos soberbios, en los cuales fulgura un alma grande y generosa. Cuando se deja guiar por los impulsos de su corazón—como ocurre frecuentemente—se penetra hasta en lo más recóndito de su espíritu y es necesario adorarla como la adoran mis amigos A. W. Schlegel y Benjamín Constans, etc.» No será ocioso trazar algunos rasgos de la figura del autor de tan galante retrato. Werner era un fumador incansable, que pertrechado de una enorme provisión de tabaco, se entretenía en largas digresiones eróticas y platónicas sobre *l'androgyné*; su destino—según decía—era correr sin cesar en pos de la otra mitad de sí mismo, y de ensayo en ensayo no desesperaba de llegar por fin á reconstituir su todo primitivo. El poeta danés Oelenschlœger ha relatado detalladamente una visita que hizo á Coppet, y habla del buen Werner en este sentido; copiaremos algunos otros rasgos de Mad. de Staël de la relación de Oelenschlœger:

«Mad. de Staël me invitó á pasar algunas semanas en Coppet. Ha-



blamos en alemán, idioma que entendía perfectamente, lo mismo que sus dos hijos, que le comprendían y lo hablaban también. Encontré en casa de Mad. de Staël á Benjamín Constans, á Augusto Schlegel, al viejo barón Voght d'Altona, á Bonstettién, de Ginebra, al célebre Sismondi de Sismondi y al conde de Sabrán. Mad. de Staël no es bonita, pero los rayos de sus ojos negros tienen un encanto indefinible; posee el don especial de conciliar los temperamentos más opuestos. Tiene la voz fuerte; la fisonomía algo varonil, pero el alma tierna y delicada. Escribía entonces un libro sobre la Alemania, y nos leía diariamente algún fragmento nuevo. Se la ha acusado de no haber estudiado los libros de que habla en su obra, y de someterse por completo al juicio de Schlegel. Es falso. Leía el alemán con gran facilidad. Schlegel tenía cierta influencia sobre ella; pero frecuentemente discrepaban y Mad. de Staël le censuraba su parcialidad. Schlegel, cuya erudición y cuyo espíritu eran dignos de respeto, era, en efecto, muy apasionado. Pone á Calderón por debajo de Shakespeare, y juzga severamente á Luther y Herder. Si á todas las cualidades de Mad. de Staël se añade la de ser rica y generosa, á nadie extrañará que fuera reina abso-

luta en aquella especie de castillo encantado; quizá era su varita mágica una pequeña rama que un criado ponía diariamente sobre la mesa al lado de su cubierto y que Mad. de Staël agitaba durante la conversación.» A falta de la rama, esgrimía constantemente el abanico ó el mismo cubierto de plata. Respecto al retrato de Mad. de Staël, ya se habrá observado que todos convienen en la descripción de los rasgos principales; desde M. de Guibert hasta Elenschœleger y Werner. Dos retratos exactísimos nos ahorran, por otra parte, estas indagaciones literarias: el retrato pintado por madama Lebrun y el de M. Gerard. No he creído, sin embargo, ocioso recordar las otras descripciones.

La poesía inglesa, que durante la guerra del Continente no había podido asistir á este congreso permanente del pensamiento establecido en Coppet, apareció en 1816 representada por Lewis y por Byron. Este último, en sus *Memorias*, ha hablado de Mad. de Staël con cariñosa admiración, á pesar de que se observan algunas ligerezas. Conviene, como los demás, en que la ilustre desterrada supo hacer de Coppet el sitio más agradable de la tierra. Por su parte, Mad. de Staël le tenía por el *hombre más encantador de Inglaterra*.

¡Lo que no se puede pintar ó des-



cribir al hacer la historia de Coppet son los esparcimientos del día, los largos paseos por los bosques cubiertos de verdura, cierta vida íntima, en cuyo secreto desearíais penetrar, sin duda, vosotros, corazones adolescentes que sentís la rebelión contra los tiempos actuales y os apasionáis por los recuerdos del pasado! Un huésped habitual de Coppet, interrogado por mí me decía: «Salí una mañana del castillo para respirar el aire fresco; me tendí sobre la hierba cerca de un arroyo y dejé vagar la imaginación con los ojos fijos en el cielo. De pronto escuché dos voces que se acercaban; la conversación era animadísima. Quise hacer ruido para advertir mi presencia, pero era ya tarde. Había oído quejas, explicaciones, promesas...—Fuisteis muy afortunado (díjele yo). ¿Y quiénes eran los que hablaban? — Como por un delicado escrúpulo, mi interlocutor evadió la respuesta; no quise insistir. ¡Dejemos á la generación futura la explicación del misterio; nosotros estamos muy cerca de ellos todavía. Dejemos pasar el tiempo; dejemos que murmure confusamente la voz del pasado estas historias íntimas; dejemos que la imaginación embellezca un día los secretos de aquellas almas en aquel paraíso!

*Corina* apareció en 1807. El éxi-

to fué instantáneo, universal; pero no es en la prensa donde debemos buscar el testimonio. La libertad en la crítica había dejado de existir. Mad. de Staël no podía, en aquel tiempo, insertar en *El Mercurio* un espiritual pero sencillo análisis del notable ensayo de M. de Barante, acerca del siglo XVIII. Cuando apareció *Corina*, se estaba bajo el peso de la censura absoluta. Los elogios no pudieron imprimirse. Sólo *El Publicista* publicó tres excelentes artículos, firmados D. D., iniciales que debían pertenecer á Mlle. de Meulan (Mad. Guizot). M. de Feletz en *Los Debates*, siguió su crítica detallista y meticulosa. Un M. C. (cuyo verdadero nombre no he podido descubrir), publicó en *El Mercurio*, un artículo insignificante. Con *Corina*, Mad. de Staël entró decididamente en la gloria y en el Imperio. Hay un momento decisivo para los genios; en ese momento, los que le tributan elogios se honran á sí mismos. La Europa entera coronó á Mad de Staël con el nombre de *Corina*. *Corina* es la imagen de la independencia soberana del genio. Mad. Necker de Saussure (*Noticia*), Benjamín Constans (*Misceláneas*), M. J. Chenier (*Cuadro de la literatura*), han analizado esta obra, ahorrándome á mí la tarea. «*Corina*—dice Chenier—es todavía *Delfina*,



pero perfeccionada, más independiente, en la plenitud de sus facultades, y doblemente inspirada por el talento y por el amor.» Es cierto; pero para *Corina*, la misma gloria sólo es una distracción brillante, una gran ocasión de conquistar los corazones. «Buscando la gloria—le dice á Oswald—he esperado siempre que con ella me haría amar.» La idea capital del libro, nos muestra esta lucha de potencias noblemente ambiciosas y de la felicidad doméstica, pensamiento perpetuo de Mad. de Staël. *Corina*, aun apareciendo en algunos instantes como una sacerdotisa de Apolo, es, con relación á la vida ordinaria, la más sencilla de las mujeres. Desde el momento en que se siente dominada por la pasión, por esta garra *bajo la cual la dicha y la independencia sucumben*, admiro en Mad. de Staël el sentimiento más que el genio, admiro sus invocaciones á la santidad y á la duración de las cadenas, y la admiro á la hora de la muerte, cuando exclama: «De todas las facultades del alma que debo á la naturaleza, sólo la de sufrir es la que he ejercitado por completo.» En el análisis de *Delfina*, vista á través de *Corina*, encuentro sin igual encanto; es verdaderamente admirable el marco que rodea las diversas situaciones de un alma ardiente templada por su severidad. Aquellos

nombres de amantes no grabados en *Corina*, pero inscritos en los muros de las ruinas eternas, se asocian á la historia y forman parte viviente de su inmortalidad. La pasión divina de un ser que no se puede creer imaginario, introduce en el recinto de los circos antiguos una víctima más que no se olvidará nunca; el genio que arranca esa pasión de su seno, es un vencedor, cuyo nombre debe figurar al lado de todos los demás vencedores.

Paseándose Bernardino de Saint-Pierre con Rousseau, le preguntaba un día si Saint-Prieux era él mismo: «No tal—le respondió Juan Jacobo;—Saint-Prieux no es lo que yo he sido, sino lo que yo hubiera querido ser.» Todos los novelistas poetas pudieran decir lo mismo. *Corina* es, para Mad. de Staël, lo que ella hubiera querido ser. De *Corina* solamente ha tenido el Capitolio y el triunfo, y tal vez la muerte por el sufrimiento.

Aquella Roma, aquel Nápoles que Mad. de Staël expresa á su manera en la novela-poema de *Corina*, M. de Chateaubriand los pintó casi al mismo tiempo en la epopeya de *Los Mártires*. Para la comparación de todos estos modos diversos de sentir y de pintar á Roma, no se encuentra nada tan completo como un docto é ingenioso trabajo de M. Ampère.



¡Roma, Roma! ¡Los mármoles, los horizontes, los cuadros más grandes para prestar apoyo á los pensamientos menos efímeros!

Una persona de mucho ingenio dijo: «¡Cuánto me agradan ciertas poesías! Se puede decir de ellas lo que de Roma; ó todo ó nada; ó se vive con ellas ó no se las comprende.» *Corina* no es más que una variedad de este *culto romano*, de esta manera de sentir que tiene épocas distintas en el modo de comprender la vida eterna.

Una parte seductora de *Corina*, tanto más agradable cuanto es menos conocida y manoseada, es la ingeniosa conversación colocada en boca del conde de Erfeuil acerca de la sociedad francesa. Mad. de Staël critica donosamente á aquella sociedad ligera y superficial, pero en esto está Mad. de Staël más caracterizada que nunca; desdeña aquello que pudiera expresar mejor.

Como en *Delfina*, hay retratos: Mad. de Arbigny, aquella francesa que todo lo calcula y lo arregla todo, está admirablemente pintada, lo mismo que Mad. Vernón. Se la citaba en el secreto de la intimidad (Mad. de Flahaut), lo mismo que si se supiera qué clase de elementos diversos componían la noble figura de Oswald, como si se creyera en la verdad fiel de la escena de despedida, y en los apasionados y has-

ta desgarradores recuerdos de *Corina* durante la separación.

Sea de ello lo que quiera, á pesar de que hay en *Corina* conversaciones y pinturas del mundo, no se puede por eso reprochar á Mad. de Staël una falta de consistencia y de firmeza de estilo, y demasiada ligereza y despreocupación en la distribución de los pensamientos. Ella se ha valido para la ejecución de esta obra, de la conversación ingeniosa, de la improvisación, escrita como hacía con frecuencia (*stans pede in uno*) de pié y apoyada en el ángulo de una chimenea.

El libro de *La Alemania*, que no apareció en Londres hasta 1813, iba á ser publicado en París en 1810. La censura imperial impidió la impresión. Conocida es la carta del duque de Rovigo y toda esta vergonzosa historia. La obra pudiera parecer hoy deficiente en su parte histórica; pero hay que considerar que el tiempo fué pasando y la Alemania fué siendo cada vez más conocida. Aparte del honor de una iniciativa, de la cual nadie entonces había sido capaz, y que sólo Villiers hubiera podido compartir con Mad. de Staël á tener escribiendo el mismo talento que en la conversación, no creo que exista un libro en el cual se encuentre mejor pintada la índole del genio alemán: el cuadro de aquella época brillante y poética que podría



llamarse el siglo de Goethe, porque la poesía alemana parece nacida y muerta con él. Después viene la descomposición y la decadencia. Al tratar de *La Alemania*, Mad. de Staël insiste mucho sobre la parte filosófica, sobre el orden de doctrinas opuestas á las de los ideólogos franceses. Su criterio, al hablar de estas materias, es muy distinto del criterio mantenido durante su juventud. Se advierte en ella un anhelo creciente de la moralidad en las obras. Una obra no es bastante moral, á su juicio, si no tiene por objeto el perfeccionamiento de alguna de las facultades del alma.

En más de un pasaje adviértese también que la preocupa la idea de combatir el suicidio. «Cuando se es muy joven—dice—la tumba no parece más que una imágen poética, un sueño hermoso, un lugar rodeado de figuras que lloran por nosotros de rodillas; no es, sin embargo, así; por eso cuando se avanza en el camino de la vida, llega á comprenderse por qué la religión rechaza con horror la idea del atentado contra la propia existencia.» En el *Ensayo sobre el suicidio*, que apareció en 1812 en Stockolmo, se manifiesta aún más claramente la revolución moral operada en el espíritu de Mad. Staël.

La amargura que le produjo la prohibición inesperada de su libro

fué grande. Seis años de estudios y de esperanzas malogradas, el recrudescimiento de su persecución cuando más necesitada estaba de una tregua, y otras muchas circunstancias, produjeron en su espíritu una crisis violenta y entró de lleno en lo que he llamado «sus años sombríos». A partir de este período comienzan las tristezas. La juventud, el gran consuelo, había huido. Mad. de Staël sentía horror por la vejez; la sola idea de llegar á ella, le causaba espanto. Un día, en que manifestó sus sentimientos delante de Mad. Stuard, ésta le dijo: «¿Qué importan los años? ¡Seréis una vieja muy agradable!» Pero ella temblaba ante esta idea; la palabra juventud tenía una música deliciosa para su oído. «¿No veis frecuentemente—escribe en el *Ensayo sobre el suicidio*—el espectáculo del suplicio de Mezence renovado por la unión de un alma todavía llena de vida y de un cuerpo caduco, alma y cuerpo que son enemigos inseparables? ¿Qué significa este triste desequilibrio de que la naturaleza hace preceder la muerte, sino una orden imperiosa de vivir divorciados de la felicidad, abdicando cada día, flor á flor, la corona de la vida?» Mad. de Staël deseaba llegar lo más tarde posible á *esos últimos días en los cuales se oye, como repetidos por un eco triste, los alegres clamores de*



*la juventud*. El cariño que inspiró por este tiempo á M. Roca, sostuvo en ella cierta ilusión de juventud. Poco después la transformación se verificó; á los himnos alegres de otros tiempos, sucedió un himno grave, melancólico, austero. La religión, que hasta entonces había ocupado un lugar en sus obras, lo ocupó también en la vida práctica. Cuando era más joven, cuando no conocía el abatimiento moral y físico, le bastaba en ciertas horas de tristeza visitar la tumba de su padre, ó suscitar con Benjamín Constans ó con M. de Montmorency alguna conversación mística y elevada. Cuando se avanza en la vida, cuando las esperanzas se estrellan contra los sufrimientos positivos y crecientes, cuando todo falta, cuando las fuerzas decaen día por día, las inspiraciones pasajeras no sostienen ni alientan, es necesaria una creencia más sólida y más firme. Mad. de Staël la buscó donde la podía encontrar; en el Evangelio, en el seno de la religión cristiana. Antes de resignarse por completo, el período más violento de su crisis fué durante el año que precedió á su huida. Empezaron las excusas corteses; el alejamiento de los amigos. El abandono cuando más necesitada estaba de afectos sinceros, contristaron su corazón. Se veía rodeada de una especie de fatalidad que comunicaba á los se-

res más queridos. « Soy el Orestes del destierro », exclamaba en el seno de la intimidad con profunda amargura. Coppet llegó á parecerle demasiado estrecho, y quiso á todo trance trasladarse á mayor espacio. El prefecto de Génova, M. Capelle, que había reemplazado á M. de Barranti, le insinuó que escribiera algo acerca del rey de Roma; una sola palabra le hubiera abierto todas las capitales; sin embargo, no pensó en escribirla ni un solo instante. Los *Diez años de destierro* pintan al natural las vicisitudes de esta situación agitada. Mad. de Staël aparece estudiando sin cesar el mapa de Europa, como el plano de una inmensa prisión de la cual tratara de evadirse.

En tales disposiciones, y después de esta crisis resuelta en una verdadera madurez interior, encontró la Restauración á Mad. de Staël. Había visto á Luis XVIII en Inglaterra. « Tendremos — anunciaba á un amigo — un rey que favorecerá la literatura. » Tenía simpatías por este príncipe cuyas ideas moderadas le recordaban las de su padre. Se convirtió enteramente á las ideas políticas inglesas, á las ideas de aquella Inglaterra que le parecía el país por excelencia de la vida de familia y de la libertad pública. Su hostilidad contra el Imperio, su ausencia de Francia, todo contribu-



yó á la metamorfosis. Mad. de Staël conforme iba envejeciendo se aproximaba á las antiguas ideas de su padre. Los temperamentos, á medida que se envejece, vuelven á adoptar las cualidades de la infancia; lo mismo que las revoluciones después de la violencia adoptan medidas conciliadoras, así Mad. de Staël, hacia el fin de su vida, se acogió á ideas más templadas y más transigentes.

Las *Consideraciones sobre la Revolución francesa*, última obra de Mad. de Staël, y que ha hecho que se clasifique su nombre en política entre los nombres honrados de su padre y de su yerno, la dan á conocer, bajo este aspecto liberal, templado, inglés y un poco doctrinario, mejor que yo pudiera hacerlo. Bien pronto, antes de su regreso á Francia, vió dibujarse en los horizontes de la política las exigencias de los partidos y las dificultades que complican las restauraciones. Entonces sus consejos fueron siempre conciliadores y prudentes. En su aproximación á Mad. de Duras y de Mad. de Chateaubriand, buscó la inteligencia con la parte esclarecida y generosa de un realismo más vivo que el suyo. «Mi sistema—decía en 1816—está siempre en oposición absoluta con aquel que se sigue y con mi sincero afecto para aquellos que lo siguen.

Mad. de Staël tuvo que sufrir mucho en este tiempo por las divergencias que estallaron entre sus amigos; los lazos de la amistad se rompían á su alrededor; alguna afectó nueva como la de madame Mackintosh no la compensaban de otras pérdidas sensibles.

El espectáculo de estas rupturas de las más entrañables relaciones afectó singularmente á madame de Staël y la desligaron, si no de la vida, al menos de las vanidades y las satisfacciones perecederas. Había acabado por encontrar menos placer en escribir á M. de Motmorency, al *admirable amigo*, á causa de estas malhadadas divergencias. Sensible Mad. de Staël á tales circunstancias y atacada ya de una enfermedad que iba en aumento, se refugió en la familia, ó quizá en algo más augusto: en la fidelidad á *aquel que no nos es infiel nunca*, y murió en París el 14 de Julio de 1817. La víspera de su muerte se había hecho conducir al jardín, y después de dirigir palabras llenas de unción á los que la rodeaban, repartió entre ellos las flores de un rosal como último recuerdo.

La publicación póstuma de las *Consideraciones* fué un verdadero suceso á modo de brillantes y públicos funerales. Mad. de Staël proponía á la Revolución francesa y á la Restauración una interpreta-



ción política destinada á conseguir una influencia durable. Algún partido hizo de las *Consideraciones* un arma. Los juicios escritos acerca del libro fueron numerosos. Benjamín Constans en *La Minerva* y M. de Fitz-James en *El Conservador*, analizaron la obra en sentidos completamente opuestos como era natural. La influencia que madame Staël ejerció por medio de sus *Consideraciones* en el partido liberal filosófico fué muy directa. Pero aquellas ideas conciliadoras y expansivas, han sido olvidadas en más de una ocasión.

Pero es en los dominios del arte, sobre todo, donde la influencia de Mad. de Staël ha sido hermosa, eficaz, cordial, favorable siempre á los talentos nuevos, á los cuales buscaba y aconsejaba sabiamente. Para todos los que brillan hoy día diseminados, ella sigue siendo quizá el único lazo de unión porque se perfeccionaron á su lado en el arte y en pensamiento.

¡Oh si Mad. Staël hubiese vivido! Ella, tan entusiasta, tan amante, tan sincera, ¡cómo hubiera buscado, entre todos esos talentos, un talento eminente de mujer, á quien no quiero comparar con ella toda-

vía (1)! ¡Cómo en ciertos momentos de severidad del falso mundo y de los falsos moralistas, después de *Lelia*, la hubiera acogido llena de ternura y de indulgencia! Delfina, sola entre todas las mujeres del gran mundo, se había sentado al lado de Mad. R... En vez de tributarle malignas alabanzas, Mad. de Staël hubiera anunciado á aquel genio, más artista que ella, aunque menos sabia, menos filosófica y menos versada en los asuntos políticos... ¡Cómo le hubiera hecho amar la vida, la gloria! ¡cómo le hubiera hablado de la *clemencia del cielo* y de *una cierta hermosura del universo que predice al hombre días mejores!* ¡cómo hubiera aplaudido su inspiración!

¡Oh, tú, á quien la opinión unánime proclama la primera en literatura, después de Mad. de Staël, yo sé que la profesas una sincera admiración como en agradecimiento profundo y tierno por el bien que te quiso hacer y que seguramente te hubiera hecho! ¡Siempre habrá en tu gloria un lazo primitivo que te ligue á la suya!

(1) El autor se refiere á Jorge Sand.

SAINTE BEUVE.



# CASA DE MUÑECAS

## DRAMA EN TRES ACTOS

(CONCLUSIÓN)

CRISTINA. — Yo necesito un ser á quien servir de madre, y sus hijos de V. necesitan una madre. Nosotros también nos sentimos inclinados el uno hacia el otro. Tengo fe en lo que hay en el fondo de V., Krogstad... con V. nada me dará miedo.

KROGSTAD. (*Cogiéndole las manos.*) — Gracias, Cristina, gracias... Ahora es menester que me levante á los ojos del mundo, y sabré hacerlo. ¡Ah! Pero olvidaba...

CRISTINA. (*Escuchando.*) — ¡Cht! ¡La tarantela! ¡Váyase V., váyase en seguida!

KROGSTAD. — ¿Por qué?

CRISTINA. — ¿Oye V. esa música? Es que acaba el baile, y van á volver.

KROGSTAD. — Bien, me voy. Tanto más cuanto que de nada sirve... ¿V. ignora, por supuesto, el paso que he dado contra los Helmer?

CRISTINA. — Se engaña V., Krogstad, lo conozco.

KROGSTAD. — ¿Y tenía V. el valor de...?

CRISTINA. — Sé á lo que puede llevar la desesperación á un hombre como V.

KROGSTAD. — ¡Oh! ¡Si pudiese deshacer mi obra!

CRISTINA. — Puede V.: su carta está ahí todavía, en el buzón.

KROGSTAD. — ¿Está V. segura?

CRISTINA. — Lo sé; pero...

KROGSTAD. (*Mirándola fijamente.*) — ¿Es esa la explicación? ¿Quería V. salvar á su amiga á todo precio? Haría V. mejor en confesarlo francamente. ¿Es así?

CRISTINA. — Krogstad, cuando una persona se ha vendido una vez por salvar á alguien, no vuelve á reincidir.

KROGSTAD. — Voy á pedir mi carta.

CRISTINA. — Nada de eso.

KROGSTAD. — ¡Vaya! No faltaba más. Espero la vuelta de Helmer y le digo que quiero recuperar mi carta... que no trata más que de mi cesantía... que no tiene para qué leerla...

CRISTINA. — No, Krogstad, no ha de pedir V. la carta.

KROGSTAD. — Pero, sin embargo...



¿no es por eso realmente por lo que me ha hecho V. venir aquí?

CRISTINA.—En el primer momento de alarma es verdad. Pero han pasado veinticuatro horas, y durante ese tiempo he visto pasar aquí cosas increíbles. Es preciso que Helmer lo sepa todo: ese fatal misterio debe disiparse. Hace falta que se expliquen: basta de misterios y de subterfugios.

KROGSTAD.—Bien, si V. lo toma por su cuenta... Pero hay una cosa que puedo hacer en todo caso y que importa hacer en seguida.

CRISTINA. (*Escuchando.*) — ¡Despáchese V. ! ¡Váyase!... El baile ha concluido: no estamos ya seguros.

KROGSTAD.—Espero á V. abajo.

CRISTINA.—Bien. Me acompañará V. hasta la puerta de mi casa.

KROGSTAD.—Jamás he sido tan feliz.

(*Vase por la puerta exterior. La de la antecámara sigue abierta hasta el fin.*)

CRISTINA. (*Arregla un poco el cuarto y prepara su abrigo y su sombrero.*) — ¡Qué porvenir! ¡Qué nueva perspectiva! Tengo por quien trabajar, tengo por quien vivir, tengo un hogar que cuidar. ¡Ah! Voy á empezar una nueva vida. (*Escuchando.*) Ahí vienen. Pronto, el abrigo.

(*Coge su sombrero y su abrigo. Se oye la voz de Helmer y de Nora. Esta última entra casi á la fuerza, obligada por su marido. Lleva un traje italiano y chal. Helmer viste frac y va cubierto con un dominó.*)

NORA. (*En la puerta, resistiéndose.*) — No, no, no, no quiero entrar; voy á

volver á subir; no quiero retirarme tan pronto.

HELMER.—Vamos á ver, querida Nora.

NORA.—¡Ah, por favor, Torvaldo! ¡Te lo suplico!... ¡nada más que una hora!

HELMER.—Ni un minuto, Norita. Sabes lo convenido. Vamos, entra, estás cogiendo frío aquí.

(*La obliga á entrar, á pesar de su resistencia.*)

CRISTINA.—Buenas noches.

NORA.—¡Cristina!

HELMER.—¡Qué! ¿Es la señora? ¿V. aquí tan tarde?

CRISTINA.—Dispénsenme Vds.: tenía tantas ganas de ver á Nora vestida.

NORA.—¿Me has esperado aquí todo este tiempo?

CRISTINA.—Sí. Vine demasiado tarde desgraciadamente; habías subido ya, y no he querido irme sin verte.

HELMER. (*Quitando el chal á Nora.*) — Entonces mírela V. bien. Me parece que vale la pena. ¿Está guapa, no es verdad, señora?

CRISTINA.—Muy verdad.

HELMER.—Maravillosamente linda, ¿no es cierto? Era también la opinión de todo el mundo allá arriba. Pero ¡qué terca esta criaturita! ¿Qué hacer contra eso? ¿Podrá V. creer que he tenido que emplear casi la fuerza para sacarla del baile?

NORA.—¡Ah, Torvaldo! te pesará el no haberme concedido media hora siquiera.

HELMER.—Figúrese V., señora. Baila la tarantela; alcanza un éxito loco y



bien merecido, aunque acaso ha hecho alarde de demasiada naturalidad, es decir, de alguna más que la que consentían estrictamente las exigencias del arte. Pero, en fin, lo principal es que ha tenido éxito, un éxito colosal. ¿Debía yo dejarla permanecer allí después? Hubiera disminuido el efecto. ¡En eso estaba yo pensando! Cogí del brazo á mi linda chiquilla de Capri, á mi niña caprichosa, podría decir; vuelta al salón en el acto; saludos á derecha é izquierda, y, como se dice en las novelas... se desvaneció la bella sombra. En los desenlaces es indispensable siempre el efecto, señora, y es lo que no puedo hacer comprender á Nora. ¡Uf! ¿qué calor hace aquí! (*Tira el dominó en una silla y abre la puerta de su cuarto.*) ¿Cómo? ¿No hay luz? ¡Ah! es verdad. V. dispense.

(*Entra y enciende dos bujías.*)

NORA. (*Muy bajo, precipitadamente.*)

—¿Qué hay?

CRISTINA.—He hablado con él.

NORA.—¿Y...?

CRISTINA.—Nora... tienes que decirselo todo á tu marido.

NORA. (*Con voz desfallecida.*)—Lo sabía.

CRISTINA.—No tienes nada que temer de Krogstad, pero es preciso que hables.

NORA.—No hablaré.

CRISTINA.—Pues hablará la carta por ti.

NORA.—Gracias, Cristina. Ya sé ahora lo que me queda que hacer. ¡Cht!...

HELMER. (*Entrando.*)—¿Con que la ha admirado V. bien, señora?

CRISTINA.—Sí, y ahora voy á despedirme de Vds.

HELMER.—¿Ya? ¿Es de V. esta obrita?

CRISTINA. (*Cogiendo un trozo de media que Helmer le entrega.*)—Gracias; me lo dejaba olvidado.

HELMER.—¿Hace V. media?

CRISTINA.—Es claro.

HELMER.—Pues debería V. bordar.

CRISTINA.—¿Y por qué?

HELMER.—Es más bonito. Mire V.: se tiene el bordado en la mano izquierda, así, y se lleva la aguja con la mano derecha, de este modo... V. ve esta curva prolongada y ligera que se hace... ¿No es verdad?...

CRISTINA.—No digo que no.

HELMER.—Mientras que hacer media... eso tiene que ser feo siempre. Vea V. los brazos pegados al cuerpo... las agujas yendo de abajo arriba y de arriba abajo... parece cosa de chinos... ¡Ah! ¡qué Champaña tan retozón el que han servido!

CRISTINA.—Buenas noches, Nora, y no ser terca.

HELMER.—Bien dicho, señora.

CRISTINA.—Buenas noches, señor director.

HELMER. (*Acompañándola hasta la puerta.*)—Buenas noches, buenas noches; sabrá V. el camino, supongo. Yo con mucho gusto..., pero es tan cerca. Buenas noches, buenas noches. (*Vase Cristina. Helmer cierra la puerta y vuelve.*) ¡Gracias á Dios que se ha ido! Es fatidiosa la mujer.

NORA.—¿No estás muy cansado, Torvaldo?

HELMER.—No, ni pizca.



NORA.—¿No tienes sueño tampoco?

HELMER.—Nada. Al revés: me encuentro tan despavilado. Pero ¿y tú? Es verdad: tú tienes trazas de cansancio y de sueño.

NORA.—Sí, estoy muy fatigada. Ahora no me cabe duda de que me dormiré al instante.

HELMER.—¿Ves cómo tenía yo razón para no querer que nos estuviésemos más?

NORA.—Tú tienes siempre razón en todo lo que haces.

HELMER. (*Besándola en la frente.*)—Vamos, la alondra empieza á hablar como un libro. Pero, dime, ¿has notado qué alegre estaba Rank esta noche?

NORA.—¿Sí? No he tenido ocasión de hablarle.

HELMER.—Yo apenas le he hablado tampoco; pero hace mucho tiempo que no lo había visto de tan buen humor. (*La mira un instante y se acerca.*) Pero ¡qué bueno es volverse á encontrar uno en su casa, estar solo contigo!... ¡Oh! ¡qué hermosa, qué embriagadora mujercita!

NORA.—No me mires así, Torvaldo.

HELMER.—¡No he de mirar mi más caro tesoro! ¡este esplendor que es mío, nada más que mío, enteramente mío!

NORA. (*Yéndose al otro lado de la mesa.*)—No me hables así esta noche.

HELMER. (*Siguiéndola.*)—Aún te retoza la tarantela en la sangre, á lo que veo, y con eso estás más seductora. ¡Oye! Se van los invitados. (*Bajando la voz.*) Nora, dentro de nada la casa estará en silencio.

NORA.—Sí; así lo espero.

HELMER.—Verdad, ¿adorada Nora? ¡Oh! Cuando estamos en sociedad como esta noche... ¿Sabes por qué te hablo tan poco, por qué permanezco lejos de ti, contentándome con dirigirte alguna que otra mirada á hurtadillas? ¿Sabes por qué? Pues es porque me gusta figurarme que eres mi amor secreto, mi joven, mi misteriosa prometida, y que todos ignoran nuestros lazos.

NORA.—Sí, sí, sí, ya sé que todos tus pensamientos son para mí.

HELMER.—Y al salir, cuando pongo el chal sobre tus hombros delicados y juveniles, cuando oculto esa nuca maravillosa, me figuro que eres mi joven desposada, que volvemos de la boda, que te traigo por primera vez á mi casa, y que al fin vamos á estar solos... ¡voy á estar solo contigo, con mi tierna beldad temblorosa! Toda esta velada no he hecho más que suspirar por ti. Cuando te vi hacer como que perseguías, cuando vi tus movimientos provocativos bailando la tarantela... empezó á hervirme la sangre, no pude resistir, y por eso te saqué tan precipitadamente...

NORA.—Vete, Torvaldo. Déjame. No me gusta eso.

HELMER.—¿Cómo se entiende? Tú te burlas de mí, Norita. ¿Que no quieres, dices? ¿No soy tu marido?...

(*Llaman á la puerta de fuera.*)

NORA. (*Estremeciéndose.*)—¿Has oído?

HELMER. (*Pasando á la antecámara.*)—¿Quién es?



EL DOCTOR RANK. (*Desde dentro.*)—Soy yo. ¿Puedo entrar un momento?

HELMER. (*Mal humorado.*)—¿Qué se le ocurre á éste ahora? Espera un poco. (*Va á abrir.*) Vamos, es una atención que no pases por nuestra puerta sin llamar.

RANK.—Me pareció oír tu voz, y he querido entrar un momento. (*Dirigiendo una ojeada en torno suyo.*) He aquí el hogar familiar y querido. Vosotros disfrutáis en vuestra casa de paz y bienestar. ¡Qué felices sois!

HELMER.—Pues tú tampoco parecías estar allá á disgusto.

RANK.—Me divertía extraordinariamente. ¿Y por qué no? ¿Por qué no gozar de todo aquí abajo? Al menos mientras y hasta donde se pueda. El vino era exquisito...

HELMER.—Sobre todo el Champaña.

RANK.—¿Lo has notado tú también? Es increíble lo que he bebido.

NORA.—Torvaldo ha tomado también mucho champaña esta noche.

RANK.—¿De veras?

NORA.—Sí, y con eso se pone siempre tan singular...

RANK.—¡Qué caramba! ¿Por qué no ha de pasarse una buena noche después de un día bien empleado?

HELMER.—¿Bien empleado? Hoy desgraciadamente no puedo alabarme de eso.

RANK. (*Dándole en el hombro.*)—Pues yo sí, ¿lo oyes?

NORA.—Doctor Rank, V. ha debido estudiar hoy algún caso científico.

RANK.—Cabales.

HELMER.—¡Hombre, hombre, miren Vds.! ¡Norita hablando de casos científicos!

NORA.—¿Y se le puede felicitar á V. por el resultado?

RANK.—Mucho que sí.

NORA.—¿Un éxito?

RANK.—El mejor para el médico, lo mismo que para el enfermo: la certidumbre.

NORA. (*Vivamente, dirigiéndole una mirada escudriñadora.*)—¿La certidumbre?

RANK.—Una certidumbre completa. Después de eso, ¿no tenía derecho á pasar una alegre velada?

NORA.—Sin duda, Doctor.

HELMER.—Opino lo mismo, siempre que no la pagues mañana.

RANK.—Todo se paga en esta vida.

NORA.—Doctor..., á V. le deben gustar mucho las máscaras.

RANK.—Sí, cuando se ven muchos trajes estrambóticos.

NORA.—Sepamos: ¿qué disfraz nos vamos á poner la vez primera V. y yo?

HELMER.—¡La muy locuela! ¡Pues no está pensando ya en el próximo baile!

RANK.—¿V. y yo? Le diré: V. irá de mascota.

HELMER.—Bien, pero, á ver, un traje bonito de mascota.

RANK.—Que tu mujer se presente tal y como la vemos todos los días.

HELMER.—¡Mucho! Pero ¿y tú? ¿tienes algún pensamiento sobre tu disfraz?

RANK.—Eso, amigo mío, es cosa resuelta.

HELMER.—Veamos.



RANK.—En el próximo baile de máscaras seré invisible.

HELMER.—¡Vaya unas bromas!

RANK.—Hay un sombrero... ¿Has oído tú hablar de un sombrero que hace invisible á la persona? Se lo implanta uno en la cabeza, y nadie lo ve.

HELMER. (*Reprimiendo una sonrisa.*)—Bien, bien, tienes razón.

RANK.—Pero olvidaba enteramente á lo que he venido. Helmer, dame un cigarro, uno de tus habanos negros.

HELMER.—Con mil amores.

(*Le presenta la cigarrera.*)

RANK. (*Cogiendo un cigarro y cortando la punta.*)—Gracias.

NORA. (*Encendiendo una cerilla.*)—Permitame darle fuego.

RANK.—Gracias. (*Nora acerca la cerilla, y él enciende.*) Y ahora ¡adiós!

HELMER.—Adiós, adiós, amigo mío.

NORA.—Que duerma V. bien, Doctor.

RANK.—Agradezco á V. su buen deseo.

NORA.—Deséeme V. otro tanto.

RANK.—¿A V.? ¡Vaya! puesto que V. lo quiere... Que duerma V. bien. Y gracias por el fuego.

(*Los saluda con un movimiento de cabeza y vase.*)

HELMER. (*Conteniendo la voz.*)—Había bebido de lo lindo.

NORA. (*Distraída.*)—Es muy posible...

(*Helmer saca sus llaves del bolsillo y pasa á la antecámara.*)

NORA.—¿Qué vas á hacer, Torvaldo?

HELMER.—Desocupar el buzón; está atestado y no va á haber sitio para los periódicos mañana por la mañana...

NORA.—¿Vas á trabajar esta noche?

HELMER.—Bien sabes que no... ¿Qué es esto? han andado en la cerradura.

NORA.—¿En la cerradura?

HELMER.—No hay duda. ¿Qué puede significar esto? No puedo creer que las muchachas... Aquí hay un trozo de aguja del pelo. Nora, es una de las tuyas.

NORA. (*Con viveza.*)—Quizá los niños...

HELMER.—Sería menester que les quitases esa costumbre. ¡Hum!... Vamos, ya está abierto de todos modos. (*Saca el contenido del buzón y llama.*) ¿Elena?... ¡Elena! apague V. la luz de la entrada.

(*Entra, y cierra la puerta de la antecámara.*)

HELMER. (*Con las cartas en la mano.*)—Mira: ¿ves la cantidad? (*Examina los sobres.*) ¿Qué es esto?

NORA. (*En la ventana.*)—¡Esa carta! ¡No, no, Torvaldo!

HELMER.—Dos tarjetas de visita... de Rank.

NORA.—¿Del Doctor?

HELMER. (*Mirándolas.*)—Rank, doctor en medicina. Estaban encima de las cartas... las habrá echado al salir.

NORA.—¿Tienen algo escrito?

HELMER.—Hay una cruz grande encima del nombre. Mira. ¡Qué broma de tan mal gusto! Es como si diese parte de su propia muerte.

NORA.—Es lo que hace en realidad.



HELMER.—¿Qué? ¿Qué sabes? ¿Te ha dicho algo?

NORA.—Sí. Las tarjetas significan que se ha despedido de nosotros para siempre. Quiere encerrarse para morir.

HELMER.—¡Pobre amigo mío! Ya sabía que no lo había de conservar mucho tiempo. Pero tan pronto... Y va á esconderse como un animal herido.

NORA.—Si ha de suceder, vale más que sea sin mediar una palabra. ¿Verdad, Torvaldo?

HELMER. (*Paseando.*)—Se había hecho de la familia. No puedo hacerme á la idea de su pérdida. Con sus padecimientos y su genio retraído constituía como un fondo de sombra en el cuadro soleado de nuestra felicidad... En fin, quizá es mejor... Al menos para él. (*Se detiene.*) Y acaso también para nosotros, Nora. Ahora henos aquí consagrados exclusivamente el uno al otro. (*La coge entre los brazos.*) ¡Ah, mujercita adorada! nunca te estrecharé bastante. Mira, Nora... muchas veces querría verte amenazada de algún peligro para poder exponer mi vida, para dar mi sangre, para arriesgarlo todo, todo por protegerte.

NORA. (*Desprendiéndose, con voz firme y resuelta.*)—Ahora lee las cartas, Torvaldo.

HELMER.—No, no, esta noche no... Quiero quedarme contigo, con mi idolatrada mujercita.

NORA.—¿Con la idea de esa muerte de tu amigo?...

HELMER.—Tienes razón. A los dos

nos ha afectado. Se ha interpuesto entre nosotros una cosa repulsiva: la idea de la muerte y de la disolución. Tenemos que hacer por emanciparnos de ella. Hasta entonces... Nos retiraremos cada uno á nuestro aposento.

NORA. (*Arrojándose á su cuello.*)—¡Buenas noches, Torvaldo..., buenas noches!

HELMER. (*Besándola en la frente.*)—Buenas noches,avecilla canora. Duerme en paz. Voy á recorrer las cartas.

(*Pasa á su habitación llevándose las cartas, y cierra la puerta.*)

NORA. (*Tanteando alrededor de sí, con ojos extraviados, coge el dominó de Helmer y se cubre con él, diciendo con voz breve, estertorosa y sacudida*):—¡No volver á verlo jamás! ¡Jamás, jamás, jamás! ¡Y los niños... no volverlos á ver á ellos tampoco!... ¡Oh! Aquel agua helada, negra... aquel abismo... aquel abismo sin fondo... ¡Ah! ¡Si siquiera hubiese pasado ya!... Ahora la coge, la lee. No, no, todavía no. ¡Adiós, Torvaldo!... ¡Adiós, hijos!

(*Se precipita hacia la puerta. En el mismo momento Helmer abre violentamente la de su habitación, y aparece con una carta doblada en la mano.*)

HELMER.—¡Nora!

NORA. (*Lanzando un grito penetrante.*)—¡Ah!

HELMER.—¿Qué significa?... ¿Sabes lo que dice esta carta?

NORA.—Sí, lo sé. ¡Déjame marchar! ¡Déjame salir!



HELMER. (*Deteniéndola.*) — ¿Dónde vas?

NORA. (*Tratando de desasirse.*) — No has de salvarme, Torvaldo.

HELMER. (*Retrocediendo.*) — ¡Luego es cierto! ¿Dice la verdad esta carta? ¡Horror! No, no, es imposible, no puede ser.

NORA. — Es la verdad. Te he amado más que nada en el mundo.

HELMER. — ¡Eh, dejémonos de niñerías!

NORA. (*Dando un paso hacia él.*) — ¡Torvaldo!...

HELMER. — ¡Desgraciada! ¿Qué has tenido valor de hacer?

NORA. — Déjame irme. Tú no has de llevar el peso de mi falta, tú no has de responder por mí.

HELMER. — ¡Basta de comedias! (*Cierra la puerta de la antecámara.*) Te estarás ahí, y me darás cuenta de tus actos. ¿Comprendes lo que has hecho? Di, ¿lo comprendes?

NORA. (*Lo mira con expresión creciente de rigidez, y dice con voz opaca.*) — Sí, ahora empiezo á comprender el fondo de las cosas.

HELMER. (*Paseándose agitado.*) — ¡Oh, terrible despertar! ¡Durante ocho años... ella, mi alegría y mi orgullo... una hipócrita, una embustera... todavía peor; una criminal! ¡Qué abismo de deformidad! ¡Qué horror!

(NORA, muda, sigue mirándolo fijamente.)

HELMER. (*Parándose delante de ella.*) — Yo hubiera debido presentir que sucedería alguna cosa de esta especie. Hubiera debido preverlo. Con la lige-

reza de principios de tu padre... y tú has heredado esos principios. Falta de religión, falta de moral, falta de todo sentimiento del deber... ¡Oh! Bien castigado me hallo por haber tendido un velo sobre su conducta. Lo hice por ti, y este es el pago que me das.

NORA. — Sí, ese.

HELMER. — Acabas de destruir mi felicidad, de aniquilar todo mi porvenir. No puedo pensarlo sin estremecerme. Heme aquí en las manos de un hombre sin escrúpulos; puede hacer conmigo todo lo que le plazca, pedirme lo que quiera, disponer y mandar lo que guste, sin que yo me atreva á respirar. Así, puedo verme reducido á la impotencia, echado á pique por la ligereza de una mujer.

NORA. — Cuando yo haya abandonado este mundo, serás libre.

HELMER. — ¡Ah! Déjate de expresiones huecas. Tu padre tenía también toda una provisión. ¿Qué adelantaría yo con que tú abandonases este mundo, como dices? Nada. A pesar de eso, podría trascender el caso, y entonces quizá se sospechase que yo había sido cómplice de tu criminal acción. Podría creerse que yo fui el instigador, el que te indujo á hacerlo. Y esto te lo debo á ti, á ti á quien he llevado en brazos al través de toda nuestra vida conyugal. ¿Comprendes ahora lo que has hecho?

NORA. (*Tranquila y fría.*) — Sí.

HELMER. — Todo esto es tan increíble que no vuelvo de mi asombro. Pero hay que tomar un partido. Quitate ese dominio. ¡Que te lo quites, digo! Tengo que contentarlo de una ó de otra



manera. Se trata de ahogar el asunto á todo trance. Y por lo que hace á nosotros, como si nada hubiese cambiado. Por supuesto, hablo sólo de las apariencias. Por consiguiente, seguirás viviendo aquí, excusado es decirlo. Pero te estará prohibido educar á los niños... no me atrevo á confiártelos. ¡Ah, tener que hablar así á quien tanto he querido y á quien aún...! En fin, todo eso pasó, no hay más remedio. En lo sucesivo no hay que pensar ya en la felicidad, sino únicamente en salvar restos, ruinas, apariencias...

(*Llaman á la puerta exterior.*)

HELMER. (*Estremeciéndose.*)—¿Qué es esto? ¡Tan tarde! ¡Condenación! ¿Será ya...? ¿Habrá ese hombre...? ¡Escóndete, Nora! Di que estás mala.

(*Nora no se mueve. Helmer va á abrir la puerta.*)

LA DONCELLA. (*A medio vestir, en la antecámara.*)—Una carta para la señorita.

HELMER.—Démela V. (*Coge la carta y cierra la puerta.*) Sí, es de él; pero no la tendrás. Quiero leerla yo mismo.

NORA.—Léela.

HELMER. (*Aproximándose á la lámpara.*)—Apenas tengo valor. Quizá estamos cogidos uno y otro. No, es preciso que yo lo sepa. (*Abre apresuradamente la carta, recorre algunas líneas, examina un papel adjunto y profiere una exclamación de alegría.*) ¡Nora!

(*Nora interroga con la mirada.*)

HELMER.—¡Nora!... ¡No, volvamos á

leer!... ¡Sí, es eso! ¡Estoy salvado! ¡Nora, estoy salvado!

NORA.—¿Y yo?

HELMER.—Tú también, como es natural. Nos hemos salvado los dos. Mira. Te devuelve el recibo. Dice que lamenta, que se arrepiente... un suceso feliz que acaba de cambiar su existencia... ¡eh! lo que menos importa es lo que escribe. ¡Estamos salvados, Nora! Ya nadie puede hacerte daño. ¡Ah! Nora, Nora... no, destruyamos ante todo estas abominaciones. Déjame ver... (*Dirige una mirada al recibo.*) No, no quiero ya ver nada; me figuraré que he tenido una pesadilla, y se acabó. (*Rompe las dos cartas y el recibo, lo tira todo á la chimenea y mira arder los pedazos.*) ¡Ea! todo ha desaparecido. Te decía que desde la víspera de Navidad tú... ¡Oh! ¡Qué de prueba han debido ser para ti estos tres días, Nora!

NORA.—Durante estos tres días he sostenido una lucha violenta.

HELMER.—Y te has desesperado; no veías más camino que... No, no conservaremos ningún recuerdo de todos estos sinsabores. Vamos á celebrar nuestra liberación repitiendo continuamente: Se ha concluido, se ha concluido. Pero óyeme, Nora; parece que no comprendes: se ha concluido. ¡Vamos! ¿Qué significa esa seriedad? ¡Oh! pobrecilla Nora, ya caigo... No aćiertas á creer que te perdono. Pues créelo, Nora; te lo juro: está perdonado todo. Yo sé bien que todo lo que has hecho lo has hecho por amor á mí.

NORA.—Es verdad.

HELMER.—Me has amado como una



mujer debe amar á su marido. Lo que hay es que flaqueabas en la elección de los medios. Pero ¿crees tú que te quiero menos porque no puedas guiarte á ti misma? No, no, descansa en mí: no te faltará ayuda y dirección. No sería yo hombre, si tu incapacidad de mujer no te hiciese doblemente seductora á mis ojos. Olvida las palabras duras que te dije en los primeros momentos de terror, cuando creía que todo iba á desplomarse sobre mí. Te he perdonado, Nora, te juro que te he perdonado.

NORA. — Gracias por tu perdón.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

HELMER. — No, quédate aquí... (*La sigue con los ojos.*) ¿Por qué te diriges á la alcoba?

NORA. (*Desde su cuarto.*)—Para quitarme este traje de máscara.

HELMER. (*Cerca de la puerta que ha quedado abierta.*) — Bien. Descansa, trata de calmar tu espíritu, de reponerte de esta alarma, pajarillo azorado. Reposa tranquilamente, yo tengo anchas alas para cobijarte. (*Andando sin alejarse de la puerta.*) ¡Oh, qué tranquilo y encantador hogar el nuestro, Nora! Aquí estás en seguro: te guardaré como si fueses una paloma recogida por mí, después de sacarla sana y salva de las garras del buitre. Yo sabré calmar tu pobre corazón palpitante. Lo conseguiré poco á poco; créeme, Nora. Mañana verás todo esto de otra manera. Todo seguirá como antes. No necesitaré decirte á cada hora que te he perdonado, porque tú misma lo

comprenderás indudablemente. ¿Cómo puedes creer que vaya yo á rechazarte ni á hacerte cargos siquiera? ¡Ah! tú no sabes lo que es un verdadero corazón de hombre, Nora. ¡Es tan dulce, es tan grato para la conciencia de un hombre perdonar sinceramente desde el fondo de su corazón! No es ya su mujer lo único que ve entonces en el ser perdonado, sino también su hija. Así me aparecerás tú en el porvenir, criaturita extraviada, sin brújula. No te preocupes de nada, Nora; sé franca conmigo nada más, y yo haré veces para ti de voluntad y de conciencia. ¡Calla! ¿No te has acostado? ¿Te has vuelto á vestir?

NORA. (*Con su ropa de diario.*) — Sí, Torvaldo, me he vuelto á vestir.

HELMER. — ¿Y para qué á estas horas?

NORA.—No pienso dormir esta noche.

HELMER. — Pero, querida Nora...

NORA. (*Mirando su reloj.*) — No es tan tarde aún. Siéntate, Torvaldo. Tenemos que hablar.

HELMER.—Nora... ¿qué significa esto? Ese aire de seriedad...

NORA. — Siéntate. La conversación será larga. Tenemos mucho que decirnos.

HELMER. (*Sentándose enfrente de ella.*) — Me tienes intranquilo, Nora. No te comprendo.

NORA. — Dices bien: no me comprendes. Ni yo tampoco te he comprendido á ti hasta... esta noche. No me interrumpas. Oye lo que te digo... Se trata de que ajustemos nuestras cuentas.

HELMER. — ¿En qué sentido?



NORA. (*Después de una pausa.*)—  
 Henos aquí el uno enfrente del otro.  
 ¿No te llama la atención una cosa?

HELMER. — ¿Qué quieres decir?

NORA.—Hace ocho años que nos casamos. Reflexiona un momento: ¿no es ahora la vez primera que nosotros dos, marido y mujer, hablamos á solas seriamente?

HELMER. — Seriamente, sí... Pero, ¿qué?

NORA.—Ocho años han pasado... y más aún desde que nos conocemos, y jamás se ha cruzado entre nosotros una palabra seria sobre un asunto grave.

HELMER.—¿Iba yo á hacerte participe de mis preocupaciones, sabiendo que no podías quitármelas?

NORA.—No hablo de preocupaciones. Lo que quiero decir es que nunca ni en nada hemos tratado de mirar en común al fondo de las cosas.

HELMER.—Pero, vamos á ver, querida Nora, ¿era esa una ocupación á propósito para ti?

NORA.—¡He ahí el caso! Tú no me has comprendido nunca... Habéis sido muy injustos conmigo, papá primero, y tú después.

HELMER.—¿Qué? ¡Nosotros dos...! Pero, ¿hay nadie que te haya querido más que nosotros?

NORA, (*Moviendo la cabeza.*)—Jamás me quisisteis. Os parecía agradable estar en adoración delante de mí, ni más ni menos.

HELMER.—Vamos á ver, Nora; ¿qué significa ese lenguaje?

NORA.—Como te lo digo, Torvaldo.

Cuando estaba con papá, él me exponía sus ideas, y yo las seguía. Si tenía otras por mi cuenta, las ocultaba; porque no le hubiera gustado. Me llamaba su muñequita, y jugaba conmigo como yo con mis muñecas. Después vine á tu casa...

HELMER.—Empleas unas expresiones singulares para hablar de nuestro matrimonio.

NORA. (*Sin cambiar de tono.*)—Quiero decir, que de manos de papá pasé á las tuyas. Tú lo arreglaste todo á tu gusto, y yo participaba de tu gusto, ó lo daba á entender, no puedo decir con certeza; quizá lo uno y lo otro. Ahora, dirigiendo atrás una mirada, me parece que he vivido aquí como los pobres..., al día. He vivido de las piruetas que hacía para tu recreo, Torvaldo. Pero entraba eso en tus fines. Tú y papá habéis sido muy culpables conmigo. Vuestra es la responsabilidad de que yo no sirva para nada.

HELMER.—Eres incomprensible, Nora; incomprensible é ingrata. ¿No has sido feliz aquí?

NORA.—Nunca. Creía serlo, pero no no lo he sido jamás.

HELMER.—¡Que no..., que no has sido feliz!

NORA.—No: estaba alegre, eso es lo que había. Eras tan amable conmigo...; pero nuestra casa no era más que un salón de recreo. He sido muñeca grande en tu casa, como fui muñeca pequeña en casa de papá. Y nuestros hijos, á su vez, han sido mis muñecas. A mí me caía en gracia verte jugar conmigo, como á los niños les



divertía verme jugar con ellos. He ahí lo que ha sido nuestra unión, Torvaldo.

HELMER.—Hay algo de verdad en lo que dices..., aunque exageras y abultas mucho. Pero en adelante cambiará todo. Ha pasado el tiempo del recreo; ahora viene el de la educación.

NORA.—¿La educación de quién? ¿La mía, ó la de los niños?

HELMER.—Las dos, querida Nora.

NORA.—¡Ay, Torvaldo! No eres tú hombre para educarme, para hacer de mí la verdadera esposa que necesitas.

HELMER.—¿Y eres tú quien dice eso?

NORA.—Y en cuanto á mí..., ¿qué preparación tengo para educar á los niños?

HELMER.—¡Nora!

NORA.—¿No lo decías tú hace poco?... ¿No decías que es una tarea que no te atreves á confiarme?

HELMER.—Lo he dicho en un momento de irritación. ¿Ahora vas á hacer hincapié en eso?

NORA.—¡Dios mío! Lo dijiste muy bien. Es una tarea superior á mis fuerzas. Hay otra á que debo atender desde luego. Quiero pensar, ante todo, en educarme á mí misma. Tú no eres hombre para facilitarme ese trabajo. Tengo que emprenderlo yo sola. Por eso voy á dejarte.

HELMER. (*Levantándose de un salto.*)—¡Qué! ¿Qué dices?

NORA.—Necesito estar sola para darme cuenta de mí misma y de todo lo que me rodea; así es que no puedo permanecer contigo.

HELMER.—¡Nora! ¡Nora!

NORA.—Quiero marcharme en el acto. No me faltará albergue para esta noche en casa de Cristina.

HELMER.—¡Has perdido el juicio! No tienes el derecho de marcharte. Te lo prohibo.

NORA.—Tú no puedes prohibirme nada de aquí en adelante. Me llevo todo lo mío. De ti no quiero recibir nada ni ahora ni nunca.

HELMER.—Pero, ¿qué locura es esa?

NORA.—Mañana salgo para mi país... Allí podré vivir más fácilmente.

HELMER.—¡Qué ciega eres, pobre criatura sin experiencia!

NORA.—Ya procuraré adquirir experiencia, Torvaldo.

HELMER.—¡Abandonar tu hogar, tu marido, tus hijos!... ¿No piensas en lo que se dirá?

NORA.—No puedo pensar en eso. Yo no sé sino que para mí es indispensable.

HELMER.—¡Ah! ¡Es irritante! ¿De modo que faltarás á los deberes más sagrados?

NORA.—¿A qué llamas tú mis deberes más sagrados?

HELMER.—¿Necesito decírtelo? ¿No son tus deberes para con tu marido y tus hijos?

NORA.—Tengo otros no menos sagrados.

HELMER.—No los tienes. ¿Qué deberes son esos?

NORA.—Mis deberes para conmigo misma.

HELMER.—Ante todo eres esposa y madre.

NORA.—No creo ya en eso. Creo que



ante todo soy un ser humano con los mismos títulos que tú... ó, por lo menos, debo tratar de serlo. Sé que la mayoría de los hombres te dará la razón, Torvaldo, y que esas ideas andan impresas en los libros. Pero ahora no puedo yo pensar en lo que dicen los hombres y en lo que se imprime en los libros. Es menester que yo misma me forme mi idea sobre esto y trate de darme cuenta de todo.

HELMER.—¡Qué! ¿No te das cuenta de tu puesto en el hogar? ¿No tienes un guía infalible en estas cuestiones? ¿No tienes la religión.

NORA.—¡Ay, Torvaldo! Yo no sé á punto fijo lo que es la religión.

HELMER.—¿Que no sabes lo que es?

NORA.—No sé más que lo que me dijo el pastor Hansen al prepararme para la confirmación. La religión es esto, aquello y lo de más allá. Cuando me encuentre sola y libre, examinaré esa cuestión como una de tantas. Veré si el pastor decía la verdad, ó, por lo menos, si lo que me dijo era verdad con respecto á mí.

HELMER.—¡Oh! ¡Eso es inaudito en una mujer tan joven! Pero, si no puede guiarte la religión, déjame al menos sondear tu conciencia. Porque ¿supongo que poseerás al menos sentido moral? ¿O es que también te falta? Responde.

NORA.—¿Qué quieres, Torvaldo? Me es difícil contestarte. No sé. No veo claro en nada de eso. No sé más que una cosa, y es: que mis ideas son completamente distintas de las tuyas. Veo

también que las leyes no son lo que yo creía; pero, en cuanto á que esas leyes sean justas, eso ya no me cabe en la cabeza. ¡No tener derecho una mujer á ahorrar una preocupación á un padre anciano y moribundo, ni á salvar la vida de su marido! Eso no es posible.

HELMER.—Hablas como una niña. No comprendes nada de la sociedad de que formas parte.

NORA.—No, no comprendo nada. Pero quiero conseguirlo y cerciorarme de parte de quién está la razón: si de la sociedad ó de mí.

HELMER.—Tú estás mala, Nora; tienes fiebre, y aun casi creo que no estás en tu juicio.

NORA.—Me encuentro esta noche más despejada y más segura de mí que nunca.

HELMER.—¿Y con esa seguridad y esa lucidez abandonas á tu marido y á tus hijos?

NORA.—Sí.

HELMER.—Eso no tiene más que una explicación.

NORA.—¿Cuál?

HELMER.—¿Ya no me amas?

NORA.—Así es; he ahí, en efecto, el nudo de todo.

HELMER.—¡Nora!... ¿Y me lo dices de ese modo?

NORA.—Bien lo siento, Torvaldo, porque has sido siempre tan bueno conmigo... Pero, ¿qué he de hacerle? no te amo ya.

HELMER. (*Esforzándose por conservarse sereno.*)—De eso, por supuesto, ¿también estás perfectamente convencida?



NORA.—En absoluto. Y por eso no quiero estar más aquí.

HELMER.—¿Y puedes explicarme cómo he perdido tu amor?

NORA.—Muy sencillo. Ha sido cosa de esta misma noche, al ver que no se realizaba el prodigio esperado. Entonces he comprendido que no eras el hombre que yo creía.

HELMER.—Explicate. No te entiendo.

NORA.—Durante ocho años he esperado pacientemente. Ya sabía de sobra, Dios mío, que los prodigios no son cosas de todos los días. Llegó al fin este momento de angustia. Entonces me dije con certidumbre: ahora va á ser el prodigio. Mientras la carta de Krogstad estuvo en el buzón, no pensé ni por un minuto que pudieses doblegarte á las exigencias de ese hombre. Creía firmemente que le dirías: Vaya V. á pregonarlo todo. Y cuando eso hubiese ocurrido...

HELMER.—¡Ah, sí!... ¿cuando yo hubiese entregado mi mujer á la vergüenza y al menosprecio?...

NORA.—Cuando eso hubiese ocurrido, yo estaba completamente segura de que te ibas á presentar á responder de todo, diciendo: Yo soy el culpable.

HELMER.—¡Nora!

NORA.—Vas á decir que yo no hubiera aceptado tal sacrificio. Verdad. Pero ¿de qué hubiese servido mi afirmación al lado de la tuya?... ¡Pues bien! ese era el prodigio que yo esperaba con terror; y para evitarlo quería morir.

HELMER.—Nora, con placer hubiese

trabajado por ti día y noche, y hubiese sufrido toda clase de privaciones y de penalidades. Pero no hay nadie que ofrezca su honra por el ser amado.

NORA.—Lo han hecho millares de mujeres.

HELMER.—¡Eh! piensas como una niña, y hablas del mismo modo.

NORA.—Démoslo de barato. Pero tú no piensas ni hablas como un hombre á quien yo pueda seguir. Una vez tranquilizado, no en punto al peligro que me amenazaba, sino al que corrías tú... todo lo olvidaste. Volví á ser tu aveci-lla canora, la muñequita que estabas dispuesto á llevar en tus brazos como antes, y con más precauciones que nunca al descubrir que era más frágil. (*Levantándose.*) Escucha, Torvaldo: en aquel momento me pareció que había vivido ocho años en esta casa con un extraño, y que había tenido tres hijos de él... ¡Ah! ¡No quiero pensarlo siquiera! Me dan tentaciones de desgarrarme á mí misma en mil pedazos.

HELMER. (*Sordamente.*)—Lo veo, ¡ay! ya lo veo. Se ha abierto entre nosotros un abismo. Pero di si no puede colmarse, Nora.

NORA.—Tal y como yo soy ahora, no puedo ser tu mujer.

HELMER.—Yo tengo poder para transformarme.

NORA.—Quizá... si te quitan tu muñeca.

HELMER.—¡Separarse... separarse de ti! No, no, Nora, no puedo resignarme á esa idea.



NORA. (*Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.*)—Razón demás para concluir.

(*Vase, y vuelve con el abrigo, el sombrero y un saquito de viaje, que deja en una silla cerca del velador.*)

HELMER.—Nora, todavía no, todavía no. Espera á mañana.

NORA. (*Poniéndose el abrigo.*)—No puedo pasar la noche bajo el techo de un extraño.

HELMER.—¿Pero no podemos seguir viviendo juntos como hermanos?

NORA. (*Poniéndose el sombrero.*)—Bien sabes tú que eso no duraría mucho. (*Echándose el chal sobre los hombros.*) Adiós, Torvaldo. No quiero ver á los niños. Sé que están en mejores manos que las mías. En mi situación de ahora... no puedo ser una madre para ellos.

HELMER.—Pero ¿algún día, Nora... un día?

NORA.—No sé qué decirte. Ignoro lo que será de mí.

HELMER.—Pero, sea de ti lo que quiera, eres mi mujer.

NORA.—Oye, Torvaldo. Cuando una mujer abandona el domicilio conyugal, como hago yo ahora, las leyes, según dicen, eximen al marido de toda obligación hacia ella. De cualquier modo, yo te doy por eximido. No es cosa de que tú quedes encadenado, no estándolo yo. Plena libertad por ambas partes. Mira, aquí tienes tu anillo. Devuélveme el mío.

HELMER.—¿También eso?

NORA.—Sí.

HELMER.—Toma.

NORA.—Gracias. Ahora todo ha concluido. Ahí dejo las llaves. Por lo que hace á la casa, la doncella está al corriente de todo... mejor que yo. Mañana, después de mi marcha, vendrá Cristina á arreglar en un baúl todo lo que traje al venir aquí. Quiero que se me envíe.

HELMER.—¿Todo ha concluido! ¿No quieres volver á pensar en mí jamás, Nora?

NORA.—Seguramente que pensaré á menudo en ti, y en los niños, y en la casa.

HELMER.—¿Puedo escribirte, Nora?

NORA.—¡No, jamás! Te lo prohíbo.

HELMER.—¡Oh! Pero puedo enviarte...

NORA.—Nada, nada.

HELMER.—Ayudarte, si lo necesitas.

NORA.—¡Te digo que no! No acepto nada de un extraño.

HELMER.—Nora... ¿ya no seré nunca más que un extraño para ti?

NORA. (*Cogiendo el saco de viaje.*)—¡Ah, Torvaldo! Se necesitaría para otra cosa el mayor de los prodigios.

HELMER.—Di cuál.

NORA.—Necesitaríamos transformarnos los dos hasta el punto... ¡Ay, Torvaldo! Yo no creo ya en los prodigios.

HELMER.—Pues yo sí quiero creer. Di: ¿deberíamos transformarnos los dos hasta el punto de qué...?

NORA.—Hasta el punto de que nues-



tra unión se convirtiese en verdadero matrimonio. Adiós.

(*Se oye cerrar la puerta de la casa.*)

HELMER. (*Dejándose caer en una silla cerca de la puerta y tapándose la cara*

*con las manos.*)—¡Nora, Nora! (*Levanta la cabeza y mira en torno de sí.*) ¡Se fué, se fué! (*Con un vislumbre de esperanza.*) ¡El mayor de los prodigios...!

(*Vase por la puerta de la casa.*)

ENRIQUE IBSEN.

## EL AISLAMIENTO

(SONETO DEL PETRARCA)

Solo, y á paso lento y pensativo  
Cruzando voy campiñas apartadas,  
Y si de hombre presumo ver pisadas  
Aléjome azorado y fugitivo.

Amo la soledad; en ella esquivo  
Del indiscreto vulgo las miradas,  
Que pudiera en mis ojos reflejadas  
Las llamas ver en que abrasado vivo.

Confidentes serán de mis pesares  
Agrio monte, honda selva, mustia playa,  
Y no me turbará mortal testigo.

Mas no hallo tan selváticos lugares  
Ni senda tan oculta, que no vaya  
Yo con Amor hablando y él conmigo.

M. A. CARO.



## EL SALÓN DE LA EMPERATRIZ JOSEFINA

---

**E**stábamos en Agosto de 1804. El Emperador acababa de ir á Boulogne, donde se construían dos mil barcazas con el propósito de desembarcar su ejército en las costas de Inglaterra. Durante ese tiempo, la emperatriz Josefina tenía que ir á los baños de Aquisgrán. Las gentes que en los menores pasos de los soberanos buscan una causa oculta, y á quienes la aparente ó real nunca les parece sino un pretexto, decíanse al oído que, apenas formada la corte imperial, venía á ensayar las solemnidades y la etiqueta junto á los vistosos paredones del palacio de Carlomagno y á probarse la corona de Francia bajo las góticas naves de aquella catedral donde se hacían coronar los emperadores de Alemania, y cuyo tesoro encierra aún el tahalí y la espada del más grande de nuestros reyes.

Al tener noticia de tal viaje, las

autoridades, grandes y pequeñas, encamináronse á toda prisa á sus puestos respectivos, unas para recibir y escoltar á la princesa, otras para arengarla.

Cuando viajaba la Emperatriz, todo quedaba previsto y convenido de antemano; llevaba escrita su lección, dictada por el Emperador; todo iba señalado, hasta la más mínima respuesta á los alcaldes y prefectos parlanchines encargados de cumplimentarla. En elogio de Josefina, debe decirse que nunca eran más graciosas y oportunas sus contestaciones como cuando se le olvidaban los lugares comunes prescritos y tenía que improvisar sus respuestas dando las gracias.

Nada sirve mejor para dar idea del carácter de esta amable criolla francesa, que lo dicho por el mismo Napoleón en el paralelo que hace entre ella y María Luisa.



«He estado muy ocupado—dice— en mi vida por dos mujeres muy diferentes: la una era todo arte y gracias, la otra inocencia y candor natural; y ambas tenían grandes méritos.

»La primera no tenía en ningún momento de su vida posiciones ó actitudes que no fuesen agradables ó seductoras; hubiera sido imposible sorprenderla ó experimentar nunca ninguna inconveniencia; todo lo que el arte puede imaginar en favor de los atractivos era imaginado por ella, pero con tal misterio, que nunca se advertía nada en ella. La otra, por el contrario, ni siquiera sospechaba que con inocentes artificios pudiera ganarse nada. Aquélla se apartaba siempre de la verdad, su primer impulso era la negativa; ésta ignoraba el disimulo y todo rodeo érala extraño. La primera jamás pedía nada á su marido, pero tenía deudas en todas partes; la segunda no vacilaba en pedir cuando nada tenía ya, lo cual era muy raro. No hubiese creído poder tomar nada sin pagarlo en seguida. Por lo demás, ambas eran buenas, dulces, muy afectas á su marido; siempre las he encontrado del humor más igual y de una complacencia absoluta (1). »

General fué la alegría en el departamento de Roër cuando se supo que la Emperatriz iba á visitarlo. En cuanto lo supe, abandoné París, á pesar de hallarme bastante delicada de salud, para reunirme con mi marido en Aquisgrán y ayudarle á hacer los honores de su casa á todas las personas distinguidas á quienes llevaba ya á la ciudad la próxima estancia de la Emperatriz.

Los verdaderos enfermos, esos á quienes incomodan el movimiento y el ruido, cedieron sus habitaciones á los enfermos ambiciosos que, so pretexto de tomar las aguas, iban á atisbar las plazas vacantes aún en la casa imperial.

Eran un buen asunto para observaciones todos aquellos tejemanejes para conseguir obtener lo que se aparentaba desdeñar, así como las burlas picantes y las críticas notables de las personas no acogidas por aquella corte, una negativa de la cual hacíales tratarla de parodia burlesca.

Por aquella época no había en Francia buenos caminos sino aquellos por donde tenía que pasar el Emperador; y como la guerra nunca le había llevado al departamento de Roër, no puede figurarse el deplorable estado en que se hallaba la carretera de Lieja á Aquisgrán. Era una serie de precipicios, donde por

(1) *Memorial de Santa Elena*, tomo III, página 240.



lo común cada viajero se dejaba algunos restos del carruaje; por mi parte, habiendo destrozado ya dos en aquel maldito camino, nunca viajaba por él sino á caballo. Pero á la emperatriz Josefina no se la podía proponer esta manera de eludir los peligros del camino, y el municipio se decidió á implorar al ministro del Interior y al director de Obras públicas para obtener esa reparación urgente. Por toda respuesta, el director dió orden de tapar de cualquier modo con arena los enormes hoyos en que se hundían las ruedas; por último, de arreglar aquello provisionalmente, de modo que quedase á salvo la vida del séquito de la Emperatriz, á reserva de ver de nuevo en peligro la de todos los que vinieran después de su paso.

Esto pareció una injuria de la dirección de Obras públicas contra los habitantes de Aquisgrán; he aquí cómo se vengaron de ella. Habiendo sabido el momento en que había de pasar por aquel camino dicho funcionario para ir á ofrecer sus respetos á la Emperatriz, hicieron sacar bonitamente la arena con que se habían llenado las roderas y las excavaciones profundas. El director volcó como un simple particular y hasta con mayores riesgos, en atención á su extremada obesidad y á aquella confianza ministe-

rial que no permite á la *Providencia de las carreteras* de un país creerse en peligro dentro de su Imperio.

Toda la seriedad del círculo de la Emperatriz no pudo contenerse ante el relato de los infortunios de que M. Crété había sido víctima durante el trayecto de Lieja á Aquisgrán; porque varias personas estaban en el secreto de la chocante petición indirecta, cuya manera, desusada hasta entonces, había de tener el satisfactorio éxito negado á las más elocuentes súplicas.

Hallando conveniente el Emperador que al comienzo de un reinado tuviera alojamiento propio la Emperatriz, había hecho comprar, por cuatro veces su valor, la casa de uno de los más ricos propietarios de Aquisgrán, lo primero de todo por lograr la simpatía de los habitantes haciéndoles creer que aquella adquisición era una garantía del proyecto de la Emperatriz de ir el siguiente año á tomar las aguas, y además porque presumía que ella y su corte estarían allí cómodamente instaladas. Pero la casa de M. J.\*\*\*, pequeña y fea, distaba mucho de convenir á tales huéspedes, y nada pinta mejor la sumisión de Josefina á las órdenes de su regio esposo como el haberse resignado á permanecer en aquella barraca hasta el momento en que llegó la



autorización para aceptar la oferta de M. Méchin, quien habíase apresurado á poner el palacio de la prefectura á disposición de Su Majestad.

Allí se pusieron los primeros cimientos de aquella corte imperial que bien pronto había de ser la más brillante de Europa; allí fué donde la Emperatriz, ayudada por los recuerdos de la vizcondesa de Beauharnais, intentaba cada día el restablecimiento de alguna costumbre disipada por la Revolución, ó la vuelta á esas fórmulas respetuosas sacrificadas por los modales republicanos.

No faltaba buena voluntad para su aceptación, pues por ávido de homenajes que sea el poder, aún tiene más prisa el vulgo en rendírseles; pero el oficio de cortesano no se aprende en un día, y antes de poseer el buen tono y la gracia de él, tiénense por largo tiempo no más que sus defectos. Se trataba de irse acostumbrando mutuamente, los unos al aire protector y á la actitud digna, los otros á la postura humilde y á la sonrisa adulatora; este código, olvidado ó no conocido por la mayoría de aquellos que debían imponerlo ó soportarlo, acababa de ensayarse, como los venenos de Cleopatra, en algunos domésticos.

Así pueden llamarse los prime-

ros que se prosternaron allí donde sólo se les pedía que se inclinaran; por desgracia, los más devotos eran quienes cometían más faltas contra la etiqueta. Apenas comenzaba á tomarse por lo serio uno de esos deberes pueriles evocados del siglo de Luis XIV, cuando la torpeza de los nuevos cortesanos ávidos de cumplirlos excitaba á risa á los mismos soberanos.

La bajeza progresaba por sí sola, pero tardaba más en venir la noble cortesía; y, sin embargo, Josefina presentaba el más perfecto modelo de ella. Su naturaleza graciosa, sus maneras distinguidas, las tradiciones de la corte cuyo recuerdo conservaba, podían hacerla exigente; pero en este punto era inagotable su indulgencia, por lo cual amonestábanla á menudo la señora de Larochehoucauld y el señor de Harville, su dama de honor y su caballero mayor respectivamente. Entonces respondía ella:

—Esta etiqueta es buena para los poderes nacidos en el trono y habituados á las molestias que impone; en cuanto á mí, que he tenido la suerte de vivir tantos años como simple particular, dispensadme que perdone á los que de ello se acuerdan tanto como yo misma.

En cuanto quedó instalada la Emperatriz en el palacio de la prefectura, hubo en él gran recepción de



los principales funcionarios y habitantes de la ciudad, así como de los extranjeros de nota que en aquel momento se encontraban en los baños de Aquisgrán. En este círculo es donde volví á ver por vez primera desde su elevación á aquella simpática mujer á quien había hallado con frecuencia en sociedad, y particularmente en casa de nuestra común amiga la señora de Cabarrús (1).

Conservaba sobre todo el recuerdo de una comida en que estuvimos juntas en casa de la hermosa señora de Fonfrède, pocos días después de que Bonaparte fuese nombrado general en jefe del ejército de Italia.

Era la hora de sentarse á la mesa; la señora de Bonaparte insistió en que no se aguardara á su marido; esto pareció sencillísimo... Pasamos al comedor, y el sitio que quedaba en una punta de la mesa, reservósele al futuro vencedor de Italia.

Llegó pronto, sentóse tranquilamente en el sitio vacío; y viendo que no le habían esperado, tampoco se creyó en la obligación de dar ninguna excusa.

—¡Ah! Ya está aquí—dijo la señora de Bonaparte al dueño de la casa.

Entonces éste dirigió un ligero saludo con la mano al joven gene-

ral. La señora de Tallien le sonrió con su gracia habitual, y ya nadie se ocupó de él.

El marqués de Livry, junto á quien yo me encontraba, fué el único que le hizo caso; verdad es que su manía de observar hacía le ocuparse de todo el mundo, y le había llevado á reconocer la edad de cada uno de un modo desastroso para los ó las que hacen misterio de ella. Marrando pocos meses, decía la edad de personas á quienes nunca había visto, y desafiaba á todos los milagros de conservación; la misma señora V..., cuyo hermoso rostro apenas denunciaba la mitad de sus años, había sido *acotada* por él en la cifra exacta; entreteníase en esta ciencia por un estudio diario del registro civil y profundas investigaciones acerca de las partidas de bautismo, tratando de añadir también el conocimiento de las aventuras galantes y hasta escandalosas de las mujeres que llaman la atención. Ese talento le producía más enemigos que sus defectos, y eso que pasaba por ser jugador, algo libertino y de una malicia despiadada. La majestuosa belleza de la señora de Cambis, la de la señora de Château-Regnaud, las facciones encantadoras y los vivos ojos de la señora de Noailles (1); en fin, hasta

(1) Princesa de Chimay, más adelante.

(1) La señorita Lecouteux.



la irresistible seducción de la señora de Tallien, que también estaba en aquel banquete, nada halló gracia ante la delatora imparcialidad de M. de Livry: la edad de estas señoras, sus preferencias más secretas, todo fué denunciado.

Por fortuna, podían arrostrar impunemente sus indiscreciones; el hecho es que sólo tachaba en ellas el fraude de uno ó dos años. Pues bien; mientras que lo detestaban, recibíanle á las mil maravillas, haciéndose la ilusión de comprar su silencio redoblando los mimos.

Por aquella época era yo muy jóven para tener nada que temer de su manía; así, pues, me habló con toda confianza.

—Este joven—dijo señalando á Bonaparte—está, sin embargo, enamorado de esa mujer que le lleva seis años, lo cual, en estilo criollo, equivale lo menos á doce, porque en nuestras colonias las mujeres son viejas á los treinta y cuatro años.

—No me extraña que esté enamorado—respondí mirando á la señora de Bonaparte.—Aún es muy agradable.

—¡Ah! Lo mejor que tiene—continuó sonriéndose—es su ascendiente sobre el ánimo de Barras; dícese que ella se ha valido de eso con mucha astucia para conseguir un buen mando á su marido. Por

lo demás, el cielo debe á esa pobre mujer algunas compensaciones conyugales, porque su primer marido la hizo muy desgraciada; ligero é inconstante como hombre á la moda, tenía además el inconveniente de ser uno de esos celosos disimulados, que afectan dejar mucha libertad á sus mujeres y las dan en secreto unas escenas espantosas. A fuerza de sospechar de su mujer, el vizconde de Beauharnais acabó por entablar demanda de divorcio contra ella; pero los tribunales le obligaron á guardársela por falta de pruebas. Entonces, no pudiendo separarse, tomaron el partido de reconciliarse francamente, y la infortunada no hizo sino cambiar de desventura. Habiendo detenido los terroristas á su marido, en virtud de una acusación falsa, dió ella tantos pasos para hacerle evadirse de la prisión, que la encerraron también; y después de haber deplorado tanto tiempo la dulzura de verse asociada á la existencia de un hombre infiel y celoso, ha llorado su muerte como si nunca hubiera tenido él la más mínima sinrazón contra ella. Eso son las mujeres: sólo aman y echan de menos á los que las tiranizan.

—Eso no tiene nada de tranquilizador para su nuevo marido, porque parece estarla muy rendido.

—Con esa frente y ese perfil no



se está rendido á nadie, —repliqué M. de Livry, señalando á Bonaparte.—He estudiado á Lavater, y, de creerlo, este mocito no debe de ser fácil de manejar.

La penetración de M. de Livry no fué imitada por ninguna de las personas que estaban allí, pues apenas hicieron caso de Bonaparte. Sin embargo, acababa de ser nombrado general en jefe del ejército de Italia; pero aquel ejército, falto de todo y amenazado por todas las fuerzas de las potencias coaligadas, ofrecía pocas probabilidades de buen éxito, y hasta afirmaría yo que ninguna de ellas previó sus triunfos.

Al levantarse de la mesa, pasamos á un salón lleno de flores; la señora de Bonaparte se sintió mal, y achacóse á los junquillos, jacintos y heliotropos que aromatizaban la sala; pero la señora de Tallien, inclinándose hacia mí, me dió á entender que aquella indisposición era efecto natural del estado interesante de su amiga. Aún creo ver la sonrisa agradable que al escuchar esta confidencia iluminó de pronto el sombrío rostro de Bonaparte. La cosa era prematura, pues hacía poco tiempo que se había vuelto á casar Josefina, pero la hermosa señora de Tallien, ávida siempre de ser agradable á sus amigos, gustaba de presagiarles aquello que más apetecerían.

En cuanto volvió de su desfallecimiento la señora de Bonaparte, éste nos abandonó para irse al Directorio; habló en voz baja algunos momentos con su mujer, la estrechó la mano, hizo como que no oía el ¡adios! que le dirigió la señora de Tallien, pasó por delante de mí sin mirarme, y salió.

Era preciso volver á ceñir el cinturón antiguo que habíamos quitado de prisa á la señora de Bonaparte cuando se puso mala. Pasamos al elegante tocador de la señora de Fonfrède; allí me hizo notar la señora de Tallien el presente, el único presente de boda regalado por Bonaparte á Josefina. Era un simple collar, en que unas cadenas de cabellos uníanse con una placa de oro esmaltada, en la cual se leían estas palabras:

¡ AL DESTINO !

Ya se sabe cómo ha recompensado el dios la ofrenda.

Desde el día de aquella comida no volví á ver á la señora de Bonaparte sino en los festejos celebrando la gloria del vencedor en Lodi y en Arcole; y créame completamente olvidada por ella, cuando me probó lo contrario dirigiéndome la palabra durante la recepción de señoras en Aquisgrán.

Hallábanse en aquel círculo va-



rias mujeres de gran belleza. Sin disputa, la más notable era la señora de Méchin; también estaba allí la mujer de un comisario de Guerra, llamada la señora de M\*\*\*, cuyos talle y rostro hubieran causado el mayor efecto en el salón más elegante; la mujer del general Franceschi, bella morena, que quizá dejaba leer demasiado en sus hermosos ojos el pesar de haber preferido su marido á un hermano del Emperador, cuando pudo casarse con el uno ó con el otro; la baronesa de Fhurt, linda representante de la nobleza del país; la baronesa de Lovenich, de perfil griego y cabellera alemana; las hijas de la señora Van Houten, y otras varias mujeres dignas de cautivar las miradas parisienses, si su fidelidad á las modas atrasadas y á los trajes tudescos no las hubiese convertido á veces en raras caricaturas.

La Emperatriz estaba en la edad en que se aprecia mucho más la elegancia que la belleza; por eso le chocó el modo cómo estaba hecho mi vestido, mucho más que los atractivos mal vestidos de tantas mujeres lindas. En seguida reconoció el corte de aquella famosa señora Germond, que fué la primera que supo hacer valer todas las ventajas de su talle de criolla, y que sabía aliar con tanto arte la nobleza de un traje regio con la gracia de un vestido sin pretensiones. Reparó sobre todo

en mi peinado, que se parecía mucho al suyo, salvo la diferencia entre una corona de flores y una diadema de brillantes. La colocación de la guirnalda, lo bien concluido de las trenzas, todo revelaba el estilo de Duplan. También yo era una de las parroquianas de este Duplan, el gran peluquero de la época; y aunque recién ascendido al cargo de primer ayuda de cámara de la Emperatriz, había venido á ofrecermes sus servicios aquel día, habiéndose hallado libre antes de la hora de la reunión.

En el consejo de la corte, donde todos los días se trataba de las leyes de la etiqueta, dieron con que no estaba bien que el primer ayuda de cámara de una soberana trabajase en testas no coronadas; y Duplan recibió la orden de no ir á peinar á domicilio, pequeña circunstancia que inició la fortuna del célebre Herbault.

Nada tan cómico cual las decisiones ó las indecisiones de esa junta de etiqueta, la mitad de la que deseaba volver en todo á las antiguas usanzas, y la otra mitad quería adaptar, en lo posible, las añejas tradiciones cortesanas con las maneras independientes hijas de la Revolución. Parecía que se había llamado á Aquisgrán á los dos primeros autores cómicos de la época para enriquecer nuestro teatro con nuevas



ridiculeces, casi tan divertidas como todas las que Molière puso de relieve.

Picard había recibido la orden de llevar su compañía á Aquisgrán durante la estancia de la Emperatriz allí. Alejandro Duval había ido á pasar en mi casa la temporada balnearia, y uno de ellos puede recordar aún hasta qué punto contribuían al regocijo de nuestras comidas de confianza los relatos de las parodias del palacio de Versalles, ejecutadas por los mal ensayados cortesanos del palacio imperial. Nos reíamos sin remordimiento de los esfuerzos sobrehumanos hechos por aquellos valientes oficiales para someter su natural brusquedad á los modales respetuosamente frívolos, á la cortesía insolente de los modelos del antiguo régimen. Algunos de ellos, creyendo imitar lo que por antonomasia llamaban *la galantería del siglo de Luis XIV*, daban en todas las insulseces de M. Desmazes, y llevaban el rebuscamiento hasta hacer comparaciones mitoló-

gicas, de las cuales costábale mucho trabajo á la Emperatriz no reirse.

Mandaba entonces en el departamento un joven general, valiente como todos y notablemente guapo, pero muy poco ducho en materia de los usos y costumbres que se querían restaurar. La primera vez que fué á visitar á la soberana, la vió sentada en un largo sofá, y sentóse junto á ella cual pudo haberlo hecho junto á la mujer del alcalde. En vano el gentilhombre de servicio le presenta una silla; en vano la dama de honor le hace señas de que tome asiento en ésta; la hace un saludo y no se mueve del sofá. Los circunstantes se indignan de tal familiaridad; tan sólo la Emperatriz tiene á bien no reparar en ello; pero ese delito de lesa etiqueta es denunciado en seguida al ausente Emperador, quien dirigió vivas reconvenciones á Josefina, lo cual probó á ésta que su corte estaba ya completa, puesto que no faltaban en ella ni siquiera los espías.

SOFÍA GAY.

(Se continuará.)



# RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

---

## VI

Paralelo entre las fiestas de Huelva y de Génova.—Objeto de la Exposición.—Cabalgata histórica.—Accidente sensible.—Muerte del que representaba á Vicente Yáñez Pinzón.—Preparativos de otra procesión.—La entrada triunfal de Colón en Barcelona, discutida.—Aplicación benéfica de las carabelas.—Memorias del Centenario.—Inscripciones.—Otra vez la naturaleza del Almirante sobre el tapete.—Un ministro del Consejo de Indias que creía la de Saona.—Américo Vespucio enaltecido.—Proclama del presidente de la República de los Estados Unidos de America.—La villa de Rota.—Badajoz.—Músicos que imitan á David tirando el arpa.—París.—Los grillos de Colón en verso.—Delicada idea de los caballeros condecorados.—Los documentos oficiales de Santo Domingo en venta.—Poema de la indignación patriótica.—Modo de honrar á Colón en Roma.—Los canes que ladran á la luna.—Chusma española.—Más y más versos.—Prospecto de publicación de la Real Comisión italiana del Centenario.

Las fiestas que casi simultáneamente inauguraron las ciudades de Huelva y de Génova, que continúan atrayendo gentes desocupadas, y que se prolongarán en los meses de Setiembre y Octubre, tienen de común algo más que el origen y razón de celebrarlas, si aquél se busca en el homenaje debido al genovés más ilustre, y ésta se encamina á solemnizar la duplicación del mundo de los antiguos. En los respectivos programas de espectáculos, en la invitación á los reyes, en la concurrencia de

escuadras extranjeras, hasta en los pregones por voceros á usanza del siglo xv, han coincidido los organizadores, mereciendo aplauso por el contento dado á los asistentes en una y otra ciudad satisfechos. No es necesario, sin embargo, ser del número de los visitantes de ambos puertos para advertir en las diversiones aquellas diferencias que necesariamente dimanar de la naturaleza é inclinación tan distinta en genoveses y andaluces. Si desde la más remata antigüedad es famosa la maestría de los compatriotas de



Colón en *guadagnar* dinero, no es reciente el crédito que á los hijos de la tierra de María Santísima abona, por escrupulosa observancia de la sentencia liberal, « gástese lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste ». En éstos es la expansión ruidosa y tanto más grata cuanto más estrecho el círculo de los llamados á disfrutarla; en aquéllos no excluye el goce de momento á la idea de hacerlo de algún modo utilitario.

La Exposición italo-americana de Génova que hasta ahora acusa una entrada diaria de 5.000 personas, subiendo á 15.000 en los domingos, es mercado abierto de las industrias italianas, reclamo para su colocación ventajosa en las repúblicas latinas, y escuela donde los colonos ensayan los medios mejores para italianizar los países en que están establecidos, conteniendo en buena lid contra nuestra influencia y nuestros productos, el de las vides sobre todo.

Algo reproductivo hay asimismo en cuantas manifestaciones han discurrido en la ciudad de mármol, sin contar con el beneficio que ha de darla la gran concurrencia forastera. La procesión histórica, espectáculo del que más se envanece por el lujo desplegado en los trajes, por el efecto producido en las masas con el trono de los Reyes Católicos

rodeado por los personajes de su corte; por el desfile de las tripulaciones de las carabelas con sus capitanes y almirantes, trompetas y atambores; por la representación de las escenas principales que en Santa Fe y en Palos precedieron al armamento y salida de la armadilla, no han sido excepción, considerados el modo y manera con que se ha dispuesto. La suscripción abierta entre asociaciones, gremios y particulares, ha dado el primer contingente; la venta anticipada de localidades en la palestra, donde la función empezaba, produjo buena suma, disminuyendo gastos la espontaneidad con que las familias principales tomaron á su cargo el desempeño de ciertos papeles, siendo de su cuenta vestidos, armas, caballos, criados y accesorios. Así representaba á Cristóbal Colón el príncipe Giulietto Scotti; lucía magnífico traje el Sr. de Michieli, figurando al contino de los Reyes Juan de Peñalosa, y no desdeñaban los papeles de capitanes ó simples soldados, caballeros que mantienen los ilustres apellidos de los Dorias y los Centuriones. El municipio de la ciudad que se titula *La Superba*, no tuvo, por consiguiente, que votar millones para una solemnidad lucidísima de que se hacen lenguas los periódicos locales.

Por desgracia, el joven Sr. Fran-



cisco Croce, que capitaneaba la gente de la *Niña* en nombre de Vicente Yáñez Pinzón, fué arrojado por el brioso caballo con tan mala suerte, que herido en la cabeza falleció en una farmacia donde se le auxilió, entristeciendo á una de las familias de más viso (1).

El accidente ha producido el sentimiento natural, mas como no puede la pena remediarlo, ni en el público afecta al éxito de la cabalgata en que desfilaron más de mil personas, se prepara para el mes de Octubre otra de más aparato, simulando el regreso de Colón, hecho el descubrimiento; la entrada triunfal en Barcelona, y la presentación á los reyes doña Isabel y D. Fernando de las primicias del Nuevo Mundo, indios, loros, iguanas, frutas, oro, conducidas en carrozas con que se engrandecerá el cortejo.

Paréceme que ha de ver con especial gusto la noticia mi amigo el Sr. D. José María Asensio, pues que recientemente ha discutido las razones que me hacían poner en duda la exactitud, ó la verdad mejor dicho, de las relaciones en que tal triunfo colombino se describe. Alega mi querido contradictor que tales cosas no se inventan, y que si bien las narró un estudiante que por

entonces estaba en Sevilla, pudieron contárselo los que presenciaron la ceremonia. En lo posible cabe; con todo, la posibilidad no desvanece mis sospechas: aténgome á lo que dijeron dos testigos de vista, Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir, y á lo que callan los tres dietarios de la ciudad condal que se conservan, creyendo que los Reyes recibieron con afabilidad al Almirante; que le dieron asiento en su presencia, honra grandísima rara vez concedida, y que escuchando la descripción de las islas (no mundo nuevo) en que había encontrado gentes desnudas, papagayos, linaloe y arenas de oro, testimonios de la cercanía de las minas de Ofir, le despidieron satisfechos, ordenando la extensión de los privilegios y mercedes con que recompensaban el éxito de su empresa. No fué el estudiante de Sevilla, que andando el tiempo vino á ser obispo de Chiapa, quien lo demás añadió: él lo copió á la letra, como otros muchos, desde Herrera á Irving, de D. Fernando Colón, y como este historiador de su padre inventó las arengas de Luis de Santángel, el ofrecimiento de las joyas de Doña Isabel y tantas otras cosas que pasan por bellezas históricas entre aficionados á la retórica, sigo creyendo, sin que me hayan convencido los argumentos del Sr. Asensio, que no carecen de

(1) *Caffaro*, Genova, Giovedì, 4 Agosto.



fundamento los míos (1), y que pudo D. Fernando inventar, é inventó, todo el aparato de la entrada del Almirante en Barcelona, con música de la Capilla Real, *Te Deum* y alegrías populares. Esto no estorbaba al aplauso de la cabalgata de Génova, de la que también se proyecta en Barcelona y aun en Madrid, *Deo volente*, porque una cosa parecen las figuras en el teatro y otra en la historia.

En Génova han construido, en tierra firme, próxima al Acuario, una carabela, no tanto por ofrecer muestra de las construcciones navales del siglo xv, como por testimonio de la obra benéfica que reportan las escuelas flotantes en que se recogen los niños huérfanos ó desamparados, y librándoles de la corrupción se convierten en buenos marineros con provecho de la moral y del servicio del Estado. El profesor Garaventa hace que luzcan ante el público los adelantos de sus discípulos, no sólo en la náutica sino como orfeonistas, y explica en conferencias, con gusto escuchadas, la bondad del sistema y la conveniencia de multiplicar en los puertos los barcos que como esta *caravella di Colombo, scuola redenzione*, sirvan de plantel de ciudadanos honrados,

y dejen permanente recuerdo del Centenario.

Ya lo han fijado en la universidad los estudiantes, celebrando como los de Huelva su fiesta especial, y acudiendo en número considerable á la inauguración de dos lápidas. La primera, en que ha esculpido el busto de Colón el artista Goffredo Bruni, reza: *A Cristoforo Colombo—nel IV centenario della grande scoperta—gli studenti genovesi—posero—1892*. La otra, más general, dice: *Al' amore de l' arte, de la scienza—A l' affeto de la famiglia—Anteponendo l' entusiasmo per la patria—Dal 1821 al 1870—Giovani studenti de l' Ateneo genovese—Precursori di nuovi sacrifice, di nuovi martiri—Combatendo gli stranieri, i tiranni, la superstizione—Caddero ai campi aperti—Soffersero, morirono nel carcere—Commemorando un' antica gloria italiana—ne l' apoteosi di C. Colombo—Gli studenti del 1892—Questa memoria.*

También se ha descubierto en Bettola, con ceremonia y regocijo, el monumento de que hace mención una de nuestras reseñas anteriores, destinado á recordar que (según opiniones respetables) Colón nació en Pradello, donde subsiste una alta torre maciza que lleva su nombre. La lápida ahora puesta expresa que allí residió Dominico Colombo, y que por causa de la guerra, para

(1) Vide *Nebulosa de Colón*.



sustraerse á los desmanes de la soldadesca de Visconti, salió con su hijo Cristóbal, en 1439, para Génova, donde fué educado el que había de realizar uno de los más gloriosos hechos de la historia.

Esta manifestación local no impide que en Génova y Saona se sigan discutiendo y comentando los documentos publicados por D. Francisco de Uhagón, por todas partes leídos con interés. A D. Rodrigo Soriano no ha parecido bien que un español exhume papeles contrarios á las investigaciones de M. H. Harrisse (1); en cambio, un diputado italiano, el Sr. Sbarbaro, aplaude la diligencia de nuestro bibliófilo, apoyando con nuevos datos su opinión (2). Creo que no esté de más copiar el que suministran las Memorias del doctor D. Lorenzo Galíndez de Carvajal, uno de los primeros ministros que para el Consejo de Indias nombraron los Reyes Católicos. Decía:

«Año 1491. En este año tomaron los Reyes asiento con Cristóbal Colón, ginovés, natural de Saona, sobre el descubrimiento de las Indias é islas del mar Oceano, de que tanta honra y provecho se ha seguido á estos reinos (3).»

(1) *La Epoca*, Madrid 30 de Julio de 1892.

(2) *Colombiade*. A. D. Emilio Castelar. *Libera parola*, Roma 24 Julio 1892.

(3) Anales breves del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, de glo-

Antes de concluir la mención de acaecimientos de Italia, es de notar que como se mantenga en la opinión la escuela florentina que siempre ha querido dar puesto preferente á Américo Vespucci, citando los estudios modernos de literatos de los Estados Unidos de América, ha pedido en escrito el barón A. de Bieberstein, que al honrar como se hace al presente, á un genovés, se rehabilite la memoria del otro gran italiano, injustamente tildado de falsario y de usurpador, cuando en realidad, uno y otro fueron por distintas vías á una meta. El empeño sería patriótico, mas no llano para el que intente acreditar de verídicos los cuatro viajes, cuya relación, hábilmente compuesta con retazos de diarios españoles y portugueses, y distribuida por Europa en múltiples ediciones, dió á la fama de Vespucci alas icáreas que ha derretido el sol de la crítica moderna.

A los telegramas suscritos el 3 de Agosto por el alcalde de Palos, noticiando á los soberanos y jefes de naciones que al romper el día se habían arbolado ante el convento de la Rábida las banderas de todas las naciones americanas, saludándolas las lombardas de la nao *Santa*

riosa memoria, que dejó manuscritos el doctor D. Lorenzo Galíndez de Carvajal. *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadeneyra, tomo III de las Crónicas de Reyes de Castilla.



*María*, han ido contestando todos, haciéndolo expresivamente el Procurador de la Orden de San Francisco con reconocimiento por los festejos hechos en honor de Colón, *que llevó el cordón de los Terciarios*. El presidente de la República de los Estados Unidos dedicó nobles frases de reconocimiento á los valientes marineros que tripularon las naves de Colón.

Casi al mismo tiempo nos han dado á conocer los periódicos el texto de la proclama con que incita á los americanos á celebrar el IV centenario, aunque está firmada el 21 de Julio. Mr. Harrison hace saber al pueblo que reunidas las Cámaras en congreso, han acordado la solemnidad con demostraciones públicas y ceremonias dignas. Declara fiesta nacional la del aniversario cuadricentésimo del descubrimiento hecho por Colón, portador de las luces del progreso, tema que se desarrollará en las escuelas, y, desde el púlpito, en las iglesias: recomienda se inculque en la juventud el respeto debido al explorador del Océano y la satisfacción por los resultados obtenidos en los cuatro siglos de existencia de América, y como en todos los documentos destinados á recordarlos, invita á los ciudadanos á elevar al Altísimo expresión de gratitud por la fe del descubridor, por la inspiración divina que guió su

empresa y por los infinitos beneficios dispensados al pueblo americano desde el principio de su historia. Es de observar que señala el viernes 21 de Octubre, día de Santa Ursula y de las once mil vírgenes, para la colectiva manifestación.

«Los humildes serán exaltados.»

La villa de Rota no ha tomado ejemplo de los vecinos de Palos, que entre asustados y hostiles miraban con impasibilidad á los extranjeros deseosos de oír misa en su iglesia de San Jorge: unida por el sentimiento á la expresión nacional, celebró la fecha del 3 de Agosto fijando en el pueblo una lápida sencilla en que se lee: *El hijo de esta villa—Bartolomé Pérez—fué intrépido tripulante de una—de las carabelas mandadas por—Cristóbal Colón,—descubridor de América—y en el segundo viaje al Nuevo Mundo—el marino roteño dirigió como piloto—la carabela San Juan—MCDXCII.—Agosto 1892.*

Porque hónrase el pueblo que á sus hijos honra, es tanto de alabar la ofrenda modesta de Rota, como la que á los extremeños compañeros de Colón ha hecho Badajoz, capital de recursos, abriendo exposición regional, formando procesión histórica con carrozas simbólicas del Almirante, de Hernán Cortés, Alvarado, Soto, Pizarro, Valdivia y tantos otros hijos salidos de aque-



lla tierra para civilizar la del Continente occidental; celebrando concursos artísticos y literarios, y por cierto que en el musical no parece haber quedado satisfecha la banda del municipio de Lisboa, á la que se adjudicó el segundo premio.

Algo da sombra al arpa del Centenario. En Génova no ha podido ponerse en escena la ópera del maestro Franchetti *Cristoforo Colombo*; en Huelva hubo de prorrogarse el certamen de orquestas que interpreten el himno laureado; en Santander ha levantado protestas en el concurso de orfeones el fallo del tribunal.

Parcos los franceses, por carácter, en alabar cosa que no sea exclusivamente suya, no dan al Centenario la importancia que le conceden las otras naciones latinas; no obstante, por conmemorarlo, ha inaugurado el ministro de Instrucción M. Bourgeois la Exposición de cartas geográficas, con asistencia del embajador de España, que fué galantemente invitado. Algunas asociaciones preparan para Octubre la publicación de relatos de exploraciones y viajes, y entonces se pondrá en escena el drama de circunstancias *Christophe Colomb dans les fers*, escrito en verso por el P. dominicano Lhermite. Su hermano en la Orden, el insigne predicador padre H. Didón, le ha dirigido epístola

que publican los diarios encareciendo el mérito de la obra, no menos elogiado por el crítico literario de *El Figaro*. Gracias á éste puede anticiparse que el fondo del drama es histórico y que la reina india *Alméva*, heroína, tiene semejanza con la poética Anacaona, soberana de las flores, así como la figura del noble Roldán, que intenta librar del calabozo y los grillos al Almirante.

*L'histoire viendra dire aux peuples qui naitront  
Que ce temple géant fut conçu par Colomb.*

Por el estilo suele, en efecto, escribirse la historia para las tablas. Los caballeros franceses condecorados con cruces españolas, han concebido la delicada idea de asociarse para presentar á S. M. la Reina regente un obsequio que recuerde la solemnidad del año 1892.

Al público ofrecen *souvenirs* los industriales, justificando la agudeza con que saben hacer capital del ingenio y de las circunstancias. Mil objetos del artículo *París de exportación*, cajas de bombones ó diabolines con el busto ó la figura de Colón hacen competencia á los *ricordos* de Génova, siendo grandísima la variedad de grabados, litografías, cromos y fotografías en que se representan escenas de la vida y viajes del inventor de las Indias. En prez de los fabriles catalanes, ha



de expresarse que no quedan á la zaga en el particular. La estatua de Atché reproducida en *bibelot*; medallones de bronce, medallas de aluminio, lindos abanicos, pañuelos de mano con retratos, escudos, alegorías se ven en los escaparates de Barcelona, abundantes. Pronto acompañarán los modelos de las carabelas, porque la *Pinta* y la *Niña*, rápidamente construidas por cuenta del gobierno de los Estados Unidos, según los planos del señor Monleón, se han botado al agua en la playa de la ciudad, y se arman y aparejan aprisa para unirse á la *Santa María* en la Carraca.

Ninguna de las memorias de los fabricantes europeos tiene, con todo, el interés de la que suministra la isla de Santo Domingo, poniendo á la venta los testimonios originales de todos los actos oficiales verificados en los años de 1877 á 1880, con motivo del hallazgo de los *verdaderos* restos mortales de Cristóbal Colón en la catedral de la que se llamó *Española*, y aunque ascienden á nueve piezas, escritas en papel sellado, con los signos notariales y demás requisitos de autenticidad, pueden obtenerse por la módica cantidad de 150 francos, según anuncio impreso en el catálogo de la librería Dufossé, de París.

Llegando á la noticia de los libros,

por hoy alcanza primacía indiscutible un poema de D. José Lamarque de Novoa, dado á la estampa con accesorios artísticos, lujo tipográfico y prólogo de insigne literato, en realce de su propio mérito (1). Don José M. Asensio, el padrino, hace notorio que la indignación patriótica ha levantado la inspiración del autor, como protesta de la injusticia que envuelven las opiniones manifestadas en el centro científico más importante de la corte de España, y repite el poeta que ese noble sentimiento le incita contra los Aristarcos colombinos, *tábanos, canes que ladran á la luna*, al emplear la pluma en justificación de personajes españoles *pérfidos, infames, déspotas, envidiosos, inhumanos!* La indignación *soit-dissant* patriótica lleva al Sr. Lamarque de Novoa á calificar, con insistente repetición, de *chusma*, á los tripulantes de las naves que acometieron la empresa del descubrimiento desde Palos, y á maltratar con su *histórico* lirismo al que ose mentar á Colón para otra cosa que ponerle por encima de las nubes.

La indignación patriótica ha im-

(1) *Cristóbal Colón*, poema por D. José Lamarque de Novoa, con un prólogo de José M. Asensio y Toledo, ilustrado con reproducciones fototípicas de cuadros de los mejores artistas españoles hechas por Francisco Saña: Sevilla, imp. de E. Rasco, 1892; 4.º, 75 págs., con adornos de colores.



pulsado en Roma á ciertas gentes que blasonan de liberales, para salir al encuentro de una procesión cívica que se proponía coronar con laurel el busto de Colón mismo, y apalear la gente, y romper las banderas en que estaba escrito *Roma catolica a Cristoforo Colombo*, y derribar el busto al son de músicas y gritos de «¡Viva Giordano Bruno!» ¿Pensará el Sr. Lamarque que entre una y otra indignación de éstas, reñidas con la cultura, la tolerancia y la consideración, hay diferencias?

¿Puede ocultarse á escritor tan digno é ilustrado que porque otros hayan leído algo más que los cuatro libros á la moda que él cita, y porque meditando y aprendiendo descubran un Colón, inmortal por muchos conceptos, pero con talones vulnerables, y distinto de la figura convencional estereotipada, no merecen el trato de moscones que generosamente les concede?

«Quien desconozca de Colón las plegarias, las visiones, las profecías, el propósito de una evangelización, el proyecto de recuperar el Santo Sepulcro, la tendencia incontrastable á oraculear y á presagiar, desconoce toda una parte del ser suyo; pero quien desconozca su finura de italiano, su mercantilismo de genovés, su diplomacia del siglo décimoquinto, su hidrópica sed na-

tural de riquezas, sus estratagemas de navegante, sus dobleces florentinas de conspirador, su propensión á entregarse al primer potentado que habla, en cuerpo y alma, sus continuas sumas y restas, lo desconoce á su vez en otro aspecto no menos curioso que el primero y no menos decisivo para su magna finalidad total y para su creación maravillosa (1).»

Amarga vida espera al Sr. Lamarque de Novoa indignándose á cada paso que den los que piensan en desacuerdo con sus preocupaciones. El grandioso bosquejo que del Almirante de las Indias ha trazado D. Emilio Castelar (2) le causará horror; los estudios que se suceden crisperán sus nervios doloridos mientras no se persuada de lo que el público sabe ya por el testimonio de sus versos; esto es, que necesita, por desagradable que le sea, leer y considerar lo que *ladran los canes á la luna*, para convencerse de la inexactitud gravísima con que ha escrito desde el principio del poema, que iba Colón

«De pueblo en pueblo llevando  
un Nuevo Mundo en su mente...

Pasaran las licencias del poeta

(1) D. Emilio Castelar: *El Genio y la obra de Colón (El Liberal)*, Madrid, 3 de Agosto de 1892.

(2) *Loco cit.*



sevillano sin la pretensión de *historiar* con la trompa épica, enviando lisamente sus cantos (si no lo hizo) al certámen de la Academia Española; no pasarán ante la crítica, acompañadas como están de censuras que á otras provocan.

El radical M. Henri Rochefort ha dicho que el Centenario del descubrimiento de América sirve para descubrir que la fama de Colón es inmerecida (1), y no forman su juicio trabajos de españoles envidiosos que por rareza atraviesan los Pirineos; fúndalo en los americanos, entre los cuales, por más fresco, ocupa en estos momentos la atención de las sociedades eruditas la obra de Fiske (2), aún más comentada que la de Winsor.

En Italia no ha producido escándalo que el municipio de Génova anuncie concurso para premiar el mejor busto del abate Angelo Sanguineti, apellidado abogado del Diablo por el conde Roselly de Lorgues, ni han dejado de respetarse las repetidas alegaciones de monseñor Rocco Cochia, antes obispo de Oroppe, ahora arzobispo de Chieti, que con ampulosa dedicatoria ha remitido á la Junta municipal nue-

vo libro titulado *Cristoforo Colombo e le sue ceneri*.

A seguir los impulsos del Sr. Lamarque de Novoa, habría que repetir el auto de fe que en el domicilio del buen hidalgo de la Mancha se hizo con los libros de caballerías, respetando sólo de lo nuevo tal cual impreso, como el *Poema en seis cantos dedicado á Cristóbal Colón con motivo de celebrarse el cuarto Centenario del descubrimiento de América*, escrito por D. E. D. de R. B., según los anuncios, y que tengo para mí, aunque no he visto la portada siquiera, que ha de ser uno de los sesenta y seis que optaban al galardón de la Academia Española. Confiemos en que habrá también inmunidad para la traducción de las composiciones poéticas de Don Juan Valera y D. Víctor Balaguer, hecha en Upsal por el Sr. Bjöorkman, é impresa con lujo; que se salvará de la hoguera la *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, de los señores Leal y Campillo, siquiera porque vale 20 céntimos el ejemplar, y que el nombre ilustre de Campe, en gracia de los ratos deliciosos que tantos han pasado leyendo su *Robinsón*, servirá de pasaporte á la traducción de la *Historia del descubrimiento de América*, con buen acuerdo incluida por el editor don José Lázaro en su «Colección de libros escogidos», para instrucción y

(1) «La Posterité» *L'Intransigeant*, París, 13 Août 1892.

(2) John Fiske, *The discovery of America, with some account of Ancient America and the Spanish Conquest, in two vol.* Boston.



recreo de la juventud, por más que no corresponda á la autoridad del literato alemán la del castellano que suscribe las notas (1).

Los amantes de la historia han de ver con complacencia el prospecto que acaba de redactar la Real Comisión de la *Raccolta colombiana*, presidida por el senador Marqués Doria, en esta forma (2):

*Parte 1.ª* Tomos I y II. Colección de los escritos auténticos de Cristóbal Colón, según los textos originales, con ilustración del señor César de Lollis.

Tomo III. Reproducción heliográfica de los mismos documentos y de las notas autógrafas del Almirante con transcripción paleográfica.

*Parte 2.ª* Tomo I. Documentos privados de Cristóbal Colón y de su familia y código diplomático colombiano, ilustrados por L. T. Belgrano y M. Staglieno. Ascenden los documentos privados á 136 y comprenden desde el año 1429 en que aparece la primera noticia de Domenico Colombo, hasta el de 1572

en que se extinguió la descendencia maculina de Colón. El *Código diplomático* reproduce el ejemplar que posee el municipio de Génova, el mismo que sirvió para la edición de Spotorno de 1823, que no es del todo correcta. Ahora se ha cotejado con el otro ejemplar existente en París, que tiene un documento de que carece el primero.

Tomo II. Monografías.—Cuestiones colombinas, por C. Desimoni.—Los retratos de Colón, por A. Neri.—Las medallas de Colón, por U. Rossi.—Los grabados del siglo xv, por A. Salvagnini.

*Parte 3.ª* Tomos I y II. Fuentes italianas para la historia del descubrimiento de América, por G. Berchet.

*Parte 4.ª* Tomo I. La construcción naval y el arte de navegar en el tiempo de Cristóbal Colón, por el capitán E. A. D'Albertis.

Tomo II. La variación de la Aguja náutica en el tiempo de Colón, por el P. Timoteo Bertelli.—Noticias de las cartas geográficas más antiguas que existen en Italia con relación á América, por V. Bellio.

*Parte 5.ª* Tomos I y II. Monografías dedicadas á los italianos precursores y continuadores de la empresa de Colón, á saber: Paolo del Pozzo Toscanelli, por G. Uzielli.—Trabajos astronómicos de Toscanelli.

(1) «Colección de libros escogidos», *Historia del descubrimiento y conquista de América*, escrita en alemán por Joaquín Enrique Campe, notas y aclaraciones de Cesáreo Fernández Duro; Madrid, LA ESPAÑA MODERNA, dos tomos en 8.º

(2) *Il Popolo romano*, Roma, Lunedì, 1.º Agosto 1892.



li, por G. Celoria.—Pedro Martir de Anglería, por G. Pennesi.—Amerigo Vespucci, por L. Hugues. Giovanni Caboto, por V. Bellemo.—Giovanni Verrazano, por L. Hugues.—Leone Pancaldo, por P. Peragallo.—Antonio Pigafetta, por

A. Da Mosto.—Benzone, por M. Allegri.

*Parte 6.<sup>a</sup>* Bibliografía italiana de las obras y estampas relativas á Cristóbal Colón y al descubrimiento de América, formada por G. Fumagalli y P. Amat di S. Filippo.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



# CRÓNICA INTERNACIONAL

---

Suma lentitud de los humanos progresos.—El anti-semitismo en Alemania.—Inmanencia de toda superstición en el tiempo y en el espacio.—Juicios ante los tribunales modernos contra los judíos idénticos á los que se suscitaban en los antiguos contra las primeras prácticas cristianas.—Los sacrificios humanos.—Dobles perspectivas en lo pasado y en lo por venir.—El Africa.—Su poderoso influjo en la humanidad.—Rusia, Inglaterra, Prusia, Francia, Italia en Africa.—Nuestros derechos sobre Marruecos.—Política marroquí de Inglaterra.—El cónsul Smith.—Cambio forzoso de política por el advenimiento de Gladstone.—Otros varios asuntos.—Conclusión.

## I

Cuando notamos con qué lentitud camina la humanidad, no podemos desechar un tinte pesimista de nuestro espíritu atribulado. Creíamos el derecho humano de tal suerte ingerido en la sociedad, que ningún esfuerzo de reacción podría desvanecerlo después que la conciencia del mundo cristiano lo proclama como axiomático y lo formulan en cánones indelebles las constituciones modernas. Creíamos que así las leyes como las costumbres dejarían al individuo entenderse con su Criador, según le pluguiera, y explicar los enigmas de su origen y de su destino por la filosofía ó por la religión más adaptables á las inteligencias y á los sentimientos respectivos de cada cual. Pero nos hemos equivocado. Las cenizas apagadas de los antiguos braseros se reaniman y las sombras nefastas de los inquisidores desaparecidos vuelven. Y si lo dudáis, dígalo el anti-semitismo. No han bastado las calumnias de tanto periódico vociferador como sopla sobre los rescoldos del antiguo espíritu intolerante, con el fin de ir poco á poco devorando la más preciosa libertad, la libertad de conciencia; no han bastado los duelos á muerte que se han sostenido en París últimamente, análogos al juicio de Dios en la Edad Media; no han bastado los éxodos redivivos de las edades bíblicas y el espectáculo siniestro de un pueblo entero errante y disperso cual hemos visto en este nuestro tiempo á los judíos de Rusia; no ha bastado que surjan todas las supersticiones y resuciten todos los odios extintos: cierto fiscal de Tréveris acusa hoy al semitismo en uno de sus fieles como comedor de carne humana, cual espantoso caníbal, pues ha



el reo asesinado un pequeñuelo para devorarlo, por lo menos, para con su sangre amasar el pan de los holocaustos hebreos. Parece imposible tal delación; pero es verdad. Por los clavos de Cristo, magistrados germánicos, esa triste acusación de comerse los niños crudos, ¿no la dirige toda secta vencedora en todos tiempos á toda secta vencida? Lo mismo, exactamente lo mismo decía la historia pagana de los primeros cristianos. El paganismo tomaba nuestra espiritual comunión como un acto de abominable antropofagia. Leed el diálogo de Luciano, que se titula «Peregrino», y veréis imputadas á los mártires de las catacumbas cuantas abominaciones hoy se imputan á los judíos de las sinagogas. Esa idea de que piden la muerte de un muchacho los ritos hebreos corría validísima en los tiempos evangélicos primeros respecto de los ritos cristianos. Y, sin embargo, tuvieronla contra los judíos también las sectas cristianas. En ella se arraigaron los odios medioevales y á su conjuro se cometieron aquellas matanzas que han ensangrentado la Historia universal y oscurecido la conciencia humana. Todavía por los frescos y tablas de las iglesias románicas se notan figuras de judíos acechando, astutos como zorras, y crueles como tigres, los niños que pasan, con el fin de echarles la uña, en guisa de ogros, y llevárselos á sus zahurdas, y ya en las zahurdas, á sus anchas, engullírselos con fiereza. Pero esta es una leyenda de odios, que debía en los ánimos desvanecerse como se

ha desvanecido en el mundo la esclavitud, la picota, la inquisición, tantos y tantos horrores. Parece imposible, á la religión cuyos dogmas y leyes más contribuyeran en los remotos siglos al destronamiento de los sacrificios humanos, se le imputa hoy su continuación en medio de la cultura universal. Hemos los hombres sido, ha sido nuestra especie toda, tan tardos en allegar y establecer el derecho, que los sacrificios humanos hubieron de perdurar por siglos incalculables y entre generaciones indecibles. La sumisión de Abraham, cogiendo una cuchilla para inmolar bajo las ramas de sacro árbol y sobre las aras de cruento altar á su hijo Isaac, significa la continuidad del sacrificio humano en aquel tiempo de los nómadas, como la sustitución de un cabrito al muchacho hecha por el ángel significa el comienzo de holocaustos á Dios menos crueles y cruentos así que los nómadas se fijan en tribu patriarcal; como nuestro sacrificio de la misa, en que representa una hostia de harina y un cáliz de vino el cuerpo y la sangre de víctima cual Cristo, sólo quiere significar una cosa: cuánto se ha espiritualizado el holocausto en este nuestro dogma, tenido universalmente como la conjunción del humano espíritu con el espíritu divino. Mucho hemos progresado por virtud y por obra del cristianismo; pero no desconozcamos, cuando el demonio de la intolerancia nos tienta, que ha precedido al Evangelio la Biblia, y que ha resultado el mayor servicio hecho por Cristo y por su muerte



al hombre la reconciliación entre todos los pueblos y la fraternidad universal.

## II

Un paraíso hay en los recuerdos y tradiciones de la humanidad, un paraíso de lo pasado; y hay otro paraíso en las esperanzas y en los presentimientos de la humanidad, otro paraíso en lo por venir. Cada tierra tiene cerca ó lejos de sí otra tierra que la llama y atrae. Aquella prometida que parecía designada por nuestro Dios á su familia predilecta, surge ante todas las naciones en todos los siglos. ¿No veis al mongol abrirse paso hacia los edenes de la India? ¿No veis al indio bajar desde sus montañas, donde han brotado los dioses, hasta las bocas del Ganges? ¿No llega el asirio al Egipto y el egipcio no sube en sus constantes ascensiones hasta Nubia? Un fenicio pondrá en las islas dorias la tierra de su predilección y un dorio en las occidentales y apartadas Hespérides. Parecía que, al acabarse la tierra en los parajes donde el sol se pone, y comenzar un misterio tan extraño y un abismo tan insondable como el Atlántico, debía la humanidad retraerse de marchar adelante; y, sin embargo, los andaluces, los lusitanos, los extremeños hieden las aguas tenebrosas y los cielos enrojecidos, poblando con su genio, creador como el genio divino, de archipiélagos y continentes el último lí-

mite, donde parecía terminarse por completo nuestro planeta. De manera que la peregrinación en busca de una tierra predilecta, la peregrinación privativa del pueblo hebreo, ha ocupado con mayor ó menor intensidad la vida y el alma de todos los demás pueblos, empujados hacia la invención y hallazgo de ajenos espacios por impulsos instintivos é inconscientes, como los que impelen hacia su emigración las aves errantes ó viajeras. Y entre los continentes dotados de tal fuerza de atracción incontrastable, ninguno como Africa. Envuelto en misterios indecibles; cubierta su mayor parte por un sudario de arenas estériles; agobiado so los calores más ardientes y combatido por los simouns más espantosos; el mundo negro atrae á los demás con atracción poderosa y hace arraigar á representantes de los otros pueblos en sus inhospitalarios arenales.

El helenó tuvo allí Sybaris, que parecía un templo del placer, y Cyrene, que diera nombre á una de sus escuelas filosóficas; el fenicio aquella Cartago, la cual disputó á Roma con tan varia fortuna, por siglos y siglos, el imperio sobre la tierra; el mismo Alejandro no se creyó un semidiós digno de competir con los héroes fabulosos de la *Iliada*, sino en el día de sus holocaustos y sacrificios por las altas corrientes del Nilo, ni dueño de las tierras históricas antiguas, sino cuando levantó su Alejandría en la desembocadura del río que discurre desde orígenes misteriosos entre jeroglíficos y palmas; los Ptolomeos deletrearon



allí el álgebra de las estrellas y allí los neo-alejandrinos tradujeron la Biblia y comentaron el *Fedón*, preparando sobre los capítulos de San Juan y sobre los diálogos dichos en los jardines de Academo la sintética teología cristiana; por sus arenas han pasado los cuatro fundadores de las religiones monoteistas, Abraham en su camino desde los desiertos caldeos á Hebrón, Moisés en sus iniciaciones misteriosas antes del Sináí, Cristo en su niñez cuando la huida inolvidable á Egipto, Mahoma en sus primeras predicaciones y conquistas; el dogma de la gracia, tan parecido al fatalismo mahometano, brotó en sus sedes episcopales con San Agustín, y el arco semiojival de Córdoba y Sevilla se dibujó en sus desiertos, cuando los Omniadas, antes de fundar el occidental califato, iban á los oasis del Magreb y se alimentaban á una con dátiles de los palmerales africanos y con leche de las pacientes camellas; en Africa murieron San Luis y Raimundo Lulio; en Africa predicaron San Basilio y San Francisco; Africa nos designó en testamento nuestra grande Isabel, aun después de hallado el Nuevo Mundo; por Túnez y por Argel peleó Carlos V; no se imaginaron dignos de su gloria César y Napoleón, á la manera de Alejandro, hasta que no inscribieron sus nombres en las pirámides formidables de los Faraones y en los obeliscos misteriosos de la reina Cleopatra, como aquel reino de Portugal, cuando había descubierto el Brasil, traspuesto el Cabo de las Tormentas, izado sus banderas en la desembo-

cadura del Congo y del Zambezé, rehecho la India, expedido el infante don Enrique como conquistador á Ceuta y Tánger, el infante D. Fernando como mártir á Fez, poblado con las Azores y la Madera y las islas de Cabo Verde y las factorías de Mozambique, mares y continentes, imaginó de su obligación histórica morir en la persona de don Sebastián allí con enigmática muerte, digna de su aventurera y gloriosísima existencia: que Africa ostenta en sus increíbles atracciones algo de aquella seducción y hechizo encontrados por el consentimiento universal en las sirenas helénicas y extendido por la fábula entre los rítmicos escollos del celestial Mediterráneo.

### III

Pues continúa hipnotizada la civilización europea en este nuestro siglo por Africa más que nunca. No hay sino volver los ojos á las mil cuestiones intercontinentales pendientes, y en todas ellas le reserva la lógica de los hechos un puesto importantísimo al Africa, el primero quizá. Mirad cómo va tendiendo Rusia con lento y seguro paso, después de haber fijado sus jalones en Armenia y en el Caspio, á sentar sus reales sobre las orillas del torrente Cedrón y del río Jordán. Pues no requiere tanto en este trabajo de araña la tierra de Palestina como la tierra del Nilo. Esa Turquía, tan po-



derosa en otro tiempo, hace apenas dos siglos, comprende que bajará los últimos escalones del panteón, donde van á enterrarla de consuno todos los pueblos cristianos, si cede algo de su dominio casi honorario, así sobre Trípoli como sobre Egipto; y para demostrar su autoridad é imperio, agrega con empeño á este virreinato último un pedazo de Asia con su recientísimo aditamento de península tal como la península del Sinaí. No mentemos á Francia. El Africa la tiene como fuera de sí. Cree haber hecho una Francia africana en Orán y Argel. Desguarnea de un aliado útil su frontera en los Alpes y lo echa del lado de Alemania, después de haberlo redimido, por el protectorado francés sobre Cartago, so pretexto de guarnecer la frontera oriental de Argelia. Envía tras de Stanley, para que contraste á este gran explorador africano, sus Brazzas y otros peregrinos, ciñéndoles el nimbo de una leyenda semejante á la que llevan los antiguos exploradores iberos. Por unas leguas de libico desierto que añadir á sus eternos arenales argelinos, y por unos oasis que contar en los límites inciertos entre Marruecos y Argel, suscita recelos en Occidente y provoca temeraria intervención de Inglaterra en los territorios del Magreb. No descansa tras esto, ni con esto se satisface; y aunque haya estado en peligro de suscitar una guerra intercontinental por sus confusos complicadísimos privilegios en Madagascar, todavía se mete con el bárbaro monarca de Dahomey, sacrificando á las relaciones con tal reyezuelo antropófago un ministro de cepa republicana como Cavaignac y proponiendo la difícil formación de coloniales ejércitos, diversos del ejército continental. En Africa muere, inmolado á los intereses de un mercado inglés, el príncipe imperial, representación última y última esperanza de los napoleónidas, no lejos de la isla donde atormentaron los ingleses con toda clase de tormentos morales y materiales al siniestro titán, que fundara sobre millones de cadáveres su fugaz pero poderosa dinastía. Y de esta misma obsesión por el Africa se han otras naciones contagiado en Europa, como Italia, como Alemania, como la propia Bélgica. No obstante haber engendrado á Colón Italia, y haber tenido la gloria de que un piloto suyo diese al Nuevo Mundo su nombre, no ha logrado grandes colonias en la edad moderna, cuando tantas tuvo en la edad antigua. El poderío de Venecia llegó á extenderse por el archipiélago griego y por el Asia Menor; llegó á conquistar muchas riberas esclavonas hacia su Oriente; llegó á emprender y rematar viajes como aquellos á los cuales se movían los exploradores del Nuevo Mundo en busca de los tesoros que gentes y familias venecianas vieran en Mongolia, cuando del hermoso Lido salían los argonautas más brillantes y más poéticos de la Edad Media. Pero, fuera de esto, no ha tenido Italia colonias. Y sin embargo, ahora le ha dado por consumir su oro y su sangre, así como desnivelar su presupuesto y debilitar



su ejército, en una colonia erítrea, cerrada por el Mar Rojo y el Sudán, y el Egipto y la Etiopía, sin que pueda moverse á ninguna parte, cocida por un sol asolador y por un fuego apocalíptico en el propio jugo de sus engañosas ilusiones. Y no quiero decir nada de Bélgica. El buen Stanley le regaló al monarca belga un trozo del Congo, como pudiera regalarle un esternón de cualquier ballena ó colmillo de cualquier elefante; y ahora vemos cómo el presente le salió al monarca tan costoso, que tuvo precisión de declinarlo sobre Bélgica; y Bélgica no sabe qué hacer con la pesadísima carga de tan penoso regalo. ¿Cuál prestigio Africa tendrá, cuando, presentado ya por su historia el escarmiento secular de don Sebastián, á quien la voracidad horrible de aquel clima consumiera sin devolver sus despojos; ante tal revelador é instructivo recuerdo, desaparecen renglones importantes de los respectivos y varios presupuestos, á la manera desaparecieron los milites lusitanos quienes habían salido en son de fiesta y de torneo, cual á una parada y á una correría militar? Convengamos en que aquella esfinge, cuyas oraculares palabras no podían interpretar los tebanos, muertos á las preguntas y á las asechanzas del monstruo, renace hoy en Africa y representa en su horror trágico algo de lo que augurios y presagios representaban en la tragedia y en la historia clásicas.

## IV

Pues no menores muestras de propensión al Africa las dos grandes naciones germánicas de nuestra Europa hoy dan, la insular y la continental, es decir, la sajona y la alemana, Inglaterra y Prusia. Sería incomprendible que no hiciese tal Inglaterra. Tiene por elemento el mar y por ministerio la colonización. Los sajones y los normandos, lentamente sobrepuestos á los britanos indígenas, fueron los mayores nautas de las razas boreales. Condenada por su carácter insular á perdurable navegación, Inglaterra necesita enroscarse con los anillos de sus factorías intercontinentales al planeta entero y abrirse mercados en las cuatro partes del mundo para realizar la función universal del cambio y cumplir su ministerio histórico. Nada tan lógico y natural, pues, como su anhelo y afán por Africa. Pero ¿lo comprendéis en Alemania? Continental, eminentemente continental; fuera de las cruzadas, en que solían atravesar distancias cortas de mar y en extrañas naves generalmente sus soldados, nunca intentó expediciones marítimas y nunca tuvo colonias de ningún género. Sin embargo, hace poco se alzaba con un protectorado en Zanzíbar, que le ha traído innumerables disgustos, hasta que lo trocó por el islote llamado Heligoland; y expedía por el Africa oriental exploradores, los cuales lle-



garon á indisponer muy gravemente su gobierno con los gobiernos de Inglaterra y América. Hoy mismo, un doctor suyo, Emín Bajá, con el birrete sobre la cabeza y un par de anteojos sobre la nariz, caballero en bíblico asno, y armado de un diccionario, compite con el audaz Stanley, hecho por el Criador para esta clase de temerarias expediciones, y más atrevido que Stanley todavía, resucita en el horno ardiente de las tierras sudanesas y bajo los lujuriosos ramajes de las orillas del Victoria la leyenda de un mártir como Gordón, ofreciéndose de mahedí, magüer cristiano, á gentes, las cuales se levantan en son de guerra, como los abrasados ciclones de sus desiertos, en cuanto surge un profeta, y los mueve con frases arrebatadoras á la pelea y á la conquista. Como el socialismo, la idea colonial apareció de continuo entre las neurosis del grande canciller Bismarck. Pero no se necesitaba ser en ciencia ningún Séneca y en previsión ningún adivino para presagiarle que marraría su empeño, según se lo presagié yo en el discurso de Orense sobre las Carolinas el año 85, y con efecto marró. Alemania tuvo que ceder á Inglaterra su honoraria dominación en Africa; é Inglaterra hoy aparece como la nación esencialmente africana. Esa enorme sarta de posesiones extendidas de un extremo á otro extremo del Mediterráneo, y arrebatadas, como Gibraltar, á los españoles; como Malta, á los italianos; como Chipre, á los griegos, posesiones semejantes á

centinelas avanzados que miran siempre al Africa; esa colonia del Cabo, acaparando una punta del suelo africano, y esa ocupación de Alejandria, por su parte, acaparando la otra punta; esas expediciones, como la gloriosa de Abisinia, en que á las afrentas de su derrota, el rey Teodoro se mata cual los sublimes vencidos de las historias clásicas; esa expedición á Iartum contra los mahedíes del desierto, tan fecundo en conquistadores y profetas; la patente apropiación del canal de Suez vinculado entre sus propiedades hoy por la tutela sobre persona como el sultán de Egipto, á las puertas del Asia, frente á la Meca y al Sináí, en el Rojo mar, al ingreso de los libios arenales; el continuo pleito, verdaderamente jurídico, degenerado á trechos en armadas luchas, con boeros y zulues y viejos holandeses y republicanos del Transvaal; esas compañías semiexploradoras y semimerchantiles, cuya codicia requiere el marfil y el oro, y además las fuentes del Nilo para Inglaterra, propietaria ya del desagüe de este río; la necesidad que tiene de unir los descubrimientos de Díaz y Gama con el Imperio de los Faraones sin ninguna interrupción y de asegurarse más y más el canal que abriera Hércules por los tiempos prehistóricos, cual se ha asegurado el canal abierto por Lesseps en este nuestro tiempo, dan á Inglaterra una importancia tan excepcional en el continente negro, que no cabe hoy con ella ninguna competencia. Y aquí está el mal de la situación suya. Para unir Inglaterra el Cabo al Nilo, debe-



rá chocar por fuerza con Portugal, interpuesta en sus vías por posesiones como Lorenzo Marqués y Mozambique; para más asegurar Inglaterra en el Occidente de Africa el estrecho de Gibraltar, como tiene asegurado el canal de Suez, deberá chocar con España, la cual no puede consentir, sin una enorme protesta, que así como se ingirió entre Tarifa y Málaga en otro tiempo, se ingiera hoy entre Ceuta y Cádiz, obstruyendo un paso necesario al mundo todo, y especialmente á nuestra España, eterna propietaria del gaditano mar, que le han cedido de consuno la Historia, la Naturaleza y Dios. Así no puede, no, un estadista inglés, que tenga en algo su nombre, arriesgarse á la calaverada de Tánger, sin exponerse á una de esas enemigas implacables, en que á la postre los débiles infieren á los fuertes grandes humillaciones, como la que infirió á Turquía Grecia y al Austria Italia.

## V

Y sin embargo, parece que se huelga el cónsul de Inglaterra en suscitar cuestiones, las cuales hieren á España y perturban á Marruecos. Enviado desde las tierras del Africa Oriental á las tierras del Africa Occidental, cree cosa fácil desvanecer elemento tan propio y nativo de toda esta región como nuestro influjo sobre el Magreb, á la manera que ha desvanecido elemento

tan artificioso en aquella otra región como el influjo alemán sobre Zanzibar. El triunfo allí alcanzado á cala-cuerda no le permite dar aquí á su actividad tregua de ningún género. Apenas llega y se instala en el consulado tangerino, métese de hoz y de coz dentro de los disgustos entre las tribus circunstantes á Tánger y el gobernador de la ciudad, procediendo con tal diplomacia, que reunió en aquella bahía buques pertenecientes á todas las escuadras y nos puso á dos dedos de un conflicto intercontinental. Mr. Smith cree que puede un protectorado británico ejercerse sobre los berbericos y árabes con la misma felicidad que lo ejerciera él sobre gentes musulmanas de una irremediable debilidad. Y yerra por completo. El zanzibereño tiene ductilidades jamás conocidas en el marroquí. Súbditos de un antiguo y colosal Imperio; generadores de aquel Tarik que comenzara la conquista de nuestra España; ennoblecidos por la sangre árabe de los Muzas; habiendo dado al mundo musulmán los almoravides y los almohades y los benimerines que le procuraran tantas glorias, y habiéndose rejuvenecido mil veces con la noble savia que difundían por sus venas los expulsos de Córdoba y Sevilla y Granada; bajo el Atlas tan poderoso y fecundo; con el Mediterráneo á la cabeza y el desierto á la espalda y el Atlántico al costado; provinientes de una eximia raza, esclarecida por una grande historia, no ceden los marroquíes ni á los hijos de Arabia en orgullosos, y se aferrarán á su fe y á sus instituciones; por-



que si están decaídos, no han renunciado á la esperanza de sacudir esta decadencia y conquistar á Europa. Así, hanse allí aislado como en un grande gimnasio militar, y sólo ejercitan sus fuerzas intelectuales en el Korán, que les promete conquistas duraderas, como sus fuerzas físicas en el ejercicio militar, que les presta un robustísimo temperamento de conquistadores. Irse á Fez con grande aparato, entrar en sus calles con pompa y corte, dirigirse al emperador de potencia á potencia, pedir de un golpe ferrocarriles y telégrafos á quien se aísla en su harem como el águila en sus peñascos y como el león en sus espeluncas, izar una bandera cristiana donde únicamente se ha visto la verde antigua de los soldados del Profeta y la que iba tras los omnipotentes sultanes, parecenme una serie de temeridades y arrogancias, cuyos efectos, lejos de comenzar la compenetración entre la cultura europea y el pueblo marroquí, la detiene, cuando no la retrasa. Un tumulto ruidoso, un ataque formidable á la embajada, un desacato á los funcionarios británicos en Fez, han suscitado todas estas audaces tentativas. Conjuradas ya las más temibles y más prontas consecuencias, no podrá conjurarse, no, en mucho tiempo, una mayor enemiga entre moros y cristianos en tierra del Magreb. La despótica majestad del Sultán tiene muchas consideraciones que guardar á las tribus circunstantes, y no manda en Marruecos, no, como el Czar manda en Rusia. Jefe de una confederación militar en

armas á la continua, debe tener en cuenta las supersticiones del espíritu de ésta y las fuerzas de sus brazos para mantener la sombra de su autoridad, muy disputada, sobre un Imperio tan vasto en que pululan gentes tan belicosas y tan feroces. Heridles una creencia ó amenazadles con una humillación, y no sabéis dónde pararán sus desquites y quién contendrá sus furores. Por fortuna, el sultán se ha, con buen acuerdo, apresurado á la satisfacción, y los atropelladores de la embajada y gente inglesa se han visto precisados á pagar una multa de diez mil duros, repartida por el cónsul entre los pobres de la ciudad. No hay mal, decimos nosotros, en lo que bien acaba. Pero estas dificultades tan zozobrosas y tan preñadas de peligros, deben decir á los enviados ingleses cuánto pulso piden las relaciones con Marruecos, y recordarles la única nación, España, que tiene para influir allí medios, dados todos por el espacio y por el tiempo, á los cuales no puede vencer ninguna fuerza ni sobre los cuales fundar nada ninguna diplomacia que no represente nuestros intereses y tenga nuestra historia.

## VI

Por la buena ventura del mundo europeo hase la política liberal sobrepujado á la política conservadora en Inglaterra. El grande hombre, que la



nación británica, por su voto libérrimo, eleva hoy á la cabeza de un ministerio radical, no solamente se propone reparar una grande injusticia en Irlanda, se propone también servir á la paz universal en el mundo entero. Distribuidas, como se hallan hoy, las fuerzas políticas en Europa; de un lado Rusia y Francia, de otro lado Italia, Prusia y Austria, Inglaterra mantiene la balanza en su fiel; y por lo mismo, impide que choquen y batalen los sendos factores en guerra perpetua y latente. Bien lo veía Salisbury durante los últimos tiempos de su gobierno; y para quitarle el sucesor inmediato y rival ilustre toda su libertad de acción, lo ataba de manos y piés con las convenciones egipcias para que no pudiese acercarse á Francia; con las dificultades recientes del Pamir para que no pudiese acercarse á Rusia; con las intrigas de Marruecos para que abrumase sus hombros hercúleos la inmensa pesadumbre de todos los problemas mediterráneos, indisponiéndolo en el gaditano mar con la misma nación española, que se cree por derecho natural é histórico su incontrastable poseedora, é indisponiéndolo con las potencias enemigas de la triple alianza en el enmarañado laberinto de los problemas afganos, que amargaron las postrimerías de su gobierno último y lo pusieron en trance tan amargo y tan opuesto á sus ideas y á sus creencias como la necesidad imprescindible de promover y suscitar el conflicto continental. Pero muy aferrado á sus ideas el jefe inmortal de los liberales ingleses, sabe cómo la conservación

del estado pacífico presente le granjeará el mayor de los lauros gloriosos posibles y le procurará la satisfacción interna de haber salvado al mundo de una catástrofe; por lo cual habrá de conciliarse y entenderse con Francia en la cuestión de Egipto, con Rusia en la cuestión de Pamir, con Italia en la cuestión de Eritrea, con España en la cuestión de Tánger, siendo esto último tanto más fácil y hacedero, cuanto que nosotros pedimos tan sólo un *stuto quo* favorable á los intereses generales europeos y la integridad completa del Imperio marroquí, á quien hoy nadie puede, para su provecho, herir, ningún gobierno, sin agravio y sin detrimento de todos. El ministerio Gladstone dentro de Inglaterra es un ministerio de progreso pacífico y el ministerio Gladstone fuera de Inglaterra es un ministerio de paz universal. Quiérenlo negar á una las gentes, porque diz ha nombrado para el departamento de Negocios extranjeros al más conservador entre todos los liberales, al ilustre y cariñoso amigo mío, el eminente lord Rosbery. Recuerdo, siempre que tropiezo con alguno de los repúblicos á quienes debo juzgar, esta relación particularísima conmigo, de amistad, cuando la tienen, para mostrar cómo, si por un lado tengo la obligación moral de juzgarlos con benevolencia, tengo por otro lado la suficiente competencia para conocerlos á fondo. Y declaro que creo á lord Rosbery bastante patriota para no inferir daño de ningún género á los intereses patrios; y bastante liberal también para servir en todas partes, cuando



no lo impidan tradiciones sacras ó compromisos ineludibles, la humana causa del derecho y del progreso universal. Inútil pedirle aquellos radicalismos, no sólo incompatibles con su natural anglo-sajón, incompatibles con su complexión política propia, pues conoce mucho la realidad y obedece mucho la evolución, por inglés y por experto; pero no luchará con Francia en todas partes cual ha luchado Salisbury; no alentará los armamentos de Italia como los alentara Salisbury; no hará de Inglaterra un factor honorario en las alianzas germano-italicas cual Salisbury lo hiciera con más ó menos propósito de hurtar el cuerpo en cuanto estallara el conflicto. La imposibilidad patente de la guerra se aparece á los ojos menos penetrantes, así que para el ánimo su atención en la coincidencia de haberla impedido todos los gobiernos á una por modo indeliberado, en cuanto los ha puesto la lógica de los hechos en el apuradísimo trance de tener que declararla y asumir la responsabilidad horrible de su iniciación ó comienzo. No puede, no, Francia promover el conflicto europeo desde que revistió la forma republicana. El Imperio traía consigo aparejada la guerra, mas la República trae consigo aparejada la paz. Bendecida la forma nueva por el Papa; sancionada en los consejos europeos con la increíble amistad de un Imperio tan estable como Rusia; des- embarazada por empeños del acaso de todos sus pretendientes y rivales; con- viviendo ya con las costumbres fran- cesas; ganándose cada día un adepto

más en los jefes realistas, todos ellos camino de Damasco y propensos á una imitación irremediable de Juliano y de San Pablo; sus valores á la par, sus billetes con prima, banco y erario rebo- santes, á manos llenas el oro, la pros- peridad cada día mayor, abundantísimo por todas partes el trabajo y creciendo el jornal, Francia no puede pensar en una guerra, que, de resultarle adversa, destruía su nacionalidad, y de resul- tarle favorable, destruiría su Repúbli- ca. Pueden darse por completo nues- tros amigos, los ilustres amigos ingle- ses, á su plan de reforma, pues no ha- brá de alterarles ó interrumpirles una guerra europea. Mucho hemos deplo- rado todos no contar en el ministe- rio con un radical tan franco y tan popular como Labouchère, cuyos mé- ritos múltiples se han aumentado en la cuenta de mi estimación, viendo el acierto que ha tenido al proponer la subrogación de cuestiones tan por ex- tremo candentes como las cuestiones irlandesas á cuestiones tan por extre- mo conciliadoras como la cuestión elec- toral. Sus discursos internacionales en la Cámara, sus vivas defensas de todos los opresos, el valor con que ha recla- mado á la diplomacia europea una de- volución tan justa y pacificadora como la devolución de Metz y Estrasburgo á Francia, su insistencia en la eva- cuación del Egipto, su apasiona- miento por todas las ideas buenas y nuevas le han de tal suerte conciliado todas las inteligencias progresivas, que ninguna se ha exentado de sentir lo que la monarquía tiene de absurda



cuando proscribire y expulsa del poder á un ciudadano tan popular y meritorio. El no ha dejado de quejarse al verse por la regia voluntad y gracia impedido de subir al gobierno liberal, cuando tanto á su triunfo y formación cooperara en los últimos comicios; pero Gladstone ha salvado todas las apariencias y cubierto las formas en cumplimiento del deber que tenía para con la majestad, á fuer de caballero y ministro, afirmando no haber ido nunca el nombre de su más ardiente partidario entre los candidatos al gobierno. Para consuelo de Labouchère voy á decirle un pensamiento de Spencer, que aquí encaja cual anillo en dedo, y que creo tan oportuno como sabio. Decía este buzo de la inteligencia, refiriéndose á Disraeli, que no tenía cosa de filósofo éste, y por consiguiente cosa del oficio á que había él consagrado su vida, y de la estirpe á que había él pertenecido siempre. Y tentado á lamentar que un estadista de tanto poder en Inglaterra, tuviese tan poca ciencia en la mollera, se arrepiente y dice: «¡Oh! Bien está San Pedro en Roma; si para caminar por la realidad tuviese las angélicas alas del pen-

samiento filosófico, acaso le sirvieran únicamente para tropezar y caer en todas partes.» Preferible á un organismo conservar los órganos respiratorios con que vive, por ejemplo, en el agua, y no quitárselos mientras no esté muy seguro de que le han verdaderamente nacido aquellos con que se logra vivir en el aire. Demasiado teórico y dogmatizante Labouchère para el gobierno, en este período de ministerialismo se descargará un poco de sus idealidades amaestrándose para las artes y para las prácticas difíciles del oficio político. Y, antes de concluir estas breves observaciones acerca del ministerio inglés, no suelto la pluma sin un aplauso fervoroso al ilustre Morley, quien, elegido para el gobierno y ejerciendo ya la dignidad altísima de secretario de Irlanda, se ha puesto en trance de perder su puesto, por abandonado en la reelección como ministro de los socialistas, á causa de habersé negado con empeño el filósofo y orador ilustre á defender el dogma de las ocho horas de trabajo designadas por el Estado: suicida retroceso del jornalero á la vieja esclavitud histórica. Nada sin la libertad.

EMILIO CASTELAR.



## IMPRESIONES LITERARIAS

Estudios críticos acerca de un período de la vida de Colón, por D. Alejandro de la Torre y Vélez, canónigo lectoral de la catedral de Salamanca.—Primera ración de artículos del Doctor Thebussem, caballero del hábito de Santiago.

Sabido es que en torno de los varones ilustres que descuellan sobre sus semejantes en cualquiera de los múltiples órdenes de la actividad humana, se forma siempre nube de leyendas, fábulas y tradiciones tan densa y oscura, que al cabo de muy poco tiempo, después de fenecido el hombre superior, apenas si puede disiparla el esfuerzo investigador de las generaciones sucesivas. Así aconteció con Homero, así con el Cid, así con Cervantes, Shakespeare y Quevedo, así con casi todos los ingenios esclarecidos. Y la razón es obvia: la imaginación de las muchedumbres, que no tuvo ojos para ver entre sus contemporáneos al varón escogido, no se aviene á creer que el hombre á quien luego contempla en la cima de la celebridad, ha vivido vida tan prosaica y vulgar como cualquiera de los seres que forman las filas anónimas de la multitud desconocida. A hombre extraordinario — piensa el vulgo — vida extraordinaria, y como consecuencia de ese modo de pensar, la biografía es convierte en novela, y el historiador, que por fuerza ha de participar de las creencias de su tiempo, refleja en sus libros el modo de discurrir de las muchedumbres. La cuna del héroe aparece entonces rodeada de prodigios, su infancia y su juventud son un tejido de leyendas, y al morir, si no le arrebatara carro de fuego, no deja por ello de encontrarse sometido á la misma prodigiosa influencia á que estuvo sujeta toda su dramática vida. Plutarco, al referir la historia de Demetrio, dice que «la belleza del hijo de Antígono era tan extraordinaria y admirable, que ni escultor ni pintor alguno pudo sacarle semejante». Estas palabras del autor de *Las Vidas paralelas* pueden aplicarse á todos los grandes hombres: son tan extraordinarios, que el historiador no acierta á trazar en sus libros



la debida semejanza. No conviene, sin embargo, censurar en absoluto este homenaje tributado al hombre superior; la apoteosis es la forma que toma siempre la admiración sincera.

Por una reacción natural, á las épocas de entusiasmo en que se escribe la historia que pudiéramos llamar mítica del héroe, del santo, del inspirado, siguen periodos críticos que incurren precisamente en el extremo opuesto al de los panegiristas. En ellos todo se pone en tela de juicio; se empieza por negar lo inverosímil y se acaba por rechazar lo que está plenamente comprobado, llegándose á veces á tal exageración, que por negarlo todo se niega hasta la existencia del grande hombre. Achaques son estos del juicio humano, siempre vacilante, más inclinado á la exageración y la hipérbole que propenso á mantenerse en los términos de lo justo.

Colón, la figura más saliente de la historia moderna, el hombre que, semejante á un dios creador, sacó un mundo de la oscuridad, no pudo menos de estar sujeto á esas oscilaciones del criterio histórico. Sus incondicionales admiradores no se contentan con menos que con hacerle santo, para lo cual no vacilan en atribuirle perfecciones que quizá no tuvo, y en suponerle intentos que jamás le pasaron por las mientes. A fin de engrandecer su memoria deprimen la de los más ilustres personajes de su época, y no excluyen de sus anatemas ni á las diversas clases sociales ni á las más ilustres instituciones. Todas eran hos-

tiles al sabio y á todas hubo él de vencerlas con prodigios de magnanimidad y de virtud. Con este modo de entender la admiración, ¿qué mucho que el ilustre marino se nos haya presentado siempre bajo la figura de un mendigo cubierto de harapos, ya pidiendo un pedazo de pan por amor de Dios á la puerta de un convento, ya escarnecido por los cortesanos, ya, finalmente, desahuciado por los sabios y seguido en calles y plazuelas por turba de chiquillos gritando tras él: guarda el loco, guarda el loco? Y sin embargo, en esta España que tanto maltrató al marino italiano, al decir de sus panegiristas, encontró el futuro descubridor de América amigos que le ayudasen, sabios que le comprendiesen, gentes de mar que le secundasen en su aventurada empresa y reyes que le otorgasen apoyo y protección decididos.

Actualmente, con motivo del Centenario, y por la ley natural de la reacción de que hablo más arriba, no ha habido hecho de los atribuidos hasta ahora al gran navegante, que no se haya sometido á examen riguroso, tanto que casi puede afirmarse que merced á él, ha quedado destruida la historia colombina. Se le ha negado su patria, se le han regateado sus altas dotes, se le ha arrebatado la mayor parte de la gloria del descubrimiento, y hasta, según mis noticias, se ha llegado á afirmar que jamás existió. Si á esto se añade el fárrago de textos que se ha sacado á relucir, la varia interpretación dada á las palabras de



los historiadores, y las diversas direcciones de la crítica, ya entusiasta, ya adversaria de Colón, y el afán en unos de mostrarse asombrosos eruditos, en otros el ansia de renombre, y en algunos, finalmente, el deseo de parecer *espiritus fuertes*, se comprenderá lo difícil que es reducir á sus verdaderos límites la vida y hechos del gran marino.

Penetrar en ese laberinto, más intrincado que el famosísimo de Creta, despojar y como limpiar el retrato del Almirante de toda la pátina formada por los siglos, tal ha sido el propósito acometido y llevado á éxito feliz por el sabio lectoral de Salamanca, el señor de la Torre y Vélez. No pertenece este escritor al número de los oradores de Ateneo, ganosos de aplauso, alcanzado muchas veces por el camino de la paradoja, ni á esos hábiles explotadores del elogio periodístico, pedestal ó más bien peana de tantas reputaciones de barro... El Sr. Torre y Vélez es de aquellos sabios que, como el maestro León, huyen del *mundanal ruido*, y semejantes al *Marcelo* de *Los Nombres de Cristo*, conságrase á la meditación y al estudio, á la sombra tranquila que proyectan los venerables muros de la catedral salmantina. Fruto de largos y concienzudos trabajos es el libro que acaba de dar á la estampa. Tanto es su mérito, que hoy con verdad puede decirse que, gracias á su autor el lectoral de Salamanca, la historia de la vida de Colón, en lo referente al período que el ilustre marino vivió en nuestra patria, ha

salido del nimbo de oscuridad y confusión que hasta ahora la envolvía.

Cuatro partes comprenden estos estudios. En las dos primeras demuestra el autor, con un razonado análisis de las fuentes históricas, los errores en que han incurrido los historiadores colombinos, las equivocaciones de Cantú y Navarrete, la ligereza de los juicios de Prescott y lo fantástico y novelesco de los relatos de Roselly de Lorgues. Tan vigorosa es la crítica de que se vale el P. Vélez, tan fuertemente están trabados sus razonamientos, tan fina é ingeniosa es su sátira, y con tal severidad filosófica examina y desmenuza los trabajos de los historiadores todos de Colón, desde Ulloa hasta Las Casas, desde Hernando, el hijo del Almirante, hasta Santángel, desde Pedro Mártir hasta Washington Irving... que después de leídas estas dos primeras partes del libro, la leyenda colombina preséntase ante los ojos del lector reducida á un montón de escombros: tanta es la fuerza de la maza dialéctica que maneja el lectoral de Salamanca.

Pero no se ha contentado el canónigo salmantino con destruir el edificio levantado por los escritores colombinos. La vasta instrucción del P. Vélez, y el conocimiento profundo que del hecho historiado posee, le han facilitado los medios de reconstruir ese período de la vida del Almirante, que es como la génesis ó principio del descubrimiento del Nuevo Mundo. Interesante período es éste. No aparece entonces Colón sobre el puente de su nao,



radiante de gloria, mostrando á la tripulación asombrada la virginal hermosura de la tierra americana brotando esplendorosa de entre las brumas de la mar; no ondea entonces en su mano el pendón de Castilla, ni resuena en torno suyo el *Te Deum* cantado por los mismos labios que pocas horas antes maldecían al aventurero. En los eternos ocho años que preceden á ese momento sublime, el más solemne que la historia registra en el espacio de diez y nueve siglos, el futuro Almirante es el oscuro pretendiente que con *su capa raída* sigue pensativo los pasos de la corte; que somete las adivinaciones de su genio á la junta presidida por el Prior de Prado; que recibe hospitalidad, quizá humillante, en el palacio de engreído magnate; que obtiene de limosna el sustento en casa de Alonso Quintanilla; que cobra alientos bajo las bóvedas del convento de San Esteban; que alcanza, por último, la protección de la noble, de la incomparable, de la santa reina Isabel I de Castilla. ¡Historia la de estos ocho años de angustias y esperanzas, de alegrías inefables y de amargos desfallecimientos! ¡Símbolo exacto de la difícil peregrinación sufrida por todos los elegidos; que el camino que conduce á la consecución de los grandes ideales, marcado está por huellas ensangrentadas!

A reconstituir esta fase de la vida de Colón ha consagrado el P. Vélez la tercera y cuarta parte de su libro. El autor no da un paso, no hace una sola afirmación ni consigna un solo con-

cepto que no quede total y cumplidamente demostrado. La entrada del italiano en Castilla, sus viajes de un cabo á otro de la Península, sus amistades, sus amores, cuanto constituye este conmovedor episodio de la vida del Almirante, está medido, analizado, pesado con tan honrada escrupulosidad por el sabio sacerdote, que cuando se acaba de leer su obra no se puede menos de exclamar: en efecto, esta es la verdadera historia de Colón.

Trabajo verdaderamente impropio es rehacer lo pasado. Hay en esta obra titánica algo de resurrección milagrosa, algo también de adivinación que tiene cierto parecido con el don de profecía. Fácil es negar un hecho, más fácil todavía burlarse de él; pero tarea sólo reservada á ingenios escogidos es recoger las esparcidas osamentas del pasado, trabar nuevamente sus huesos, revestirlos de su carne y de sus nervios, y presentarlos, no conforme á los sueños quiméricos de la fantasía, sino tales como fueron en la realidad. Así el P. Vélez, recogiendo fragmentos perdidos en el fárrago de mil libros diversos, con frases borrosas de documentos apenas legibles, con documentos hasta ahora desconocidos, con relatos mantenidos de boca en boca y de generación en generación por el hilo quebradizo de la palabra, ha acertado á dar vida robusta y capaz de resistir al más enconado análisis, á la *biografía verdadera de Colón* durante su permanencia en nuestra Península. Cuántas vigiliias, cuánta laboriosidad, cuánta penetración, cuánto talento representa



la obra del P. Vélez, calcúlelo quien haya intentado penetrar en esa selva intrincada y oscura de la existencia del Almirante.

Hay un punto en esta historia tratado con extraordinaria lucidez y con amor verdadero. Hablo de la estancia de Colón en Salamanca y del apoyo que al gran marino le dieron los religiosos del convento de San Esteban y los sabios de aquella excelsa Universidad. Sabido es que durante mucho tiempo corrió como opinión válida entre los historiadores, hasta los de más nombradía, la calumniosa especie de que la Escuela salmantina, reunida en el convento de San Esteban, había rechazado los planes de Colón, considerándolos como locura irrealizable, y oponiendo á los argumentos geográficos del italiano textos mal interpretados de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres. La absurda especie gozó de tanta fortuna, que el conde Roselly describe la junta del convento de San Esteban con tal lujo de detalles, que no parece sino que, por un raro caso de atavismo sorprendente, estuvo el famoso biógrafo de Colón entre los asistentes á aquella imaginada solemnidad. Contra tales afirmaciones endereza el autor de los *Estudios críticos*, á más de su sólida instrucción y de su sagaz ingenio, sátira tan acerada, que más de una vez hace sonreír al lector á costa del conde francés y de otros desatinados biógrafos del Almirante. Antes ya se había probado la ligereza con que estos habían procedido, pero justo es reconocer que nunca como ahora ha

quedado tan evidenciada y libre de toda sombra de duda la gloriosa participación que los sabios de Salamanca tuvieron en los orígenes del maravilloso descubrimiento. Con harta razón, no exenta de orgullo, puede exclamar el P. Vélez ante la celda que, según la tradición, ocupó el insigne Deza: «En esta celda fué descubierto el Nuevo Mundo.» Sí; en aquel humilde recinto oyó Colón las primeras palabras de esperanza que quizá habían sonado jamás en sus oídos. Aquel sabio religioso, cuyo nombre va asociado al del descubrimiento, supo, no sólo comprender, sino interpretar el recóndito pensamiento del errante marino, y allí, en aquella apartada vivienda de un monje, la religión, haciéndose intérprete de la ciencia, dió á la patria española tierras tan extensas, mundo tan asombroso como jamás lo había soñado humano pensamiento. Gloriosa es la tradición científica y literaria de Salamanca; pero entre todos los hechos que la componen, ninguno de tanta magnitud ni de tan grandes resultados como el auxilio prestado á Colón. Sin el dictamen de aquellos sabios, sin la opinión autorizada de *la claustra* salmantina, sin la elocuente palabra de Deza, sabe Dios por cuántos años se hubiera dilatado el descubrimiento de América.

A reivindicar de una manera definitiva para la ciudad del Tormes esta disputada gloria ha venido la obra del sacerdote salmantino. Después de la publicación de este libro, el hecho debatido queda patentizado á favor de



Salamanca con la evidencia de una demostración matemática, y la pequeña Atenas puede entrelazar á la corona que ciñe su vieja frente, el laurel que le corresponde como premio legítimo por haber contribuido á realizar la total integridad de nuestro globo.

Grandemente se equivocaría quien creyese encontrar en el libro del Padre Vélez ese carácter de amenidad que constituye el sello de las historias á la francesa, plagadas de anécdotas y de episodios dramáticos, y adornadas con imágenes artificiosas. Los *Estudios críticos* acerca de Colón carecen de esa *espiritualidad* afeminada; son severos como debe serlo la historia, y limpios de todo afeite. Siempre pintóse desnuda y sin adornos la verdad. Pero si la obra del canónigo salmantino no tiene aparato alguno novelesco; si en el estilo atiende más el autor á la precisión que al ornato, y en el lenguaje más á la exactitud que á la gallardía de la cláusula y á la rotundidad del período, en cambio la figura de Colón destácase de la obra tal y como la contemplaron los hombres del siglo xv.

Para terminar, diré que entre los innumerables libros que acerca de Colón se han escrito acaso no haya ni uno que pueda compararse al del lectoral de Salamanca, ni en riqueza de datos, ni en crítica desapasionada y recta, ni, por consiguiente, en importancia científica y en valor histórico.

\*  
\* \*

En una de las *Historias vulgares* del académico y notable literato Sr. Castro y Serrano figura un personaje tan simpático como original llamado Pepito Rodríguez. Dedicó el tal la mayor parte de su vida á sacar partido, para las necesidades de su existencia, de todo lo que el vulgo considera inútil y sin ningún valor. La gracia de Rodríguez consiste en «tomar nota de las cartas detenidas por falta de franqueo, de los telegramas sin curso, de los certificados cuyos destinatarios no se han presentado á reclamar, de las alteraciones en las tarifas de ferrocarriles, de las nuevas marchas de trenes, de las prendas extraviadas» y de otras cosas semejantes á las que dejó enunciadas, y en avisar en vista de la susodicha nota á los interesados, entre los que no falta alguno que le otorgue alguna gratificación ó propina por sus espontáneos servicios.

Salvo en lo de las propinas, el Doctor Thebussem es en literatura lo que en gramática parda era el bueno de Pepito Rodríguez. Lo insignificante, lo que en apariencia nada vale, le sirve á él para escribir sabrosísimos artículos, todos en forma epistolar, en los que no son de admirar solamente la gallardía del estilo, lo castizo de la dicción y lo correcto, limpio y preciso del lenguaje, sino la multitud de observaciones finas, delicadas, ingeniosas, profundas á veces, con que sazona sus exquisitos condimentos literarios. De Thebussem puede decirse lo que de cierto Papa (creo que de Alejandro VI), *maximus in minimis*, ó lo



que Fr. Luis de León escribía de la buena mujer; «la cual de los salvados y de las cosas que sobran y parecen perdidas, sin sentir halla su casa abortada y como llena de riquezas». Así el Doctor Thebussem, con la alquimia de su inteligencia y con su diligente y laboriosa observación, logra convertir en oro fino «todas las cosas que sobran y parecen perdidas».

Bien sé que mis palabras parecerán hinchada hipérbole á aquellos lectores que no ven en la historia, tomada esta palabra en su más lato sentido, otra cosa que los grandes hechos y las valerosas hazañas, las virtudes y vicios de los hombres extraordinarios, las intrigas de los palacios ó las vicisitudes de las dinastías. Para los que tal concepto tienen de la historia, de poco ó nada valen las noticias de cómo vestían nuestros mayores, de cuáles eran sus costumbres domésticas, de qué manera se saludaban, cuáles eran las fórmulas de sus conversaciones ó de sus escritos, ni de las menudencias que forman los tenues hilos que entretretejidos forman la trama social. A poco, sin embargo, que se medite, habrá de comprenderse que todas esas nonadas que el tiempo borra y los hombres olvidan, nos hacen conocer, acaso mejor que los grandes acontecimientos, la vida íntima de las pasadas generaciones. Lo menudo es siempre más sincero que lo grande: en el sacrificio de Scévola hay algo de teatral y de falso, que no se encuentra en el oscuro acto de abnegación que el hombre practica en el secreto retiro de su

hogar. Todo aquello que hacemos sin reflexión y sin advertirlo siquiera, es lo único totalmente sincero que dejamos de nuestro paso por la vida. Debe desconfiarse de todo lo grande y aparatoso. No en balde á los grandes hombres se les llama personajes, como á las figuras de las comedias.

Lo que acabo de decir viene á cuento á propósito de los asuntos que sirven de tema á los artículos ó cartas que el Doctor Thebussem ha escrito sobre arqueología, filología, usos y costumbres antiguos y modernos. En estas sabrosísimas epístolas de tono familiar, pero tan distantes de la chocarrería como de la hinchazón, da el autor ingeniosas y atinadas explicaciones acerca del uso de ciertas fórmulas sociales; razona discreta y desenfadadamente sobre muchas prácticas, unas vigentes y otras en desuso, y dilucida con seguro criterio, menudas cuestiones de lenguaje, mostrando siempre, sin vanidad ni esfuerzo, su copiosa erudición y su espíritu analizador y penetrante como pocos.

He de hacer aquí, sin embargo, un reparo que no me parece fuera de camino. En una carta dirigida á D. Juan Valera, titulada *Palabrería*, después de una lista en que van incluidos más de 500 sustantivos ó adjetivos «que denotan malas cualidades físicas, morales é intelectuales», deduce el autor la siguiente consecuencia, que no creo rigurosamente exacta: «Si del *infinitus est numerus* del *Eclesiastés* tocan en unas tierras al uno por diez de sus naturales, en España quizá lleguen al



veinte por ciento.» Digo que no me parece exacta la deducción, entre otras razones, porque muchos vocablos de los que componen la lista son sinónimos, y en rigor indican una misma idea fundamental, ligeramente diversificada en lo accesorio, como sucede con las palabras *hosco*, *huraño*, *hurón*, ó con las voces *brabucón*, *bocón*, *fanfarrón*, ejemplos que prueban, no la abundancia de esos defectos, sino la riqueza de nuestro idioma que acierta á señalar con nombres ó adjetivos distintos matices sumamente tenues de una misma idea ó del objeto por ella representado. Si porque á Jesús se le designa con multitud de nombres, y entre ellos con diez principales, como afirma y demuestra Fr. Luis de León, sacáremos la consecuencia absurda de que existían muchos Jesuses, el famoso libro del maestro salmantino sería la obra más herética que se hubiese escrito en lengua castellana.

Este pecado contra la lógica nace, á mi entender, de cierta ojeriza que á todo lo español manifiesta el Doctor Thebussem. No se contenta con deducir la poco caritativa consecuencia que dejo apuntada, sino que aprovecha con fruición cualquier motivo que se le viene á la pluma para esgrimir contra los españoles la lanceta de su fina y acerada sátira. En el artículo titulado *Gibraltar*, se felicita de que la plaza española esté en poder de los ingleses, y habla con pasión de ella, «porque allí las fondas son fondas, las comidas comidas, y las camas camas». No se contenta con este rasgo de exagerado

britanismo, sino que entre burlas y veras se lamenta de que no existan en cada provincia un par de Gibraltares que sirviesen moral y materialmente como de barómetros ó ejemplos á los pueblos españoles.

Convengamos en que tales cosas solamente por gala de ingenio pueden defenderse. Por mucho que el Doctor Thebussem se burle del patriotismo español, no es posible creer que sus palabras sean en este caso expresión sincera de su pensamiento. La palabra *patriotismo* podrá ser vaga é inducir á muchos errores; pero el sentimiento que con ella se expresa tiene tanta realidad como la que indicamos con las voces honor, amor, fe... Aunque sean todo lo excelentes que quiera el Doctor Thebussem las fondas, las comidas y las camas de Gibraltar, la vista del pabellón británico ondeando en lo alto de aquel enorme peñasco robado á nuestra patria, hace enrojecer de vergüenza á todos los españoles.

En esta primera *Ración de artículos* (que así titula el Doctor Thebussem la colección que acaba de publicar en un lujoso, grande y baratísimo volumen) muestra el autor erudición verdaderamente asombrosa. De todo sabe y de todo habla con exactitud y acierto. Hacienda, jurisprudencia, bibliografía, administración municipal, arte culinario, literatura, le son tan familiares al Doctor Thebussem como las cuestiones de correos, en las cuales muestra tal competencia que, como es sabido, el gobierno le agració con el cargo de cartero mayor de Madrid. En los



artículos más ligeros, y sobre asuntos fútiles en apariencia, burla burlando, y sin sombra de afectación, sabe condensar utilísimas y graves enseñanzas. La sátira es en sus manos blanda correa á veces; otras se trueca en durísimo azote, como en la carta titulada *Libertades y tiranías*; pero en ninguno de los dos casos desciende al bajo terreno de los sarcasmos personales. Observador como pocos escritores, su mirada penetra hasta lo hondo de las cosas. En este punto páginas hay que pueden competir con algunas de las más celebradas de Zola. Díganlo si no sus *Estudios* sobre los lavaderos. Su conocimiento acerca de las costumbres modernas y vicios contemporáneos es grande, como lo prueban las cartas de Paca Pérez; y tanto éstas como todas las demás de la colección

encantan, como ya he dicho, por la galanura de su estilo y lenguaje. No es necesario estar muy versado en la lectura del *Quijote* para encontrar á cada paso giros, modismos y frases idénticas á las empleadas por el célebre manco.

Si á esto se añade la amenidad que el autor ha sabido derramar hasta en los trabajos más áridos, se comprenderá fácilmente que, no obstante el tamaño del libro (574 páginas), es imposible abandonarlo sin pena en cuanto se han leído los primeros renglones. De mí sé decir que, aunque conocía casi todos los artículos, los he saboreado nuevamente con el mismo deleite con que, según Cervantes, despabiló Sancho las abundantes espumas de las ollas de Camacho.

FRANCISCO F. VILLEGAS.



# ÍNDICE

---

	Páginas.
<i>Iván el Imbécil (cuento popular), por el Conde León Tolstoy</i> .....	5
<i>El Rey Lear de la Estepa, por Iván Turguenef</i> .....	30
<i>El Hospital de Pen-Bron, por Pedro Loti</i> .....	96
<i>Madame de Staël, por Sainte-Beuve</i> .....	103
<i>Casa de muñecas, drama en tres actos (conclusión), por Enrique Ibsen</i> .....	150
<i>El Aislamiento (soneto), por Petrarca, traducción de M. A. Caro</i> .....	165
<i>El salón de la emperatriz Josefina, por Sofía Gay</i> .....	166
<i>Reseña crítica del Centenario, por Cesáreo Fernández Duro</i> .....	175
<i>Crónica internacional, por Emilio Castelar</i> .....	187
<i>Impresiones literarias, por Francisco F. Villegas</i> .....	199

